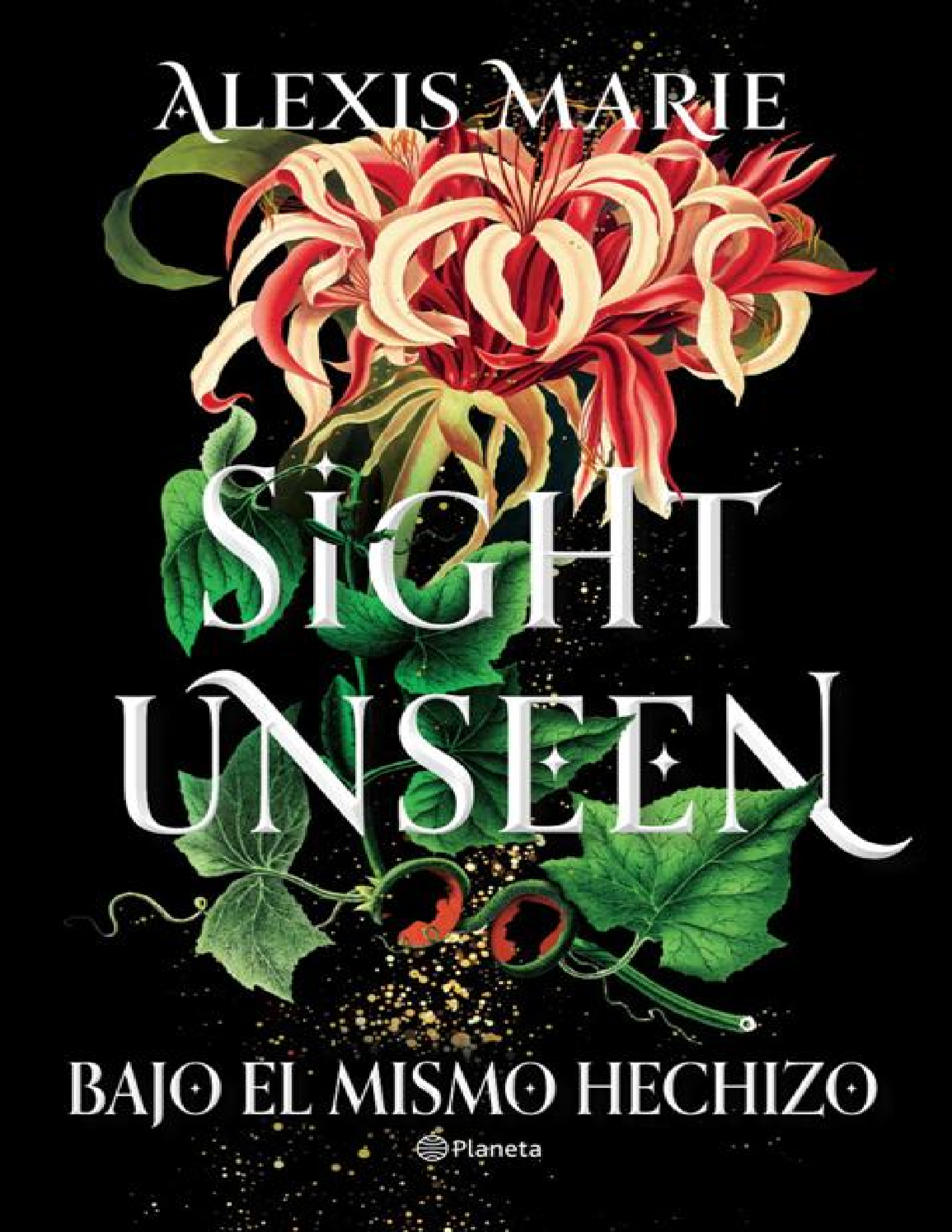
ALEXIS MARIE



SIGHT UNSEEN

BAJO EL MISMO HECHIZO

Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Sight Unseen
Bajo el mismo hechizo

Alexis Marie

Traducción de María José Díez Pérez

Planeta

Nada. Algo. Todo.

Prólogo



Las noches en las que la naturaleza desafía sus propias reglas, la magia es más poderosa. El momento perfecto para encontrar lo que Veda necesita.

Armada con un gastado morral de cuero y un cuchillo afilado, Veda recorre los sinuosos caminos del bosque ancestral preparada para lo que sea que pueda estar aguardando. Se agacha para pasar por debajo de las ramas que cuelgan, esquiva matas y árboles, salva troncos caídos con la facilidad de alguien que lleva años recolectando. Veda no se detiene hasta que percibe vagamente ecos del lugar al que quiere llegar. Tras abrirse paso a través de una última barrera de denso follaje, el sonido de la corriente del río llega a sus oídos. Veda sale, expuesta al cielo. La luna azul, aún oculta tras las nubes, arroja una luz etérea.

Bajo las piedras de la ribera crece musgo luminiscente. Sirviéndose de su cuchillo, Veda extrae solo lo que necesita y lo guarda en un saquito negro. Recolectar cumple un doble propósito: mantiene la despensa del colegio llena de ingredientes que de lo

contrario resultarían caros y satisface la dicha que experimenta Veda con la búsqueda.

Saca un farol del morral y musita:

—Lux.

El cosmos exige un pago por cada hechizo que se lanza, y la moneda de los magos es el dolor físico, el sufrimiento, un precio que muchos pagan de buena gana. Sin embargo, Veda tiene suerte. El amuleto de zafiro con forma de ojo que lleva alrededor del cuello se ilumina y absorbe el coste mientras el farol, suspendido delante de ella, alumbra el camino.

Lo que acechaba en la oscuridad le hiela los huesos.

Los lirios araña rojo sangre no son autóctonos del estado de Washington, ni tampoco es esta su estación y, sin embargo, están en flor. El alivio le corre por las venas cuando ve que las flores no arden, pero no consigue aplacarle el miedo. Para intentar olvidar el hormigueo de inquietud continúa río abajo por las piedras resbaladizas, pero la preocupación la atenaza con sus garras.

Una repentina tormenta de viento y truenos ensordecedores carga el aire como fuego estático. Veda busca un sendero, una forma de llegar a casa; los segundos que pasan se hacen eco del ritmo de su corazón. El cielo se abre, y la lluvia convierte la tierra en barro y desentierra los sedimentos de su pasado. El miedo arraiga, florece en pétalos de pánico, empuja a Veda a correr. El latigazo de las ramas finas le lastima el rostro, pero no se detiene hasta que el chaparrón afloja de pronto. La luna la encuentra entre las gotas cada vez más escasas, aleja la oscuridad, deja a la vista no solo el camino que la llevará a casa, sino también las flores que la han seguido. Rojo sangre y demasiado cerca para que pueda sentir consuelo.

«Problemas».

1



Veda arranca de raíz tantos lirios araña como puede y los arroja a la hoguera que ha improvisado. Empapada por la lluvia y sucia tras desherbar, se queda mirando las llamas crepitantes hasta que se convierten en ceniza. Los rayos de sol se cuelan en el bosque y pintan los árboles con una luz dorada humeante. El sereno momento arrulla sus miedos, los aletarga, hasta que la certeza de que el fuego purifica pero no siempre destruye los reaviva.

Apaga las últimas brasas y decide volver a su cabaña para darse una ducha caliente, de la que sale envuelta en una nube de vapor poco después. Coge una toalla y repara en los verdugones que tiene en la piel morena después de su excursión al bosque. Tras recogerse el abundante cabello cobrizo en un moño, abre con cuidado los brazos delante del espejo.

La maldición Sanguis dormita en su sangre. Mortal de no ser por el hechizo mágico que la contiene, la maldición se alimenta de su energía, se vuelve cada vez más fuerte. A lo largo de los seis últimos años, los moratones se han convertido en furiosos racimos de piel costrosa, venas negras que se han ramificado como fractales,

curvándosele alrededor del hombro, avanzando centímetro a centímetro hacia su garganta. Todas las curas que ha probado han fracasado, lo que significa que algún día la consumirá. Sin embargo, la sangre de la persona que lanzó la maldición sobre ella alimenta un quiste en sus costillas, el recuerdo de un error que condena al culpable a morir con Veda... si no la matan antes.

Haciendo una mueca, se aplica pomada allí donde sus manos llegan. La magia se activa nada más entrar en contacto, refrescándole la piel y aliviando el dolor. Es un remedio temporal que la ayuda a superar cada día. Oculta su mortalidad bajo un pantalón vaquero y prendas de manga larga para evitar miradas y preguntas; a continuación, se bebe un elixir también contra el dolor y otro que le proporciona nutrientes y prepara avena para combatir las inminentes náuseas.

Se ha comido la mitad cuando la gema azul que descansa en un tarro de cristal sobre la mesa pulsa dos veces antes de emitir una luz viva. Aunque la tecnología moderna los ha hecho obsoletos, en otro tiempo los mensajes en lapislázuli eran el único método de comunicación instantánea cuando el sigilo resultaba crucial. Una incertidumbre inquietante hace que se le forme un nudo en el estómago. Veda coge la piedra. Una descarga de magia le sube por el brazo y una voz familiar se proyecta desde la piedra: «Ven enseguida».

La piedra se queda inerte.

«Mierda».

Agarra la cazadora y se pone en marcha.



Los árboles, altos y tupidos, crean un dosel en las alturas, proyectan sombras en el camino de Veda.

La brisa murmura en las hojas y se oyen los trinos de los pájaros que revolotean veloces de un sitio a otro. El sendero desigual que sigue, festoneado de hiedra y helechos, es un camino de su propia creación. El olor a tierra fértil mojada resulta tranquilizador, la niebla en suspensión y la incesante llovizna se le antojan apacibles. Sin un solo lirio araña a la vista, el camino constituye una distracción perfecta.

Veda sale a los pastos que se extienden detrás de la Academia Weston. A menos de cincuenta metros de la linde del bosque, la primera gallina pasa junto a ella. Le siguen más, que se desperdigan por la pradera picoteando el suelo en una ruidosa búsqueda de bichos. Su liberador, Peter Weston, espera junto a la verja, la blanca tez enrojecida del tiempo que ha pasado bajo el sol matutino.

Peter es un hombre de costumbres. El hecho de que se esté desviando de su rutina pone nerviosa a Veda, una tensión que él trata de relajar con una sonrisa. Ojos verdes, pelo rubio alborotado, rasgos suaves pero definidos, alto y delgado: el vidente es atractivo en todos los sentidos que importan, aunque ninguno de ellos le calma los nervios a Veda.

—¿Quién ha muerto? —pregunta esta con cautela.

—Nadie. —La sonrisa del hombre flaquea—. Mierda. Te mandé el mensaje por la piedra porque pensé que ya estabas en el invernadero y no te habías llevado el teléfono. Siento haberte asustado.

—No pasa nada. —Veda se quiere relajar, pero la inquietud que tiene metida en los huesos no se lo permite.

Él la mira con más atención y le ladea la barbilla con delicadeza.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—No quería desaprovechar la luna azul, así que salí a recolectar. —Hace una mueca—. Había cientos de lirios araña en el camino a menos de un kilómetro al norte de la cabaña. Me asusté, empezó a llover y me llevé por delante la rama de un árbol, o cinco ramitas, no sé.

—Mañana es el último día de marzo, pero los lirios araña florecen a finales de verano —reflexiona Peter con aire meditabundo—. Es demasiada coincidencia para pasarla por alto.

—Lo sé. He pensado en hablar con Gabriel cuando deje a August en el colegio.

—Hazlo, y yo le pediré a un técnico forestal al que conozco que los lleve hasta allí.

—Vale. —Veda se quita el pesado morral y se lo echa al hombro a Peter, a quien no parece incomodarle el peso—. La mochila todavía está mojada. Quería recolectar más, pero lo que he cogido es perfecto, está listo para preparar cualquier cosa que necesite el colegio.

Peter le da un empujoncito.

—No les iría mal una clase de la mejor elaboradora de pociones que conozco.

—La señorita Everly es una buena maestra de pociones —repone Veda, y rechaza el ofrecimiento con un gesto de la mano mientras echan a andar hacia el colegio.

La Academia Weston es un edificio de ladrillo y piedra de una sola planta con techos altos y docenas de ventanas. Se asienta en un pequeño otero al que se sube por unos escalones esculpidos en la ladera y cuenta con un gran porche que lo rodea en el que los alumnos remolonean. Peter se detiene al llegar al último escalón y le aprieta el hombro a Veda. El escalofrío del hechizo que emplea Peter

hace que a ella le hormiguee la piel antes de que se lo pueda impedir. El dolor se desvanece como si nunca hubiera existido.

Aunque el precio que se paga por utilizar magia no siempre es justo o el mismo para los magos o para los que no tienen amuletos que absorban el coste de los hechizos, los videntes como Peter son una minoría que puede hacer uso de la magia sin padecer secuelas físicas. Cómo, sigue siendo un misterio, si bien hay teorías que apuntan a un grupo de genes específico que se activa cuando la Visión —la capacidad premonitoria de vislumbrar el pasado, el presente o el futuro— se manifiesta. Los videntes no pueden elaborar pociones ni imbuir magia en nada salvo amuletos y son extremadamente sensibles a los agentes neutralizadores de magia, pero no sufren escalofríos al lanzar hechizos de luz, huesos rotos causados por encantamientos o fallos de órganos provocados por maldiciones. La Visión no es algo que se elige. Va unida a toda una vida de discriminación, de prejuicios y de un acoso desenfrenado por parte de todos aquellos magos que consideran a los videntes abominaciones peligrosas.

—Podrías meterte en un lío por esto —farfulla Veda—. Y Jadiya se pondrá furiosa cuando los agentes echen abajo la puerta de tu casa para arrestarte por infringir la ley de lanzamiento de hechizos... otra vez.

Peter sonríe al oír mencionar a su mujer.

—Lo más seguro es que se la lleven también a ella, por hablar de más.

Veda sacude la cabeza, risueña.

—Cierto.

—Además, es un hechizo sanador lo bastante flojo para que un mago lo pueda lanzar sin que resulte herido de gravedad, lo que lo

convierte en legal. Mientras los videntes no despleguemos una superioridad mágica manifiesta, no pasa nada.

—Lo sé. Pero eso no impide que me preocupe.

Llamar amigo a Peter no hace justicia a la verdadera naturaleza del vínculo que forjaron hace tiempo, cuando él se sentaba a su lado en la clase de orientación durante su primer curso en la Universidad de Crestwood. Era el primer año que el campus integraba a magos y a videntes, y las tensiones eran muchas. Él habló primero, cauto pero cortés, y la conversación se volvió sincera en cuanto Veda argumentó que la integración debería haberse llevado a cabo hacía años. Su amistad nació en ese momento, creció durante debates intelectuales y divagaciones agridulces y nostálgicas sobre la infancia de Veda, y arraigó lo bastante para que perdurase después de que Peter volviera a Proventia para ponerse al frente de la Academia Weston cuando su madre se jubiló y Veda se trasladase a Filadelfia para estudiar medicina. Es lo más parecido a un hermano que ha tenido nunca.

—¿Te encuentras bien? —se interesa Peter.

A Veda le cuesta confiar en la gente, un reflejo adquirido después de perder tantas cosas. Aunque nunca ha dudado de él, la respuesta es complicada. Es mejor seguir reprimiendo sus sentimientos y atenerse al guion.

—Sí.



El momento que ha elegido Peter para llamarla, o bien la protege, o bien la prepara: lo más difícil es distinguir la diferencia. A la puerta

de su despacho, con una mano en el pomo, su amigo se muestra inusitadamente críptico.

—Esta no es una emergencia en el sentido tradicional.

Antes de que ella pueda preguntar qué demonios significa eso, Peter abre la puerta y la invita a entrar con un gesto. Más suspicaz que recelosa, Veda se queda cerca de la pared. El despacho de Peter es pequeño y está bien iluminado, con paredes de color neutro, suelo de madera de roble, pocos muebles y un juego de té de cerámica antiguo que sirve para romper el hielo en las reuniones con los padres.

Delante de la pared de estanterías hay una mujer mayor y menuda que emana tal aire de superioridad que Veda se arrepiente de no haberse quitado el barro de las botas antes de entrar en la habitación. Lleva pantalones largos de un púrpura vivo y un *kameez* bordado a juego que le llega por la rodilla, pendientes y joyas de oro, y su maquillaje es tan perfecto como el brillante cabello negro veteado de gris en las sienes y recogido con un pasador de oro vintage adornado con un colorido despliegue de pequeños amuletos. Las pecas motean su tez morena; las patas de gallo le marcan las comisuras de los grandes ojos castaños. Ambas cosas son indicativas de su edad y no hacen sino incrementar su poderosa presencia.

Tiene la pensativa mirada fija en algo. Veda sigue sus ojos hasta dar con un niño de no más de seis años que ocupa la silla que hay delante del escritorio de Peter. Pese a que está moviendo los pies, el niño le recuerda a un adulto en miniatura. Con la piel muy morena, pecas, vivos ojos de color avellana y el pelo castaño oscuro engominado y con una pulcra raya a un lado, se encuentra en un estado de tensión cauta, curiosa, y al mismo tiempo mantiene un grado de calma que rara vez poseen los niños de su edad. Luce el uniforme estándar del colegio —camisa blanca, pantalón negro

entallado, zapatos de vestir de piel— y su pajarita de punto negra destaca tanto como la americana colgada pulcramente en el respaldo de la silla, algo que resulta extraño.

—Les ruego que me disculpen por la espera. Veda, este es mi ahijado, Antaris Fowler. —La presentación de Peter denota cierta incertidumbre, lo que provoca una mirada inquisitiva por parte del niño—. Hoy es su primer día de colegio.

Sin saber muy bien cómo saludar a Antaris, Veda opta por un torpe «Bienvenido a Weston».

Antaris la escudriña en un silencio que frisa en lo doloroso hasta que Peter señala a la mujer.

—Y esta es su abuela, Simran.

Simran estudia a Veda con idéntico interés antes de saludarla con una inclinación de cabeza.

—Encantada.

No parece que lo esté.

—Lo mismo digo —responde ella con una afabilidad ensayada, impostada.

—Por favor, tome asiento, señorita Thorne. —El acento británico de Simran es de una elegancia que rechina y, sin embargo, tiene la suavidad que se desarrolla de forma natural tras pasar años en Estados Unidos—. Me figuro que sentirá curiosidad por saber por qué está aquí.

Sí, la siente, pero lo que pregunta es:

—¿Cómo sabe cómo me apellido?

—Sé muchas cosas.

—La sutileza no hará que llegue muy lejos conmigo. —Veda esboza una sonrisa almibarada.

La tos de Peter parece una risita. Todos se vuelven hacia él.

—Tenía algo en la garganta.

Veda cruza los brazos, sigue esperando a que la mujer conteste a su pregunta. Al rostro de Simran asoma una expresión tensa.

—Ya que insiste, realicé indagaciones sobre usted, señorita Thorne. Peter me ha dicho que pasó un año estudiando Elaboración Oriental de Pócimas en mi ciudad natal, Bangalore, en la India. Nació en Maine, cumplió treinta años hace once días y no posee la Visión. Su madre era profesora titular de Magia de la Tierra Teórica y su padre era un experto tallista de piedras. Desaparecieron cuando usted tenía dieciséis años, durante la Gran Desaparición. En su favor hay que decir que no permitió que esta tragedia la detuviese y fue a la universidad con una beca, se graduó *summa cum laude* en Magialogía y Medicina de la Tierra. Estudió Medicina en la Universidad de Riverty, donde, una vez más, se graduó *summa cum laude*, pero lo dejó cuando aún era residente. Una pena.

Permanecer callada enfrente de una mujer que habla de más en cuanto se le da la oportunidad resulta más difícil de lo que pensaba Veda, pero le motiva la irritación que le produce la frivolidad con la que Simran habla de la tragedia que la sacudió, de su vida.

—Eso es todo lo que pude recabar. Verá, señorita Thorne, me gusta saberlo todo de aquellos a los que invito a entrar en mi círculo personal. Quiero rodear a mi nieto de la clase adecuada de personas, no sé si me entiende.

La educación de Veda se esfuma.

—Perfectamente.

Magos y videntes viven, trabajan y se educan por separado debido a que los prejuicios se han normalizado. Las humillaciones, los agravios, la discriminación y el deseo de mantener la distancia entre ambos grupos están a la orden del día. Crueldad trivial. Los actos de los magos no se tienen en cuenta por considerarlos inofensivos y, sin embargo, causan grandes daños. Los intolerantes más extremos

utilizan una retórica que incluye la exterminación, como «erradicar el gen», y expresan un deseo de volver a los tiempos en que a los videntes se los controlaba inyectándoles un suero bloqueador de la magia y se los obligaba a vivir en obediente servidumbre. En qué lugar de la escala se sitúa Simran es algo que Veda no sabría decir. Que esté dispuesta a matricular a Antaris en el único colegio integrado de Proventia resulta prometedor, teniendo en cuenta que hay otras instituciones que son más de su gusto. Lo que es más importante, Veda no puede evitar preguntarse en qué demonios estará pensando Peter para permitir que una intolerante orgullosa ponga un pie en su propiedad.

Con más de trescientos alumnos desde primer año hasta duodécimo, la mitad de los cuales son videntes, la seguridad siempre ha sido rigurosa debido a amenazas recibidas por parte de distintos grupos de odio. Desde que abrió sus puertas, y más todavía desde los años que hace que Peter se hizo cargo de la dirección, la escuela ha sufrido actos de vandalismo, alumnos videntes han sido objeto de ataques en el camino de ida o de vuelta a clase y los agentes de la ley han dejado claro que vigilan el colegio, no para proteger a nadie, sino para arrestar a cualquier vidente que se pase de la raya. Permitir que una intolerante tenga cualquier tipo de influencia en el campus es peligroso.

—No habría solicitado esta reunión si no hubiese pensado que valía usted la pena. —Ante la visible tensión, Simran continúa—: Considere mi aprobación un cumplido, señorita Thorne.

Está claro que Veda no opina lo mismo.

Simran señala la silla una vez más; es obvio que está acostumbrada a salirse con la suya.

—Por favor, siéntese. Insisto.

—Prefiero seguir de pie.

—Como guste.

Desde su posición elevada, observar a Antaris y a Simran le resulta natural. Abuela y nieto. Aparte de las pecas, sus rasgos son muy distintos. Los de Simran son delicados, como de cervatilla, algo que contrasta con su fuerte presencia, mientras que los de Antaris son más redondeados y, aun así, serios. El único parecido que Veda les saca es que los dos miran a través de las personas, no a ellas.

Sorprende a Antaris con la vista fija en su amuleto.

—¿El niño es sensitivo? —pregunta Veda.

Al igual que el oxígeno, la magia es omnipresente, pero los sensitivos son capaces por naturaleza de sentir u oler magia residual cuando se ha lanzado un hechizo o cuando se ha imbuido en objetos como su collar. Esta capacidad solo se da en los magos. Junto con la riqueza, se utiliza para definir la jerarquía social, en cuya cima están los sensitivos ricos.

—Su padre y su abuelo lo son, pero Antaris no. —Simran no disimula la ligera decepción que este hecho le produce—. No necesitará alojamiento, si ese es el motivo por el que lo pregunta.

No lo es, pero Veda no indaga más. A pesar de que trabaja en un colegio, le resulta más fácil lidiar con adolescentes y bebés que con niños que son lo bastante mayores para hablar, pero lo bastante pequeños para carecer del filtro del sentido común que viene dado por la experiencia. Mira de reojo a Peter; su paciencia se está agotando junto con sus modales.

—No quiero ser grosera, pero ¿por qué estoy aquí?

—Simran quería hablar de algo contigo.

La mujer en cuestión se mueve para situarse en el extremo de la mesa.

—Entiendo que Peter no la ha informado de mi visita.

—En efecto.

Simran la sigue estudiando antes de asentir.

—Será la tutora de mi nieto.

Antaris parece más perplejo que Veda.

—¿No está...? —Se niega a seguir hablando como si el niño no estuviese allí, así que se dirige a él—: ¿No estás en primer año?

—Lo está —responde su abuela.

La irritación aumenta, pero Veda reprime la poco productiva emoción.

—Por lo general, su plan de estudios...

—No es de mi incumbencia. Ocúpese de él dos horas al día cuando terminen las clases. Mi intención es que se prepare para realizar el examen de ingreso en un colegio respetable.

Con el rabillo del ojo Veda ve que Peter cambia el peso del cuerpo.

—La Academia Weston es un colegio excelente —asegura ella.

—Lo es. Casi ni se advierte que se trata de un colegio integrado. Los videntes adolescentes son educados y formales.

—No son distintos de los adolescentes magos. —Veda mira de soslayo a Peter, que se pellizca el caballete de la nariz—. ¿Es consciente de que él es vidente?

—Peter no es como los demás.

No se trata de un cumplido, y, aunque replicar no sirve de nada, Veda es incapaz de dejarlo estar.

—¿Por qué no han venido sus padres a hablar de esto?

—Mi hijo es nuevo en la paternidad: descubrió la existencia del chico hace tan solo dos meses. Como madre que soy, estoy más capacitada para guiar a Antaris.

«¿Es mercancía o es un niño?».

Veda repara en la expresión contraída, dolida, del pequeño.

—¿Ya te han enseñado el colegio?

Esto llama la atención del niño, que responde con un rápido cabeceo, pero lo que la desconcierta es la sorpresa de Peter y Simran.

—Peter, ¿por qué no se lo enseñas?

Su amigo ya se ha puesto en marcha, dispuesto a cumplir la petición, e indica a Antaris que lo siga. El niño parece dubitativo, pero una severa mirada de su abuela hace que obedezca. Nada más salir ellos, Veda se disculpa y va detrás. A Antaris ya no se le ve, Peter va un tanto rezagado.

Veda lo llama con un siseante susurro y él se vuelve.

—¿Qué?

—¿Va a pagar toda la matrícula?

—Sí, y ha hecho una considerable donación.

—En cualquier caso, que esa mujer esté aquí es de locos. —Al ver que él no le da ninguna explicación, le dirige una mirada furibunda —. ¿Qué es lo que no me estás contando?

—Te contaré más cosas cuando dejes a un lado tus prejuicios.

Peter se va antes de que ella pueda rebatir sus palabras. Furiosa, Veda vuelve y encuentra a Simran sentada en la silla de Peter.

—¿Pasa algo? —El tono implica que sabe cuál es la respuesta—. ¿O necesitaba un momento para irle con la pataleta a Peter por no haberla preparado para nuestra intrusión?

La habitación parece más pequeña, congestionada. Veda ocupa el asiento que ha dejado Antaris.

—He ido a decirle quién está en el establo para que lo ayude con la visita.

—Peter me recuerda a mí misma —afirma Simran—. Se mueve sin hacer ruido, no permite que una cuerda sepa cómo encaja con el resto hasta que todas están entrelazadas.

Eso es Peter en pocas palabras. Veda une las manos en el regazo.

—¿Qué cuerdas somos nosotras?

—No lo sé. Mi actual preocupación es mi nieto. Su madre falleció hace poco, como probablemente ya sepa.

—No, no lo sabía. —El sentimiento de culpa por haber juzgado su ausencia le repugna.

—Antaris lleva en el país menos de dos semanas, y es mucho lo que hemos de hacer para aclimatarlo.

—¿De dónde es?

—Londres —responde Simran.

—Eso no es la luna. No debería tardar mucho en...

—Solo el cosmos sabe lo que le enseñó la vidente de su madre antes de morir. A Antaris lo educaban en casa y no realizó los debidos exámenes. Ayer lo sometimos a una exhaustiva batería de pruebas para averiguar si tenía la Visión y, por suerte, sacó un cero.

Reprimir su creciente ira es todo cuanto puede hacer Veda en vista de semejante intolerancia.

—Esas pruebas no son precisas. Casi todos los magos poseen el potencial para tener la Visión. Cómo se manifiesta es cuestión de genética y de probabilidad.

—La probabilidad, según las pruebas, es cero.

Veda se calla lo que iba a decir, opta por suavizar el comentario.

—Lo que me cuesta entender es por qué es tan urgente que yo sea su tutora.

—Antaris no habla.

De nuevo Veda ofrece una muda disculpa por dar por sentado que la mujer hablaba por él.

—¿Puede hablar?

—Antes lo hacía, según el padrastro de su madre, que ayudó a criarlo.

—En ese caso, supongo que volverá a hacerlo. —Se encoge de hombros—. No soy terapeuta infantil.

—Sea como fuere, desde el momento en que usted habló, Antaris prestó atención. Es el primer adulto que no forma parte de nuestra familia que ha captado su atención y ha conseguido que responda sin forzarlo. Necesito que vuelva a hablar. Ningún buen colegio lo aceptará tal y como es ahora.

—No puedo obligarlo a hablar.

—Tal vez no. —La mandíbula de Simran está tensa cuando se levanta y cruza la habitación para ir hasta la mesa a coger su bolso. Tras sacar un legajo de papeles doblados, se los da a Veda—. Este contrato incluye información sobre el pago, instrucciones y un plazo ideal. También se estipulan bonificaciones si consigue que hable antes de agosto. Lo único que tiene que hacer es firmar.

No es tan sencillo.

Cuando Simran se da cuenta de que Veda no acepta el contrato, lo deja en el escritorio.

—Al parecer, ya ha tomado usted una decisión. Si hubiese sopesado aceptar mis condiciones, esta conversación habría sido distinta.

—Desde luego.

La confirmación de la decisión de Veda desinfla a la mujer, que vuelve a sentarse, de repente menos tiesa.

—¿Piensa decirme por qué deniega mi solicitud?

—La palabra «no» es una frase completa. —Veda se levanta y se sacude el polvo del pantalón vaquero—. Pero, ya que tiene curiosidad, le diré que soy la encargada de este sitio. La primavera y el verano son los momentos más ajetreados del año. No tendré tiempo para ser la tutora de nadie.

La confusión asoma al rostro de Simran, que, sin embargo, no pierde el aplomo.

—Me han dicho que es usted la tutora del hijo del investigador Sallant.

El alcance de la relación que une a Peter con Simran es una curiosa yuxtaposición. Veda quiere sacar un centenar de conclusiones, pero lo que hace es guardarse su opinión hasta que su amigo y ella puedan hablar. Al menos eso se lo debe.

—No soy tutora de August *per se*. Se queda a veces cuando terminan las clases, juega fuera, va detrás de los animales del colegio. No es que sea muy educativo. Peter debería saberlo. Un momento, ¿quién es él para usted? Ha dejado bien claro que no se relaciona con videntes.

—Yo no, pero su madre fue mi ama de llaves antes de que fundara la Academia Weston. Peter fue compañero de juegos de mi hijo hasta que lo enviamos al internado a los doce años. He visto desde la distancia que Peter se convertía en un hombre respetable. Pese a tener la Visión.

—Ya. Bien, pues confío en que encuentre lo que está buscando. —Veda le tiende la mano para que se la estreche y profiere un suspiro cuando la mujer la rechaza—. Mi negativa no es algo personal.

La fachada de Simran se viene abajo y surge algo sincero.

—Una clase, es todo lo que le pido.

—Lo mejor será que...

Un movimiento capta la atención de Veda por la ventana. Antaris está en el último escalón del porche; se muestra vacilante a pesar de la sonrisa cordial y los afectuosos gestos de Peter. Se vuelve, casi como si buscase algo. Su mirada coincide con la de Veda a través del cristal. Su lista de excusas no es corta, pero ella se conoce bien. A la larga su curiosidad se volverá más ruidosa, firme y apremiante: este

niño melancólico necesita ayuda. Su ayuda. Justificándose diciendo que lo mejor es que responda a esta llamada esta única vez, mira de nuevo a Simran.

—De acuerdo. Una clase.

2



Hiram no es impulsivo. Nunca ha sido de los que efectúan una compra importante sin antes realizar un cuidadoso análisis y sopesar todas las consecuencias.

Hasta ahora.

La casa es una página en blanco de cinco habitaciones con modernos rasgos reformados: colores neutros, acabados aburridos y espacios diáfanos a orillas del lago Arnez. Aunque desprovista de carácter y personalidad, está lista para entrar a vivir y en ella hay espacio más que suficiente para dos personas. Los pasos de Hiram resuenan en los suelos de madera de roble mientras inspecciona el trabajo que ha realizado el personal de limpieza. La casa es mucho mejor que su aséptico apartamento de Los Ángeles y más amplia que la suite del hotel del centro en la que se alojan ahora. Ladrillo y madera, sujetos por clavos y enlucidos, dan forma a una vivienda. No a un hogar, pero su cometido es lograr que lo sea. Ahora tiene que averiguar cómo.

Hiram es un hombre solitario que sabe cómo conseguir lo que quiere, pero todo ha cambiado. Se ha pasado las seis últimas

semanas pensando demasiado, abrumado mientras lidia con el silencio de su hijo traumatizado. Vive al borde de un precipicio. A un error de cálculo del desastre. A un movimiento en falso de fallarle a un niño al que no conoce. Necesita recuperar el control, y el primer paso es aceptar que quizá fracase. Todavía está trabajando en eso. ¿El segundo paso? Crear estabilidad. Hacer un paréntesis en su carrera de abogado, ver cómo se reconcilia con los padres a los que abandonó cuando tenía dieciocho años y dejar su vida en Los Ángeles para comprarse una casa en su ciudad natal es un comienzo bastante bueno. O eso espera. Si no, es demasiado tarde para volver atrás.

En cuanto termina su inspección, el talismán integrado en la casa lo avisa de la llegada de la empresa de mudanzas. El tiempo se desdibuja mientras descargan cajas, montan camas, instalan electrodomésticos y dispositivos y colocan muebles. Cuando se marchan, abre las ventanas para que la brisa disipe el olor a productos de limpieza y refresque el aire viciado. Le quedan seis horas antes de que tenga que ir a casa de sus padres a buscar a su hijo, según el régimen de visitas que han acordado. Tiempo de sobra para hacerse con lo básico y sudar la camiseta.

En el porche trasero se calma, percatándose de que este es otro espacio en blanco en el que hay que trabajar, pero las vistas del cielo nublado y el azul cristalino de las aguas del lago Arnez lo instan a hacer un descanso en la planificación. Sauces y cipreses salpican el inclinado césped hasta que la hierba da paso a la pedregosa orilla. El embarcadero de madera y la casa de botes parecen de construcción reciente, pero el sendero de adoquinado que los une es viejo. La quietud aquí es un silencio que no necesita posibilidades.

La paz se ve interrumpida por una luz anaranjada difusa que encierra su propiedad y lo avisa de la llegada de alguien más. No

espera visitas. Hiram deja el porche trasero para poner el ojo en la mirilla. Una extraña pareja de hombres está en la escalera de delante, echando un vistazo y musitando palabras que Hiram no logra oír. Uno va vestido como un leñador: es bajo y fornido, de tez blanca y pelo rojo rizado, barba y demasiada tela escocesa. El otro es alto, de ojos oscuros y pelo negro ondulado, lleva unos vaqueros, una camisa blanca y una americana. Cuando Hiram abre la puerta, adoptan una expresión profesional y le enseñan sendas placas plateadas de la FCD, la División de Delitos Federales, adornadas con amuletos de ojo de tigre.

—¿Señor Ellis? Soy el investigador Francisco Padillo y este es el investigador Gabriel Sallant. —El acento del nordeste del más alto es marcado—. Trabajamos en la FCD. ¿Tiene un momento?

Las placas se iluminan con una luz dorada cuando las tocan, lo que confirma que son quienes afirman ser. Los investigadores son agentes federales con pretensiones que se ocupan de casos sin resolver, asesinatos rituales y en serie y cualesquiera casos en los que estén implicados videntes o alguna actividad interestatal. No suelen hacer visitas a domicilio, lo que hace que Hiram se pregunte para qué habrán venido. Con una familia con más abogados, empresarios y políticos de los que puede contar, Hiram sabe que no tiene por qué dejarlos pasar, pero también es consciente de lo que puede causar si se niega.

—¿De qué se trata? —Cruza los brazos con ensayada desenvoltura.

Gabriel saca una piedra que no es más grande que la palma de su mano.

—Me enviaron esta piedra mensajera hace meses. Pensé que era un error hasta que recibí el informe de Grace Fowler.

Aunque Hiram no pierde la calma ni el aplomo, el miedo se le remansa en la boca del estómago.

—¿El informe? Pero si murió cuando se enfrentaba a un ladrón.

—El robo era una tapadera. Nuestros homólogos ingleses llevaron a cabo una investigación de dos meses y concluyeron lo que ya sospechábamos.

—¿Que era...?

—¿Está familiarizado con el caso del asesino en serie conocido como el Botanista? —le pregunta Francisco, pero al ver la cara inexpresiva de Hiram, continúa—: Bueno, no esperaba que lo estuviese. A pesar de nuestros esfuerzos, no ha recibido mucha cobertura porque las víctimas son videntes.

—¿Cuántas?

—Diez, ahora once, a lo largo de los seis últimos años. No sabemos cuál es la causa exacta de la muerte porque el Botanista utiliza una poderosa maldición debilitante para degradar rápidamente su impronta y, con ella, cualquier prueba física. —Todos los hechizos dejan residuos, llamados improntas. Al igual que una huella digital, la impronta de una persona es única e identificable, pero se desvanece al cabo de pocas horas—. La cantidad de magia que se utiliza nos lleva a sospechar que el Botanista es un vidente o un mago con un poderoso amuleto no registrado.

—¿Cómo saben que se trata de la misma persona si no tienen pruebas físicas ni su impronta? —inquiere Hiram.

—El cuerpo de las víctimas, de todas ellas, está en la misma postura, con las extremidades extendidas, como si fuese un sacrificio —explica Francisco—. Además, según los sensitivos, el aire de cada escena huele a magia fallida, lo que apunta a un ritual que se torció. Por último, hay lirios araña en todo su esplendor que arden al tocarlos.

—Magia omnipotente —añade Gabriel.

La magia ritual ya es mala de por sí, pero la omnipotente es una magia que se crea mediante pura fuerza de voluntad. Está prohibida porque da lugar a la clase de inestabilidad que se manifiesta de formas desconocidas. Podría tanto debilitar la capa de ozono como desestabilizar la sociedad. Los asesinatos no son infrecuentes, el ser humano es el animal más peligroso del planeta, pero un asesino en serie que no respeta las leyes mágicas fundamentales que hacen que el mundo siga girando sobre su eje es algo muy distinto.

La falta de interés de la opinión pública indica una temeridad a la que él no se puede resignar. Le recuerda que la historia no se repite: se reformula y rima. Esto tiene la hechura de otra Gran Desaparición, el peor suceso con un gran número de víctimas de la historia reciente. Hiram estaba en la universidad cuando los primeros reportajes de inexplicables Desapariciones llegaron a las noticias. Durante la primera semana Desaparecieron docenas. Cientos, después. Se declaró epidemia mágica solo cuando también empezaron a Desaparecer políticos, miembros de la realeza y las personas más ricas e influyentes. Luego, un día, exactamente un mes después de que se produjese la primera Desaparición, diez mil personas Desaparecieron a plena luz del día en distintas ciudades de todo el mundo. El terror propició una sociedad en caída libre. Los colegios cerraron, la violencia se volvió desenfrenada, las normas dejaron de importar y la economía mundial se desplomó. Cuando capturaron a la fuente y el orden social se restauró, el incidente se ocultó. Los rumores sobre la identidad del responsable llevaron a la asunción de que se trataba de un vidente, ya que nadie más podía haber soportado el coste físico de semejante magia, lo que provocó un cambio significativo de las leyes mundiales. En Estados Unidos, la histeria agravó la opresión a que estaban sometidos los videntes y

su separación de los magos. La tragedia marcó un antes y un después en la historia y se convirtió en el suceso que los intolerantes señalan como explicación del odio que sienten.

—Grace fue la única víctima a la que mataron fuera del país —señala con cautela Gabriel.

Hiram nota que lo están estudiando. No le gusta.

—¿Y las demás?

—La primera fue un sanador en Filadelfia. A las dos siguientes las encontraron en California. Una en el norte del estado de Nueva York. Dos en Florida, mientras estaban de vacaciones. El resto entre Colorado y Texas. Todavía no tenemos un patrón, ni cronológico ni temporal ni ningún otro. No hay motivación, ni perfil, ni escena reciente..., hasta Grace, y ni siquiera entonces hubo impronta.

—La pregunta más pertinente es: ¿qué es lo que saben después de seis años de investigación? —inquiere Hiram.

—Cuando nos asignaron este caso hace tres años, solo era un asesinato. A medida que investigábamos nos tropezamos con más casos en todo el país con demasiadas similitudes para que fuese una coincidencia. Tenemos recompensas por información que nadie ha reclamado y un testigo dispuesto a colaborar que no recuerda gran cosa. Y ahora lo tenemos a usted.

—De eso nada. Créanme, no les interesa que me involucre. —Los videntes, aparte de Peter Weston, su mejor amigo, odian a Hiram Ellis—. ¿Quién les ha facilitado esta dirección?

—Grace nos ha conducido hasta aquí —contesta Gabriel.

—Mentira.

Su irritación va en aumento cuando el investigador Sallant murmura un hechizo sobre la piedra mensajera.

—*Nuntius*.

Entre los dedos, la piedra emite un zumbido y a continuación una luz blanca. Gabriel abre la mano. La piedra se eleva y gira hasta que se oye un acento británico familiar, distorsionado, que él escuchó por última vez hace siete años: «Soy una estrella moribunda. He Visto mi final. No seré la última, pero es imposible luchar contra lo que termina. El Sol y la Luna se salen de su órbita mientras la Tierra se sume en un sueño profundo. Lazos rotos se forjan de nuevo. Debes obligar a la Tierra a que viva, al Sol a que brille y a la Luna a que muestre su verdadero rostro».

La piedra se apaga, aterriza en la mano de Gabriel, que aguarda; el silencio reverbera.

—¿Sabe a qué se refería?

—No —responde Hiram, que sigue distraído después de analizar cómo ha cambiado el tiempo la voz de Grace. La paranoia y el sigilo instan a los videntes a contar sus visiones en acertijos para dificultar la interpretación y protegerse de unas leyes que les prohíben hablar con claridad. Hiram tiene la corazonada de que esos hombres no le han enseñado la piedra a nadie más, lo que significa que esta conversación no ha sido aprobada y no es oficial—. ¿Qué es lo que no me están contando?

—Mucho —admite Gabriel—. Grace también escribió una nota que venía con la piedra; así es como hemos dado con esta casa y, en último término, con usted. Decía que necesitábamos encontrar su antiguo collar, que oculta el verdadero rostro. ¿Sabe a qué se refiere?

—Lo único que se me ocurre es su colgante embaucador —contesta Hiram, que se percata de la segunda mirada de reojo que intercambian los hombres—. Grace tiene el único que no está en un museo. Mejor dicho, tenía. Lo perdió poco después de que yo la conociera.

Esto suscita el interés de Francisco.

—¿Lo perdió o se lo robaron?

Él se encoge de hombros.

—Dijo que había salido con unos amigos y que cuando volvía a casa se dio cuenta de que ya no lo tenía.

—¿Qué hace el colgante? —quiere saber Gabriel.

—Puede cambiar el aspecto de la persona que se lo pone. No sé cómo es en realidad el artefacto en sí, porque su apariencia depende de quién lo lleva. Era un gato cuando lo lucía Grace, pero la única vez que lo toqué se convirtió en un lobo. Se trataba de una reliquia familiar, que heredó de su abuela. Me resulta extraño que les pidiera que encontrasen algo que perdió hace años en Nueva York.

—A menos que supiera algo. ¿Podemos hablar con su hijo de la noche en que la mataron? —pregunta Francisco.

La expresión de Hiram se endurece.

—De ninguna manera.

—Grace es la pista más sólida por el momento. Su asesinato es una aberración. Necesitamos averiguar por qué el Botanista la eligió a ella. Tal vez con el testimonio de su hijo podamos llegar a alguna conclusión. Si había alguien más allí, adónde fueron... Cualquier cosa será de ayuda. Son muchas las familias que necesitan respuestas y quieren que se haga justicia.

—He dicho que no.

Gabriel y Francisco se miran antes de que el primero tome la palabra:

—Yo también soy padre, y entiendo su preocupación. Sé que esto es difícil, pero al hijo de Grace lo encontraron en casa, y había indicios de forcejeo. No sabemos por qué salió ella, pero la hallaron a menos de medio kilómetro de distancia. Su hijo...

—Su hijo también es mi hijo —espeta Hiram—. Y, de todas formas, no habla desde que encontraron a su madre, así que pierden el tiempo.

—Hay otras formas de preguntarle...

—Me preocupa más protegerlo del trauma que quieren pedirle que reviva.

—Con que pudiéramos...

—No.

Hiram les da con la puerta en las narices y vuelve a intentar recuperar la estabilidad entre tanto caos.



El apellido Ellis es complicado.

Hiram creció protegido y mimado. A medida que fue vislumbrando cómo era la vida más allá de los límites creados por los Ellis, se dio cuenta de que su identidad era una serpiente pitón enroscada en su garganta. Cuanto más luchaba por desaprender las mentiras prejuiciosas que le habían enseñado como verdades, tanto más lo constreñía su legado. La universidad fue su primer atisbo de libertad. Hiram viajó a lugares en los que nadie había oído hablar de su familia, se labró una reputación al margen de la indecorosa conexión con esta y salió con mujeres sin que le preocupase si eran parejas aceptables. Cada año se fue distanciando más de su antigua vida..., hasta hacía dos meses, cuando saber de la existencia de su hijo hizo que cayese en picado, acabara llamando por teléfono a su padre y recibiera una invitación a ir a casa para reparar los puentes que se

habían roto. Su confianza flaquea ahora que ha vuelto a Proventia, donde el peso de su apellido es mayor.

Está en una boutique para niños del centro en la que su propietaria, Nancy, le dice que su cara le suena y le pregunta cómo se llama. Hiram se plantea mentir, pero la verdad se impone.

—Hiram Ellis.

La expresión de la cara de la mujer cambia y le estrecha la mano con vehemencia.

—¿Ellis? O sea, ¿la familia Ellis?

—Barrett Ellis es mi padre. —«Por desgracia», no añade, pese al deseo de hacerlo.

En Proventia hay dos clases de personas: los magos, que adoran a la familia de Hiram, y los videntes y simpatizantes, que no. No hay medias tintas. Por suerte, Nancy es una de las primeras, lo que hace que todo sea más fácil, pero también mucho más incómodo.

—Ah, usted es ese Hiram. Bienvenido. —Entrelaza las manos—. Su regreso ha causado un gran revuelo en la ciudad.

En favor de Hiram hay que decir que consigue disimular el desprecio que siente.

—Necesito ropa para un niño de seis años.

—Será un placer ayudarlo.

Cuantas más preguntas formula Hiram sobre las mejoras mágicas de las prendas, tantas más sugerencias hace Nancy. Cuanta más ropa elige él, tanto más simpática se vuelve ella. Está eligiendo entre dos pajaritas cuando Nancy se le acerca demasiado. Ha estado tan volcado en lo que desea o no comprar que no se ha dado cuenta de que se ha convertido en su presa. La mujer ha comprendido que es padre soltero y ha bromeado diciendo que su beagle es la relación más larga que ha tenido nunca. Hiram se aleja con tacto con el pretexto de examinar unos calcetines hechizados para que siempre

encuentren a su pareja. A juzgar por lo sorprendida que parece ella, esta no es la típica charla con intercambio de teléfonos que se esperaba. Hiram entiende el motivo. Alta y delgada, con su pelo rubio, los ojos verdes, la tez blanca y unas pecas que disimula en parte por los polvos bronceadores, Nancy es atractiva y ocurrente en su justa medida, y es evidente que está acostumbrada a conseguir lo que quiere.

—Tenemos otros accesorios que tal vez le interesen. Las pajaritas han quedado anticuadas, pero los colgantes de animales imbuidos en magia están de moda. Pueden proteger a su hijo de un hechizo lanzado contra él o actuar como un amuleto y absorber el coste de un hechizo lanzado. La mayoría de los que hay en el mercado absorbe hasta diez hechizos de nivel bajo, pero estos solo absorben cinco. Los magos niños no pagan por la magia, a diferencia de los adolescentes y los adultos. ¿Cuál es el animal preferido de su hijo?

Hiram no lo sabe, pero nunca lo admitiría.

—Cambia cada semana.

—Bien, en ese caso, tenemos uno que cambia cada día para convertirse en su preferido, por si le interesa.

El colgante es caro, pero Hiram accede y sigue hasta el mostrador a Nancy, que lo suma todo y retira las gemas antirrobo de las etiquetas.

—Y... si le interesa volver a familiarizarse con Proventia, estoy a su disposición.

Es atrevida, Hiram no le puede negar eso.

—Pagaré en efectivo.

La sonrisa de Nancy se desvanece. Hiram paga, coge las cuatro bolsas y va hacia su coche. Su próxima parada es la farmacia Fallen Oak, necesita pociones y elixires para llenar sus botiquines. Va a poner la mano en el pomo cuando tres coches patrulla con las luces

encendidas se detienen con un chirriar de ruedas a pocos metros. El talismán que hay sobre la puerta vibra y tintinea cuando Hiram entra. El olor de la confrontación ahoga el de la lavanda y el tomillo.

—¡No se mueva! —Una mujer mayor de baja estatura señala un pasillo y vocifera acusaciones de robo y uso ilegal de la magia. Hiram no ve al acusado, pero la dependienta lo mira de reojo—. Está cerrado.

—No es lo que dice el cartel.

La puerta trasera se abre de golpe.

—¡Agentes! ¡Avanzad despacio hacia la parte de delante!

El *impasse* da lugar a voces alzadas y golpeteo de zapatos en la madera. Hiram exhala un suspiro. Deben de haber ido por el callejón para entrar por detrás.

—Muy bien —espeta una mujer que exuda rebeldía cuando sale del pasillo con una caja y un agente detrás, cuya placa amuleto está iluminada a modo de advertencia.

Hiram reconoce a la mujer alta y de piel oscura con trenzas blancas que le llegan a mitad de la espalda: Jadiya Desai.

—Cojo la caja que se le cayó y así es como me dan las gracias. —Su tranquilidad roza el aburrimiento mientras la deja despacio a sus pies y levanta las manos—. No necesito robarle. Y, de todas formas, estos cuernos de búfalo son falsos.

—Eso es mentira, vidente. —La dependienta escupe la palabra como si fuese ácido—. La robó y después me lanzó un conjuro para que lo olvidara.

Un vidente que utiliza la magia en público incurre en un delito que se castiga con el arresto, pero Jadiya sigue como si tal cosa, ladea la cabeza hacia los agentes.

—¿Un conjuro para hacerla olvidar? No solo es absurdo, sino que la magia de los videntes no funciona así. ¿Es que no les enseñan

otra cosa que no sean estereotipos e información errónea? No hace falta que conteste. Un sensitivo puede saber si he lanzado algún hechizo. Y aquí al menos hay uno, conozco el protocolo.

Como sensitivo que es, Hiram sabe que un hechizo recién lanzado puede oler a cualquier cosa, pero siempre hay un trasfondo de ozono que él no detecta aquí. Se aclara la garganta, advirtiendo a todos de su presencia.

—Disculpen mi intromisión, pero ¿tiene alguna prueba del robo? ¿Un vídeo? ¿Algo que incrimine a esta persona?

La sarta de preguntas aturulla a la dependienta. Su justificación para llamar a los agentes pasa a un segundo plano cuando los ojos de Jadiya, de un verde grisáceo, se clavan en él. Se achican al reconocerlo, se entornan como si Hiram fuese una especie invasora que ella ha de eliminar. Él no espera menos de la mujer de su mejor amigo. El resentimiento siempre está ahí.

—Señor —empieza uno de los agentes—, a menos que sea el abogado de esta vidente, debería marcharse.

Hiram no lo es, pero no tiene todo el día para que ellos descubran lo que él ya sabe a ciencia cierta. Se saca su permiso y se lo ofrece al agente que tiene más cerca.

—Como sensitivo registrado, puedo confirmar que en el aire no hay residuos de ningún hechizo. No hay cámaras en el establecimiento, porque los talismanes que emiten sonidos, como el que hay sobre la puerta, interfieren con las grabaciones.

La dependienta se desinfla mientras los agentes, prestos a lanzar hechizos, miran a su alrededor con una nueva percepción.

Uno de ellos pregunta:

—Señora, ¿es eso cierto?

—Sí, pero...

—Ahora que hemos demostrado que no ha pasado nada —la interrumpe Hiram con una mirada gélida, si bien a continuación sonríe—, hagan el favor de soltar a la señora Weston y aparten los coches patrulla, están bloqueando el mío.

—Sigo apellidándome Desai. —Jadiya no le dedica ni una mirada antes de marcharse, pero Hiram la observa hasta que desaparece de la vista.



A la mañana siguiente, Hiram encuentra fuera lo que está buscando.

Sentado en la hierba, su hijo se abraza las rodillas mientras contempla los árboles, más allá de las aguas en calma del lago, absorto en sus pensamientos. Hiram coge la bolsa que ha dejado en la mesa y se une a él. El carraspeo para anunciar su presencia asusta al niño, pero antes de que pueda salir corriendo, Hiram se sienta a su lado en la hierba fría, cubierta de rocío. El pantalón caqui se le manchará, pero no le importa. Ven cómo se agrupan las nubes y se deslizan sobre el agua, que refleja el cielo. Un frío intenso envuelve el aire, preñado de extrañeza.

—Buenos días.

No espera obtener respuesta.

Mirar abiertamente es algo que Hiram hace a menudo. Sobre todo porque no se puede creer que sea padre y tenga la responsabilidad de no joderle la vida a un niño, pero a veces, como ahora, mira para ver si será capaz de resolver qué llave abrirá el misterio de su hijo. Por el momento, ninguna ha funcionado.

Durante las primeras semanas, Hiram se mantuvo tranquilo y razonable, pero empieza a desesperarse. Estar con un niño que apenas lo mira a los ojos, que no soporta que lo toque y que tiene unas pesadillas que desencadenan reacciones mágicas ha acabado frustrándole hasta el punto de llegar a compadecerse de sí mismo, algo que no es propio de él. Lo está venciendo un crío puntilloso que se engomina él solo el pelo, siempre está vestido a tiempo para ir al colegio y nunca permite que nadie le toque la pajarita de punto que lleva desde que Hiram lo conoció. Tiene muchas pajaritas de colores distintos, pero solo lleva la negra.

El color del luto, pero se trata de algo más profundo que la pena. El negro era el color preferido de Grace, una extraña afinidad para alguien tan original.

Su hijo entrelaza con fuerza las manos, como si solo pudiese encontrar consuelo en él mismo. Por instinto, Hiram alarga un brazo, pero su intento se ve rechazado cuando el niño se mueve. La reacción no es nueva. Sin embargo, le duele más de lo que está dispuesto a admitir.

—¿Te gusta este sitio?

Más silencio. Está intentando no acostumbrarse a él. Vivir con un niño se supone que es un desafío, y la pena complica incluso los asuntos más sencillos. Se pregunta si estará condenado a fracasar.

Su hijo hace el más leve de los asentimientos, con la vista fija en el agua. Hiram concibe esperanzas de nuevo.

—A mí también.

El comentario le granjea una mirada lenta, vacilante. Hiram aprovecha el momento para ofrecerle con torpeza una bolsa de regalo, observa al cauteloso niño mientras saca el colgante de oro con forma de animal que le ha comprado. En su mano, cambia de un

oso a un perro y a un caballo antes de detenerse en un gato. Un silencio insoportable le obliga a decir:

—Pedí que grabaran tu nombre por detrás.

Al oír esto, el niño le da la vuelta al colgante; un pequeño dedo recorre cada letra como si el metal encerrase un misterio.

«Antaris».



El tiempo crea orden dentro del caos. Incesante y escurridizo, de su paso se percatan sobre todo los que permanecen inmóviles lo bastante para presenciar el cambio. A Hiram no le importa que el tiempo sea limitado, está convencido de que se plegará para compensarlo si presiona lo suficiente. Como un estratega, calcula la trayectoria de cada movimiento. Armado con tantos puntos fuertes como débiles, Hiram no pierde de vista las partes que no encajan. Las piezas que no puede controlar.

Una de esas piezas ahora mismo se encuentra en el colegio. La otra es Simran, su madre, que espera en la isla de la cocina con un periódico. Viste con elegancia, incluso en casa, pero hoy lleva una modesta *kurta* de flores. Si está intentando convencerlo de que ha cambiado, no lo está consiguiendo. El hecho de que haya entrado como si la casa fuese suya lo demuestra. A Hiram le decepciona, pero no le sorprende.

—Tengo que ajustar el talismán para que deje de permitir la entrada a todos los miembros directos de la familia. —Conminando a sus rasgos para que parezcan impasibles, Hiram pasa por delante de

su madre para acercarse a los fogones. Sin utensilios, no obstante, ponerse a cocinar para no hacerle caso no es posible.

—No harás tal cosa. —Simran tiene el descaro de actuar como si él no estuviese siendo razonable—. Pensé que podríamos hablar. Mientras desayunamos.

En un instante Hiram recuerda exactamente cómo es su madre. Cómo actúa. Qué quiere.

—No tenemos nada de lo que hablar aparte de lo que hemos convenido: tú llevas al colegio a Antaris y lo vas a buscar. Pero, si quieres, podemos hablar de cómo te has estado extralimitando.

La mandíbula de ella se tensa.

—Veo que Peter te ha dicho lo de la tutora.

—Es mi mejor amigo y el padrino de Antaris. Naturalmente que me lo ha dicho.

—En ese caso, supongo que no hay nada de lo que hablar. —Une las manos—. Enséñame la casa, querido.

Simran tiene tantos motivos de queja como comentarios. Según ella, el tamaño de la cocina, la sala de estar y el salón principal es bueno, pero los muebles son demasiado informales. Hiram no le menciona que escogió las piezas a las que Antaris dedicó algo más que una ojeada de pasada cuando iban por la tienda. Simran continúa lamentando las escasas dimensiones del dormitorio principal.

—Ahí solo duermo yo.

La falta de decoración desenfadada en la habitación y el cuarto de baño de Antaris.

—Apenas le conozco, pero «desenfadado» no es una palabra que utilizaría para describirlo.

Los pasillos, demasiado estrechos y simples.

—¿Acaso importa?

No hay habitaciones de invitados, pese a los tres dormitorios de más.

—No hemos tenido invitados.

Hiram cree que el jardín trasero se salvará de la crítica, pero al parecer vale la pena mencionar la posibilidad de que el lago se seque.

—Llueve ciento cincuenta días al año.

Simran es tenaz cuando quiere algo, un rasgo que ha heredado él. Lo que quiere ahora es que Hiram esté a su alcance. Para lograrlo, sembrará semillas de duda y hará que se cuestione las decisiones que ha tomado. Es un lavar, enjabonar, aclarar, repetir de una infancia que Hiram pasó debatiéndose entre ansiar la merecida aprobación de su madre y querer decirle que se fuera a la mierda... respetuosamente.

—Creo que te has precipitado al decidir comprar este sitio. —Simran vuelve a la cocina y se sienta—. Deberías haberte instalado en casa para...

—La reconciliación no será posible si vivimos bajo el mismo techo.

Momentáneamente desalentada, su madre cambia de enfoque y dispone el desayuno que le ha preparado su ama de casa.

—Me he asegurado de traer lo que más te gusta.

Hiram siempre ha preferido huevos, tostadas y café. El plato de salchichas, jamón y torrijas le recuerda con claridad la continua falta de atención de su madre y su indiferencia por lo que él quiere. Esa certeza pone de manifiesto todo cuanto él odia.

—Tu tío preguntó por Antaris. —Al ver la mirada que le lanza su hijo, ella precisa—: Por el cosmos, no. No tu tío Phillip. Está demasiado ocupado con sus estudios genéticos secretos en Atlanta. Intento disuadir a tu padre de que se relacione con él. Me refería a Robert.

El tío más seguro, en lo que respecta a Hiram. Robert está más centrado en colocar a miembros de la familia Ellis en tantos cargos políticos como pueda de lo que lo estará nunca en descubrir las raíces de Antaris.

—¿Qué preguntó?

—Dudas generales. Quería saber cómo era su madre, y puse una excusa. También le endilgué el rollo sobre el cero que había sacado en las pruebas de la Visión, pero sé que mostrarán curiosidad cuando el niño sea mayor.

—De eso me encargaré cuando llegue el momento.

—Tu despreocupación no será el motivo de que se me rehúya en una familia en la que me he volcado durante años, subiendo peldaño a peldaño. Por fin me consideran un pilar. Una matriarca. No una extraña que entró en ella al casarse. En el bufete te ganarías su respeto. Tu padre tiene un puesto en la junta que te cedería encantado. Podrías llegar a un nivel en el que la familia no te cuestionaría, por lo cual permitirían que sigas aquí. Podría incluso favorecer que entraras en política. Podrías presentarte a alcalde de Proventia.

—No me interesa.

Simran profiere un ruidito que expresa su incredulidad.

—Piensa en tu hijo.

—Eso hago. —Tiene la impresión de que cada paso que da es en falso, pero las sugerencias de su madre son peores.

—¿De veras? —Como si intuyese que el humor de su hijo se está agriando deprisa, le da unas palmaditas en la mano—. Estoy intentando ayudar, pero tú te sigues obstinando.

Hiram no es cabezota. Sencillamente se niega a caer en las viejas costumbres, a cambiar para satisfacer las expectativas de su madre.

—Quiero que Antaris sea una preocupación menos para ti, por eso le he buscado a esa tutora. Tú tuviste tutores y una educación en condiciones. Él necesita lo mismo. Quiero que sea un Ellis respetable. Creo que, hasta que esté listo para ir a la Academia Arcadia, le vendrá bien recibir un poco de atención extra. Además, la señorita Thorne es una maga que simpatiza con los videntes. Supuse que lo aprobarías.

Hablar con su madre es como darse de bruces contra un muro de ladrillos: doloroso e inútil.

—No lo meteré en un internado.

—¿Por qué no? Antaris es un legado. —Simran frunce el ceño al ver que Hiram no dice nada—. Lo que suscita otro tema de debate: su apellido. Fowler es...

—Su apellido.

Su madre consigue reprimir la irritación con maestría, pero no lo bastante rápido.

—Antaris debería haber llevado nuestro apellido desde el principio. No está emparentado con el hombre cuyo apellido lleva.

—La sangre no hace que una familia sea tal. John crio a Grace cuando su padre la abandonó y su madre murió. Ella tomó su apellido.

Como era de esperar, eso a Simran no la conmueve.

—He cumplimentado la documentación necesaria para enmendar el error. Lo único que hace falta es tu firma.

—No firmaré esos papeles.

Su madre frunce más el ceño.

—Es tu hijo.

—¿Acaso su apellido cambia ese hecho? —No espera a que le conteste—. A Antaris lo han apartado de todo cuanto conoce. Lo

último que necesita es verse asfixiado por la nueva identidad que le quieres imponer con tanta prisa.

—No se la quiero imponer. Necesita una estructura. Todos los niños la necesitan. Puede que tú no entiendas por qué insisto tanto, pero quiero lo mejor para él. Debemos fijar expectativas.

Hiram suelta una risita carente de humor.

—Es una lástima que yo nunca haya satisfecho las tuyas.

Simran parece a punto de desmoronarse, pero en el último instante vuelve a ser la personificación del aplomo y la compostura.

—No quiero discutir contigo cuando lo que pretendemos es reconciliarnos.

—Eso requerirá un compromiso por parte de todos, no solo por la mía.

Una pequeña parte de él aún anhela tener una relación normal con sus padres, una relación en la que pueda pedir ayuda y recibirla. Pero la desconfianza nubla cada interacción.

—Terminaremos esta conversación después. Por ahora, desayunemos.

Hiram no tiene hambre, pero se fuerza a comer un poco. El silencio apenas roza lo soportable cuando su madre chasquea la lengua mientras lee una página del diario cerca del final.

—Un desastre tras otro. Nada bueno. Por lo visto, los videntes están en peligro. Ellos constituyen el peligro para la sociedad, pero ¿quién soy yo para criticar a la prensa? Para variar, me gustaría abrir el periódico y leer un artículo agradable.

—Perdona a las noticias por no amoldarse a tus requisitos.

Simran enarca una ceja mientras bebe un sorbo de té.

—Hoy estás respondón.

—No es verdad. Si lo deseas, puedo leer los artículos y filtrarte solo lo bueno. —Más que cualquier otra cosa, quiere ver si se

menciona al Botanista.

Una ceja se arquea en señal de escepticismo.

—No estás descansando nada porque Antaris sigue sin dormir toda la noche del tirón, ¿me equivoco? Te dije que levantar barreras con el talismán que te di te...

—No lo acorralaré en su habitación como si fuese un animal.

—¿Cuándo he dicho yo eso? El mantra que no me cansaré de repetir es que tienes que ponerle normas.

—¿Qué quieres que haga? ¿No prestarle atención cuando tiene pesadillas?

—Lo ideal sería que no premiases su comportamiento, sí. —Entrelaza los dedos—. Educar a un hijo es difícil, y no pasa nada por admitirlo. Preferiría emplear mi tiempo ayudándote en lugar de discutiendo. Tú y yo nos hemos perdido muchas cosas; para empezar, años con él al alejarse su madre. No deberíamos perder más.

—Sabes de sobra por qué lo mantuvo apartado —responde él.

Cuando Hiram le confesó a Grace que era esa clase de Ellis, ella cortó el contacto y desapareció. Según su padrastro, no mucho después volvió a Londres, averiguó que estaba embarazada y no dijo nada. John nunca lo aprobó, siempre la instó a que se pusiera en contacto y le diese una oportunidad a Hiram, pero este lo entendía. Él no era libre. El apellido y la reputación de los Ellis ya lo habían asfixiado mucho antes de que se marchase. La última década era solo una ilusión que él mismo había creado.

—No somos los monstruos que ella creía que somos —aduce Simran.

—Los videntes cuentan con siglos de pruebas que demuestran lo contrario. Inventamos maneras para subyugarlos, venenos para cortar sus lazos con la magia, e imbuimos sus debilidades en cosas

que necesitaban. Sin embargo, tenemos el descaro de sonreírles a la cara mientras les ofrecemos su opresión como si fuese un regalo.

—La Gran Desaparición...

—Deja de utilizar eso como excusa para tratarlos como si fuesen inferiores.

—Tú estabas en la otra punta del mundo en la universidad. Si hubieras estado aquí, la experiencia te habría cambiado, como me pasó a mí. Es la relación causa-efecto. Nunca se vuelve al estado de ingenuidad, ni se puede deshacer lo que se ha visto. Jamás confiaré en nadie que posea el poder de cambiar el mundo, de borrar a gente de la faz de la Tierra.

—Yo conocía a personas que Desaparecieron, pero no culpo a un grupo entero por los actos de una única persona. La historia no se puede reescribir. Las leyes antividentes ya estaban en vigor mucho antes de que se produjese la Gran Desaparición.

—Esto no tiene sentido. —Simran consulta su reloj y se levanta—. Debo irme.

Después de que se marche, Hiram limpia meticulosamente cada rastro de la conversación que han mantenido, pero no basta. Nunca basta.



Demasiado inquieto para quedarse en casa, Hiram sale a dar un paseo. No alrededor del lago, sino por el bosque. Es media mañana, el sol se abre paso entre los árboles y el sendero está congestionado. Cuanto más se adentra, menos gente hay, hasta que solo ve a una o dos personas de ciento a viento.

Hace años que Hiram no viene a este sitio, pero el bosque no está sometido al tiempo. Cuando los árboles empiezan a inclinarse sobre el sendero, que es poco más que hojas caídas y musgo, sabe que está cerca. A sus oídos llegan los primeros sonidos del agua, y una familiar cicuta occidental que crece a un lado del cómodo camino le indica que ha llegado el momento de abandonarlo.

Orientarse resulta más fácil de día. Pequeñas tallas en los árboles lo guían mientras camina durante lo que le parecen horas, sudando con la humedad que provoca el sol de mediodía hasta que se agacha para pasar por debajo de una rama y ve de frente la boca de la Cueva Nénuphar.

No es un secreto, pero es sagrada.

Más que antigua, la Cueva Nénuphar es ancestral. Alberga un profundo laberinto de túneles y arroyos que se ramifica a lo largo y ancho. Si hay un final, sigue siendo un misterio. Hiram descubrió la cueva cuando tenía diez años; se perdió mientras caminaba por el bosque. Era un niño enfermizo, pero eso fue cambiando poco a poco tras su primera visita. Se dio cuenta de que el agua no era una cura, pero sí un estímulo para ayudarlo en el camino.

Dentro el aire tiene un intenso olor a tierra mojada, y a algo embriagador. El agua gotea rítmicamente: el pulso de la cueva. Los ojos de Hiram se alzan a las estalactitas y bajan hasta las estalagmitas que se elevan desde el suelo de barro. Sombras de orbes luminosos suspendidos bailotean por la profunda caverna, oscilan y ascienden, convirtiendo el lugar en un hipnótico despliegue de luz y oscuridad.

En la orilla, Hiram se desviste hasta quedarse con el bañador negro que lleva y se mete en el agua. Tibia y luminiscente, le llega por la cintura y es tan transparente que puede ver el fondo. Cuando emerge, la magia hace que la piel le hormiguee como si estuviese

electrizada, y la primera inhalación tras subir a la superficie alivia la tensión que siente en los hombros. Cauto con la oscuridad que reina en las profundidades de la cueva, Hiram nada con parsimonia. Mientras avanza con suavidad por el agua, deja de pensar. El dolor, el miedo y la preocupación que amenazan con consumirlo... permite que desaparezcan. Los lanza a los brazos del universo.

Flotando bocarriba contempla las paredes de amatista y el techo de piedra caliza de la caverna. Con los ojos cerrados, se abandona a un recuerdo, otro efecto del agua. Las visiones nunca son las mismas.

Con Peter rodeado como un pastor por su rebaño, Hiram se aburre, y lo que salva la fiesta de graduación es el alcohol. Va por su segundo chupito cuando la ve. No es la raja del vestido anaranjado, que hace que sus piernas parezcan más largas, ni el abultado cabello bajo el birrete lo que capta su atención, sino el amuleto de zafiro con forma de ojo que lleva al cuello.

El mismo que un tatuador vidente le marcó en la piel el mes anterior. Una visión hecha realidad.

Ahora vigila. Debatiéndose entre acercarse o recular, lleno de preguntas, Hiram se queda donde está mientras observa a la mujer, que se encuentra medio sentada en una mesa, bebiendo un licor ambarino directamente de una botella. Habla con ardor con tres hombres. Sea cual fuere el tema de conversación, parece segura de su victoria. Sin darse cuenta, Hiram se aproxima más, ahora atrapado en su telaraña.

—Como magos que somos, vosotros y yo constituimos un peligro mayor que cualquier vidente —defiende con firmeza—. Igual que, al ser hombres, vosotros constituís un peligro mayor para mí que...

—Eso no es cierto —arguye uno.

—Te diré por qué estás equivocado. —Bebe otro trago de la botella—. Mientras los hombres y los magos sean quienes sientan los criterios por los que ha de regirse la sociedad, ellos tendrán la responsabilidad de cumplir los más altos estándares. Los magos no lo hacen y, desde luego, los hombres tampoco. Os ciegan de tal modo vuestros privilegios que sois incapaces de ver los grilletes con los que os ha aprisionado la ignorancia. La sociedad estaría mucho más avanzada si se permitiese que los videntes fuesen ingeniosos y creativos con la magia. Estoy...

—Ya empiezas otra vez con toda esa mierda de soñadora —masculla el segundo tipo mientras pone los ojos en blanco.

Hiram se halla embelesado.

—Esta mierda de soñadora es la responsable del amuleto que llevas al cuello —afirma con determinación, y se toca el suyo con un afecto no exento de tristeza—. Si un vidente no hubiese descubierto cómo desviar del cuerpo humano a la piedra los efectos de la magia, si no hubiera aprendido a vincular improntas a un amuleto, los magos seguirían muriendo de daños físicos debido a las consecuencias de los hechizos a largo plazo.

Los hombres se remueven, incómodos.

—No queríamos decir...

Ella se baja de la mesa, se disculpa y desaparece entre el gentío.

Hiram recobra el conocimiento cuando el recuerdo se desvanece. Flota hasta que oye pasos en la arena.

Se pone de pie en el agua. Abre los ojos. Se queda donde está. Pone cara de sorpresa.

Hace mucho que Hiram no piensa en aquella noche, así que, cuando la ve a la orilla del agua, se pasa una mano por el rostro, preguntándose si será una alucinación. Se raspa un pie con una piedra del fondo y el dolor lo sacude. Es real.

Un recuerdo de carne y hueso.

La misma figura menuda, la piel morena y los ojos castaños, hundidos. Más delgada de lo que la recordaba, más cauta que despreocupada. Hay un aplomo que es inconfundible en ella, una consciencia que resulta intrigante y habla a gritos de perseverancia, no de preservación. Lleva un pantalón vaquero, una camiseta gris de la Universidad de Crestwood, botas de montaña y el mismo amuleto que lo atrajo la primera vez. Su pelo, abundante y suelto cuando Hiram la vio, ahora es más largo, cobrizo en lugar de negro y le llega por la mitad de la espalda; se ve amenazado por la humedad de la cueva. Nunca llegó a saber cómo se apellidaba, pero su nombre de pila lleva una década grabado en su memoria: Veda.

—¿Por qué lleva tatuado mi amuleto? —le pregunta la recién llegada mientras lo estudia con los ojos entornados.

—No... lo sé.

Hiram da un paso en el agua hacia ella, que retrocede ese mismo paso y desaparece antes de que él pueda seguirla.

3



Las nubes envuelven el cielo en una penumbra gris.

Veda está inquieta, consumida por los nervios y las preguntas después de que su visita a Nénuphar se viese alterada por un desconocido mojado, medio desnudo, que llevaba una réplica exacta de su amuleto tatuada en el brazo. Vuelve corriendo a Weston, donde Clinton Desai espera solo en un banco con una pequeña radio en la mesa. Está a un volumen bajo, pero no apagada. Hay dos humeantes tazas de té.

—Llegas tarde —musita él.

—¿En serio? —bromea Veda—. Estaba buscando a Peter.

—Lo he Visto.

Un ciego con la Visión. A Veda no se le escapa la ironía. Clinton es fuerte, no especialmente alto y aparenta menos de cincuenta años, aunque cumplió sesenta hacia finales del año anterior. Piel morena oscura, pelo negro, barba entrecana. Las arrugas de sus ojos lo envejecen más que las cicatrices que luce con orgullo como el soldado condecorado que es. Ataviado con una americana color

ciruela, una camisa de lino crema y un pantalón de vestir gris, parece listo para dar una última clase ese día.

—Peter se ha ido para asistir a la reunión del consejo escolar justo cuando yo he vuelto de hablar en nombre de Jadiya al Consejo de Oráculos sobre lo que pasó en la farmacia.

Los videntes responden ante el Consejo de Oráculos de su respectivo estado, el organismo de gobierno que aborda los problemas de su comunidad e interviene cuando infringen las Leyes de Protección de los Magos. Estas leyes prohíben que los videntes hagan uso de la magia en otros, aunque sea de forma accidental o en defensa propia. Quienes infringen intencionadamente las Leyes de los Videntes o desafían el Código —que prohíbe utilizar visiones para modificar el futuro, injerir en el tiempo o interferir con la vida y la muerte— son castigados. El Consejo de Oráculos los priva de la Visión, los convierte en eclipsados. Para un vidente, ese destino es peor que la muerte.

—¿La van a castigar? —inquiere Veda.

—No entiendo su paranoia, su cautela. —Clinton frunce la frente —. No se han presentado cargos y, sin embargo, he tenido que argumentar para que sean indulgentes. No tiene sentido.

—¿Has argumentado en calidad de tío suyo, de presidente del Consejo o de excongresista?

—De las tres cosas.

Como primer vidente al que eligieron miembro del Congreso, Clinton es bien conocido por mantenerse firme ante el odio manifiesto. Cuando se retiró de la política, se instaló en el estado de Washington, posiblemente uno de los peores en cuanto a derechos para los videntes, volvió a la enseñanza y ha hecho avances en la lucha por su gente a lo largo de los cuatro años que lleva al frente

del Consejo de Oráculos del estado. Todavía hay mucho que hacer hasta que el progreso arraigue.

—Creen que los pasos en falso son una señal de problemas, pero no estoy de acuerdo. —Clinton mueve el rostro hacia la brisa—. Tómate el té, Veda. Estás nerviosa, más de lo que sueles. Háblame de Nénuphar.

Intentar ocultar la verdad a un vidente es inútil.

—En la cueva había un hombre. No sé...

—Todo el que necesita sanar puede encontrar Nénuphar.

—Lo sé, pero tenía el brazo lleno de tatuajes, y uno era igual que mi amuleto, hasta las imperfecciones. —Lo tapa con la mano—. Este amuleto es único, lo hizo mi padre a mano. Nadie debería tener una réplica.

—A menos que estéis unidos por el cosmos.

—Espero que no.

Clinton suelta una risita.

—Descríbemelo.

—Pues... no parecía que necesitara sanar.

Piel cetrina bronceada, complexión de nadador. Más alto que Peter. Atractivo, sin lugar a dudas. Pelo oscuro, llamativos ojos azules y barba de tres días. Veda no es capaz de detallar los tatuajes, pero recuerda que el cabello mojado se le pegaba a la frente. Es curioso cómo funciona la memoria.

—Algunas heridas viven bajo la superficie. —Clinton se lleva su taza a los labios y sopla el vapor—. No te puedo leer el pensamiento, pero te conozco. Aún está por ver el día en que tus atajos mentales te fallen.

—Para entonces habré muerto. —El humor negro de Veda chafa la jovialidad del vidente.

—Peter me ha contado lo de los lirios araña. No todos los augurios quieren hacerte daño. A veces pueden ser advertencias útiles. —Apaga la radio y pliega su bastón blanco—. El miedo que sientes cambiará, por etapas, y solo cuando vayas más allá de lo que sabes.

Veda se tensa.

—¿Es algo que has Visto?

—Sí y no.

Es peligroso e ilegal expresar una verdad clara, pero los videntes y su lenguaje ambiguo la crispan como ninguna otra cosa.

—Te preocupa que la maldición Sanguis despierte antes de que averigües de quién es la sangre que llena ese quiste. Sé que ha habido intentos de drenar y extraer la maldición, pero la emponzoñada no se derrama como la sangre normal. —Ladea la cabeza y deja escapar un «mmm» pensativo—. Lo que me pregunto es si alguien se ha planteado que las maldiciones de la sangre son obra del hombre y parasitarias por naturaleza. Desaparecen cuando el huésped deja de serle beneficioso.

—Conoces a Jadiya y a Peter. Han removido cielo y tierra buscando una solución. He tomado todos los tratamientos y pociones antimaldiciones habidos y por haber. Han atacado la maldición con hechizos, me han purificado la sangre y la energía y han utilizado todos sus contactos para consultar a un rompemaldiciones experto, pero solo han logrado descubrir que todas las investigaciones sobre mi maldición son propiedad privada y no las comparten. Nada funciona.

—Eso no es motivo para rendirse. —Clinton sube el volumen de la radio. Más desvaríos que inflaman los ánimos sobre proteger a las masas de los videntes. Veda se estremece al oír el discurso de odio.

—¿Por qué escuchas esto? —le pregunta.

—Ya no estamos apartados de la magia, desplazados y separados de nuestras familias, pero la intolerancia continúa aumentando.

—Créeme, lo sé. Peter ha matriculado en el colegio al nieto de una intolerante. Las cosas que dijo esa mujer, el modo en que desdeñó a los videntes es...

—Muy común.

—¿No te enfada?

—No le daré a nadie la satisfacción de convertirme en el peligro que creen que somos.

«El miedo saca lo peor del ser humano».

—Se te está enfriando el té —le recuerda Clinton.

—Lo prefiero frío y...

—Amargo —termina la frase por ella, sacudiendo ligeramente la cabeza—. No porque te guste, sino por instinto de supervivencia.

—Es la mejor forma de detectar un veneno.

—Una advertencia evolutiva anticuada. —El vidente coge su taza y se la acerca a los labios—. El veneno perfecto ya no es fuerte ni desagradable, sino rápido y limpio.

Veda escucha el zumbido grave de las abejas en el cercano apiario y acepta el caramelo de menta que él le ofrece.

—Esto está tranquilo —comenta al cabo de un rato.

—Sabes tan bien como yo que pronunciar la palabra que empieza por t invita al caos.

Se vuelve hacia ella, su voz cortante como el viento.

—No puedo decir gran cosa, pero de las grietas nace un rojo sangre y un embaucador presenta el rostro de un amigo. Las raíces entrañan verdades y mentiras. Aguanta. Hay una salida. Lo que acecha en la oscuridad saldrá a la luz.

A Veda se le hiela la sangre. Por norma, las visiones de su amigo apuntan a sentimientos, vagos hasta que están cerca de

materializarse. Aunque desconcertante, este es el acertijo más claro que ha dado hasta el momento. Clinton se relaja en su asiento y ambos permanecen juntos viendo el mundo en constante cambio.

—Hubo otra víctima hace un par de meses —le cuenta Veda en voz baja—. Una mujer, en Londres. Gabriel dice que encontraron el cuerpo cerca de su casa, con las extremidades extendidas; había sangre por todas partes y estaba rodeada de lirios araña. Igual que las otras víctimas.

—Todavía te acuerdas de la primera. Cargas con el peso de ese hombre cuando no deberías.

Sin embargo, ha de hacerlo. Su sangre le mancha las manos, y por mucho que se las lave nunca desaparecerá. Ni siquiera las aguas sanadoras son capaces de ahogar las imágenes que la persiguen en sueños. Recuerda encontrar al sanador Lawson con el cuerpo lleno de cortes, los brazos extendidos; del suelo del hospital encharcado de sangre salían lirios araña que se convertían en cenizas cuando ella los tocaba. El rostro de su agresor, que cambió deprisa; el momento en que este reparó en ella, paralizada en el sitio. La manifestación de magia pura que le fragmentó el recuerdo. «No saben lo que se avecina», musitó Lawson mientras la luz abandonaba sus ojos. Dos días después, cuando el asesino fue a por Veda a su casa, lo entendió. La advertencia del sanador también iba por ella.

—¿Sabes por qué nos vemos así, cuando más nerviosa estás? —inquiere Clinton.

—Por lo general es en contra de mi voluntad.

Él no disimula el regocijo, pero su expresión se suaviza.

—Nunca he sido capaz de no prestar atención a alguien que pugna por recobrar el aliento.

Veda se mira las manos, las emociones le forman un incómodo nudo en la garganta.

—Era un niño cuando perdí la vista en un accidente de coche. Mi Visión se manifestó como resultado del mismo. Era una sobrecarga sensorial constante, que solo disminuyó cuando me ayudaron a aprender a dejar fuera al mundo y recuperar las fuerzas. Aprendí que mi respuesta no era la soledad, sino la familia y la comunidad. Eso es lo que confío en haberte enseñado.

—Tengo una comunidad: Peter, Jadiya, Gabriel, a veces Francisco, y tú.

—Pero necesitas más. ¿Acaso no te sientes sola cuando no hay nadie que se ocupe de ti?

Aflora en ella una vulnerabilidad infantil. Veda se quiere abrazar para proporcionarse un consuelo que finge no necesitar nunca.

—El tiempo no está de mi parte.

—El tiempo no está de parte de nadie —contesta Clinton con suavidad—. No malgastes tu energía persiguiéndolo. Escapa a tu control. Aprovecha el que tienes y no pasarás por un infierno tú sola. Protege tus fuerzas. Ábrete a las posibilidades. Lo que haya de pasar pasará.

Veda se siente peor de lo que se sentía cuando se sentó.

—Eso no hace que me sienta mejor.

—No es esa la intención. —Hace una pausa—. Permítete quedarte quieta, pero no te detengas.

Ella cierra los ojos.

—¿Qué oyes? —le pregunta Clinton al cabo de un rato.

—Las abejas. La brisa. Los pájaros. El murmullo de los árboles. La tormenta que se avecina.

—Yo oigo desorden.

No dice si en ella o en la naturaleza.



El invernadero de la Academia Weston es una maravillosa mezcla de magia y tecnología.

Diseñado para ampliarse cuando sea necesario y resistir todo lo que no sea el impacto de un meteorito, el invernadero empezó siendo cuatro cristales unidos por potentes encantamientos. Ahora tiene dos plantas, y un tejado que se desplaza según el tiempo que haga y el movimiento del sol. Caprichoso y acogedor, está envuelto en glicinias y hiedra, y se funde a la perfección con el paisaje del colegio. Dentro es más impresionante: un laberinto ordenado de denso follaje, hierbas aromáticas y medicinales, exuberantes árboles autóctonos y tropicales e hileras de verduras, flores y hortalizas. Las plantas están en macetas o espalderas o cuelgan del techo y crecen alrededor de la escalera circular que conduce hasta los huertos superiores y las zonas de trabajo. Todo es una explosión de color.

El trabajo de Veda consiste en controlarlo todo, tanto a las plantas como al personal. Es repetitivo, pero a ella le reconforta la rutina, sobre todo cuando su vida es una espiral de caos. Cuando ha realizado la mitad de las tareas matutinas, mira desde el balcón de cristal y divisa algo que hace que interrumpa su actividad.

Everett Simpson es tan anodino que parece que no tiene rostro. Una barba tiesa le alarga la cara, y el pelo, de un castaño arena, es gris en las sienes. Parece la clase de persona a la que le gusta la avena seca y que tiene aficiones singulares, como la pesca con mosca. Como vidente y nuevo veterinario del colegio, sustituyó a su predecesor el año previo. Veda siempre le ha tratado de forma

educada, pero desde que empezó el año hay algo en él que la inquieta.

—¿Lo puedo ayudar, doctor Simpson? —le saluda.

El hombre mueve la cabeza en tres direcciones antes de verla.

—Ah, es usted, Veda.

El hecho de que la llame por su nombre con tanta naturalidad aumenta sus sospechas.

—¿Necesita algo? —insiste.

El hombre enfila con resolución los serpenteantes caminos hacia la escalera de caracol. Cuando llega hasta donde está Veda, esta tiene los brazos cruzados.

—No pretendo ser grosera, pero no dejo subir aquí a nadie que no sea licenciado en Magihorticultura o que no tenga un doctorado en Biotecnología Vegetal.

—Lo siento, no quería hablar a gritos. —Everett parece escaldado —. Yo solo... Tenga.

Prácticamente le pone en las manos un papel doblado y se marcha deprisa. Confusa, Veda se dispone a abrirlo hasta que un vistazo al reloj le recuerda que llega tarde a su reunión con Antaris.

—Mierda.

Sale corriendo hacia el colegio. Cuando llega al despacho de Peter, está sin aliento y dispuesta a disculparse, pero frena en seco al ver al chico yendo de un lado a otro. Con la mano roza distraídamente el lomo de cada libro de la fila inferior una vez, luego otra. Es metódico: cinco pasos a la izquierda, cinco a la derecha. Veda carraspea y él se detiene, asustado, y frunce el ceño mientras observa con cautela. Cada niño cuenta con su propia versión del caos. Veda está segura de que la de Antaris está enterrada en lo más hondo, pero, por ahora, el pequeño mantiene una compostura inquietante. Han pasado menos de cinco minutos y Veda ya se

siente desconcertada, le pone nerviosa que si abre la boca diga algo que no debe y lo asuste como a un animal salvaje propenso a huir.

Da el primer paso, igual de vacilante.

—Hola, Antaris.

Él la sigue mirando. Resulta incómodo. Con August, Veda cuenta con la cháchara del niño para guiarla, pero Antaris no le da ninguna pista.

—Veo que te gustan los libros —prueba.

El chico mira de reojo la estantería y, en un abrir y cerrar de ojos, Veda pierde su atención por un instante, hasta que los ojos color avellana vuelven a centrarse en ella.

Se aclara la garganta.

—¿Quieres coger uno?

Antaris cabecea.

Veda se sienta en el suelo y lo observa. Su ropa no tiene arrugas, lleva la pajarita de punto negra recta y la raya del pelo igual de pulcra que cuando se conocieron. Es cuidadoso, primero con la americana, que ha dejado en la silla, luego con los libros de Peter, como si entendiera que los actos tienen consecuencias. La curiosidad se apodera de ella y no la suelta. ¿Cómo sería su risa? ¿Cómo contaría algo? ¿Con entusiasmo? ¿Se distraería e iría de tema en tema hasta que no fuese capaz de recordar cómo empezaba lo que estaba contando?

«¿Por qué me importa?». Es una pregunta para la que Veda no tiene respuesta.

Antaris la sorprende mirándolo.

—Tu abuela quiere que sea tu tutora. ¿Tú qué opinas al respecto?

La expresión del niño ahora es de mayor perplejidad aún.

—Puedes negar con la cabeza para decir que no te parece bien.

No lo hace.

—Puedes asentir para decir que sí.

Tampoco lo hace.

—Si tuvieras cinco minutos para hacer lo que quisieras, ¿qué harías?

Antaris pone cara de no habérselo planteado nunca.

Ella levanta la mano.

—Lo digo en serio, lo que quisieras.

Es una pregunta que Veda ya ha formulado en otras ocasiones. «Jugar con barro» fue la respuesta de August, pero Antaris es un niño muy distinto. Y lo demuestra saliendo de la habitación. Veda va deprisa tras él, cierra con llave el despacho de Peter antes de seguir al chico por el pasillo. Lo encuentra esperando junto a la salida de la academia. De todas las cosas que podría pedir...

—¿Quieres ir fuera?

Asiente tímidamente.

—Muy bien. —Cuando le abre la puerta, él se queda quieto y la mira esperando una confirmación—. Tienes cinco minutos —decide ella con voz suave.

Antaris sale al porche, desde el que se disfruta de una vista panorámica del recinto. El sol brilla por encima de los árboles, las montañas enmarcan un cielo azul despejado. Oyen un cacareo de gallinas y el mugido lejano de vacas que pastan en los campos. Es bonito, apacible, pero Veda no es la única alma que se siente inquieta. Antaris cierra los ojos, su respiración es entrecortada. Los ojos color avellana se abren de golpe cuando el niño se los restriega deprisa; después intenta exhalar despacio, con la boca fruncida. Sin embargo, eso no lo calma.

El miedo se apodera de Veda al presenciar su lucha. El que se ahoga no siempre parece que se está ahogando. Los que se encuentran en una situación más comprometida no agitan las

piernas, no levantan agua, no piden ayuda a gritos. Toda su energía se emplea en permanecer a flote. Antaris lleva intentando no hundirse sabe el cosmos cuánto, y está exhausto. Veda le lanza el único salvavidas que tiene.

—Tu abuela quiere que sea tu tutora con la esperanza de que hables, pero le he dicho que no.

No hay sorpresa en los ojos del niño, tan solo una mirada escrutadora.

—Me... No... —Azorada, balbucea—. No diré que no si tú me lo pides.

Antaris se queda sin aliento.

—No tenemos por qué hablar. No te presionaré. Podemos sentarnos fuera todos los días, llueva o truene. Podemos colorear o leer libros, trabajar con tu cuaderno de ejercicios o no hacer nada. Será tu tiempo. A veces todos necesitamos un momento en el día que sea solo nuestro. Me gustaría darte eso.

El pequeño se muerde el labio inferior, mira hacia los árboles y más allá de ellos. Cuando la mira de nuevo, Veda sabe que esta será su última oportunidad. Levanta un dedo.

—A ver qué te parece esto. Toca mi dedo una vez para decir no; dos para decir sí.

El salvavidas está en el agua, y ella ha hecho lo que ha podido. Antaris ha de ocuparse del resto, pero se pregunta si el niño estará demasiado sumido en el silencio para agarrarse al flotador. Los propios problemas de Veda son más ruidosos que este chico mudo, pero la empatía la obliga a seguir tendiéndole la mano en los procelosos mares de su sufrimiento, con la esperanza de poder ponerlo a salvo.

—Tú decides —añade, con el dedo aún levantado.

La esperanza adopta muchas formas y tiene muchos rostros. Hoy es un niño que presiona tímidamente un dedo contra el de ella. Una vez, después otra.



Un calor inusitado para la época del año atrae a una gran cantidad de gente al mercado de agricultores al aire libre de Proventia el primer fin de semana de abril. El ambiente es sorprendentemente cordial y festivo, magos y videntes se entremezclan. Deambulan entre vendedores que intentan eclipsarse unos a otros con un despliegue de objetos artesanales, productos agrícolas, carnes y arte. Un grupo de versiones del lugar toca canciones populares de hace dos décadas. Agentes patrullan mientras los paisanos, sentados en mantas, comen y hablan, sus perros se relajan, juegan o husmean la hierba en busca de cualquier exquisitez que se le haya caído a alguien. Se percibe una tensión de fondo, un estado de conciencia agudizada que Veda compara con la sensación que produce la magia. A menudo, ruge. Hoy es un tamborileo sordo.

A Veda no le gustan los espacios públicos, pero la Academia Weston sigue autofinanciándose y, para mantener en funcionamiento el colegio sin que se dispare el precio de la matrícula, venden el excedente de producto en eventos como este. Los profesores suelen ofrecerse voluntarios para atender el puesto, pero hoy Veda está sola. Entre preguntas sobre los precios y solicitudes de pedidos al por mayor, observa al gentío, se graba rostros en la memoria, une a desconocidos mediante relaciones que ella imagina.

El paso de las horas le suaviza la seriedad y reduce un tanto su sempiterno nerviosismo. Casi lo ha vendido todo cuando se acercan sus últimos clientes.

Ruth y Everly Wells contrastan de manera singular tanto en apariencia como en carácter. Ruth, vidente y miembro del Consejo de Oráculos junto a Clinton, es alta y esbelta; tiene la tez blanca, el cabello gris. Siempre lleva un sombrero de ala ancha, haga el tiempo que haga, y hoy no es una excepción. Everly, en cambio, no es vidente. Es igual de baja que Veda y rechoncha como una abuela. Su tez es cetrina; sus ojos, tan marrones como su pelo. A pesar de las diferencias, son hermanas, pero no consanguíneas.

—¿Otra vez sola, Veda? —Everly chasquea la lengua. Desde el cumpleaños de Veda, Everly se ha cortado el largo pelo en un bob que le favorece—. Empiezo a pensar que solo vienes cuando no puede nadie más.

Veda se ríe con nerviosismo al oír tal verdad.

—No me importa. El día ha sido agradable.

Mientras Everly paga de más por lo que queda en el puesto y se niega a aceptar el descuento que ella le ofrece, Ruth la observa como alguien que intentase decidir si la comida tiene la fecha de caducidad demasiado pasada como para consumirla. Veda odia que la escudriñen, pero es peor al tratarse de Ruth, que no tiene hijos y se ha pasado años siendo una especie de figura materna para cualquiera que la necesite. Desde que Veda llegó a Proventia, Ruth la invita a irse de vacaciones con ella, y Everly elabora la pomada que se pone en la espalda.

—Lo que tú crees que es soledad en realidad es hambre.

Everly tarda en reaccionar; cuando lo hace, le da un pequeño manotazo a su hermana.

—No asustes a la pobre chica.

—No pasa nada —asegura Veda mientras va metiendo los productos en las bolsas de tela reutilizables de las hermanas—. Ya me ha abordado hace poco Clinton con sus visiones.

El comentario provoca que las dos intercambien una rápida mirada de soslayo.

—Cuando varios videntes tienen visiones sobre el mismo asunto, significa que algo se está moviendo en el cosmos —afirma Ruth.

—¿Debería preocuparme?

La sonrisa de Ruth es la no respuesta con la que contaba. Everly cambia de tema.

—¿Cómo estás? No te vemos desde la cena de tu cumpleaños.

—Bueno, ya sabéis cómo soy, nunca paro quieta.

Ruth la escudriña.

—Deberías venir a cenar, y no me digas que estás cocinando, porque todos sabemos que tu idea de una comida es algo congelado, envasado o comprado.

Es verdad, pero Veda farfulla algo sobre comer en casa de Peter, mete lo último que han comprado en una bolsa y empieza a recoger el puesto. Ellas no se van. Lo que es peor, se ponen a ayudarla. Mientras las mujeres doblan el mantel de cuadros, Veda saca los contenedores vacíos de debajo de la mesa, introduce tres dentro de uno y apila las tapas.

—¿Cómo estáis vosotras?

—Muy bien —contesta Ruth—. Pero los pájaros se siguen cagando en mi pluviómetro.

Veda se lleva un puño a la boca para ahogar la risa.

—Vaya..., qué mala suerte.

Everly sí que se permite soltar una risita.

—¿Qué planes tienes para el resto del día, Veda?

—Quedarme en casa.

Su amiga sacude la cabeza, como si eso fuese algo deplorable.

—Deberías ir a Seattle o a Olympia, deshacerte de esos vaqueros, quitarte ese aro de la nariz...

—O no —tercia Ruth—. A los jóvenes les encanta ese look. Ponte algo bonito y enseña un poco de pierna. Sal por ahí a divertirte.

—¡Eso! —Everly sonríe—. Hazlo mientras las rodillas te funcionen.

Veda pone los ojos en blanco. En su día tenía mucha vida social, con amigos y fiestas, rollos, algún que otro novio. Nada serio. Solo diversión. No podía comprometerse a nada más. Pero ya no es esa persona.

—No busco nada —aduce.

Sus palabras caen en oídos sordos.

—Normalmente ahí es cuando pescas marido.

—Parece una amenaza —masculla ella.

Everly se ríe mientras Ruth le da unas palmaditas en la mano.

—Cariño, te vas a llevar una buena sorpresa.

—Rezaré al cosmos todos los días para que te equivoques.

Las dos mujeres se ríen a carcajadas ante su oposición. Everly le acaricia la espalda.

—Como si tú tuvieras voz y voto en esto. Eres brillante, Veda. Cínica y distante, pero no te preocupes, alguien vencerá tu resistencia. Esperará con paciencia a que te abras y le gustará todo lo que en ti encuentre. —Esboza una sonrisa suave, caprichosa—. Me muero de ganas de que ocurra.

—Sigue sonando a amenaza.

Ruth chasquea los dedos.

—Ahora que lo pienso, Ian, mi sobrino, está soltero, y es un joven estupendo.

Everly se anima.

—Tengo a alguien mejor. ¿Qué te parece Micah, el nieto de Moab?

Comienzan entusiasmadas otra ronda para elegir al soltero más cotizado de Proventia. Veda ha coincidido con el segundo candidato, Micah, unas cuantas veces. Es de lo más agradable y educado... si estuviese buscando a un hombre que frisa en los cincuenta.

—Everly, a ver si dejas de intentar liar a Micah con todas las mujeres de Proventia —se queja Ruth, que se dirige a Veda—: Si no es Ian, tengo al partido perfecto para ti, querida: el doctor Simpson.

La paranoia hace que a Veda le hormigueen los dedos.

—De hecho, Everett me ha preguntado por ti alguna vez —añade Ruth al tiempo que sube y baja las cejas con aire cómplice. Al ver que ella frunce más el ceño, su amiga mueve la mano como si su desconfianza fuese una mosca muy molesta—. No pongas esa cara. Su madre y yo jugamos juntas al bingo. Es un hombre bueno, estable. Tú ya trabajas con él en Weston. Es un poco solitario, como tú, y lo más importante...

—Está interesado —termina la frase Everly.

—Y esa es una muy buena noticia. Su madre estaba muy preocupada. Es como si no fuese el mismo desde que dejó de salir con... ¿Sarah? ¿Serena? ¿Selena? en febrero. Lo único que sé es que la chica trabaja para la FCD y le hizo mucho daño. Es una buena señal que haya vuelto a la carga.

—Me alegro por él, pero a mí no me metáis.

Se ríen como si Veda hubiese dicho algo muy divertido.

—Yo lo liaría con Marlene —Ruth profiere un suspiro—, pero ha dejado de salir con chicos para centrarse en su carrera.

—Sigo sin entenderlo. Pensaba que ella y el hijo mayor de los Padillo, Francisco, sentían un interés mutuo. Es un hombre encantador, pero cada vez que pregunto qué pasó, ella no quiere hablar de él. A este ritmo, tengo miedo de quedarme sin nietos. —Everly resopla con afectuosa frustración.

Everly adoptó a Marlene cuando la chica tenía quince años, después de que Ruth la rescatara a ella y a un grupo de videntes adolescentes de un internado que era una tapadera de unas instalaciones experimentales cuasilegales, un destino no infrecuente para los videntes a los que abandonan cuando su Visión se manifiesta. De hecho, casi todas las familias de videntes de la ciudad han adoptado por lo menos a un niño abandonado para impedir que acabe en el sistema. Ruth y Everly crecieron de manera similar, pero han pasado las cuatro últimas décadas evitando que la gente se aproveche de los niños, y no dejan de preocuparse ni siquiera cuando estos ya son adultos. Esto queda patente en el caso de Marlene.

Veda suelta una risita incómoda mientras coincide en silencio con ella. Marlene es más amiga de Jadiya que suya, pero la ha oído hablar bastante de que le da lo mismo el sexo de su pareja, que lo único que quiere es casarse y formar su propia familia.

—¿Os ha dicho algo a Jadiya y a ti? —se interesa Everly.

—Hace por lo menos un mes que no la veo.

Ruth frunce el ceño.

—Seguro que se refería a Jadiya cuando dijo que estaba pasando tiempo con amigos.

Veda asiente y repara en el doctor Simpson, que la observa desde dos mesas más allá.

Ruth sigue su mirada.

—Ah, ahí está. ¿Qué opinas?

—No me interesa.

—Cuando hay hambre, no hay pan duro. Estás perdiendo el tiempo, querida.

El comentario de Ruth tiene menos que ver con la edad de Veda que con la bomba de relojería que significa la maldición Sanguis.

Veda no pregona su padecimiento, pero Ruth está al tanto porque Peter ha involucrado al Consejo de Oráculos en su cruzada para sanarla. Aparte de Clinton, Ruth le ha sido de utilidad al ponerse en contacto con viejos amigos que trabajan para los distintos Centros de Investigación de Maleficios. Las barreras burocráticas acabaron siendo tan altas y tan gruesas que derribarlas habría requerido una cantidad inconcebible de dinero o mejores contactos. A medida que la esperanza de la extracción se reduce, los comentarios de Ruth se han vuelto más mordaces: Veda tiene que vivir como si se estuviese muriendo, dejar a un lado la prudencia y encontrar a alguien a quien agarrarse mientras pueda. Pero ella no es así. La maligna maldición de la sangre si acaso ha hecho que esté más decidida a aferrarse a su dignidad hasta que llegue el amargo final. Cada día es una prueba nueva que Veda pasa tan a menudo como suspende. Los días buenos, se aferra a rutinas que le dan un motivo para vestirse y salir de casa. Pero cuando el peso de la maldición la aplasta, todo se vuelve sombrío y el dolor es indeleble. Esos días le recuerdan a Veda por qué no hace planes para un futuro que no verá.

El ambiente que las rodea cambia, se tiñe de desasosiego, hasta que Ruth añade:

—Si no estoy aquí cuando llegue el momento de los ramos de verano, sé buena y resérvame uno.

—Vale —contesta ella. Su amiga lleva diciendo esto los dos últimos años y, sin embargo, siempre es la primera de la cola para comprar su ramo de rosas color melocotón, jengibre rosado y drácena roja con hojas de tronco de Brasil. Colorido y vivo, como Ruth.

—Ah, y te veo en la reunión en el ayuntamiento el mes que viene.

Antes de que pueda rehusar, las hermanas se van.

Veda mira de reojo las mesas vecinas. Algunas baratijas llaman su atención, pero cuantas menos cosas tenga, en menos tendrá que

pensar. Que Everett se le acerque resulta tan inevitable como la incómoda conversación que sigue. El hombre se retuerce constantemente las manos como para calmarse. Tartamudea como un disco rayado, hablando de nimiedades, como si a alguno de los dos le importase el tiempo que hace o la cantidad de gente que ha habido ese día.

—¿Llegó a leer la nota que le di? —le pregunta, y se mete las manos en los bolsillos del pantalón vaquero.

—Lo siento —se disculpa ella al caer en la cuenta de que no lo ha hecho. Su reunión con Antaris hizo que se le olvidara. Tampoco es que importe, ya que Everett le da otra antes de irse deprisa y corriendo. Esta vez Veda la abre. Parece un número de teléfono a medias.

Un borrón de colores vistosos que percibe con el rabillo del ojo capta su atención. No tarda en identificar a la bola de energía del tamaño de un niño que se dirige a toda velocidad hacia ella con un colorido jersey y zapatillas con tacos como August Sallant.

—¡Señorita Thorne! ¡Señorita Thorne! ¡Hemos ganado!

—Enhorabuena, August. —Veda no tiene valor para preguntar en qué deporte, porque el pequeño lleva una mezcla de distintos uniformes. Para mantener ocupado al hiperactivo niño, August juega a todo aquello a lo que su padre le parece razonable apuntarlo. Cómo tiene energía para jugar cuando termina el colegio es algo que Veda nunca sabrá.

—¡Hoy he jugado! —August levanta dos dedos y esboza una sonrisa que deja a la vista las pujantes protuberancias de los incisivos que le están saliendo. Después se lanza a contarle cómo ha ganado el partido, pero empieza cuando se levantó esa mañana y con lo que desayunó. Será un minuto, y los detalles serán

enrevesados y caóticos. Cuenta de nuevo algunas partes con mucho detalle y omite por completo otras—. ¡Luego metí dos goles!

«Goles» reduce la lista de deportes, pero Veda obtiene su respuesta cuando Gabriel, su padre, se aproxima luciendo una sudadera en la que pone «Orgulloso padre de jugador de hockey». Tiene pinta de haber consumido hasta la última gota de la energía que le quedaba en conseguir que su hijo salga de casa. Apenas se ha peinado la pelirroja barba. Pese a la inagotable energía de August, Gabriel camina sin prisa; lleva tres bolsas reutilizables. Siempre sonríe y está de buen humor; saluda a un par de mujeres cuando pasan por delante de él, que lo miran con interés cuando él ya les da la espalda.

—... unas flores brillantes hicieron puf. ¡Fue muy guay!

Veda no sabe cómo han llegado a ese punto en el relato, pero se alegra por él. Su padre, por otra parte, parece exhausto.

—¿Te encuentras bien, Gabriel?

—He estado ocupado con el caso.

Él y su compañero, Francisco, heredaron el caso del Botanista hace unos años, después de que fuese dando vueltas por el departamento y nadie lo quisiera. Fueron los primeros en relacionar los asesinatos y descubrieron el asalto a la casa de Veda por casualidad, cuando buscaban palabras clave en los informes anteriores. Ella les contó lo que recordaba, pero los cambiantes rasgos faciales y el olor a magia pura todavía consiguen que se le revuelva el estómago.

Gabriel se fija en los contenedores vacíos.

—¿Necesitas que te ayude a llevarlos?

Veda sopesa rehusar su ofrecimiento, pero el deseo de cargarlo todo en la camioneta en un único viaje se antepone a su necesidad de independencia. Tras firmar la devolución de la mesa y las sillas al

coordinador del mercado, lo recogen todo y se marchan. August va en cabeza hacia la salida del parque, inventándose letras que no tienen sentido en una conocida canción.

—¿Va todo bien? —se interesa Gabriel.

Ella evita su mirada inquisitiva, ve que el niño sonríe de oreja a oreja a una pareja que pasa, que sonríe a su vez, enamorada. Su alegría es contagiosa, pero ella se siente inmune.

—¿Estáis seguros de lo que me contasteis de la última víctima?

—Estamos seguros, pero es distinta de lo que pensé en un primer momento.

—Me da miedo preguntar.

—Esa mujer me envió un mensaje en una piedra antes de morir. No he informado de ello a mis superiores, y no creo que lo vaya a hacer.

A Veda le cuesta confiar en las personas por una larga lista de motivos, pero si hay un investigador que sigue las reglas es Gabriel. Su duda resulta preocupante.

—A ver si lo adivino, te fías tan poco de tu departamento como yo.

—No... Bueno... —Se encoge de hombros—. Mis superiores han hecho la vista gorda con nuestra investigación, así que no quiero presentar nada que pueda despertar su interés.

—Lo dices como si tuvieses algo.

—Creo que podría tenerlo. —Gabriel mira a su alrededor, como si hubiese alguien escuchando—. ¿Sabes algo de colgantes embaucadores?

—Aparte de lo básico, sé que no ocultan marcas causadas por alguna maldición.

«De las grietas nace un rojo sangre y un embaucador presenta el rostro de un amigo». No es posible que las palabras de Clinton sean

una coincidencia.

—Sospechas que el Botanista tiene uno. Lo que significa...

—Que el Botanista podría tener el rostro de cualquiera. —Gabriel parece entusiasmado, pero lo único que siente Veda es una resolución férrea. Desconfiar de todo el mundo nunca le ha parecido más justificado. Con todo, la confirmación resulta amarga como la hiel. Los recuerdos la devuelven de sopetón a la noche en la que le lanzaron la maldición. Cierra los ojos, su cabeza se mueve como si repasase las páginas de un libro, solo que son sus recuerdos. Nublados por la adrenalina que le disparó el pánico, fragmentados por destellos de dolor, plúmbeos por la presión de un corazón que latía demasiado deprisa. Veda mira hacia su interior para liberarse, pero lo que hace es hundirse en las desbordadas aguas de la emoción. Absorta en lo irreversible de su situación, se ahoga en la desesperanza, intenta asirse a cualquier cosa que la pueda salvar.

Esta vez es la presión de la mano de Gabriel en su cazadora, la preocupación que ve reflejada en sus ojos. Cuando Veda profiere un grito ahogado, él pregunta:

—¿Te encuentras bien?

—Sí. —Lo tranquiliza con un gesto—. Solo estaba... No te preocupes.

Él no le hace caso. Nunca se lo hace.

—Si necesitas hablar...

—Estoy bien. Continúa.

Tras una pausa, prosigue:

—Sospecho que la víctima sabía que se lo robaron y posiblemente conociese al culpable, al igual que creo que sabía lo que se avecinaba e hizo planes conforme a ello.

—¿Sabía que iba a morir?

Gabriel se encoge de hombros.

—No me imagino lo que será saber algo así y continuar viviendo como si no pasara nada. Me...

—¡Mira, papá! —exclama August, al tiempo que señala algo—. ¡Las flores que hicieron puf siguen aquí! Son casi tan altas como yo.

Veda mira más allá del alegre niño. La respiración se le corta. Lirios araña salen de las fisuras del asfalto. A diferencia de los del bosque, estos irradian una luz inquietante, antinatural, que se vuelve más viva con cada segundo que pasa. Una bomba de relojería en cuenta atrás.

—Ven aquí, August —le pide Gabriel sin perder la calma.

La dicha del pequeño se desvanece cuando mira de soslayo a su padre con cara de preocupación. Ya se está reuniendo una pequeña multitud. Más personas se suman a ella, cuchichean.

—No pasa nada. Estás a salvo —le asegura Gabriel a su hijo, y a continuación mira a un hombre que alarga un brazo hacia los largos estambres—. Que nadie toque nada. —Su voz se alza, transmite autoridad—. Todo el mundo atrás. Esta es magia omnipotente. Es errática y muy volátil.

El hombre casi se tropieza al retroceder asustado. August corre al lado de su padre. Lo último que Veda oye antes de dejar de prestar atención al mundo es a Gabriel hablando por teléfono y pidiendo un equipo. Lo que nace en su pecho no es un terror punzante, abrasador, sino una fría confirmación. Esta es una advertencia. El cambio en el cosmos.

De pronto Gabriel está delante de ella.

—Tengo que informar de esto a mis superiores, así que será mejor que te marches. No podré mantenerte al margen si estás aquí cuando lleguen los refuerzos.

—Quiero quedarme...

—Tu nombre consta en un informe que alguien recuperará con facilidad si se fija lo suficiente. No es necesario que estés aquí, y August tampoco. Llévalo con Peter y Jadiya. Me reuniré con vosotros allí cuando haya terminado.

Veda va a protestar, pero la lógica y una mirada a August contienen su lucha interior. Se marcha antes de que lleguen los refuerzos para lanzar un cordón infranqueable alrededor de los lirios araña.

4



Hiram aparca delante de la casa de sus padres. Ahí fue donde creció, pero nunca ha sido su hogar.

Ladrillo blanco, molduras y contraventanas negras. Elementos modernos y, sin embargo, clásicos. Paisajismo galardonado. Sabe que la estética continúa dentro: aséptica e impersonal. Retratos de una familia perfecta cuelgan junto a caras obras de arte abstracto. Hiram conoce cada centímetro de esta casa, ha trepado a cada árbol, le ha dado la vuelta a cada piedra y recuerda los puntos más débiles de su talismán de seguridad.

Sube los escalones de dos en dos. El talismán de la familia lo recibe con una luz verde antes de que la puerta se abra crujiendo. Hiram deja atrás el grandioso recibidor, el distribuidor, y la cocina y la sala de estar diáfanas, sorprendido porque no ve a Simran en ninguna parte. Sigue avanzando; franquea el arco, pasa por el comedor y la biblioteca.

—Hoy vienes a buscarlo pronto.

La voz de su padre lo sobresalta. Hiram mira a tres puntos antes de localizar a su progenitor en la sala de estar contigua. Con una

espalda ancha, rasgos severos y la ventaja de la altura, Barrett Ellis es la clase de hombre que hace que todo a su alrededor parezca pequeño. Cuando era un niño, Hiram confiaba en superarlo, pero se quedó a siete centímetros. Pese a su presencia, Barrett es tranquilo por decisión propia, no por naturaleza.

Hiram sigue su mirada hasta Antaris, que está al otro lado de la cristalera, en la terraza cerrada, examinando cada maceta sin tocarla.

—¿Cuánto tiempo lleva con eso? —pregunta.

—Una hora —contesta Barrett—. Tu madre estuvo intentando comunicarse con él, pero se dio por vencida. Creo que esa es su habitación preferida.

—¿Qué quieres decir con «comunicarse con él»?

Su padre le dirige una mirada significativa.

—Habla con él largo y tendido, le enseña folletos de la Academia Arcadia y ahora le ha dado por enseñarle la historia de nuestra familia.

Mierda.

—¿Dónde está?

—En el vestidor, relajándose y cambiándose de ropa para cenar. ¿Sigues pensando en irte a Los Ángeles para terminar la mudanza?

—Sí, cogeré un avión a primera hora de la mañana y volveré en el mismo día. Todo está listo, solo tengo que firmar los formularios del permiso en el bufete y los papeles para los de la empresa de mudanzas.

—¿Se lo has dicho a Antaris?

—No. —Hiram no sabe cómo abordar la conversación—. Estaré de vuelta antes de que se dé cuenta de que me he ido.

Barrett no dice nada. El televisor está encendido, pero sin volumen; las cortinas de seda gris, echadas; las luces, tenues.

Aunque está jubilado, su padre se viste como si todavía fuese el alcalde: pantalón de traje azul marino, camisa blanca, corbata granate y zapatos de piel. Lleva el pelo entrecano peinado hacia atrás, lo que hace que el pico de la línea de nacimiento destaque más y su tez parezca más blanca. Tiene las gafas de leer en la mesa, junto a un vaso de agua con limón que suda por fuera, aunque él prefiere el brandi. Su tranquila rebelión incluye poner los pies en la mesa de centro, una de las muchas cosas que la madre de Hiram ha prohibido.

Barrett señala algo detrás de él.

—Ahí tienes unas cosas que necesitas llevarte.

Hiram no había visto las cajas y bolsas que ocupan el rincón del fondo.

—Yo no he pedido...

—Son para tu casa. —Barrett tiene cara de haber bebido agua salada—. Mencionaste que te hacía falta lo imprescindible para la cocina y el cuarto de baño. Charlotte estaba ocupada, yo tenía tiempo.

Poco a poco Hiram cae en lo que significa eso. Su padre paga por lo que quiere, el dinero no supone un problema, pero nunca ha tenido paciencia para comparar precios.

—Los tiques regalo están en las bolsas. —Su gesto no admite réplica—. Le pregunté al ama de llaves qué podrías necesitar para estar cómodo y me sugirió una cubertería de plata, vajilla, vasos, ollas y sartenes, utensilios y paños de cocina. También mencionó toallas, alfombrillas y manoplas de baño. No me acuerdo de cuáles son tus colores preferidos, así que lo compré todo en tonos neutros.

—Gracias. —Es la primera vez que Hiram lo dice en más de una década.

Barrett se vuelve hacia él.

—Es lo único que puedo hacer. Ser padre es... No te puedo dar consejos sobre algo en lo que yo he fracasado.

Aceptar la parte de sí mismo que quiere rechazar los regalos y darle la razón es difícil, pero Hiram espera hasta que la apatía la aplasta. De pequeño estudiaba las señales de su padre de manera obsesiva, siempre observando el interior desde fuera. El momento de mantener conversaciones sinceras pasó hace mucho tiempo. No aplacará el sentimiento de culpa de Barrett con tópicos que son falsos. Si cree que ha fracasado como padre es que ha sido así. Los años han corroborado ese extremo, de modo que Hiram no puede negarlo.

—Tengo que irme.

Su padre levanta el vaso.

—¿Un brandi antes de que te marches?

Es una invitación que Hiram no ha recibido nunca. La acepta con rigidez.

—Que sea doble.

Como no es de extrañar, el brandi es suave.

—Sabes que tu madre está desesperada por que pases más tiempo aquí.

—Lo sé.

La pausa resultante le da a Hiram el espacio necesario para admitir ante sí mismo que se siente dividido. A pesar de los años de silencio, sus padres han acudido cuando los ha necesitado. Sin hacerle preguntas. A veces tiene la sensación de que les debe más de sí mismo de lo que está dispuesto a dar.

—¿Otro? —Barrett da unos golpecitos en la licorera.

—No. —Hiram se pone de pie, se sacude el polvo del pantalón y se dispone a interrumpir la exploración de Antaris.

Está junto a la puerta de la terraza acristalada cuando su padre afirma:

—Tu hijo estará bien. Los niños son resilientes.

Hiram sabe por propia experiencia que no lo son. No siempre. De todas formas, asiente.

En la mesa que hay junto a la puerta ve un sobre con su nombre y lo coge. No tiene remitente. Lo sostiene en alto, ceñudo.

—¿De dónde ha salido esto?

—Estaba delante de la puerta principal. Lo ha recogido Charlotte.

Picado por la curiosidad, Hiram abre el sobre y despliega la carta. La letra es pulcra y recta, pese a que el papel no es pautado. La escudriña, confuso. Solo hay dos palabras:

BeeyardS rain.



La cena es un fracaso.

Antaris picotea todo lo que tiene en el plato con el ceño fruncido y se deja la mayor parte para ir a sentarse en el centro del porche vacío en pijama y con los rizos alborotados, y ponerse a hojear uno de los libros de derecho de Hiram. Debe de haberlo cogido de la estantería de la sala de estar sin que él se diera cuenta. Antes ha llovido y hay humedad. Atardece, pero todavía no ha oscurecido lo suficiente para que se enciendan las luces del porche. Los grillos cantan. El agua lame la orilla del lago. En un primer momento, Antaris no oye llegar a su padre, pero pronto su rápida mirada de soslayo se vuelve fija.

—¿Puedo sentarme contigo?

Un leve encogimiento de hombros es la única respuesta que el niño le dedica antes de seguir pasando páginas.

—¿Quieres que te lo lea?

Antaris asiente con apremio. No es gran cosa, pero a Hiram le vale. Se sienta y se percata de que su hijo se tensa cuando se acerca demasiado. Se desplaza un poco para dejar espacio. Solo entonces se relaja el niño. Animado y desalentado al mismo tiempo, Hiram hace a un lado sus sentimientos y le da la versión infantil del último caso que ganó utilizando ese libro.

Durante un rato, goza de toda la atención de Antaris. Le refiere el caso de un vidente al que acusaron de secuestrar a su propio hijo, según la declaración que efectuó la intolerante familia del cónyuge. Parecía un caso imposible de ganar, pues la familia testificó que la naturaleza del vidente lo convertía en un peligro para el niño. Pero Hiram encontró una enmienda en ese libro que le permitió hablar con el pequeño en privado; al final, su testimonio cambió el resultado.

Es una historia aburrida, llena de jerigonza jurídica que Antaris no entenderá. Sin embargo, contar con su atención hasta que la narración termina es una sensación increíble. Ahí es cuando las luces se apagan en los ojos del chico, que se repliega y mira las páginas con cara inexpresiva mientras Hiram cae desde las alturas de un poco habitual momento de normalidad entre ellos. Espera durante un silencio que se hace interminable, pero nada cambia. Este es el final del camino por hoy.

Hiram se ducha e intenta pasar por alto la creciente frustración que siente. Es un avance, se dice, pero el abismo que hay entre ellos parece más profundo que nunca. Es muy consciente de hasta qué punto quiere salvar la distancia que los separa antes de que sea

demasiado tarde. Cuando vuelve, seco y cambiado, su hijo sigue sentado en el porche. Preparado para su ritual nocturno.

Antaris pasea todas las noches. Cuando está nervioso, pasan horas ahí fuera. Cuando está disgustado, solloza mientras Hiram lo contempla, impotente, incapaz de aliviar la raíz de su tristeza. Cuando se repliega, se envuelve en una manta que lo tapa todo salvo sus ojos. Hiram baraja algunas teorías sobre la causa de los paseos nocturnos, pero ninguna es reconfortante. Las peores lo asaltan cuando Antaris empieza a mirar. Debajo del porche. Alrededor de las matas y los árboles. Detrás de los cubos de la basura. En el agua. Buscando algo. Como si intentara averiguar qué falta. Su madre.

Hiram sabe que el deambular termina cuando Antaris baja el ritmo para que él lo alcance. Cada noche, le tiende la mano. Cada noche, el niño duda, nunca la coge.

De vuelta en casa, Hiram comprueba el itinerario del viaje que va a realizar, lo dobla cuidadosamente. La conversación que ha mantenido antes con su padre sigue presente cuando llama a la puerta de la habitación de Antaris. El niño ya está en la cama, abrazado a un maltrecho conejito de peluche al que se le sale el relleno de algodón, le falta una oreja y le cuelga uno de los botones que tiene por ojos. Se niega a que nadie arregle el pobre animalito. Hiram dejó de intentarlo hace dos semanas.

Esa noche le ofrece el papel doblado. El niño parece confuso, pero él lo anima a aceptarlo.

—Es para ti.

Antaris desdobla el papel, lo mira con cara de sorpresa.

—Mientras tú estás en el colegio mañana, yo me marcharé. Voy a Los Ángeles a rematar algunos asuntos. A esta hora me voy y a esta

volveré. Puedes tenerme localizado con esto, y yo sabré dónde estás tú porque le he lanzado un hechizo.

Para su sorpresa, Antaris reacciona. Con el rostro enrojecido y la respiración entrecortada, el niño hiperventila mientras las manecillas del reloj que tiene en su mesita de noche giran enloquecidas: una advertencia de un accidente mágico inminente. Hiram vacila dos veces, después apoya una mano en la cama.

—Volveré.

Lo tiene que decir tres veces para que su hijo levante la cabeza, todavía al borde de las lágrimas.

—Te lo prometo.

Sigue sin ser suficiente. Antaris mira hacia otro lado mientras se mece y estruja con más fuerza al conejito, la mirada perdida. El reloj gira descontroladamente e Hiram se siente igual de perdido. ¿Cómo empezar tan siquiera a abordar el tema de su madre, que se fue y nunca volvió?

—Sé que no es gran cosa, pero...

Hiram busca a tientas un bolígrafo y garabatea una nota. Una promesa escrita que jura no romper nunca.

Siempre volveré.



Hiram cumple su promesa llegando a casa horas antes de lo previsto, pero la cabeza le da vueltas por el caos del día.

Terminar con el envío de sus cosas fue mucho más fácil que ocuparse de las últimas firmas para iniciar oficialmente su parón

laboral. Llegó al aeropuerto con mucha antelación, y su tío Robert lo bombardeó a llamadas. Por lo visto, Simran le había dicho que estaría en la ciudad y quería hablar con él de una oportunidad que había surgido en el bufete de la familia. Cuando Robert metió por medio a Antaris con el argumento de que el niño sería el más beneficiado con el cambio de bufete, Hiram le respondió que antes preferiría que lo inhabilitaran. Cuando llega a casa, borra los mensajes de voz de su madre de camino al buzón.

Dentro solo hay una tarjeta: GABRIEL SALLANT. INVESTIGADOR.

Hiram casi la rompe en dos antes de reparar en la dirección. Momentos después va camino del despacho del investigador, en el centro. Enseña su identificación en el puesto de seguridad y le muestra la tarjeta a la recepcionista del edificio, que le indica «Cuarta planta» y le señala el ascensor.

Evitar cualquier contacto visual en el ascensor es fácil. Cuando se baja, ve justo delante una puerta en la que pone DIVISIÓN DE DELITOS FEDERALES. Entra.

Antes de que tenga ocasión de tocar la campanita que hay en la mesa de la secretaria, una mujer —probablemente Seren Landry, según la placa dorada con ese nombre que descansa en el escritorio — aparece tras una montaña de carpetas. No tendrá más de treinta y cinco años, de tez blanca, pulcro bob rubio y penetrantes ojos verdes. Viste un pantalón negro hecho a medida y una camisa blanca; lleva un broche, un amuleto con un pájaro, prendido en la americana. Las carpetas parecen más capaces de resistir una leve brisa que ella.

—Eh, ¿en qué puedo ayudarlo? —Su acento sureño resulta inesperado tan al noroeste.

—Busco al investigador Sallant. Me ha dejado esto en el buzón. —Hiram sostiene en alto la tarjeta.

—Algo muy de Gabriel. Vive entregado a sus casos.

—¿Entregado? —se burla él—. Más bien es implacable.

—Dudo que las víctimas o sus familias crean que eso es malo. —Seren toca una única flor de color lavanda que se alza entre las hojas dentadas que tiene al lado—. Los muertos no pueden pedir que se haga justicia, pero los vivos sí.

No le falta razón.

—¿Quién es usted y por qué caso ha venido?

—Hiram Ellis y el Botanista.

Seren asiente despacio.

—Ah, sí. Francisco y él estaban trabajando en eso mucho antes de que yo me uniese al equipo. ¿Va a prestar declaración? Puedo buscar una habitación privada para que espere.

—No será necesario.

Se instala un momento incómodo.

—Pero, por favor, si no me he presentado. Soy... —Mira de reojo la placa—. Bueno, ya lo sabe. Avisaré a Gabriel. Siéntese donde prefiera.

Hiram hace un gesto afirmativo y escoge una silla. Consulta su reloj. Dispone de una hora y media hasta que llegue Antaris, y para entonces él deberá estar de vuelta en casa. No espera mucho; mira con disimulo a Seren, que trabaja. Gabriel sale enseguida, solo es escasos centímetros más alto que su secretaria. Sigue llevando una cantidad imposible de tela escocesa, pero a Hiram le interesa más saber por qué demonios le ha metido esa tarjeta en el buzón.

—¿En qué puedo...?

—Ya le dije que le prohíbo que interrogue a mi hijo. —Hiram estampa la tarjeta en la mesa de la secretaria.

—La tarjeta no era para él, sino para usted. —Gabriel le indica una puerta—. ¿Quiere que hablemos en mi despacho?

—No.

El investigador sonríe y se dirige a Seren.

—¿Te importa traerle una botellita de agua?

—Claro que no, cari.

Cuando Seren desaparece, Hiram sigue de mala gana a Gabriel hasta un despacho caótico que comparte con Francisco, a juzgar por las dos placas idénticas con sus respectivos nombres. La mitad de Francisco está ordenada, decorada con fotografías enmarcadas y una maceta de bambú. La de Gabriel es un desastre. Dibujos infantiles llenan una pared y en su mesa hay una piedra en la que pone AUGUST en cuatro colores distintos. Al ver que la mira, Gabriel se encoge de hombros y comenta:

—Niños, ya sabe.

Hiram no entiende qué demonios insinúa.

—¿Qué quiere?

—He hecho algunas averiguaciones para prepararme de cara a esta conversación. Grace Fowler no lo hizo constar a usted como familiar más cercano, pero, puesto que la persona a la que indicó no se presentó, lo avisaron y le dieron la custodia de su hijo. ¿Correcto?

—Sí.

—¿Grace tenía algún enemigo?

—No, pero sí muchos amigos a los que debería localizar e interrogar. —La respuesta de Hiram es entrecortada debido a la creciente irritación que le embarga. Un destello de luz dirige su atención a la ventana. El cielo está nublado, el aire anuncia lluvia. Probablemente fuese un relámpago.

—Esto no es un interrogatorio. Quería hablar más bien del colgante embaucador. También quería repasar algunos aspectos del caso, pero no puedo revelar gran cosa, puesto que no es familiar directo de Grace.

—Pero mi hijo sí. —Para Hiram la paternidad todavía es algo nuevo, pero sabe que en el futuro mantendrá conversaciones difíciles con Antaris sobre el asesinato de su madre. Será peor si tiene que explicarle por qué no ayudó con la investigación de su muerte—. ¿Corre algún peligro?

—No debería, pero no sé qué ha visto, si es que ha visto algo.

—No permitiré...

—Lo entiendo.

Hiram se mueve en la silla, incómodo.

—¿Qué debería decirle?

Los hombros de Gabriel se hunden en el silencio que se hace.

—Que su madre peleó. Consiguió alejar de su casa al Botanista, probablemente para protegerlo a él. Ahora mismo es todo cuanto sé. Estamos trabajando sin descanso para darles a los dos el resto de las respuestas.

Hiram siente una extraña opresión en el pecho.

—Una pregunta más —añade Gabriel—. ¿Es usted el sol o la luna?

Antes de que él pueda contestar, Seren llama con los nudillos al cristal, le pone delante una botellita de agua y le da una nota a Gabriel. Este la lee y se levanta.

—Discúlpeme un momento.

Seren se queda, se mete el pelo rubio detrás de la oreja. Hiram ve la marca.

—Es de nacimiento —cuenta ella—. Vaya adonde vaya o me peine como me peine la gente se queda mirando. Así que creo que es mejor decirlo. —Vuelve la cabeza—. Oh, hay alguien en mi mesa. Discúlpeme. Gabriel no tardará en volver.

Hiram deja el agua y echa un vistazo a su alrededor. No debería husmear, pero como Gabriel no está, dispone de algo de tiempo para saciar la curiosidad. Las carpetas que descansan en la mesa son del

caso del Botanista, aunque no están relacionadas con el asesinato de Grace. Le resulta desconcertante la primera carpeta, en la que se detalla el asalto a un hogar perpetrado hace seis años y que incluye una nota adhesiva en la que se leen palabras clave como «magia omnipotente», «detección de maldiciones» y «testigo del primer asesinato del Botanista dos días antes». Las fotografías reflejan un encuentro violento. Es como si en el sitio hubiese estallado una bomba.

Le llaman la atención en el acto algunas discrepancias. Como punto de entrada del asaltante se menciona la puerta delantera; y como punto de salida, la ventana, lo cual no es descabellado, pero la madera astillada de la puerta delantera no cuadra. En las fotografías de la puerta del patio en el apartamento de la planta baja no se aprecian daños. No tiene sentido. Hiram pasa la página hasta la declaración de la víctima y casi se le cae la carpeta al ver una foto de esta.

Veda.

Memoriza cada ángulo, cada moratón y cada corte —incluido el labio reventado— y busca más detalles en los documentos. No del caso, sino de ella. Al parecer han censurado toda la información relevante, incluido su apellido. Hiram cierra la carpeta y se marcha antes de que vuelva Gabriel.



Cuando Hiram se aproxima a la entrada principal de la Academia Weston desde el aparcamiento, un adolescente con un monopatín pasa junto a él a toda velocidad y le estampa una mano en el pecho.

Desorientado, se tambalea hacia atrás, pero cuando se vuelve para decirle cuatro cosas al chaval, este ya ha desaparecido.

Tiene una moneda pegada a la camisa. Se la quita y mira ceñudo la figura de la Libertad de pie acuñada en oro. Tira la moneda al suelo y vuelve a su mano. La lanza a la hierba y regresa directa a su palma.

Mierda: le han lanzado un hechizo. La moneda es para él. Enfadado, Hiram hace uso de su encanto para entrar en el despacho de Peter sin previa cita. Descubre que su mejor amigo lo está esperando.

—Me has Visto venir, ¿no?

La sonrisa de Peter resulta irritantemente familiar.

—Hace unas semanas. Le dije a Simran que no hacía falta que viniera a buscar a Antaris hoy, porque lo voy a llevar a la feria de libros de ocasión cuando termine el colegio. Hoy no tiene clase con su tutora. Lo llevaré a casa si traes la cena cuando termines de hacer tus recados. Jadiya tiene muchos pacientes y volverá tarde. Veremos el partido.

Hiram enarca las cejas.

—¿Recados?

—Vas a elegir una mesa de despacho, ¿no? —Peter le da una tarjeta—. Este sitio está en el centro, cerca de Main Street. Hacen un gran trabajo. Les dije que te pasarías hoy.

Él mira la tarjeta con el ceño fruncido.

—No tenía pensado comprar una mesa aún.

—Así estará cuando la necesites.

Hiram mira a su amigo entornando los ojos.

—Vuelves a tener visiones múltiples de mí, ¿me equivoco?

Peter esboza una sonrisilla.

—Es un fastidio.

Para los videntes, las visiones múltiples indican un cambio en el cosmos, pero el cambio no siempre es evidente. La última vez que sucedió esto fue alrededor de la graduación de Peter, y a Hiram no se le ocurre nada importante que esté cambiando ahora.

Su amigo le mira la mano.

—¿Me vas a hablar de la moneda o...?

—Te la daría, pero corro el riesgo de que me saque un ojo.

—La Libertad de pie simboliza presteza para la batalla y deseo de paz —le cuenta Peter, y acto seguido musita—: Y te la dan a ti cuando esa noche yo estaré ocupado, claro.

—¿Qué significa eso?

—Todo el mundo se ha percatado de que has vuelto a la ciudad, sobre todo los videntes. Con esa moneda podrás entrar en nuestra reunión mensual en el ayuntamiento.

—¿Por qué iban a invitarme a mí? Soy un Ellis, uno de los pocos lo bastante conscientes para decir que los miembros de mi familia son los peores antividentes del país. Eso es algo que no ha cambiado y que no cambiará. No hay un solo vidente vivo que me quiera cerca.

Peter hace un gesto con la mano.

—Oye, que estoy aquí.

Hiram se ríe.

—Ya sabes lo que quiero decir. Todo el mundo te pone a parir por ser mi amigo.

—Es una labor ingrata.

—¿Ya está a punto Jadiya de prohibirte que me veas?

—Hemos discutido cuatro veces por ti desde que has vuelto y solo ha dicho que eres un peligro para mí una.

—Un mínimo histórico —afirma Hiram—. Aunque a veces estoy de acuerdo con ella. Te tambaleas demasiado cerca de la línea. A mi madre podrías caerle bien a regañadientes, pero...

—Tengo cuidado. —Peter se levanta para preparar una infusión de menta—. Tal vez necesite un abogado más adelante, si te ves capaz.

Él no se lo piensa dos veces.

—Me pondré a ello.

—Bien. En cuanto a la moneda, mi consejo es que averigües por qué te han invitado o por qué te siguen abordando con más monedas encantadas.

—Genial. —Hiram pone los ojos en blanco.

—¿No sientes curiosidad?

—No.

Peter profiere un ruidito gutural.

—En ese caso, estarías aceptando el *statu quo*, pero hacer eso solo engendra autocomplacencia, y esa es una forma de pensar peligrosa dada la cercanía a tu madre.

Hiram vuelve a poner los ojos en blanco.

—No siento curiosidad porque no tengo la capacidad de que me importe una mierda nada más.

—Eso y que siempre has odiado la presión que entraña que te desafíen. Sabes lo que está bien y lo que está mal y detestas malgastar la energía que hace falta usar para responsabilizar a la gente.

Peter no se equivoca, e Hiram no lo soporta. En la estancia se hace un silencio que, sin embargo, no dura mucho.

—¿Tienes algún remedio para combatir las pesadillas? Me duele la espalda de dormir en el suelo de la habitación de Antaris.

Peter ladea la cabeza.

—Vaya, qué interesante.

—Ha sido la única solución que ha funcionado para mantener a raya sus pesadillas estas últimas noches.

—¿Qué dice su terapeuta?

—Que no debería esperar que la cosa mejore pronto.

La respuesta le granjea la primera mirada de reojo de Peter.

—Y tú ¿qué opinas?

—No estoy seguro —admite él.

—Eres la persona más decidida que conozco.

Está en lo cierto. Tras exhalar un suspiro, Hiram suelta lo primero que piensa.

—Despediría a Kidane solo para fastidiar a mi madre por haberlo contratado. ¿Es la decisión adecuada? No estoy seguro, pero lo que sí sé es que es el psicólogo infantil mejor valorado de la zona.

—Pero ¿es el mejor? —presiona Peter—. En esas listas no permiten que entren videntes. Les he mencionado a Antaris a algunos terapeutas videntes a los que conozco en la zona. Están interesados en su caso, por si cambias de idea.

—Ya sabes cómo reaccionaría mi madre. Quiero tener la fiesta en paz.

—¿Hasta qué punto, en realidad, si estás decidiendo a expensas de tu hijo?

Hiram hace una mueca.

—¿Vas a soltarme un sermón o a decirme cómo le va en el colegio?

—Le cuesta, pero no la parte de los estudios. —La expresión de Peter cambia—. Quería disculparme por que haya acabado teniendo un tutor, ¿sabes?

—No te preocupes, confío en ti.

—Pongo la mano en el fuego por ella. Es...

—Ya me he enterado —responde, con desdén, Hiram—. Le estoy dando a mi madre tres oportunidades, y ya ha perdido una por pasarse de la raya con lo de la tutora de Antaris. Me alejé de ella una vez, lo puedo volver a hacer.

—¿Por eso tu casa está como si la hubiese decorado alguien para venderla? —Peter le dirige una mirada cómplice—. Creo que no te he preguntado cómo estás tú con todo esto.

Nadie lo ha hecho, pero sus sentimientos carecen de importancia.

—Estoy volcado en Antaris.

—Grace también significaba algo para ti.

—Hace mucho tiempo.

Tras conocerse a través de unos amigos en común, Hiram puede contar con los dedos de una mano las conversaciones que mantuvieron antes de acostarse. De forma esporádica al principio, después más a menudo. Llevaban dos años saliendo a distancia cuando él se instaló en Nueva York con la esperanza de construir algo duradero.

Evidentemente, lo suyo no duró mucho.

Un mundo sin Grace no es nada nuevo: lleva más tiempo fuera de su vida del que formó parte de ella. Aun así, su muerte le supuso todo un golpe. No contaba con nada que lo ayudase a sobrellevar cómo se sintió después. A lo largo de los últimos meses se ha preguntado si ella le habría llegado a revelar la existencia de Antaris, pero el mensaje que dejó en la piedra responde a esa pregunta: pensaba llevarse el secreto a la tumba.

Le dolió en lo hondo enterarse de que no se había ganado la confianza que él le había dado con tanta facilidad. Sin embargo, Hiram no está enfadado. Tan solo decidido a demostrar que ella se equivocaba.

—Estoy bien. Preferiría que me dijeras qué se te ocurre para mantener a raya a mi madre.

Peter resopla.

—Dudo mucho que sea posible. Y te diré más: mantener la paz es más fácil que prepararse para la guerra, pero a veces la guerra es

necesaria para hallar la paz.

—Listillo. —Hiram deja que cale en él el sabio comentario.

—Ven, vamos a ver si puedo encontrar algo que os ayude con esas pesadillas.

Su amigo echa a andar hacia la despensa, llena de pociones, ingredientes y creaciones de los alumnos organizados en tres paredes y media de estantes de suelo a techo y provista de una escalera móvil. Mientras Peter se pone a buscar, Hiram silba con suavidad al reparar en un tarro oscuro etiquetado como MUSGO LUMINISCENTE.

—A ver si lo adivino, lo has ordenado todo alfabéticamente, por estados de la materia y finalidad.

El ceño fruncido de Peter le dice a Hiram todo cuanto necesita saber. Suelta una risita y deja el tarro en su sitio.

—Seguro que has venido a hacer algo más que desahogarte y pedir un tónico que podrías haber comprado en una farmacia —observa su amigo mientras le ofrece un vial—. Esto lo elaboró nuestro maestro de pócimas. Una gota cada noche obra milagros en los magos.

En lugares como Proventia siempre hay una persona que sabe más que la mayoría. Peter se ha encargado de desempeñar ese cometido, incluso entre los magos de clase alta que desprecian a los videntes. Hiram decide probar suerte.

—¿Qué fue de esa amiga tuya de la universidad? ¿Cómo se llamaba? —Chasquea los dedos fingiendo pararse a pensar—. Veda, ¿no? La vi en tu fiesta de graduación y te pregunté cómo se llamaba para buscarla. Me dijiste que estaba saliendo con alguien... —Hiram deja la frase en puntos suspensivos al tiempo que hace un gesto con la mano como para intentar refrescar la memoria a Peter.

Una ceja rubia se arquea.

—¿Veda? Sí, claro. Sigo en contacto con ella, desde luego. Sabes que es la...

—Los investigadores de la FCD me han hecho algunas preguntas sobre el caso de Grace. Al parecer, Grace fue víctima de un asesino en serie llamado...

—El Botanista —termina la frase Peter—. ¿Grace vino alguna vez a Proventia?

—No, que yo sepa. ¿Por qué? ¿Qué tiene eso que ver con Veda?

—Dime que ha pasado en la FCD.

Hiram lo mira ceñudo.

—El investigador Sallant tenía las carpetas del Botanista encima de su mesa —cuenta—. Cuando salió del despacho, me fijé por casualidad en una de ellas. Pensaba que sería la de Grace, puesto que es la última víctima, pero era un informe sobre el asalto que se produjo hace seis años en una casa. La de Veda. ¿Lo sabías?

Peter mira a Hiram como si este hubiese hecho algo espantoso.

—Sí, pero volvamos a lo de «me fijé por casualidad». Infringiste la ley al leer documentos confidenciales de una investigación en curso para dar caza a un asesino en serie que lleva suelto seis años.

—Eso es lo de menos. —Le resta importancia con un gesto—. ¿Sabías que dos días después de que Veda presenciase el primer asesinato del Botanista este entró en su apartamento y ella se enfrentó a él?

—Es más complicado que eso, pero la que tiene que contarlo es ella, no yo. —Su amigo le da unas palmaditas en la espalda—. Dentro de poco lo sabrás todo.



Hiram no tarda mucho en elegir la forma y el acabado de la mesa de trabajo. De vuelta a su coche, está demasiado absorto decidiendo qué pedir para la cena como para prestar mucha atención. Camina sin mirar, con la cabeza baja. Las dos primeras veces que oye pasos que se aproximan levanta la vista. La tercera, no. Despistado, tropieza.

Un casco de moto cae al suelo. Se disculpa mientras se agacha para cogerlo.

—Perdóneme, no iba prestando...

—Lo siento.

Hiram pone cara de sorpresa y necesita un segundo para confirmar lo que sabe en el acto. Naturalmente, es Veda.

Igual que en Nénuphar, parece muy distinta, pero esta vez él está lo bastante cerca para verla bien: pantalón vaquero oscuro, sencilla camisa roja, cazadora de cuero negra y guantes de motorista. Nada fuera de lo corriente para la estación en la que están, y sin embargo ella irradia una frialdad, una ferocidad, como de acero abrasivo. Hiram le mira el collar: el amuleto con forma de ojo atrapa la luz y emite un breve destello antes de apagarse. Resulta extraño verlo en un sitio distinto de su piel, pero el tatuador le hizo justicia. La mayoría de los amuletos son de diamantes o rubíes, las gemas más duras según los criterios mágicos, pero el de Veda es de zafiro. Ver las imperfecciones de cerca deja claro que alguien creó ese amuleto específicamente para ella.

Hiram sabe que debería seguir su camino, pero el deseo de hablar se impone al sentido común.

—¿Nos conocemos?

Espera que Veda le siga la corriente, como hace la gente, pero lo sorprende:

—No lo creo, ¿nos conocemos?

No lo reconoce. Es comprensible. De la fiesta de Peter hace ya unos años, y nunca los presentaron. Lo que le resulta más desconcertante es que al parecer no lo reconoce de la cueva, al menos no de cara. Veda recupera el casco, su cauto fastidio lo descoloca. Igual de desolador le supone el fuerte contraste que hay entre la persona que era antes y la que parece ser ahora.

Lo mejor que puede hacer es ser sincero.

—Soy el hombre que estaba nadando en Nénuphar.

Veda ladea la cabeza.

—El que tiene tatuado mi amuleto.

—El tatuador me tatuó su visión. No me dio explicación alguna. Ni yo quise saberla.

Ella todavía recela.

—¿Y Nénuphar?

—Conozco la cueva desde que tenía diez años. Solo se lo conté a una persona, que usted conoce: Peter Weston.

Veda pone los ojos en blanco.

—Peter conoce a demasiada gente.

—Es un placer conocerla por fin, Veda. —Hiram alarga las palabras y le tiende la mano.

Ella no la estrecha. Lo que hace es mirar a su alrededor. En busca de testigos o de ayuda, Hiram no está seguro. Se cierra como un puño y la posibilidad de mantener una conversación informal se desvanece.

—¿Quién es usted? ¿Cómo me conoce? ¿Por qué me está siguiendo?

La reacción de Hiram a la sarta de preguntas la exaspera visiblemente, lo cual repercute en la frustración que siente él.

—No la estoy siguiendo, pero si hubiese sabido que es tan paranoica, no habría mencionado su puñetero nombre.

Veda recula como lo haría ante una llama abierta. Apenas le llega por los hombros, pero la magia que desprende el amuleto parece poderosa. Él nunca ha sentido tanta fuerza en un talismán regulado, lo que significa que es como su propio amuleto, el anillo de ónix: ilegal.

—¿Cómo se llama?

—¿Por qué quiere saberlo?

—*Quid pro quo*.

La irritación de Hiram cesa, y no sabe por qué.

—Hiram Ellis. Con dos eles.

El ceño fruncido de Veda se suaviza para dar paso a la fría sospecha. Ahí está: una chispa de la mujer aguda a la que recuerda.

—¿Ellis? Interesante. —Pronuncia su nombre como si fuese una maldición. No es la primera vez que Hiram lo oye pronunciar así, pero algo en la forma de escudriñarlo lo inquieta de un modo que no es capaz de describir.

—Igual de interesante que el hecho de que vaya por ahí como si tal cosa cuando la persona que intentó matarla sigue suelta —le espeta él.

No es la frase más afortunada, e Hiram lo sabe. Para demostrarle que no se equivoca, el amuleto de Veda se enciende, el ojo de zafiro brilla con más intensidad, listo para matarlo con un único hechizo. No es propio de él jugar con fuego, pero los ojos de Veda le dicen que está fingiendo: no se halla a la defensiva, sino asustada. El miedo distorsiona el mundo, hace que la cautela se malinterprete y se perciba como una amenaza. Hiram lo tiene presente cuando ella pone distancia entre ambos y, acto seguido, gira deprisa sobre los talones. No echa a correr hacia su moto, pero le falta poco. Sin

pararse a pensar en las consecuencias que podría sufrir su propia seguridad, Hiram la sigue.

—Creen que el Botanista tiene un colgante que le cambia la apariencia. ¿Vio que se desdibujara alguno de sus rasgos? ¿Llevaba...?

—No recuerdo nada.

Él no la cree.

—¿Por dónde entró en su apartamento? En el informe se mencionan la puerta y la ventana, pero parece que la puerta la volaron hacia fuera, y la ventana estaba rota. Sin embargo, la puerta del patio, la única entrada que no sufrió daños, estaba cerrada, pero no con llave.

Veda se vuelve con brío hacia él, la furia y el miedo estallan a la vez.

—Vaya, conque ahora es investigador, ¿no? ¿Me está siguiendo para interrogarme?

Hiram estudia su rostro con cara inexpresiva. No era esto lo que pretendía, pero cada pregunta suscita otras. La más acuciante de todas no se le va de la cabeza.

—Dicen que no tienen ninguna pista, pero sí que la tienen. Un superviviente: usted. Hay un motivo por el que sigue viva.

Veda permanece en silencio un instante, después se endurece.

—Déjeme en paz y deje tranquila mi historia, de lo contrario...

—Si fuese a emplear magia contra mí, ya lo habría hecho. —Agarra el manillar de la moto, obligándola a mirarlo—. Estamos en el mismo bando.

—Eso seré yo quien lo decida.

Hiram levanta las manos.

—Dejaré las preguntas a los investigadores si habla conmigo. Tenemos el mismo problema y el mismo objetivo: encontrar al

Botanista.

Antes de que él pueda decir algo más, Veda se pone el casco, hace girar la llave y da marcha atrás en la moto. Su última palabra es una peineta.

5



Desde que se topó con los lirios araña en el bosque, todo lo que ha pasado es demasiada coincidencia para que Veda lo desdeñe. Se sienta con la nota que le dio el doctor Simpson, un bolígrafo y un bol de crema de almejas cortesía de Ruth.

19114721919

A Veda le fastidia no ser capaz de descifrar el acertijo. Once números. No es un teléfono, sino un mensaje con demasiadas combinaciones. Va por el tercer intento de descifrarlo, está a punto de rendirse, cuando le da la vuelta al papel y clava la vista en los números que hay al dorso.

22541. BBEDA.

Se para a pensar. En lugar de leer las letras individualmente, une los dos primeros números. La vigésimo segunda letra del alfabeto inglés es la V: «Veda».

Se sienta a la mesa, entregada a la labor, efectúa docenas de combinaciones y anota las letras resultantes hasta que, al cabo, una de ellas forma una palabra que reconoce:

19-1-14-7-21-9-19

«Sanguis».

Ciega a todo cuanto no sea el lugar al que se dirige, sale corriendo. Los árboles la empequeñecen por todas partes, proyectan extrañas sombras con el sol poniente. El aire está cargado de electricidad. Veda tropieza, procura recobrar el aliento y aliviar la quemazón que siente en el pecho, pero no se detiene hasta franquear la línea de árboles que marca el límite de la Academia Weston.

El atardecer hace que el mundo parezca en paz, no como ella, que registra cada establo y cada corral hasta que da con el doctor Simpson. Está arrodillado, examinándole la pezuña a una oveja, pero su llegada hace que se levante.

—¿Qué está haciendo aquí?

—He descifrado su nota —contesta ella, con expresión imperturbable y respirando agitadamente—. ¿Qué demonios sabe de la maldición Sanguis?

Everett se tensa, después coge su maletín y sale del redil de las ovejas. Veda retrocede, más todavía cuando él se frota la nuca mientras elige sus palabras con cuidado:

—Sé que usted la tiene.

—¿Cómo?

—Sus marcas. Las pociones que elabora Everly. No siempre encuentra polvo de cuerno de oveja viva, así que me lo pide a mí. Me... —La señala, va a decir más, pero se estremece, las manos se cierran en sendos puños a los lados—. Las maldiciones de la sangre

son difíciles de lanzar, fáciles de contaminar y difíciles de curar. Pero no hay nada imposible.

Un rayo de esperanza donde antes reinaba la resignación. Todavía escéptica, debatiéndose entre escuchar y marcharse, Veda permanece donde está.

—¿Cómo sabe esto?

—La mía es incurable. No se parece en nada a la suya.

Ella recula.

—¿Le han lanzado una maldición?

—Algo por el estilo —es la críptica respuesta de Everett—. No hay nombre para lo que me hicieron. No es una maldición ni tampoco un maleficio, más bien una jaula. Cuando más cerca estoy de contar una verdad determinada, tanto más caigo en la locura. La verdad es mi libertador y mi captor al mismo tiempo.

Horrorizada, Veda quiere preguntarle quién le ha hecho eso, pero está segura de que no podrá contestarle.

—¿Se puede revertir?

—No. —El hombre hace una mueca, deja caer el maletín y se lleva una mano al costado—. No puedo decir más.

—¿Lo sabe alguien?

—Usted... y la persona que me lanzó la maldición. —Everett siente arcadas, se tapa la boca, a sus ojos asoma una luz roja antes de que los cierre con fuerza.

—Sus ojos. —Veda retrocede—. ¿Forma parte de la maldición?

—Sí —repone él, tembloroso—. Vi su verdadero rostro en una visión. Di con el asesino. Prometió entregarse, pero cuando me desperté descubrí que me había lanzado una maldición.

—Podría huir.

—Es lo que el asesino quería que hiciera, pero no puedo. He Visto lo que se avecina. No seré libre hasta que todo el mundo conozca la

verdad. —Se limpia la sangrante nariz y musita con amargura—: Pasado, presente, futuro. La vida. La muerte. Le da lo mismo el orden natural y no respeta las normas de la Visión.

—No me puedo creer que esté diciendo esto, pero debería acudir a la FCD a...

—No —espeta Everett—. La oveja es un lobo.

Ella no sabe qué significa eso.

—No confío en muchas personas, pero Gabriel y Francisco podrían ayudarlo —insiste—. Los puedo llamar ahora y quedar con ellos fuera del departamento.

—Todavía no. Hable con ellos si cree que es necesario, pero aún tengo algunas cosas que hacer.

Veda no imagina qué podría ser más importante. Saca el teléfono y Everett se tensa.

—¿Qué ocurre?

—La persona que le lanzó la maldición está atrapada y aún no lo sabe. Usted es su respuesta y también su perdición. —El hombre cae de rodillas, la cabeza le cuelga mientras la sangre le mancha la camisa. El cambio que se ha operado en él resulta alarmante. Los hombros se le tensan, las venas se abultan, el sudor le perla el nacimiento del pelo. Jadea y tiembla violentamente.

—¿Está...?

—¡Estoy bien! —estalla de pronto, la cabeza pega una sacudida, los ojos son de un rojo encendido.

Veda retrocede hasta que se da contra la pared.

—Lo siento, lo siento —se disculpa Everett con voz rasposa—. Quiero... Es preciso que lo sepa: el embaucador vuela.



Cuando quieren llegar Gabriel y Francisco, el doctor Simpson ya se ha ido.

—Estaba aquí hace un segundo y al siguiente me encontraba sola. —Veda va de un lado del establo al otro mientras Gabriel apunta todo lo que ella recuerda de la conversación que ha mantenido con Everett. Peter y Jadiya, que acaban de peinar el terreno con Francisco, se aproximan, sacudiendo la cabeza.

—Ha desaparecido —anuncian al unísono.

—Dudo que venga mañana —añade Peter, que mira a su alrededor una vez más—. Tengo su piedra de empleado en el despacho. La información que contiene está actualizada.

Entran en silencio y les da la piedra.

—Gracias —contesta Francisco—. Si aparece, llámanos, pero no lo abordes.

Gabriel se apoya en la pared.

—Tenemos que hablar del Consejo de Oráculos. Están desoyendo mis consultas.

—Mi tío cree que ocultan algo —afirma Jadiya.

El investigador se burla.

—Es evidente.

—Hemos intentado hablar con ellos multitud de veces en el curso de otros casos: los ataques a videntes, los arrestos ilegales, incluso cuando pusimos en su conocimiento lo del Botanista, pero no hay manera. Me sorprende que Clinton quiera ayudar.

—¿Se lo podéis reprochar? —plantea Jadiya—. Los videntes no tienen un solo motivo para confiar en la FCD desde que se creó. Las

heridas son profundas. A pesar de los esfuerzos que está haciendo mi tío para tender puentes, el Consejo prefiere ocuparse de las cosas de manera interna.

—Es preciso que hagáis que cambien de opinión, sobre todo ahora que tenemos señales claras de que el Botanista está aquí. No había ningún cadáver con esos lirios araña, pero con lo que ha dicho el doctor Simpson, estoy convencido de que eran una advertencia. Necesitamos que el Consejo coopere con nosotros, preferiblemente antes de que asesinen a otro miembro.

Veda se yergue.

—¿Todas las víctimas eran miembros del Consejo?

—Las últimas intentaron borrar todo rastro de su pasado, pero sí. Todas ellas salvo la de Londres, que no tenía nada que ver con el estado de Washington.

—En tal caso, deberíais suponer que algo la unía al Botanista.

Francisco exhala un suspiro.

—Todavía estamos investigando a sus amigos. Son muchos, y no he terminado aún. Por el momento han accedido a ayudar. Basándonos en lo que te ha dicho Everett, sé que vas a decir que no, pero creo que deberías plantearte contar con protección.

—Preferiría invitar al Botanista a cenar en mi casa. —Veda cruza los brazos—. Confío en Gabriel plenamente, en ti en parte y en la FCD nada en absoluto.

—¿En parte? —Francisco se enfurruña—. Me decepcionas.

—No dices tacos y eres demasiado tranquilo —replica ella—. No decir tacos resulta falso y los hombres tranquilos son sospechosos. Bueno, excepto Peter, porque con él la procesión va por dentro. No soy yo quien dicta las normas.

Peter no se digna entrar al trapo; Jadiya, por su parte, se ríe con disimulo.

—Tengo un montón de primos y sobrinos pequeños que lo repiten todo —aduce Francisco—. Y, además, alguien tiene que ser el contrapeso de Gabriel, que es demasiado paciente con los sospechosos y demasiado amable con los testigos.

Tiene razón. El mentado se endereza.

—¿Cómo he acabado yo metido en esto?

Nadie le hace caso. Francisco consulta su reloj.

—Examinaremos la piedra de empleado, daremos con lo que necesitamos y le haremos una visita al doctor Simpson en su casa esta noche. Si no nos abre la puerta, hablaremos con sus vecinos y con su familia. ¿Cuánto hace que trabaja aquí?

—Un año —responde Peter.

—Su madre juega al bingo con Ruth, del Consejo de Oráculos —recuerda Veda.

Los investigadores se miran.

—Otro nexo —musita Gabriel—. Tenemos que hablar con él en persona, con discreción. Ya desconfía de nosotros. No ha hecho nada malo, así que lo último que necesitamos es que esto se sepa y el jefe ordene que toda la FCD se ponga a buscar a un vidente cuya maldición hará que se vuelva loco si revela una verdad que nosotros todavía desconocemos.

—Y se enteren un montón de investigadores prestos a lanzar hechizos e intolerantes a los que les encantaría dar con él —añade Francisco, que a continuación se dirige a Veda—: Piensa en lo que te he dicho de la protección.

—No lo haré.



Veda pasa la mañana siguiente recolectando, la tarde reuniendo pedidos de mayoristas y todos los minutos libres que le quedan entre medias terminando las nóminas. No se puede arriesgar a estar ociosa, ya que es un viaje de ida a la angustia. La llegada del Botanista implica que los años que se ha pasado preguntándose qué será de ella por fin se acercan a una conclusión. Buena o mala, al menos todo habrá terminado.

Cuando se quiere dar cuenta, la jornada escolar casi ha acabado, y es hora de ir en busca de Antaris. Lo encuentra en un aula vacía, mirando fijamente un papel que parece haber sido doblado y desdoblado infinidad de veces.

—Hola.

Antaris pega un respingo y se lo guarda deprisa en el bolsillo. Veda finge no darse cuenta. Es su quinta sesión, y cada día averigua más cosas de él. Prefiere estar al aire libre, siempre lleva la misma nota, rara vez come la comida que le han preparado y suele terminar los deberes que le han puesto antes de que finalicen las clases.

También le gusta elegir lo que hacen. Hoy opta por sentarse en la escalera para ver cómo corretean las gallinas por la pradera. Es difícil descifrar cuál es su estado de ánimo, así que Veda lo observa en busca de señales de aflicción.

—¿Cómo te ha ido hoy? —se interesa.

El niño se sobresalta de nuevo, como si se le hubiese olvidado algo. Después de buscar en los bolsillos y en la mochila, que descansa entre ambos, encuentra el papel doblado. Ahora, de cerca, Veda ve lo sobado que está, pero el pequeño lo atesora de todas formas. Antaris la pilla mirando y se lo guarda en el bolsillo.

—No es asunto mío, a menos que quieras que lo vea. —Le ofrece el dedo—. Hay una cosa que necesito hacer. ¿Me ayudas?

Antaris le da dos toquecitos: «Sí».

Veda echa a andar hacia la cocina. Una vez allí, Antaris mira a su alrededor impresionado. Ella le da una fresa a modo de prueba y se sorprende cuando el niño la acepta. Mientras se la come, tiene una idea.

—¿Qué más cosas te gustan? —inquiere—. ¿Me las enseñas?

La vacilación que muestra siempre Antaris sigue presente, pero después de que Veda levante el pulgar para tranquilizarlo, el niño comienza a explorar la cocina, sin tocar nada, solo señalando cosas, con los ojos muy abiertos, mirándola de reojo. Le está pidiendo ayuda.

Resulta que a Antaris le gustan muchos alimentos.

Veda se hace con lápiz y papel para elaborar una lista, y deduce que le gusta la fruta fresca, las verduras que crujen y los sándwiches sin corteza. Como era de esperar, es goloso, pero es mayor la curiosidad que le despierta lo dulce que su familiaridad con ello. Veda disimula una sonrisa cuando el pequeño pone cara de asco al tocar ciertas cosas, aunque sea sin querer. No es el único niño al que no le gustan nada los purés o que es quisquilloso con la carne, pero sus miradas de desagrado con los ojos entornados hacen que a ella le cueste no reírse.

Con cada gesto afirmativo la lista de Antaris aumenta junto con el ánimo de Veda. Resulta extraño que pasar tiempo con él sea un bálsamo después de las largas jornadas. Y, más extraño aún, lo deprisa que la luz se apaga en sus ojos cuando llega su abuela. Le da la lista a Simran, dispuesta a compartir el éxito de ese día, pero la mujer se limita a leer por encima el papel, proferir un ruido despectivo y guardárselo. Quizá haya sido un «gracias».

Veda los sigue con la mirada cuando se marchan y frunce el ceño mientras se dirige al invernadero. La imagen de un niño con

expresión impasible que vuelve la cabeza para mirarla una vez antes de subirse al coche la atormenta hasta que una voz atraviesa el silencio.

—Pensé que estarías aquí.

Sus pensamientos salen en desbandada. Veda se vuelve deprisa hacia Peter.

—Me has asustado.

—Perdona —se disculpa él, avergonzado—. Vi que Simran se iba con Antaris y pensé que vendrías al invernadero. Después de lo que pasó anoche, te sugeriría que te tomaras el día libre, porque se nota que no has dormido, pero no me harás ni caso. O me mandarás a la mierda... otra vez.

Veda sopesa ambas opciones, pero está demasiado cansada para cualquiera de ellas.

—Hoy tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Peter retrocede cuando ella se levanta.

—Ven conmigo.

—La última vez que te seguí acabé con un protegido. —Así y todo, se limpia el polvo de las manos en los vaqueros y lo sigue hasta la pradera.

—¿Va todo bien con Antaris?

—Cada día me entero de algo nuevo —responde Veda, y a continuación le cuenta lo que ha averiguado, incluido el listado de alimentos y que le gusta que le lean en voz alta—. De hecho, fue el único que se quedó sentado escuchando durante la hora de los relatos.

—Lo lleva en los genes, no cabe ninguna duda. —Cuando su amiga lo mira con cara rara, Peter añade—: Su padre también era así, siempre tenía las narices metidas en un libro. Cuando se

trasladó aquí, envió toda su biblioteca por separado. Creo que le concede más valor que a su ropa.

—¿Está comprometido?

—¿Con Antaris? Sí. Él es quien tiene la custodia.

Veda frunce el ceño.

—Solo he visto a Simran con él.

—Tienen un acuerdo. Ella lo viene a buscar y a traer y él pasa con Antaris el resto del tiempo. Agradecerá esa lista.

—Sopesamos un montón de opciones. Sabía si le gustaba o detestaba algo solo por su expresión. Diría que se está desenroscando como un gato. Y me sigue observando como un gato.

—¿Ansiedad?

—Sin duda. Va a terapia, ¿no?

—Sí, pero dejemos ese tema para otro día.

Veda asiente, mira el camino que tienen delante.

—A veces dibuja.

Peter se interesa.

—¿Qué dibuja?

—Garabatos en los cuadernos y en hojas sueltas. Creo que uno era un gato. Otro podría ser una flor. Un árbol y una barca. ¿Una casa?

A Peter parece que le hace gracia.

—Me lo apunto.

Los días cada vez son más largos, pero un cielo gris encapotado oculta el sol. Su decisión de salir del recinto del colegio es muda y fácil. El bosque, exuberante y verde, se estrecha cada vez más. Veda se plantea dar media vuelta, no por ella, sino por Peter, que lleva un pantalón y una camisa gris impecables y cuyas zapatillas de deporte blancas no son adecuadas para andar por el bosque.

—Mañana hace seis años que Jadiya neutralizó mi maldición. —El recelo de Peter revive toda la tensión de la que Veda había logrado liberarse temporalmente en el invernadero—. Debería hacer una tarta de no-he-muerto-aún, pero es macabro incluso para mí —añade.

—Si es ñoña, no. —La sonrisa de su amigo desmiente su por lo demás sombrío semblante—. No han encontrado a Everett —continúa—. Estaba pensando en tu informe y...

—¿Mi informe? ¿El mismo que al parecer tu amigo, el señor Ellis, con dos eles, ha visto? —lo corta, lanzándole la pulla mientras salva un árbol talado.

Peter suelta una carcajada, pero recobra la seriedad al ver la mirada furibunda que le lanza ella.

—Ah, que estás cabreada. En su defensa diré que él forma parte de la investigación.

Que precisamente Hiram Ellis tenga algo que ver con el caso del Botanista es absurdo a más no poder. Puesto que todas las víctimas son videntes, tardaron años en publicar tan siquiera un artículo. La poca atención pública que han recibido no ha dado lugar a ninguna pista buena.

—¿Quién es ese hombre para ti? —le espeta.

A Peter la pregunta parece sorprenderle, algo poco habitual en él.

—Mi madre trabajó para su familia. Cuando se dio cuenta de que Hiram no era más que un niño solitario que estaba perdido me llevó para que jugara con él. Cuando lo conocí, me cayó fatal, pero con el tiempo comprendí que no tenía la vida afortunada que yo creía. Los prejuicios se aprenden, no son algo innato. Nos hicimos amigos y él se dio cuenta de que su familia...

—Era espantosa —lo interrumpe ella—. Una bonita historia de amistad forjada en las calderas del infierno, pero tú eres vidente y

amigo de un Ellis. Esa familia está infestando el gobierno, se vale de su riqueza para ocupar cargos electos desde los que hacen que la vida sea más dura para ti, para mis padres cuando vivían y para todas las personas que te importan. ¿Por qué no has mencionado nunca que tienes relación con ellos?

—Es complicado.

—¿Lo sabe Jadiya?

—Lo sabe, sí. Lo odia, cuando empezamos a salir solíamos discutir por eso, pero dejó de ser un problema... hasta que Hiram ha vuelto. El Consejo de Oráculos también lo sabe. —Peter desvía la mirada y profiere un suspiro—. Lo entiendo. Los Ellis han causado mucho trauma generacional. Son lo peor de todo cuanto eres capaz de imaginar.

—Eso es quedarse corto. El abuelo de tu amigo abogó por que se aprobaran leyes y sanciones más duras contra los videntes. A su padre se le ocurrió automatizar el Registro y vincularlo a cada impronta. El bufete de los Ellis defiende a corporaciones de todo el país que se aprovechan de videntes desesperados, los obligan a trabajar en condiciones atroces y agotan su magia como si fuese forraje. El hecho de que un miembro de esa familia tan siquiera conozca mi nombre me cabrea más que ninguna otra cosa.

—Ya te he pedido disculpas por eso. —Peter la mira a los ojos y suspira—. Mi madre logró impedir que los padres de Hiram lo enviaran a la Academia Arcadia hasta que se fue de la casa para fundar la Academia Weston, cuando Hiram estaba en sexto año. Se fue y ya no volvió.

—¿Se supone que debo sentir empatía?

—Jamás se me ocurriría tal cosa —espeta él, poniendo los ojos en blanco—. Pero... hace falta mucho valor para darse cuenta de que todo lo que le han enseñado a uno es detestable y está mal. Y

mucho más para rebelarse activamente y apartarse. Hiram hizo ambas cosas: se negó a trabajar para su bufete de abogados, se pasó años fuera y...

—Ahora ha vuelto a casa con mamá y papá. —Veda se sienta en un tocón ancho, nada convencida—. Es algo más viejo que el mundo.

—No es lo que crees. Fui yo el que lo convenció de que aceptase provisionalmente la rama de olivo que ellos le ofrecieron y se mudase aquí. Era la forma más rápida de asegurarse la custodia de su hijo. Si fuera por Hiram, no habría vuelto. Proventia no es un lugar feliz para él. Su padre fue una figura ausente, en el mejor de los casos. Y su madre..., bueno, ya conoces a Simran, es...

—¿Cómo? —exclama Veda—. ¿Simran? Así que Antaris es...

—Hijo de Hiram.

Se queda boquiabierta.

—Y tú no me has contado esto antes porque...

—Prefería que no juzgases a Antaris por una familia en la que no se ha criado.

—Antaris es un niño —repone ella—. ¿Tan mala opinión tienes de mí?

—No, pero eres estrecha de miras. Me has juzgado a mí por conocer a los Ellis y estás juzgando a Hiram sin conocerlo.

—Sé lo suficiente.

Peter no parece impresionado.

—Estás por encima de esto.

—Tú también. El único cumplido que te ha hecho Simran es que no eres «como los demás videntes». Ve en ti a alguien que le conviene, no a una persona. Y, lo que es peor, tú se lo permites. Las personas como ella no cambian.

—Puede que no, pero prefiero confiar en que así será, porque darme por vencido no lo barajo. —Peter se sienta a su lado, guardan silencio un momento mientras las aguas se calman entre ellos—. No permití que Simran me tratase de ninguna manera, sencillamente sé cómo es. Síguele el juego, deja que piense que está ganando y hará lo que tú quieres. Así es como conseguí que Antaris se matriculase en Weston y no en otra academia solo para magos en la otra punta de la ciudad. Prefiero tenerlo aquí, donde no lo pierda de vista, y ayudar a Hiram a pasar por todo esto.

—Pero...

—Antaris es mi ahijado por un motivo. Si algo le pasara a Hiram, las últimas personas con las que quiere que se críe su hijo son sus padres. Presentó los papeles de la guardia legal nada más llegar. —Alza la vista al cielo cuando un pájaro pasa volando—. Yo no soy quién para decirte quién es Hiram. Eres tú quien ha de decidirlo, aunque parece que ya lo has hecho.

Veda resopla.

—Puedes estar seguro de ello.

Peter sacude la cabeza, algo divertido.

—Créeme, él no es el enemigo.

—Tampoco es un amigo.



La cabaña de Veda es su fortaleza. La magia la protege del mundo exterior. Aquí, tras sus muros, no hay necesidad de esconderse. Los ladrillos guardan sus secretos, los espejos ven su dolor. Vivir aquí resulta reconfortante y asfixiante al mismo tiempo.

Después de hablar con Peter, Veda vuelve a casa, se quita la cazadora y la camisa, con cuidado de no rozar las cicatrices que le ha dejado la maldición que le lanzaron, y abre la ventana para permitir que entre una brisa que le refresque la piel inflamada. Demasiado incómoda para aplicarse ella misma la pomada, se pone una camisa enorme y va a la cocina. Los restos de comida medio mohosos significan que solo puede cenar una cosa: fideos instantáneos.

Su talismán se activa, se ilumina con un difuso brillo anaranjado. Ha venido alguien, y ella no espera visita. Veda enciende la luz del porche y acerca el ojo a la mirilla. Se relaja al ver unas trenzas blancas y un rostro conocido.

Abre la puerta.

—Creía que estabas ocupada.

—Cambio de planes —responde Jadiya—. Peter va a cenar con su mejor amigo y su ahijado esta noche y Marlene ha vuelto a pasar de mí, así que se me ha ocurrido venir a ver cómo estabas.

—Me alegra saber que soy tu tercera opción.

—¿Cómo dices? He dejado lo mejor para el final. —Jadiya se quita los zapatos y va a la cocina. Parece despejada después de meditar, lleva un pantalón de chándal y una camiseta, y su expresión es serena, al menos hasta que se da cuenta de lo que está cocinando Veda—. ¿Fideos instantáneos? Se supone que tienes que comer mucho más que esto. Tu maldición consume energía, incluso en estado latente con el bloqueador. Tienes que comer lo suficiente para mantener las fuerzas.

—Estos fideos tienen todo lo que necesito. Son ricos en nutrientes.

—E insípidos. Nunca entenderé cómo sobrevives con lo mínimo indispensable.

—Se hacen rápido, y no necesito más de lo que tengo.

La expresión de Jadiya se vuelve sombría.

—Ojalá supieras lo equivocada que estás.

El agua rompe a hervir. Hay que añadir los fideos.

—Echa un paquete para mí, anda, mientras tanto coceré unos huevos. ¿Qué más tienes que le podamos añadir?

Veda no sabe por qué se molesta en preguntar: de todas formas, Jadiya hará lo que le dé la gana. Veinte minutos más tarde están sentadas a la mesa en la habitación preferida de Veda. La terraza tiene cuatro paneles de cristal de largo, cuatro de ancho y cuatro en el techo. Es pequeña, lo justo para que quepan un sofá de dos plazas y una mesita, pero las vistas son inigualables. Esta noche las guirnaldas de luces encendidas iluminan tenuemente sus platos.

Comen en silencio la mayor parte del tiempo. Veda nunca se lo admitiría, pero las verduras congeladas, los huevos y las especias que ha añadido su amiga han mejorado mucho la comida.

—¿Cómo estás? —le pregunta Jadiya.

—Sorprendida de que estés aquí, pero, teniendo en cuenta el tiempo que ha pasado entre que hablé con Peter de su mejor amigo y tu llegada, ya imagino el sermón que me va a caer.

—Eeeh, que nosotros dos no estamos de acuerdo en lo que respecta a Hiram, así que... —Se encoge de hombros.

—¿Qué tal todo en la clínica? —se interesa Veda.

Jadiya es una sanadora que dirige una clínica fundada con donaciones de la comunidad de videntes y una cuarta parte de los beneficios que da su bar, Olive. Es de vital importancia en una ciudad en la que los hospitales quizá contraten a videntes, pero nunca los asistirán. Así que a los videntes heridos o enfermos los remiten a la clínica de Jadiya. La segregación médica está mal vista en ciudades más liberales. Proventia cambia, aunque despacio, pero son muchos los que aún se aferran a creencias arcaicas: que si los

videntes tienen un umbral del dolor más alto, que si son inmunes a determinadas enfermedades, que si sobrecargan los recursos debido a una mayor necesidad de pociones y elixires... Nada de esto es cierto, pero a los intolerantes les dan lo mismo los hechos.

—Olive está generando suficientes beneficios para que podamos pedir camas nuevas y reponer pociones con los ingredientes que tú no puedes recolectar. El bar funciona solo, así que me he estado centrando más en la clínica. Peter sigue buscando un médico que elabore internamente la mayor cantidad posible de pociones y elixires, y mientras tanto vende el excedente de hierbas medicinales de Weston. Hemos recibido una subvención de un grupo de providentes para adquirir equipo nuevo. Y tal vez contrate a otro sanador para que se ocupe de las emergencias y que no tengamos que hacer visitas a domicilio toda la noche.

Solo los videntes pueden ser sanadores, y desempeñan el duro trabajo en la asistencia médica. Con sus inagotables pozos de magia, es uno de los pocos lugares en los que pueden utilizar encantamientos y hechizos para curar tantas dolencias como les sea posible. Los médicos, el equivalente a los sanadores entre los magos, cierran la marcha ocupándose de crisis menores y elaborando y administrando todas las pociones, los brebajes y los elixires.

Antes de que se interesara por la medicina, Veda creía que la relación entre sanadores y médicos era desequilibrada: los videntes realizaban todo el trabajo y los médicos se llevaban la fama. Pero en la facultad de Medicina, bajo la tutela de algunos de los mejores médicos y sanadores del país, supo la verdad: la relación era, sobre todo, simbiótica. Dicho de manera sencilla, los videntes sanan desde el interior, mientras que los médicos lo hacen desde el exterior. Suele haber respeto mutuo por ambas partes.

—¿Has estado yendo a Nénuphar?

—Fui ayer —responde Veda. «Por suerte, esta vez no había ningún hombre tatuado nadando», añade para sus adentros.

—Bien. Sus aguas sanadoras no te curarán la maldición, pero bañarte en ellas con regularidad alivia los síntomas. —Jadiya se levanta—. Deja que te eche un vistazo.

Veda suspira y se quita la camisa.

—Se te da de pena echarte la pomada —la regaña su amiga mientras coge el ungüento. Veda pega un bote con la sensación de frescor y se relaja acto seguido, cuando desaparece la irritación que tenía antes.

—No llego a todas partes.

—Pues pide ayuda.

Su cabezonería no se lo permite. Una pincelada de calor es todo cuanto siente del hechizo diagnosticador que le lanza Jadiya.

—¿Qué aspecto tiene?

—Bastante bueno. La maldición sigue en estado latente. El quiste no ha aumentado de tamaño. —Son buenas noticias, pero la sanadora suspira, su expresión se tensa, se siente culpable—. Me pregunto si el Botanista ha descubierto el error que cometió cuando te lanzó la maldición y ha dado con tu paradero y los lirios araña del parque son una advertencia.

—¿Para qué advertirme si me quiere matar?

—Puede que lo que dijo Everett encierre algo de verdad: tú eres una respuesta.

—¿A qué pregunta?

—Eso es algo que tenemos que averiguar. —Jadiya la ayuda a ponerse la camisa—. Me alegro de haber podido salvarte, pero ojalá no hubiera implicado dejar la Sanguis atrapada en tu interior. No he cumplido lo que prometí: dar con una forma segura de extraerla.

—Peter y tú habéis hecho todo lo que habéis podido. Os lo agradezco.

Su amiga le dirige una mirada significativa.

—No niegues tu propia participación. Descubriste que la sangre del quiste no es tuya y supusiste que pertenece a la persona que te lanzó la maldición, o sea, el Botanista.

—Ya, pero no podemos analizar su sangre ni averiguar su nombre. —La sangre emponzoñada no se derrama nunca. No se puede extraer ni por fuerza ni de grado. Veda suelta una risita pesimista al ser consciente de la ironía que supone tener la identidad de un asesino en serie atrapada en el cuerpo, pero no poder hacer nada al respecto salvo esperar a que el dique se rompa para ver quién se ahoga con ella.

—Al menos sabemos que tiene una marca como la tuya y que probablemente ahora esté en la ciudad.

—Eso reduce la lista. Es como encontrar una mala hierba en una pradera.

—En realidad no —responde con aire sombrío Jadiya—. Me figuro que dará contigo antes de que tú des con él. Él al menos sabe a quién está buscando.

—Cierto. —Lanza un suspiro—. Y estoy preparada para que esto termine.

Se miran hasta que su amiga pregunta en voz queda:

—¿Estás preparada para morir?

La pregunta es una herida abierta, otra verdad que Veda se niega a afrontar. Se encuentra exhausta. En soledad, cuando se siente más aterrorizada y agobiada, está preparada. Pero cuando alguien se preocupa por ella, aunque sea un poco, duda.

—Necesito creer que esta maldición tiene un propósito además de matarme. Si la cantidad suficiente de su sangre está emponzoñada,

el Botanista morirá conmigo cuando el bloqueador desaparezca. Estoy dispuesta a hacer ese sacrificio.

Jadiya desvía la mirada, visiblemente afectada.

—Podemos seguir intentando extraerla de manera segura.

—¿Se te ocurre alguna cosa que no hayamos probado ya?

—Todavía no. —Cruza los brazos—. No tienes por qué ser una heroína, Veda.

—No intento serlo. Pero lo hemos probado todo. Hemos agotado todas las investigaciones que existen. Con los contactos no llegamos a ninguna parte. No queda nada salvo causar el mayor daño posible cuando me vaya.

Jadiya la abraza, la reconforta en silencio. Veda está a punto de soltar un comentario autocrítico para aligerar el ambiente, pero en lugar de hacerlo, deja de fingir y la abraza más fuerte, durante más tiempo del que pretendía, antes de separarse y decir:

—Necesito beber algo.

Solo tiene media botella de vino. Se sientan fuera, en el porche de atrás, de cara al oscuro bosque, y se pasan la botella sumidas en un silencio cómodo.

—Puedes enfadarte por lo que está pasando. —Jadiya rompe el silencio—. No tienes por qué mantener siempre la cabeza alta mientras sufres en silencio.

—Te puedo asegurar que sí —replica ella en voz queda—. Si dejo de hacerlo, me hundiré. Lo hago por supervivencia.

—La supervivencia no siempre implica aguantar todas las tormentas.

—Es lo único que sé hacer.

6



Cuando el lúgubre grito de la magia caótica azota el lugar, las puertas traquetean y el piso cruje. El olor a gusanos y madera de deriva impregna el aire, se intensifica mientras las paredes derraman unas lágrimas que desaparecen antes de tocar el suelo.

Las pesadillas de Antaris cada vez son peores.

Hiram no puede hacer nada salvo mirar mientras su hijo, con la ropa empapada en sudor y temblando, da vueltas en la cama. No le permite acercarse. Cada intento de aproximarse al niño se ve bloqueado por una pared mágica. Así y todo, se niega a marcharse, monta guardia, espera a que la barrera se desvanezca. Esa noche solo tarda unos minutos. Antaris se despierta entre jadeos. La barrera estalla como una burbuja. El hedor de la magia se esfuma, y por primera vez en horas, reina el silencio. El deseo de hacer algo, lo que sea, vence al consejo que le han dado: «Vaya a su ritmo. Esté presente. Dele espacio cuando lo necesite».

Hiram se arrodilla junto a la cama, coge el conejito, que se ha caído, y lo deposita delicadamente en los brazos de Antaris. El niño

lo estrecha con fuerza mientras su padre le pone una mano vacilante en la espalda.

—Respira.

Tiene la respiración acelerada.

Hay más cosas que le quiere decir: que está bien, que no tiene por qué preocuparse. Los tópicos hueros no le salen, pero la verdad sí:

—Sé que estás asustado, y no pasa nada. Me quedaré aquí, si quieres.

Lo repite hasta que Antaris afloja su letal abrazo al peluche. El niño se tiende, con los ojos muy abiertos, como de búho, clavados en él. Hiram toma una decisión rápidamente.

—Dame un segundo, ¿quieres?

La expresión del niño ahora es de alarma.

—Vuelvo ahora mismo.

Hiram se mueve deprisa: primero va a la cocina a por un vaso de agua, luego a su habitación para coger una manta y una almohada. Cuando regresa, Antaris está sentado en la cama, abrazado al conejito y con un papel doblado en la mano. Hiram lo reconoce de inmediato. ¿Todavía tiene el itinerario? El desconcierto da paso a algo cálido cuando deja la almohada en el suelo y extiende la manta antes de sentarse. Solo entonces se tumba Antaris, de lado, mirándole con cara de asombro.

—Te dije que siempre volveré.

El temblor que el niño tiene en el labio tarda una hora en parar, y le lleva otra hora quedarse dormido por fin. Solo cuando su respiración se vuelve profunda Hiram se tumba en la manta junto a la cama. Mira el teléfono y ve que tiene una llamada perdida de John, el padrastro de Grace. Necesita a alguien con quien hablar, así que le devuelve la llamada. En Londres es por la mañana.

—¿Hiram? —responden del otro lado de la línea—. ¿Cómo estás?

—Bien —afirma él con rigidez, exhausto—. ¿Y tú?

—Voy tirando.

Se hace un silencio tenso, son muchas las cosas que tienen que decir.

—¿Y Antaris? —La pregunta que formula John en voz queda y cautelosa rezuma tristeza.

—El colegio ayuda, pero tiene pesadillas. Yo también las tenía a su edad. Hoy ha tenido una, pero ahora está dormido. Quería preguntarte si las tenía... antes.

—A menudo no, no. ¿Ya...?

—¿Habla? No. —Duda antes de hacer la siguiente pregunta, aunque se muere de ganas de saberlo—. ¿Cómo era?

El silencio que sigue resulta tan insoportable que Hiram está a punto de cambiar de tema, hasta que oye el fuerte suspiro que profiere John, un suspiro que denota un profundo cansancio salido del alma.

—Antaris era... tímido con los desconocidos, pero en general alegre, creativo y observador. Le encantaban las pajaritas que le hacía Grace. Al igual que ella, era curioso. Sonreía a menudo, se reía mucho. Grace solía decir que era el Sol, porque iluminaba su mundo.

Hiram se tensa.

«Obligar al Sol a que brille».

—La... la echo de menos todos los días. —El dolor que siente John resulta palpable—. No puedo creer que ya no esté, pero tampoco soy capaz de sacudirme la sensación de que Grace sabía que no vería crecer a su hijo.

Ninguna combinación de palabras podrá devolverle lo que ha perdido.

—Grace envió una piedra mensajera a la FCD tres meses antes de... Dejó pistas para los investigadores y dijo de sí misma que era una «estrella moribunda». Afirmó que había Visto su final.

El conocimiento es una espada de doble filo que hiere en lo hondo a John. Sangra, el sonido del dolor corre por la línea. Hiram aparta el teléfono, le concede un momento de paz para llorar la muerte de la hija a la que crio desde pequeña. Cuando se vuelve a acercar el móvil a la oreja, la línea está muda y silente.

—Lo siento —musita Hiram.

—No tienes por qué disculparte. No es culpa tuya. Me... —Pausa —. Me dijeron que la habían asesinado, pero que como era una víctima de un asesino en serie que mataba en Estados Unidos, ellos se ocuparían del caso. ¿Tú has...?

—Han hablado conmigo. Dos veces. Quieren hablar con Antaris también, pero no se lo he permitido.

—¿Estás ayudando en la investigación? Recuerdo que moviste algunos hilos aquí cuando...

—Fue mi padre, pero dudo que le importe. No le importa a mucha gente.

—A ti sí.

En la medida en la que tiene que ver con Grace, y ello se debe a Antaris. Hiram clava la vista en la pared desnuda.

—He hecho todo lo que he podido. He sido complaciente, he respondido a sus preguntas, pero será mejor que deje que las autoridades hagan su trabajo. El mío es ocuparme de Antaris.

—Tienes razón. —John carraspea—. Ayúdalo a recuperar la voz.

—Ahora mismo, preferiría tener su confianza más que su voz — admite quedamente, y se pasa una mano por la cara—. Es tarde. Cuando se despierte, le pediré que...

—No, no. No tienes por qué hacerlo. —John hace una pausa—. Su silencio... es duro.

Hiram, que ni siquiera sabe cómo es la voz de Antaris, lo entiende más de lo que admitirá nunca.

—Le puedes escribir. Yo he empezado a dejarle notas cada mañana. Le gusta.

—¿SÍ? Vale, pues eso haré. ¿Me llamas el mes que viene?

—Te llamaré. —Han acordado que seguirán comunicándose, por difícil que sea.

Cuando pone fin a la llamada, Hiram se tumba en el suelo junto a la cama de su hijo. La indiferencia que le inspiran las paredes blancas y la moldura del techo se torna desagrado.

Dormir resulta imposible, pero lo intenta.



La comida del sábado es una más en una serie de fracasos. Hiram todavía está recogiendo cuando llega Peter; el talismán lo deja entrar sin vacilar. Antaris le saluda con una mirada de reojo, pero se ha acostumbrado ya a la presencia de su padrino. Y a sus regalos.

Hoy le trae un libro de actividades para colorear con acuarelas que entusiasma al niño más que todo lo que ha recibido hasta ahora. Cuando se acomoda y se pone a pintar el dibujo de un gato —el mismo animal que el de su colgante—, Peter se reúne en la mesa con Hiram, que está tomando café porque es demasiado pronto para beber alcohol.

—¿Cómo has sabido que le gusta pintar?

—Por los profesores y por su tutora. Por lo visto, cuando más concentrado está es en la clase de dibujo y en la hora de los relatos.

—Quizá debiera dirigir mis esfuerzos a descifrar por qué es tan quisquilloso con la comida.

Peter enarca las cejas.

—¿Cómo dices? ¿Es que no tienes la lista?

Hiram frunce el ceño.

—¿Qué lista?

—Conque no te la dio, claro.

—Explícate.

—Hizo un recorrido por la cocina del colegio y elaboró con su tutora una lista de todas las cosas que le gustan. Ella se la dio a Simran, pero supongo que no te la pasó.

—Pues no. —Antaris casi no tocó el pastel de carne con puré de patatas que le preparó la noche anterior, pero más tarde lo pilló comiendo zanahorias *baby* y rodajas de manzana. No dijo nada en su momento, tan solo agradeció que su hijo estuviese comiendo. Y mientras tanto había una puñetera lista.

¿Le sorprende? No.

A su madre siempre le ha gustado controlar la narrativa, tergiversar detalles de manera que ella siempre salga victoriosa. Seguro que desea dejar que Hiram fracasase estrepitosamente para luego intervenir como una heroína con una solución que ya tenía.

Se disculpa y va a llamar a Simran, que no le coge el teléfono. Prueba dos veces más; la última la cortan después de que suene la primera vez. Una táctica de evasión estratégica. Irritado, llama a su padre, que lo coge y le dice que su madre está jugando a algo, pero que no recuerda adónde ha ido. Hiram, sin embargo, lo sabe.

—¿Me haces un favor? —le pregunta a Peter—. ¿Le echas un ojo a Antaris mientras salgo un momento?

—Claro.

Después de decirle a su hijo que volverá, lo mismo que le escribió en la nota, lo que le granjea una mirada de cautela, se marcha.

Simran es una criatura de costumbres, como él mismo. Le encantan los juegos de mesa y tiene una breve lista de lugares que frecuenta. Hiram se detiene en la puerta de Zephyr, el salón privado al que su madre va desde que él era pequeño. El letrero que ve confirma que probablemente esté dentro: es el día del *mancala*. Simran prefiere el *pallankuli*, pero esto es lo más parecido que ha encontrado en Estados Unidos. La entrada es exorbitante para quienes no son miembros, pero Hiram paga con su impronta y hace caso omiso de la jefa de sala cuando le pregunta dónde le gustaría sentarse. No se va a quedar.

Dentro, el ambiente es una extraña mezcla de pretenciosos alardes de riqueza y la informalidad de un bar. Se escucha una melodía bajo la cháchara de la élite de la ciudad. Unos beben y se ríen; otros juegan partidas de *pachisi* y apuestan más dinero del que la mayoría de la gente gana en un mes. La ve en el acto, rodeada de mujeres mayores que ella, con una taza de porcelana blanca en la mano —conociéndola, será *masala chai*— y una sonrisa ancha y resplandeciente.

Que se desvanece en cuanto lo ve para volver acto seguido, demasiado forzada.

—Hiram, querido. ¿Qué te trae por aquí?

La mesa se vuelve para mirar. Él esboza una sonrisa educada, maquinal.

—Buenas tardes, señoras. Solo quería robarles a mi madre. Será un minuto.

—Llévesela —responde una mujer—. Nos ha estado dando una paliza durante la última hora.

—Qué culpa tendré yo de que tengáis mal perder —se jacta Simran.

Se burlan de ella de broma mientras lleva a Hiram a un rincón tranquilo. Su sonrisa se borra en cuanto están solos. No está contenta con él. Bien. Es mutuo.

—Qué grosería interrumpir así mi partida. ¿Qué es lo que necesitas?

—La lista.

—¿Qué lista?

Hiram la mira fijamente.

—Lo último que diría nunca de ti es que eres estúpida.

La mirada de Simran se endurece, pero la mujer saca un papel doblado del bolsillo de su sari azul marino. Él le echa un vistazo, lo dobla y se lo guarda en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Dónde está Antaris?

—En casa, pintando con Peter.

—Algunas de mis amigas tienen nietos de su edad. Les...

—No —la corta Hiram—. Hoy no vas a hacer esto.

La expresión de Simran muta en confusión.

—Ahora no me dirás que estás molesto conmigo.

—Molesto no, decepcionado. Acabas de perder la segunda de las oportunidades que te he dado —le advierte con una sonrisa forzada, pues sabe que tienen público—. Disfruta del día, madre.

La rodea y se marcha sin dignarse mirarla de nuevo. Espoleado por la frustración, camina cuatro manzanas, se topa con una frutería, mira la lista lo justo para elegir lo que necesita para la cena y se marcha más tranquilo de lo que llegó.

Por la noche prepara pasta con tres de las verduras que, según la lista, le gustan a Antaris. Cuando el niño se come dos platos sin

necesidad de que él le insista, por primera vez en meses Hiram no se siente tan perdido.



Las cajas de la mudanza de Londres y Los Ángeles llegan el lunes por la mañana. Mientras Antaris está en el colegio, Hiram desembala la vida que tenía antes su hijo. Le organiza el armario, cuelga dibujos en la pared y llena de libros los estantes vacíos. Sospecha que Antaris preferiría decidir él mismo dónde colocar sus cosas, una sospecha que se ve confirmada cuando ve la cara que pone el niño al abrir la primera caja a la vuelta del cole.

Hiram no está preparado para lo que le enseña el contenido de cada caja. La primera pone de manifiesto que a Antaris le gusta pintar más que los garabatos de los que le habló Peter. La caja está llena de útiles de pintura, un pequeño caballete plegable y varias acuarelas envueltas. El niño se queda mirándolas tanto rato que Hiram se pregunta si terminarán de sacarlo todo ese día. Árboles con un camino sinuoso. Un gato gris con ojos verdes. Un jarrón con flores. Nubarrones sobre un bosque. Ninguna de ellas parece obra de un niño.

—¿Las pintó tu madre? —Se le hace raro preguntarlo.

La tensión de su hijo lo confirma. Sin saber qué decir, Hiram mira al niño, que coloca cada una de las piezas contra el espejo de su cómoda.

—Si quieres, las podemos enmarcar y colgar.

Antaris vuelve la cabeza, los ojos color avellana grandes y esperanzados. Hiram sabe cuál será su siguiente cometido.

—Podemos... ir a comprar los marcos juntos.

El niño mira las obras por última vez y afirma con la cabeza. Hiram se siente tentado de ir ya mismo, para aprovechar el momento, pero no quiere presionar.

La segunda caja le dice que su hijo comparte el amor de Simran por los juegos y rompecabezas. Los bloques de construcción que contiene son como los que él tenía de pequeño. Los apila en el vacío armario del pasillo mientras Antaris lo mira con una preocupación teñida de curiosidad.

—Puedes abrir el armario siempre que quieras —le asegura Hiram.

El niño se relaja, y pasan a la tercera caja.

Es la que más pesa, y confirma que el estilo de profesor universitario que tiene su hijo es normal en él. La caja está llena de ropa que se puede poner ya y de pajaritas de punto que Antaris organiza con sumo cuidado. Hiram dobla y guarda algunas prendas informales, camisas con manchas de hierba y pantalones vaqueros con salpicaduras de pintura, pero lo que le extraña es la gran cantidad de abrigos con capucha, guantes y bufandas. No son propios de la estación y todos tienen la etiqueta. Por qué Grace compró ropa de invierno en marzo resulta tan desconcertante como caer en la cuenta de que todo es una talla más grande, perfecto para el próximo invierno.

Antaris es demasiado bajo para colgar la ropa, así que mira a Hiram mientras lo hace. La última caja se queda sin abrir cuando llega la pizza que ha pedido. Al niño le gusta con extra de queso. Él prefiere la de carne, pero es un pequeño sacrificio a cambio de ver que su hijo prácticamente engulle dos trozos. Terminan de comer en un tiempo récord e Hiram se sorprende cuando ve que Antaris lleva su plato y su vaso al fregadero.

—No hace fal... —No termina la frase al ver que la preocupación frunce el ceño del niño—. ¿Quieres echar una mano?

Así es como descubre que su hijo sabe fregar los platos, todo lo bien de lo que es capaz un niño de seis años.

Hiram los seca y pasa una bayeta por las encimeras. Cuando termina, Antaris está en la puerta de la sala de estar con las botas de goma, moviendo los pies, con un papel en la mano. Él no entiende lo que significa hasta que se acerca y el pequeño se lo da.

En solo unas semanas, el itinerario que Hiram le dio no podría estar más sobado. Lo abre y ve cuál es el motivo de preocupación: se ha roto.

—¿Quieres que lo arregle?

El niño asiente.

Hiram solo tiene la cinta de embalar de las cajas de la mudanza, pero se sienta a la mesa de centro y hace lo que puede mientras Antaris lo ronda. Tres tiras después, el papel vuelve a estar entero. Tras dárselo a su hijo, que echa a andar hacia su habitación, repara en la mesa. Antes de que sepa lo que está haciendo, se pone a escribir una nota para sustituir la que se ha roto. Por si acaso.

Va por el quinto papel hecho una bola cuando ve otra vez a Antaris, que ahora lleva un chubasquero a juego con las botas, con la capucha puesta, a pesar de que el cielo está despejado. Listo para salir a pasear, sin duda. Con la sensación de que lo han pillado haciendo algo malo, Hiram dobla torpemente el papel y se lo da a su hijo. El mismo consuelo en un papel nuevo.

—Pensé que quizá quisieras quedarte con uno nuevo.

Está preparado para flagelarse por esforzarse demasiado, pero Antaris coge el papel con las dos manos.

7



Veda llegará tarde a la sesión con Antaris como no salga ya del invernadero.

Se lo encuentra solo en el comedor, tan pulcro como siempre, con su uniforme y su pajarita. Tiene la mochila en el asiento de al lado, la fiambrera en la mesa, la chaqueta en el respaldo de la silla. Veda lo observa hasta que el niño levanta la cabeza. La señal para que se acerque. Abre la puerta y con ella entra un poco de aire. Hace poco más de un mes que Antaris llegó a su vida y cada sesión refuerza el sereno ritmo que han encontrado juntos. La verdad es que no está segura de quién está ayudando más a quién.

—Hola.

El saludo llama la atención del niño y sus ojos bajan hasta el costado de Veda. Con las prisas, se le ha olvidado dejar la lavanda que iba destinada a las reservas del colegio. Se sienta a su lado y la deja en la mesa.

Los ojos del niño siguen clavados en ella.

—¿Te gustan las plantas?

Antaris da dos golpecitos en la mesa. «Sí».

—Estos son solo unos tallos que se han partido, pero hay mucha más lista para plantarla en la tierra. —Veda no es dada a interpretar su silencio, pero este evidente pasmo resulta fácil de traducir—. Podemos ir al huerto a plantar el resto juntos.

Antaris se levanta casi de un salto.

Al rostro de Veda asoma despacio una sonrisa. Recoge la lavanda y sale con el niño del comedor. Fuera, se muestra cauteloso e inseguro, va detrás de ella, que vuelve la cabeza para dirigirle una mirada de ánimo.

—Vamos.

Antaris se da la vuelta y sale corriendo antes de que ella lo pueda detener. Perpleja, se queda esperando hasta que el niño regresa con un paraguas.

—Ah, que luego va a llover. Supongo que no está de más que vayamos preparados. —Antes de que cambie de opinión, le ofrece la mano. Él no la coge, pero camina a su lado, cerca pero distante.

Mira con curiosidad los animales. Los árboles. El cielo. Mientras lo observa, Veda se da cuenta de que ahora tiene la pajarita ladeada. Va a enderezársela, pero el pánico asoma al rostro del pequeño.

—Perdona, debería haberte preguntado primero. ¿Puedo?

El niño la mira a los ojos y asiente despacio. Ella le pone recta la pajarita con cuidado mientras él baja la cabeza como puede para no perderla de vista. Está retorcida en la parte de atrás, así que Veda la coloca bien debajo del cuello de la camisa. Antaris tarda en relajarse, se mueve con cuidado.

—Listo —musita ella—. ¿Es tu preferida? Es la única que te he visto puesta. —Cuando Antaris asiente, Veda sonríe—. A mí también me gusta. Quien la haya hecho tiene talento.

El alma se le cae a los pies al ver que al niño se le humedecen los ojos. Vuelve la cabeza para ocultar su rostro, y el sollozo que intenta

reprimir le hace comprender que ha cometido un error, ha desenterrado el dolor del pequeño.

La pajarita. Seguro que se la hizo su madre.

Los hombros del chico se sacuden con cada respiración entrecortada mientras se esfuerza por mantener dentro lo que quiere salir con desesperación. El silencio intensifica su sufrimiento; el ver cómo se esfuerza el niño para luchar contra ello conmueve profundamente a Veda..., que pronuncia su nombre, le recuerda que no está solo. Con las mejillas rojas y los ojos húmedos, él empieza a mirar hacia otro lado de nuevo, pero se queda quieto cuando ella lo llama de nuevo. Con labios temblorosos, se seca las lágrimas con los puños y le oculta de nuevo el rostro.

—¿Puedo ayudar? —Veda siente el deseo de hacer algo, de abrazarlo, darle a este niño que está sufriendo el consuelo que tanto necesita. Pero él cabecea—. Vale. Nos quedaremos aquí hasta que estés listo. Tómate todo el tiempo que necesites.

Antaris se arrodilla, mira al cielo. Ella ha hecho lo mismo infinidad de veces antes, pero cuando se une a él, se pregunta si el motivo será el mismo.

—Mis padres tampoco están ya. Como tu madre —le confiesa en voz baja. El dolor que ve reflejado en sus ojos le corta la respiración —. Nos pasábamos todos los veranos recorriendo el país en una caravana vieja, porque a mis padres les encantaban los viajes por carretera. A mí no me gustaban nada, siempre me estaba quejando porque quería quedarme en casa. Cuando tenía dieciséis años, me puse a nadar en un lago junto al que habíamos dejado la caravana mientras ellos preparaban la comida. Estaban ahí, y un segundo después, adiós. Desaparecieron. Como tantos otros.

Cuando nota una pequeña mano en la suya, sonríe entristecida.

—Nunca he dejado de echarlos de menos, igual que tú a tu madre. Algunos días son más fáciles, otros no tanto. Lo peor es olvidar los pequeños detalles, así que, cuando me pasa eso, miro al cielo, porque, aunque no los puedo ver, sé que siguen conmigo, entretejidos con el cosmos. Tu madre también.

Antaris hace un gesto afirmativo: lo entiende. No deja de mirar al cielo. Veda no es consciente de que tiene los ojos húmedos hasta que su vista se vuelve borrosa. La brisa les seca las mejillas mientras el sol se asoma, las nubes se alejan. Parece que pasan horas hasta que Antaris se levanta.

—¿Seguro que estás listo?

El niño asiente despacio y después la señala, como para preguntarle eso mismo.

—También. —Veda apunta con un dedo el lugar al que se dirigen —. Vamos.

El huerto rebosa vida recién plantada. Veda cuelga el paraguas del niño en el pasador de la puerta mientras él deambula entre hileras de frutas, verduras, hortalizas y hierbas aromáticas y medicinales.

Bancales elevados flanquean cuatro pasillos herbosos que llevan al invernadero. Arbustos en flor bordean la tapia que rodea el huerto. Veda se detiene cerca de la entrada y observa a Antaris, que echa un vistazo con las manos a la espalda. Cuidadosa, respetuosamente. Pero cuando llega al arriate de jacintos silvestres, aguileñas rojas y milenrama en flor, Veda se une a él.

Todavía preocupada por el arrebato emocional de Antaris, se hace la valiente.

—¿Te gustan?

No hace falta que el niño conteste: la fascinación que siente es palpable. Examina las plantas desde todos los ángulos, como si

intentase memorizar hasta el último detalle, pero no las toca. Veda sigue su ejemplo y le dice cómo se llaman las flores.

—Todas ellas se han plantado con el objeto de atraer a abejas para que ayuden con la polinización.

Antaris se vuelve, la escucha.

—¿Has visto alguna vez abejas?

Su confirmación todavía es forzada, pero ella acepta lo que le da. Animada, lo lleva hasta donde tiene sus herramientas, pero solo hay un par de guantes. Al volverse, ve que Antaris está a la espera de su próximo movimiento.

Que es uno que ninguno de los dos se espera. Veda se pone de rodillas delante de él, lo asusta y el niño da un paso atrás, pero ella le pide que se acerque.

—Los guantes te protegerán las manos mientras plantamos. Son demasiado grandes para ti, pero algo es mejor que nada.

El *impasse* no dura tanto como ella espera. Antaris da un paso adelante, con cautela, después otro, antes de extender las manos.

—La próxima vez tendré unos de tu talla.

Aunque su expresión no cambia, el niño, con un guante demasiado grande puesto, la señala.

—No te preocupes, tengo unas manos muy fuertes. No les pasará nada.

Por lo visto no es eso. El niño se acerca más, le mira el brazo con la cabeza ladeada. Veda no sabe por qué hasta que se da cuenta de que las cicatrices de la maldición le asoman por la manga. Se la baja deprisa.

—Son de hace tiempo. De un accidente.

Antaris frunce el ceño.

—Estoy bien —le miente ella con suavidad, y le pone el otro guante. No podrá agarrar bien nada, pero al parecer a él no le

importa. Veda lo lleva hasta un hoyo abierto a medias y se arrodilla en el suelo. Antaris, a su lado, observa con atención. Ella coge la pala y la hunde en la tierra mullida—. ¿Quieres plantar esta?

El niño asiente.

Veda le indica que se arrodille a su lado. Lo hace, casi tropieza. Avergonzado, se acomoda y la mira, a la espera. Ella está a punto de preguntarle si se encuentra bien, pero cambia de idea. Tras airear la tierra, saca una planta de lavanda de la maceta de plástico y se la da.

—Ponla ahí.

Antaris trabaja con mimo, rellena con delicadeza el hoyo con la tierra que hay alrededor. Pasan al siguiente, y Veda coge otra plantita de lavanda y empieza a abrir otro hoyo.

—A veces, cuando estoy nerviosa o asustada, cuando siento que la vida pesa demasiado, vengo aquí. Ver crecer y cambiar las cosas hace que me sienta mejor. Más fuerte. El plantar, regar y recolectar me recuerda que, pase lo que pase, todo irá bien.

Antaris escucha, embelesado.

—Vengo aquí más de lo que me gusta admitir. —Suelta una risita y cabecea—. Cosmos bendito, me estoy desahogando con un niño de seis años.

Sin embargo, a él no parece importarle. Lo asimila todo en silencio.

—Entiendes cómo me siento, ¿a que sí?

Él da dos golpecitos en la tierra.

—A ver qué te parece esto: te enseñaré todo lo que me enseñó mi madre de jardinería y así este sitio también te servirá a ti para que recuerdes eso mismo. ¿Te gustaría?

Él asiente. Veda mira a su alrededor.

—En primer lugar, un huerto abundante requiere planificación. Todo trabaja en armonía con la naturaleza, aunque no siempre lo veamos.

Podría decir más cosas, pero las emociones, demasiado complicadas de digerir, hacen que le cueste. Deja la pala a un lado y se pone a excavar con las manos. Normalmente lleva guantes, y no recuerda cuándo sintió por última vez la tierra entre los dedos. Una mano se suma a las suyas.

Antaris se ha quitado los guantes, también ha decidido tocar la fría tierra. Ella le da otra planta de lavanda y la acomodan en el hueco, después pasan a la siguiente. Esta vez Veda lo frena, para dejar que se concentre en sus manos.

Cuando terminan, ella le ofrece un dedo lleno de tierra.

—¿Mejor?

Antaris le da dos toquecitos.

La tierra es lo que lo sustenta todo. Donde empieza y termina la vida. Mientras Antaris, de pie entre lo que han hecho, lo mira todo con asombro, Veda se pregunta si tal vez este huerto sea un lugar donde el pequeño pueda empezar de nuevo.



Al día siguiente, por la tarde, Veda se permite echar de menos a sus padres cuando está a solas. Los recuerdos la atormentan y la calman. Su madre le enseñó que, pese a la intrínseca lucha por ser distintas, todas las cosas están conectadas. Engendrada en el vientre de la naturaleza, la magia es la base de todo: «El modo en

que alguien hace uso de la magia no significa nada en el vasto universo».

Su padre le enseñó a recurrir a los cuerpos celestes para extraer magia en las cantidades precisas para fusionarla con creaciones de la tierra: piedras, gemas y metales. Nunca ni mucho ni poco. Nunca ni muy deprisa ni muy despacio. Solía hablar de perspectiva y resolución de problemas, de templanza y paciencia: «No siempre hace falta una respuesta. Sin el milagro y el misterio, la magia muere».

Pero cuando las enseñanzas terminaban, se sentaban bajo las estrellas y contaban historias, recordándole a Veda que la magia, como cualquier elemento, está forjada por sucesos y fenómenos cósmicos. Meteoritos, erupciones solares, estrellas que nacen y mueren. Energía. Los días que mejor recuerda son los que están llenos de relatos de vidas vividas con anterioridad a ella: la infancia de sus padres, su Visión. Se reían, lloraban y se abrazaban en esos momentos. Y entonces sus padres dejaban de ser gigantes en el mundo de Veda para ser reales.

Trabajar en el huerto con Antaris ha reabierto la herida que dejó su ausencia. Veda no mintió cuando dijo que el dolor no había cambiado. La sigue, yace a su lado por la noche, se levanta temprano con ella para inspeccionar el invernadero. Algunos días susurra. Hoy, grita. Veda no lo puede acallar hasta que se permite abandonarse a los recuerdos.

Cuando abre los ojos, Jadiya está de rodillas, mirando al este, resplandeciente bajo el sol.

—¿Cuánto hace que estás aquí?

—Unos minutos. Te estaba dando tiempo para que estuvieses con tus padres. —Vuelve la cabeza para mirarla—. ¿Un día difícil?

—Sí.

—¿Lista para salir de aquí?

—¿Adónde vamos?

—A Panoramic.

Microcosmos de videntes, Panoramic, en el centro de Proventia, es un barrio vibrante y dinámico que cubre todas las necesidades de la vida en su radio de nueve manzanas. Es el único sitio que de verdad es de ellos. Dentro, los videntes se relajan, bajan la guardia, esbozan sonrisas genuinas. Así y todo, para disgusto de los videntes con tendencias separatistas, en él puede entrar todo el mundo. Algunos magos lo tratan como si fuera un zoo, les sacan fotografías a los videntes en sus actividades cotidianas. Otros van a comprar o a captar clientes. Incluso yendo con Jadiya, las primeras visitas de Veda solían atraer miradas curiosas, pero ahora los videntes la saludan también a ella cuando entran en el Cónclave, el salón de eventos más grande de Panoramic, para asistir a la reunión en el ayuntamiento.

—Cuando termine la reunión, iré con mi tío a poner al día al Consejo sobre Everett y, si quieren hablar, facilitarles la información que nos han dado Gabriel y Francisco. Estoy preparada para discutir —le cuenta Jadiya—. ¿Has visto a Marlene?

Si la ven, es solo porque lleva un vestido azul pastel de flores con un amuleto de un arrendajo azul al cuello. Tiene el pelo recogido en una coleta alta de rizos cerrados tan negros que también parecen azules. El vestido es bonito y resalta sus curvas y su figura más voluptuosa, pero no es su estilo habitual, monocromático con atrevidas pinceladas de color.

Jadiya cruza los brazos.

—Vaya, vaya, vaya. Cuánto tiempo.

Marlene sonríe como un niño al que pillan con la mano dentro de la lata de las galletas y le pasa un brazo por los hombros a su

amiga.

—Jadiya. Lo sé, lo sé. No empieces a echarme la bronca. Siento no haber podido quedar contigo el otro día, pero estaba hasta arriba de trabajo. Quiero ascender, así que he estado haciendo turnos extra.

Veda no está segura de por qué frunce el ceño, pero la excusa es lo bastante buena para Jadiya, que también se halla volcada en su carrera.

—No te mates a trabajar.

—No lo haré.

Marlene se vuelve y le sonríe.

—Hola, Veda.

Los asientos que tienen al lado están libres. Veda se acomoda junto al pasillo y Jadiya y Marlene a su lado, con Everly en el extremo. Mientras capta retazos de la conversación que mantienen, Veda escudriña el salón, que está casi lleno. Confía en que aparezca Everett, pero solo ve a su madre, que parece estresada.

—¿Qué te ha pasado ahí? —pregunta Jadiya mientras apunta a un moratón bajo la oreja de Marlene—. ¿Quieres que te lo cure...?

—No, no pasa nada. Fue un pequeño accidente laboral —aduce, poniendo los ojos en blanco.

—Muy propio de ti. —La sanadora se ríe—. Ten cuidado.

La campana de la torre del reloj suena siete veces y se hace el silencio. Es hora de que empiece la reunión. Ese día el lugar casi está lleno por completo y, cuando se efectúa el recuento, Veda descubre que han venido personas de lugares tan al este como Spokane. Hay una energía extraña en la sala. Se oyen murmullos y algunos miran alrededor como si esperasen que fuera a aparecer algún famoso. Las puertas se abren para que entre el Consejo de Oráculos.

El Consejo está compuesto por trece mujeres y cinco hombres. Veda solo conoce de nombre a cinco: Clinton, su presidente; los representantes de distrito Moab, Ruth Wells y Ani Johnson; y, por último, Lucinda Hampton, la deponente, designada para supervisar los acuerdos mágicos. El resto del Consejo desempeña distintos cometidos. La mayoría de sus miembros han sido elegidos por votación a lo largo de los cinco últimos años, a medida que miembros de más edad se jubilaban o abandonaban Proventia. Moab ayuda a Clinton a sentarse antes de ocupar su propio asiento. Los demás siguen su ejemplo.

El primer punto en el orden del día son las buenas noticias: nuevos negocios que admiten a videntes, propuestas a funcionarios del lugar, el calendario de repavimentación de las calles de Panoramic y una colecta de ropa para videntes adolescentes desplazados. A continuación, llegan las advertencias: zonas que evitar debido al creciente número de agresiones a videntes y el aviso de que nadie vaya solo por la calle a ninguna hora del día. En general, se trata de una reunión rutinaria hasta que Clinton anuncia:

—Esta noche he invitado a una persona a la que he dado una moneda con la Libertad de pie.

Un murmullo recorre la estancia. Al parecer, esto es lo que estaban esperando. Recibir una moneda es un honor. Permite que su receptor se presente formalmente. Veda recibió la suya meses después de que llegara, y aunque no le gustó ser el centro de atención, la ayudó a integrarse.

—Recordad que es en la guarida del león donde nos ponemos a prueba.

Las siniestras palabras de Clinton imponen silencio. Veda se suma a todo el mundo en la búsqueda del invitado. Un hombre con una

gorra de béisbol y gafas de sol camina despacio por el largo pasillo. Cuando llega al atril, se quita la gorra y las gafas.

Se oyen gritos ahogados y parloteo.

—¿Qué coño hace este aquí? —espeta Jadiya.

El sujeto de la conmoción que se crea en la sala mira al gentío. Veda reconoce los ojos azul cielo de Hiram Ellis. Un hombre prudente quizá saliera corriendo al ser objeto de tanta ira, pero él no lo hace. Así y todo, da la impresión de que preferiría estar en cualquier otra parte.

Los insultos indistintos y las voces airadas alcanzan un tono febril. Clinton levanta la mano.

—Silencio.

Todo el mundo se calla en el acto. El hechizo dejaría a la mayoría de los magos con una migraña que les duraría días, pero Clinton ni se inmuta. El poder, cuando se utiliza libremente, nunca deja de sorprender a Veda. Él revierte el hechizo con facilidad. El silencio se mantiene.

—Antes de continuar —añade con voz severa y autoritaria, los ciegos ojos clavados en Hiram—, por favor diga su nombre para que conste en acta.

—Hiram Ellis. —Tranquila y elegante, su voz ahora tiene un deje que no estaba ahí cuando Veda se chocó con él. Deja la moneda en el atril—. No sabía que esta era una comparecencia. No tenía pensado hablar, sino solo observar.

—Observar, ¿con qué fin, Ellis? —inquiere Moab, que se vuelve hacia Clinton—: Qué osadía por tu parte invitarlo.

—El cambio viene de donde uno menos se lo espera —responde este.

—Sea lo que fuere lo que intenta demostrar, habría tenido más éxito con alguien que quiera lo que usted ofrece. —La franqueza de

Hiram debería resultar perturbadora, pero es refrescante—. No he venido aquí a hacer amigos ni a cambiar nada. Me mantengo al margen.

—Como quiera que sea, está aquí. Y el cambio es inevitable. —Clinton se yergue en su silla—. Tenemos un interés común.

Jadiya frunce el ceño. Marlene se echa hacia delante, distrayendo momentáneamente a Veda hasta que la voz de Moab capta su atención.

—¿Qué podemos tener en común con él?

Hiram se mueve, baja las manos a los lados del cuerpo.

—¿Quiere dirigirse a la sala o lo hago yo? —la pregunta de Clinton es un desafío. Como Hiram guarda silencio, el vidente se aclara la garganta—. Como desee. Se trata del Botanista, la persona que lleva seis años matando a miembros de nuestra comunidad. Hiram es tan víctima como cualquier vidente que ha perdido a algún ser querido como consecuencia de su violencia. Su hij...

—No lo meta en esto —le espeta él—. No soy el amigo que su comunidad quiere. Eso es algo que está perfectamente claro.

En vista del consenso que reina en la sala, Veda coincide. El desinterés de Hiram no despierta simpatías, pero el consejo de Peter sigue presente en su cabeza: ten la mente abierta con las intenciones de Hiram. Recuerda las palabras de este: «Tenemos el mismo problema y el mismo objetivo: encontrar al Botanista». Entonces no le hizo caso. Ahora, ante la invitación de Clinton, se pregunta hasta qué punto será eso cierto.

—Su falta de respeto es típica de alguien como usted —escupe Moab.

—¿Preferiría que hiciese gala de una cortesía falsa? —la respuesta de Hiram enciende a los presentes.

Lucinda y Ruth han estado calladas, pero la primera se sienta más recta en su silla.

—Clinton, a menos que hayas Visto algo que los demás no, ¿cómo sabes que no has invitado al asesino a nuestro espacio seguro?

Dolorosamente humano, Hiram se estremece al oír la implicación. Una grieta en su perfecta coraza.

—¿Conque ahora soy un asesino en serie?

—Creo a los Ellis capaces de cualquier cosa, sobre todo cuando su tío lleva décadas estudiándonos como a ratones de laboratorio.

—Yo de eso no sé nada. —Y se vuelve hacia Clinton—. Se acabó.

—¿Seguro? —Es la críptica respuesta del vidente—. Yo creo que ni siquiera hemos empezado.

—Que se vaya. —Moab parece que va a rechinar los dientes de rabia.

—¿Por qué íbamos a quererlo a usted aquí? —interviene Ruth, con un veneno que sorprende a Veda. No tiene nada que ver con la amable y pícara anciana que le da consejos y se asegura de que no pase sus cumpleaños regodeándose en su miseria.

—Yo no he solicitado su protección —afirma Hiram.

—Claro que no. Los Ellis llevan generaciones transmitiendo el odio que nos tienen por todo el país. Cuando su padre se jubiló y usted se fue, brindamos por ello, pensando que el ciclo había concluido, pero ahora ha vuelto.

Veda pega un respingo, al igual que Hiram.

—Me alejé de mi familia hace años. El motivo por el que he vuelto no es de la incumbencia de nadie en esta sala.

—¿Que no es de nuestra incumbencia? —le espeta Ruth, furibunda—. Su familia llegó al poder a costa de los videntes, traicionando nuestra confianza, tergiversando leyes de manera que fuese un delito que empleásemos la magia para protegernos y

proteger a nuestros hijos. Su padre es el peor de todos, extendió el odio al crear el Registro. Los videntes construyeron la mansión en la que viven. ¿Lo sabía? No solo hemos construido una ciudad que nos trata peor que a los animales, sino que somos los cimientos de un país cuyas leyes permiten que la gente nos trate peor que a las alimañas y después nos castigue por no sufrir las mismas consecuencias de la magia. Su mera presencia nos pone en peligro.

Veda solo exhala el aire que estaba conteniendo cuando Ruth termina de hablar.

—Lo único que quiero es que me dejen en paz. Los problemas que tienen con mi familia no son míos. —Hiram permanece imperturbable ante la ira generacional que le está cayendo encima —. No he venido aquí para que me juzguen por unos pecados que no he cometido, sobre todo cuando ya sé cuál es el veredicto.

Clinton apoya una mano en la mesa.

—Tiene razón.

—Quizá debiera someterse a juicio —apunta Lucinda, pasando por alto el cabeceo de Clinton—. Puede que no sea justo, Clinton. Nada lo es. Tú lo sabes mejor que nadie, y sin embargo lo has invitado a venir aquí. Quieres que lo aceptemos porque se ha visto afectado por el Botanista, igual que nosotros. Pero nunca nos ha defendido. ¿Por qué debería importarnos?

—Independientemente del motivo por el que me han invitado, está claro que de aquí nunca iba a salir nada productivo. Quieren a alguien a quien crucificar y han decidido que esa persona sea yo.

Moab suelta una risita pesimista.

—Los pecados de la estirpe...

—No son míos.

—Desde luego que lo son —replica Ani con serena convicción—. Hemos sufrido al permitir que los de su calaña entrasen en nuestra

comunidad, y no nos volverán a engañar.

—Gracias por venir —dice con sinceridad Clinton, aunque es evidente que lo está despidiendo.

En medio de la tormenta de susurros y miradas, Hiram deja el atril olvidándose de coger la gorra y las gafas. Veda le entrevé el rostro, pero no sabe interpretar su expresión.

Todos los ojos le siguen hasta que Clinton se levanta despacio.

—Esto no ha sido un fracaso, sino tan solo un comienzo.

Como si sus palabras fuesen un hechizo, Hiram se detiene. No se vuelve para mirar al Consejo. Echa atrás los hombros y cierra las manos en sendos puños, como si se preparase para otra ronda.

—No. Es el final.

—El carácter lo forjan las decisiones, Hiram. —La voz de Clinton se suaviza—. ¿Elegirá el camino de la facilidad y la comodidad o el menos transitado? Estoy impaciente por ver qué decide.



Cuando la reunión se levanta, la sala, que todavía está alborotada debido a la presencia de Hiram, se desocupa para ir a celebrar el banquete al lado. Es habitual que las reuniones terminen así, con un momento de camaradería y conexión. Jadiya está enfrascada en una conversación con un grupo cada vez más nutrido de miembros del Consejo. Marlene, por su parte, charla con Lucinda. Sin ningún motivo para socializar, Veda vuelve al ahora desierto salón de reuniones y frunce la frente al ver la gorra y las gafas de sol olvidadas.

Presenciar cómo destrozaban a Hiram no le ha producido la satisfacción que esperaba. Su charla con Peter no cambió su forma de pensar; sin embargo, una sensación incómoda anida en la boca de su estómago, una pesadez que ni la comida ni la bebida podrán aliviar.

Todo lo que han dicho era verdad. Pero ¿ha estado bien?

Veda coge las pertenencias del invitado con intención de pasárselas a Peter. Entonces la puerta lateral se abre y es precisamente Hiram quien entra con cautela; frena en seco al verla. Sus ojos van a la puerta principal, como si contase con la irrupción del personal de seguridad.

—Con el debido respeto, no he venido a discutir ni a hacer nada que haga que se ilumine ese amuleto suyo. —Se le aproxima con el mismo cuidado que ella tiene con él—. Solo he venido a buscar mi gorra y mis gafas. Después me iré.

Veda le da ambas cosas.

—Qué raro que haya podido entrar. Esa puerta suele estar cerrada con llave.

Hiram la escudriña, perplejo, como si no fuese capaz de ubicar algo.

—Muy bien, me entregaré de lleno a mi vena masoquista y le preguntaré por qué no se ha vuelto ya paranoica y me ha acusado de nuevo de seguirla.

Veda pone los ojos en blanco.

—Hablé con Peter. Es usted muchas cosas, pero por lo visto un acosador no.

—Vaya, gracias por su aprobación —responde él—. Y, ahora, si no le importa, me pondré el disfraz que he traído (una idea de mierda de Peter, de hecho) para poder marcharme antes de que alguien me acuse otra vez de asesinato.

Fue idea de Peter, claro. Veda lo decía en serio: no tiene el menor interés en ser amiga de Hiram. Sea cual fuere su historia, a ella le da lo mismo, pero ya no lo siente con la misma intensidad.

El hombre se cala la gorra y se guarda en el bolsillo las gafas de sol. No hay ninguna razón para quedarse y, sin embargo, Veda no se va. Sus ojos se detienen en todas partes salvo en los de él. El momento queda suspendido como un péndulo en la mitad del arco hasta que la puerta se abre de nuevo.

Jadiya se queda petrificada en el extremo del pasillo, la sonrisa que tenía en los labios se borra. Camina a buen paso hacia ellos con un objetivo. Con el rabillo del ojo, Veda ve que Hiram desplaza el peso del cuerpo. Un hombre resignado, preparado para hacer frente a otra confrontación.

—Ellis. —Jadiya cruza los brazos.

—Desai —responde él—. De nada, por cierto. Por lo de la farmacia.

—No finja que lo hizo por pura bondad.

La sanadora se vuelve hacia Veda.

—Voy a una sala pequeña para hablar con el Consejo. Ve a Olive y coge mesa. Te veo allí. —La pelea verbal concluye cuando Jadiya se despide.

—¿Qué ha sido eso? —Veda se lo pregunta a la única persona que queda para que le dé respuestas.

—Mala baba —es todo cuanto dice Hiram.

Ella lo rodea y sale por la puerta lateral, sin necesidad de decir adiós. Las luces de la ciudad atenúan la de las estrellas, las nubes cubren parcialmente la luna, pero el aire primaveral es seco y límpido. No ha avanzado mucho cuando se acuerda de que tiene que pedirle a Everly que le elabore otra lata de pomada para sus cicatrices. Soltando un suspiro, gira sobre los talones justo para ver

que la puerta se cierra cuando sale Hiram, que se detiene, a la espera del siguiente movimiento de Veda. Este debería ser entrar de nuevo, pero hay una pregunta que arde y no se apaga.

—¿De qué conoce a Clinton?

—No lo conozco —responde él, irritado.

No se lo traga.

—Pues parece que él sí lo conoce a usted.

—Si fuera así, sabría que detesto toda esa cháchara críptica de los videntes.

De boca de Veda sale un resoplido risueño.

—Yo también.

Están debajo de una farola, la luz proyecta sombras hacia todas partes. Hiram se mete las manos en los bolsillos del pantalón azul marino. Así parece más abierto, vulnerable incluso.

Su expresión es de curiosidad cuando la mira de nuevo.

—¿Por qué estaba usted allí?

—Para ver cómo lo ponían verde a usted, por lo visto.

Él pasa por alto el sarcasmo.

—¿Es vidente?

—No, pero confían en mí.

—¿Por qué? —La pregunta, que hace en voz baja, es personal. No se mueve cuando Veda da un paso atrás, dispuesta a ir a Olive para tomar una copa que necesita desesperadamente—. Da lo mismo. No me lo va a decir.

La verdad es complicada. Ella no le debe ninguna explicación.

En sus ojos azules hay un brillo que ensombrece una pesadumbre fugaz.

—Mi ex fue la última víctima del Botanista.

El fuego que arde en el interior de Veda se apaga un tanto. «¿La madre de Antaris?».

—¿El caso de Londres?

Hiram asiente.

—A ver si lo adivino: Gabriel se lo ha contado.

—Sí. —Veda lucha por dentro con dos verdades: pena por Antaris e incredulidad por el hecho de que alguien como este hombre saliera con una vidente.

—Me topé con su carpeta cuando buscaba la de ella para obtener más información. —Hiram avanza un poco, se aproxima como si ella fuese un pájaro al que él intenta no asustar, no se le acerca demasiado, pero sí lo bastante para eclipsar la luz de la farola. Se detiene cuando Veda retrocede, la mira con desdén—. ¿Usted también cree que soy un asesino?

Ella lo mira con cara inexpresiva.

—No descarto a nadie.

—No sabe una mierda de mí.

—No intento saber nada —le espeta ella—. Pero Peter no se cansa de hablar de usted. Y mi opinión es el resultado de sus actos: como acribillarme a preguntas sobre la peor noche de mi vida. Tiene otras prioridades en las que centrarse en lugar de en mí.

—Mis prioridades no son asunto suyo.

De manera inconsciente, Veda da un paso hacia él, lo mira de arriba abajo. Los ojos de Hiram siguen cada uno de sus movimientos.

—La fe que Peter deposita en usted choca con todo lo que yo he visto. Tengo mis opiniones, y no ha hecho nada para cambiarlas.

—Mis preguntas han sido bruscas, le pido disculpas por eso. En cuanto a lo que ha visto hoy, no estoy por la labor de lamerles el culo a todas las personas con las que me tropiezo solo por tener el apellido que tengo. No he hecho nada malo.

—Si cree eso, es que es tonto de remate. —Ella ladea la cabeza, entornando los ojos—. No estoy diciendo que esté de acuerdo con todo lo que se ha dicho, pero no puede pasar por alto los motivos por los que nadie lo quiere de aliado, tanto si lo ha pedido como si no.

—No lo he pedido —matiza él con firmeza.

—No puede fingir que las preocupaciones de esas personas no son reales. El pasado sucedió, y no, no estaba usted allí, pero ahora se beneficia de él. Los daños permanecen. Nadie las puede obligar a pasar página, ni tampoco es usted quien decide que lo perdonen: eso depende de ellas. Su familia...

—Yo no soy mi familia. —Hay señales de lucha donde antes había solo arrogancia—. Ni siquiera sé por qué me ha invitado Clinton. Sea lo que fuere lo que ha Visto, me da lo mismo, y no quiero ser parte de ello. Lo único que quiero es criar a mi hijo en paz. Es lo que merece después de toda la mierda por la que ha pasado.

—No debería darle lo mismo. Aunque solo sea para ser un ejemplo mejor para su hijo y un amigo mejor.

Sus ojos azules escudriñan los de ella. En busca de qué, Veda no está segura, pero al parecer lo encuentra, porque se inclina un poco más hacia ella, que no recula. La insistencia de Peter y las contradicciones de Hiram la instan a cuestionarse las cosas como hace mucho que no hacía. Si quita todas las que ha dado por sentadas, lo que queda es una página en blanco.

—Si no es como su familia, no tiene el lujo de ser neutral —añade entonces—. Nadie sabe lo que defiende usted, así que esas personas lo suponen. Y eso hace que sea tan cómplice como su familia.

A Hiram se le tensa la mandíbula.

—No tengo que demostrar lo que creo ante nadie.

—No, está claro, y no pierde nada cuando ve cómo se deshumaniza a los videntes —afirma Veda despacio—. Puesto que no es su realidad, no es su problema, ¿no?

—Yo no he dicho eso.

—Ni falta que hace. Su silencio dice lo suficiente. Críe a su hijo, nadie lo criticará por eso, pero no haga como que es mejor que su familia por no ser un intolerante orgulloso que se jacta de serlo. O defienda algo, defienda cualquier cosa. Tenga un pensamiento propio. Pronúnciese. —Veda se vuelve para marcharse, pero se detiene—. Peter dice que es usted un buen hombre a pesar de su familia, pero nunca he conocido a un buen hombre que se limite a ser un mero espectador.

8



Las fotografías, como los recuerdos, tienden un puente entre el presente y el pasado. El álbum que hace que Hiram se levante de la cama poco después de las cinco de la mañana no guarda sus recuerdos.

Sino los de Grace.

Él no llegó a conocer a la mujer que aparece en la primera hoja, pero está seguro de que es su madre, porque el pelo de Antaris se riza como el de ella cuando está mojado, y Grace tenía la misma luz en los ojos. El colgante que descansa en la camisa le llama la atención: una rana de jade con ojos de citrino. Intuye que es el colgante embaucador. Otras fotografías demuestran que se ha transmitido de generación en generación en la familia de Grace, algo que le recuerda que ese colgante no pasará a Antaris a menos que se obre un milagro. Hiram coge el álbum, pone a hervir agua para hacerse un té y se sienta en el taburete. Pasa a la hoja siguiente.

La primera hilera de fotografías hace que se detenga. Grace y Antaris recién nacido. Asombro y agotamiento en una, dicha en la de al lado, ella sonriendo con ternura cuando el niño bosteza. Hay más

instantáneas. Antaris sentado, de pie, caminando, corriendo. Grace dejó constancia de todo. Hiram sigue mirando la sonrisa del niño, tan contagiosa como desconocida para él. Íntima y afectuosamente, intenta forjar falsos recuerdos: estar allí, abrazarlo, pronunciar su nombre, ayudar. Pero se desmenuzan como masa seca. Se perdió todo eso. Aflora en su interior un destello de amargura.

Cierra el álbum y se recuerda cómo es el presente. Antaris aún duerme, e Hiram tiene algunas cosas que hacer antes de que eso cambie. Pone en su sitio el álbum y coge la mochila del pequeño, cuyas cosas no sacó la otra noche.

El informe diario de la profesora habla de notas altas, deberes hechos y buen comportamiento. También menciona sus esfuerzos, su silencio, su aislamiento, su renuencia a interactuar con los compañeros. El último comentario es nuevo: «Está listo para hacer un amigo».

Los engranajes del cerebro de Hiram se ponen en movimiento mientras firma la nota y la devuelve a la mochila. Saca unos papeles sueltos y ve bocetos de la clase de dibujo. Uno parece que es de dos árboles, uno con fruta y otro sin ella. En otro se ve por lo menos una docena de monigotes, todos trazados con pintura negra, cogidos de la mano. El pelo es lo único distinto: rojo en dos de ellos, gris en otros dos y el resto marrón y negro.

Hiram los mira detenidamente hasta que el hervidor silba, luego los pega en la nevera. Ahí es donde siempre quiso poner sus logros cuando era pequeño. Le parece que es lo suyo.

Antaris ya se ha comido una cuarta parte del desayuno cuando se da cuenta. Deja el tenedor, sus ojos se abren como platos. Hiram no sabe si está molesto o contento, así que dice:

—Si no quieres que estén ahí, no lo volveré a hacer... —La expresión del niño empieza a agriarse—. Pero si quieres, estupendo.

Puedes añadir todo lo que quieras.

Se instala un silencio tenso mientras Hiram suda por dentro de cuestionárselo todo...

Antaris se levanta de la mesa y sale corriendo.

La voz de la madre de Hiram se cuela en su cabeza: «Lo estás haciendo mal. Estás tomando malas decisiones. Yo tengo más experiencia, soy la mejor opción». Él sabe que es mentira, pero cuesta desoírla cuando hace frente a la derrota.

Doblegaría el mundo sin dudarlo por Antaris. Quiere a su hijo hasta ese punto. Resulta extraño lo rápido que ha sucedido, los profundos sentimientos que abriga por un niño cuya existencia desconocía hace seis meses. Antaris es una decisión que Hiram tomó en un momento, una decisión de la que no se arrepiente, pero a veces echa de menos lo sencilla que era su vida antes, cuando solo tenía que preocuparse por él mismo.

Esas dos verdades pueden coexistir.

Antaris se asoma con timidez a la puerta. Hiram se yergue y oculta la espiral de pensamientos mientras su hijo entra con un montón de hojas. De dibujos.

Puede que lo haya interpretado mal.

Uno por uno, Antaris va llenando el frigorífico con ellos. Pequeñas naranjas, árboles, algo que parece una gallina. Cuando se queda sin espacio a su alcance, Hiram coge imanes de un lateral y lo ayuda a colocar el resto, acomodando cada uno hasta que el chico hace un gesto de aprobación.

Cuando termina, está al lado de su hijo, que lo mira, las pecas se destacan en sus rubicundas mejillas. Frunce el ceño y lo relaja hasta que cae en la cuenta de lo que intenta decirle el pequeño.

—Es perfecto —le asegura con seriedad Hiram—. Gracias por dejar que los vea.

Al rostro del niño asoma una sonrisa mínima, que permanece incluso cuando están sentados junto al embarcadero, con los pies colgando. Con el chubasquero del amarillo más vivo puesto, a pesar de que en el cielo no hay una sola nube, Antaris es color en un mundo apagado. El agua está en calma. Resulta fácil perderse en la quietud, pero el cerebro de Hiram mete ruido. Podría bloquear la voz acusadora de Veda, desoír sus palabras y vivir como le dé la gana.

«Pero ¿y Antaris?».

La intolerancia enreda las raíces de su hijo. A medida que se vaya haciendo mayor, las marañas acabarán siendo nudos. Ojos que no ven, corazón que no siente. Ese fue uno de los motivos por los que Hiram vino a Proventia. A Simran le importan demasiado las apariencias como para admitir que la madre de su nieto era vidente, y Barrett apenas habla con nadie. Esto le permite mantener a Antaris al margen de la opinión pública. Es un plan bueno, pero no infalible.

Algún día el pequeño se preguntará por qué su padre estuvo ausente al principio. Algún día verá cómo es el mundo para las personas que son como su madre. Hiram tendrá las respuestas preparadas, es algo que se le suele dar bien, pero ahora siente el creciente peso de la preocupación cuando se cuestiona si sus motivos son lo bastante buenos.

Una lluvia imprevista templa sus pensamientos, pero no los apaga.



A Antaris le gusta desayunar con una infusión.

La caja de muestras se ha terminado, lo que deja a Hiram plantado en la tienda como un pasmarote, sobrepasado por la cantidad de opciones. Se inclina hacia las infusiones a granel, más caras, pero coge dos cajas de mezcla de frutas con las que su hijo parecía más entusiasmado.

De camino al coche, ve una cafetería y se desvía. El talismán se ilumina cuando entra, pero casi ni se da cuenta porque el intenso aroma a café le inunda los sentidos. El lugar está lleno, no hay muchos sitios donde sentarse, y por debajo del parloteo se oye música. Hiram se decide por un café mediano y un hojaldre con manzana y se arrepiente en el acto de no haber pedido ambas cosas para llevar cuando ve un rostro conocido sentado a la primera mesa.

Clinton Desai está solo, bebiendo sorbos de lo que parece té, con el bastón apoyado en la pared a su lado.

—Hola, Hiram Ellis. Si lo desea, puede compartir mi mesa.

Es lo último que le apetece hacer.

—No, gracias. Ya me busco yo un sitio.

Por desgracia, para cuando recoge lo que ha pedido, todas las mesas están cogidas u ocupadas por personas que no parecen querer compartirlas. Hiram exhala un suspiro. Se acomoda frente al ciego Clinton y este sonríe.

—Gracias por quedar conmigo.

—No he quedado con usted. —Hiram pone mala cara—. De hecho, después del espectáculo que fue la reunión del ayuntamiento, confiaba en no volver a verlo.

—Al parecer el destino tiene otros planes.

—No, he decidido venir a este sitio por azar.

—¿Sí? —El anciano no deja que la pregunta quede en el aire mucho tiempo—. Tal vez mi invitación al ayuntamiento no fuera la mejor forma de proceder. Le pido perdón por ello.

—¿Qué quiere de mí?

—Todo lo que dije en la reunión era verdad. Creo que podríamos forjar una alianza. Hay cosas fuera de mi alcance que creo que puede usted ayudar a sacar a la luz.

—No soy el hombre que cree que soy.

—No lo es, cierto, pero podría serlo.

—Y qué si es así. ¿Cree que daré caza a un asesino en serie? —Hiram casi se ríe—. Esto no solo es ridículo, sino demencial. ¿Por qué no se sirve de su Visión para dar con el Botanista?

—Puede que nuestra magia no sea limitada, pero nuestra Visión lo es. Lo que Vemos se ve afectado por el libre albedrío. He Visto muchas iteraciones suyas a lo largo de los años, destellos del futuro que cambian a medida que usted lo hace. No sé cuál de las versiones se revelará.

—Ya he respondido a las preguntas de los investigadores.

—Esto no tiene que ver únicamente con el Botanista. Tiene que ver con su huella en el mundo. Lo invité a la reunión para que viese la realidad que hay al otro lado de la barrera en la que ha estado sentado. Las personas son algo más que objetos en su campo visual. ¿Quiere que se le juzgue por su carácter, no por su apellido? Pues mire más allá de lo que conoce.

—No he venido aquí a forjar alianzas. Ni pretendo quedarme a vivir aquí para siempre.

Clinton parece risueño. Se termina el té y desliza una tarjeta por la mesa. Su nombre y su número de teléfono, impresos y en braille.

—Para concertar nuestra próxima reunión. Por favor, elija un sitio más tranquilo. Me concentro mejor cuando no hay distracciones externas.

—Pero ¿qué...?

—Hasta la próxima, Hiram Ellis. —Clinton echa mano de su bastón y se levanta despacio—. Siempre estará huyendo. Ningún lugar será seguro hasta que se atreva a enfrentarse a lo que lo persigue.



Hay demasiado silencio.

Hiram deja de cortar la corteza del sándwich que está preparando y va en busca de su hijo. Antaris ha abierto la última caja. Los libros cubren el suelo y la cama, pero él mira fijamente algo que tiene en la mano. Es una fotografía suya con Grace delante de una tarta de cumpleaños, con una vela con el número seis encendida. Su cumpleaños fue en Nochevieja, solo un mes antes de que muriera Grace. En la foto parece que el tiempo no ha pasado por ella: tez tersa, morena clara, pelo rizado, ojos verde avellana y una sonrisa viva. Antaris es una combinación perfecta de rasgos heredados de ellos dos.

Durante un año después de que Grace pusiera fin a su relación y desapareciese sin dejar rastro, las preguntas enturbiaron el mundo de Hiram. Al final, gracias a un ejercicio de introspección vio las cosas con claridad. No cree que dejar que Grace se marchara fuera un error. Jamás iría detrás de alguien que se aleja de él. Ahora acepta el sentimiento de culpa, es consciente de que sobrestimó hasta qué punto se había distanciado de su familia y confió con demasiada facilidad que con eso bastaría. Antaris deja la instantánea en su mesita de noche.

Él se sienta en la cama a su lado, moviendo nerviosamente una pierna.

—¿Quieres...?

Antaris niega con la cabeza.

—Si alguna vez tienes preguntas sobre tu madre o quieres saber cosas de ella, dímelo.

Hasta que ese momento llegue, Hiram se va para darle espacio.

Los diez minutos siguientes están cargados de un silencio plúmbeo hasta que Antaris aparece con un montón de libros. Tiene la mirada perdida, los ojos húmedos. Hiram quiere ayudar, pero el niño se limita a dejar los libros en la mesa y vuelve a su habitación. El título del primero le llama la atención: *Los poderes ocultos de rituales y rarezas*. Probablemente fuese de Grace y se ha mezclado con el resto. Estaba especializada en magia oscura y rituales, y se pasó la mayor parte de su carrera ayudando a los eclipsados a adaptarse a su nueva normalidad de tener que controlar la magia como un mago.

En cuanto Hiram lo pone en un estante, Antaris regresa, cargando con dificultad otro montón de libros. Después, con un tercero. Él no lo entiende hasta que su hijo mira la primera estantería.

Ah, que no hay espacio.

Hiram lo recoloca todo en un estante, luego en dos. Sigue sin ser suficiente.

—Creo que necesitamos otra estantería. —Se frota la nuca—. ¿Quieres que salgamos a por una?

El aire fresco obra milagros en el chico. La tristeza aún está ahí —Hiram duda que vaya a desaparecer por completo alguna vez—, pero al menos el pequeño ya no la esconde como durante las primeras semanas. Es sábado, y las tiendas están llenas de familias. Antaris permanece cerca de él, mirando ceñudo a los niños que se portan mal. Hiram tiene que reprimir una sonrisa en más de una ocasión.

Las estanterías que eligen no caben en el coche, así que dispone que las envíen a casa. No suelen comer fuera, pero hace calor y el sol brilla. Un par de hamburguesas en Lewie's Diner parece una buena opción.

Algunas personas reconocen a Hiram; muchas parecen perplejas o intrigadas por la presencia de Antaris. A la camarera le encanta ese niño callado que se porta tan bien. Hiram apenas se fija en nadie. Ve que el estado de ánimo de su hijo mejora, sobre todo cuando la camarera, entrada en años, le da una bola de helado gratis y le guiña un ojo.

Al ver que Antaris lo observa, él levanta las dos manos.

—Todo tuyo.

Solo entonces empieza a comerlo el niño.

Más tarde, cuando vuelven a casa, Hiram mira por el espejo retrovisor. Antaris ve pasar a toda velocidad el mundo, el cabello alborotado por el aire.

—¿Hacemos una parada más?

Su hijo asiente.

Son casi las dos, y la biblioteca está llena de niños y familias. Hiram no sabía que era la hora de los relatos. Basta con una mirada esperanzada de Antaris para que sepa que va a pasarse veinte minutos en el suelo. Se queda a escuchar el primer cuento, mirando de reojo repetidamente a su embelesado hijo. Cuando empieza el segundo, Antaris se quiere quedar, así que él le dice que va a buscar un libro. Mientras el relato se desarrolla, Hiram deambula por los pasillos en busca de algo que le llame la atención.

Lo que encuentra es lo último que esperaba ver. Después de años de no ser más que una nota a pie de página en una noche surrealista, ahora Veda aparece en todas partes.

A pesar del gentío, está sola en la sección de amuletos, parece no decidirse por un libro. Debatiéndose entre la irritación y la curiosidad, Hiram sopesa evitarla, pero él mismo se da cuenta de que es un farol. Siempre ha sido masoquista.

—Tenemos que dejar de vernos así —la saluda.

Veda cierra los ojos y exhala antes de mirarlo, nada impresionada.

—¿A qué debo este nuevo desplacer?

—La he visto y he pensado que sería más educado hablar que amenazar con ejercer violencia mágica.

—Pero ni la mitad de divertido.

Hiram sonríe.

—Veo que ahora tiene sentido del humor.

—Resulta curioso que confunda el sarcasmo con el humor. No sabe pillar una indirecta.

—Hablando de indirectas, dígale a su defensor que pare. Estoy harto de sus galimatías crípticos.

Veda parece confusa, después pone cara de ligero asombro.

—Un momento. ¿Clinton?

—¿Quién si no?

Ella se ríe.

—Se le da bien aparecer como por arte de magia en los sitios, pero yo no se lo he echado encima. Solo el cosmos sabe lo que habrá Visto.

Hiram frunce la frente.

—Entonces, ¿no ha sido usted...?

—A ver, ¿por qué haría yo tal cosa?

—Sus temas de conversación fueron parecidos a los de usted.

—Clinton era la única persona en aquel salón que lo quería de aliado. Yo le dije lo que opinaba y no tenía pensado volver a verlo. —Le dirige una mirada amenazadora—. Y, sin embargo, aquí

estamos. Es cabezota, y está claro que eso sobrepasa el poco sentido común que tiene.

—¿Cabezota? —Se ríe con sequedad—. Es posible. —Hiram se acerca a ella lo suficiente para ver el título del libro que sostiene en la mano: *Teoría de las maldiciones*. Cuando Veda saca un tercer volumen sobre creación de amuletos y talismanes, él evalúa la situación—. ¿Por qué le interesaría a una maga la creación de amuletos?

—Para crear tan solo un amuleto o un talismán se necesita una cantidad exorbitante de magia, por eso los videntes los pueden crear con facilidad. También por eso están regulados. No se puede dar carta blanca a las masas para que subviertan las consecuencias del empleo de la magia.

—Sería un circo —coincide él.

—Pero la gente no es consciente de que cualquiera los puede crear. Imbuir magia es tan tedioso como destruirla (e igual de peligroso), pero dista mucho de ser imposible. —Veda lo mira de soslayo—. Hacen falta tiempo y paciencia. Intuyo que no está familiarizado con ninguna de estas dos cosas.

—Tanto si lo cree como si no, soy un hombre paciente —admite en voz baja, íntima, al tiempo que le quita el libro. La petulancia de ella se torna algo ilegible cuando él lo abre por la primera página, pasa a la segunda y lo cierra. Veda intenta recuperarlo, pero él lo retira—. Mmm, creo que voy a sacar este libro. Me ha convencido.

—Es usted un... —Entonces se fija en alguien que se encuentra detrás de él.

Hiram vuelve la cabeza y ve a Antaris cargado con cinco libros y un brillo esperanzado que se vuelve entusiasmo al ver a Veda.

La reacción de esta con su hijo no es lo que esperaba: Veda sonríe. El mundo se debe de estar acabando.

—Hola.

Para mayor confusión, Antaris pasa por delante de él como si fuese invisible.

—Madre mía, has cogido un montón de libros —observa ella con afecto.

El pequeño mira a Hiram henchido de orgullo.

—¿Este es tu...?

—¿Padre? —Hiram esboza una sonrisilla al ver que la de Veda desaparece—. Lo soy, sí.

A ella no parece sorprenderle. La sonrisilla se borra del rostro de Hiram, que ahora mira a Antaris. El niño abre y cierra los ojos como un polluelo de búho.

—¿De qué conoce a mi hijo?

—¿Tan poco comprometido está que no sabe quién es su tutora?

—De eso se ocupa mi madre, pero se refirió a... usted, me figuro, como «la señorita Thorne».

Ella pone los ojos en blanco.

—Ya, su madre sabe cómo me apellido, lo sabe todo de mí. Es un... —mira a Antaris armada con una ancha sonrisa falsa— encanto.

—Y, en nuestros encuentros previos, ¿no se le ocurrió mencionar que era la tutora de mi hijo?

—No es mi trabajo decirle lo que ya debería saber.

La mirada que Hiram le lanza podría fundir acero.

—Usted no sabe nada de...

Una bibliotecaria que pasa los manda callar.

Veda esboza de nuevo una sonrisa y le quita a Hiram el libro, con más brusquedad de la necesaria. Cuando mira a Antaris, no obstante, su expresión se suaviza.

—Te veo el lunes, ¿vale?

Perplejo, el niño asiente despacio.

Se marcha y ambos la siguen con la mirada. El cerebro de Hiram está lleno de preguntas que solo puede responder Peter; sigue intentando averiguar qué demonios acaba de pasar. Pero Antaris está de nuevo a su lado, le tiende en silencio los libros, a todas luces pidiéndole permiso para sacarlos.

Hiram está casi seguro de que se pueden sacar cinco como máximo.

—Lo que tú quieras.

Se ponen a la cola detrás de Veda, que utiliza su impronta para sacar lo que ha elegido. Casi ha salido por la puerta cuando se vuelve, con la bolsa en la mano, la mano en la cadera. Hiram hace años que no saca un libro y se muestra torpe con el proceso. Las instrucciones son confusas. Es lento, agota el tiempo del aparato dos veces y detrás de ellos la cola cada vez es más larga. Antaris comienza a mover los pies con nerviosismo. Veda profiere un suspiro y se mete entre él y el aparato.

—No me sorprende nada en absoluto que no haya pisado nunca una biblioteca pública. —Va siguiendo las indicaciones de la pantalla y escanea su dedo. El resguardo se imprime. Se lo da a Hiram y refunfuña—: Más le vale que los devuelva a su debido tiempo.

A él se le secan las palabras en la boca al darse cuenta de lo cerca que está Veda.

Lo bastante cerca para ver que sus ojos castaños se clavan en él. Lo bastante cerca para ver que ella traga saliva. Un rizo suelto lo tienta, pero no está tan loco como para metérselo detrás de la oreja.

La persona que tienen detrás carraspea.

Antaris camina entre ellos hacia la salida. La moto de Veda está aparcada en sentido contrario a su coche. El niño mira a su tutora y

le dice adiós con la mano tímidamente, lo que le granjea otra sonrisa que se desvanece cuando ella se fija de nuevo en Hiram.

Se aleja sin decir palabra. Hiram cree que así acaba todo hasta que Antaris le pasa los libros y sale corriendo tras ella. Confuso e intrigado, ve que su hijo le da alcance.

Al principio Veda se asusta. Acto seguido deja sus libros en el asiento de la moto y se pone de rodillas delante de él.

Hiram no puede dejar de mirar.

A ella. A los dos.

Por lo general resulta difícil saber lo que piensa Antaris, pero ahora no. El niño está pendiente de cada una de sus palabras como Hiram no ha visto con nadie más. ¿Cómo se ha ganado Veda esa confianza tan deprisa? Y, a la vez, se pregunta eso mismo de la tutora. Hay un afecto en sus ojos donde Hiram solo ha visto frialdad. ¿Qué sabe ella de su hijo que él desconoce?

Cuando Veda levanta un dedo al hablar, parece que pide confirmación. ¿Para qué? A Hiram se le revuelve el estómago. Antaris da dos toquecitos en el dedo. Cuando su hijo vuelve, los oscuros ojos de Veda se clavan en él desde el otro lado del aparcamiento, le advierten en silencio que se mantenga alejado.

Hiram responde con una sonrisilla, un mudo rechazo de su tácita exigencia.

Es demasiado tarde.

Veda tiene la clave para entender a su hijo.

9



Antaris no está donde suele.

Después de buscar por todo el colegio, cada vez más agitada, Veda lo encuentra arrodillado en el porche. Está mirando el grupo de árboles que se mece cerca del huerto, con el rostro entre dos barrotes a los que se agarra con fuerza. Ella no sabe qué está mirando, pero es una estampa solitaria. Se coloca a su lado, intentando ver qué ha captado la atención del niño, pero no hay nada evidente. Antaris se sienta en los talones, visiblemente angustiado.

—¿Qué ocurre?

El pequeño abre la boca y a Veda se le para el corazón, que no recupera su ritmo regular hasta que él cierra los ojos, derrotado, asiendo el pequeño colgante de gato que lleva.

—Quieres hablar, pero no puedes —concluye ella.

Su lastimero gesto de asentimiento remueve la desesperanza que Veda sentía al principio.

—¿Qué te lo impide?

Antaris mira a su alrededor antes de salir corriendo hasta el muro exterior, que toca para a continuación levantar la vista. Veda no entiende. Cuando él vuelve, ella le ofrece su mano.

—Enséñame lo que estabas mirando.

Confianza es ver cómo sus vacilantes dedos, que se mueven inseguros, pasan a agarrarla con firmeza. La lluvia empieza a caer mientras van hacia el huerto. Antaris tiembla, y la preocupación de Veda llega a su punto más alto cuando él se detiene y la mira con insistencia. Un gimoteo suave hiende el viento. Ella mira a izquierda y derecha antes de oírlo de nuevo.

—¿Es un...?

Siguen el sonido a medida que se intensifica, cada vez más cerca, hasta que ven de dónde sale. Un gatito empapado está hecho un ovillo al pie de una mata, maullando desesperado.

—¿Cómo lo has oído?

Antes de que Veda se pueda mover o advertirle de que tenga cuidado —un animal asustado siempre puede ser peligroso—, Antaris ya se ha arrodillado en la hierba mojada y le ha puesto un dedo en gancho delante de la nariz. El gato lo olisquea y deja que el pequeño lo envuelva delicadamente en la americana del colegio. Pone toda su atención en el animalito, y lo único que se oye es el golpeteo de la lluvia y el suave «chsss» de Antaris, como si tranquilizase a un niño que lloriquea. Veda se queda absorta con su compasión, ve que el gato se calma, su angustia disminuye. Antaris parece nervioso, como si hubiese hecho algo mal.

—Lo estás haciendo muy bien —le asegura ella, y él se relaja—. El gatito se siente perdido. Puede que su madre esté cerca, no deberíamos llevárnoslo.

Antaris sacude la cabeza con vehemencia, de un modo irracional. La lluvia arrecia. Un relámpago anuncia el trueno que se oye a

continuación. Veda, que no quiere acabar calada, empieza a buscar a la madre del gato. No tiene que ir muy lejos: la encuentra ya muerta. Desde no hace mucho.

Qué cruel destino disfrazado de acto de la naturaleza.

Cubre el cuerpo con tierra y hojas, anota mentalmente pedir a un trabajador del colegio que lo entierre como es debido, lo bastante profundo para que no atraiga a animales salvajes de mayor tamaño. Cuando vuelve, Antaris todavía está esperando, tiene la camisa empapada. Le falta el valor para revelarle una verdad que el niño parece saber.

—Vamos a llevar al gatito dentro.

Antaris echa a andar hacia el colegio con paso solemne. Una vez dentro, Veda examina al maullador animalito. Tendrá alrededor de un mes. Puede que sea macho. El niño la ayuda a quitarle las pulgas y lo sostiene mientras ella busca en la cocina un biberón y un poco de leche de cabra. Por ahora bastará. Enseña a Antaris a darle el biberón al gatito, que ahora está envuelto en una toalla pequeña. Con el doctor Simpson ausente, allí no hay veterinario. Veda lo dejará en manos de Peter.

—¿Alguna vez has tenido un gato?

El niño niega con la cabeza. En sus ojos hay una mezcla de fascinación y preocupación. Consuela al animal de la única forma que sabe: abrazándolo, manteniéndolo caliente, asegurándose de que no está solo. De que no está abandonado.

En Veda se desata una guerra interior: una parte de ella confía en que a un niño tan bueno no lo corrompa una familia tan espantosa; otra le recuerda que no existe ninguna escala para medir a una persona, nada que pueda demostrar cómo será cuando crezca. Sabe muy bien la clase de personas que son los Ellis.

Perder a un progenitor puede acabar con la bondad de alguien, pero la de Antaris permanece intacta, iluminando el mundo a pesar de la acechante oscuridad. El deseo de asegurarse de que el niño crezca bien cuando ella muera choca con su ilógico deseo de acompañarlo durante todo el camino. No logra sofocar las emociones enfrentadas lo bastante deprisa para que escapen al pequeño más observador que ha conocido nunca.

—Estoy bien. —Da la impresión de que él no la cree, y hay algo familiar en su expresión. Veda nota en el pecho un cosquilleo amargamente risueño—. Me parece que veo el parecido entre tu padre y tú.

Antaris presta atención. Su interés es más que evidente.

—¿Quieres saber cosas de tu padre?

El niño se acerca más, entusiasmado. Veda no sabe muy bien qué decir. Hiram Ellis es exasperante en el mejor de los casos; desconcertante en el peor. Quiere que Hiram sea el problema, pero la perspectiva lo humaniza de un modo que ella no siente.

Por suerte, aquí lo importante no es él, sino Antaris. Veda escarba en su cabeza para recordar cada detalle positivo de un hombre exasperante con el que solo ha interactuado tres veces.

—Le gusta leer... —Hace una pausa y se ríe por lo bajo cuando Antaris se señala a sí mismo—. Sí, como a ti. También le gusta nadar. —Esto hace que el niño frunza la boca, entre pensativo y consternado—. Es posible que también le guste el arte, pero si te soy sincera, yo solo lo acabo de conocer. Peter, tu padrino, es quien mejor lo conoce. —Retira despacio el biberón al gatito, que ahora está dormido, mientras musita—: Creo que los dos tendremos que descubrir quién es.



Veda irrumpe en el despacho de Peter después de que Simran se marche con Antaris. Su amigo arquea las cejas al ver el bulto que lleva en brazos.

—¿Qué es eso?

—¿No lo has Visto venir? —inquiere, sarcástica, ella.

La expresión de Peter dista mucho de ser risueña.

—Que sabiendo cómo funciona la Visión hagas este chiste tan malo...

—No lo he podido evitar. —Pasa el gato dormido a los brazos de Peter pese a las protestas de este—. Te resumo: este gatito lo ha encontrado Antaris. No sé cómo lo ha oído maullar desde el porche, pero...

El director parpadea como si hubiese estado mirando el sol demasiado tiempo.

—Y ¿por qué me lo das a mí?

—Porque nuestro veterinario ha desaparecido en combate y ayer me pediste que hoy fuera a llevarle el pedido de verduras a Lucinda cuando Antaris se hubiese ido. Así que, enhorabuena, te toca hacer de niñera del gato.

—Jadiya me mata como lleve a casa a otro animal abandonado.

Veda entorna los ojos.

—¿Cómo que a otro?

—Encontré unos huevos abandonados en el parque hace unas semanas. Pensé que eran de pato, que es un animal que llevo tiempo con ganas de añadir a los que ya tenemos, pero eclosionaron hace unos días. Y resulta que son pollitos. Ninguna gallina los

quiere, así que por ahora viven en el aseo de invitados. No era consciente del ruido que meterían. Jadiya no para de llamarlos «nuggets». Yo les he puesto nombres de salsas.

Veda se ríe a carcajadas mientras Peter coge una papelera de mimbre y acomoda al animalito con su manta.

—¿Qué tal tu visita a la biblioteca?

—Una pregunta curiosamente concreta. —Lo fulmina con la mirada—. Pero todavía no llegas al nivel de misterio de Clinton.

—Cosmos bendito, no. La fecha del resguardo me surgió en una visión. ¿Fuiste este fin de semana?

—Sí. Y me tropecé allí con Hiram y Antaris. —Da golpecitos con un pie, en jarras—. Hiram no sabía que yo era su tutora. ¿Cómo es posible?

Peter rasca detrás de las orejas al gatito hasta que ronronea y coloca la papelera en su mesa.

—Di por sentado que lo sabía. Por lo visto, me equivocaba.

—También te equivocabas al pensar que lo que opinaba de él cambiaría. Vale, no es un intolerante, pero eso no significa que quiera ser su amiga.

Él hace un gesto como para concederle la palabra.

—Parece que necesitas desahogarte, así que soy todo oídos.

Ligeramente confundida, ella se lanza a la carga.

—Podría hablar de lo arrogante que es, de que nada en riqueza heredada, de que tiene más descaro del que puedo soportar en una única persona. Pero, si te soy sincera, lo que más me cabrea es su ausencia. No trae al colegio a Antaris ni lo viene a buscar. Los profesores no lo han visto. Joder, si ni siquiera lo conocí yo cuando me contrataron. Sé que es tu mejor amigo, pero permitir que Simran lleve la batuta es un error. Un grandísimo error. A Antaris ni siquiera le cae bien. Siempre se pone rígido y se encoge cuando está ella

presente. Yo no dejaría que alguien así se acercara a mi hijo, ya fuera de la familia o no.

—Es complicado.

—Lo estás disculpando.

—Lo sé, sí, pero Hiram lo solucionará dentro de poco.

—¿Lo has Visto?

Peter medio se encoge de hombros.

—La segunda cuestión que me causa controversia es que miró el informe de la noche en la que me atacaron (algo que es ilegal) y después intentó tener un momento «te pillé» por algo que no cuadraba. Y sí, me pidió perdón, pero sigo mosqueada. Me echó en cara una de las peores noches de mi vida y tuvo la desfachatez de hacerse el sorprendido cuando reaccioné.

—Estoy de acuerdo en que su proceder no fue el más indicado...

—Antaris quiere conocerlo —continúa ella—. Y después del maltrato verbal que aguantó en el ayuntamiento, yo también, aunque solo sea para saber por qué un vidente le tatuó mi amuleto en el brazo.

Peter se retrepa en su asiento, tan tranquilo como siempre.

—¿Qué importancia tiene?

Veda abre la boca dos veces y no es capaz de responder.

—Mira —empieza su amigo—, entiendo que estés a la defensiva y paranoica. Incluso entiendo que te saque de quicio. Pero ¿te has parado a pensar en lo que te preguntó?

Típico de Peter apagar fuegos.

—No.

—Sé que lo que recuerdas de aquella noche es, en el mejor de los casos, incoherente, pero no te concentres en la noche entera. Intenta recordar fragmentos. ¿Cuándo llegaste a casa? ¿Qué comiste? ¿Qué hora era? ¿Estabas sola o con tu compañera de piso?

Veda cierra los ojos. Recuerda los sonidos, los olores, la voz del agresor. Estar agotada mientras luchaba por su vida. Correr. Saber que no podía parar, porque si lo hacía moriría. Que la maldición Sanguis le dio alcance, la sangre emponzoñada le atravesó la piel, se licuó, bajo su carne había algo que no debía estar ahí. Intenta recuperar recuerdos anteriores, pero se convierten en arena que se le escurre entre los dedos.

Abre los ojos, derrotada, y coge la llave de la furgoneta del colegio.

—Ya me contarás lo que te dicen del gato —farfulla—. Voy a dejarle el pedido a Lucinda, como prometí, y me iré a casa. Traeré la furgoneta por la mañana.

No espera a que él le conteste.

Veda se nota agitada mientras se dirige al este de Proventia. Gira para entrar en una de las numerosas urbanizaciones que se han multiplicado alrededor de la ciudad. Tras dejar atrás una piscina pública y dos señales de stop, aparca delante de una casa amarilla clara con contraventanas verdes y la puerta principal del mismo color.

Al margen del cargo que desempeña en el Consejo de Oráculos, Veda no conoce mucho a Lucinda. La entrega debería ser rápida, pero esta conjetura se viene abajo en cuanto llega a la puerta. El talismán de Lucinda está oxidado; y la gema, que por lo general brilla, luce opaca.

Algo va mal.

Solo un puñado de hechizos puede alterar un talismán; el hechizo ha de igualar en fuerza a la de la magia que se empleó para crearlo. Es un peligroso juego de adivinanza para los magos, incluso para los que tienen amuletos. Tras un examen más detenido, Veda se da cuenta de que no está dañado, sino durmiente.

Ello suscita su interés.

Al ir a llamar, la puerta cruje y se abre ligeramente. El silencio es inquietante. «Como un mausoleo». Veda se estremece, el estómago se le revuelve. Su error reside en marcar el número de Lucinda, que le dio Peter. El teléfono suena en el interior de la casa. Una vez, dos veces, después se corta. No salta el buzón de voz. Veda sabe de sobra que no es buena idea llamar a los agentes para que acudan a la casa de un vidente. Es algo que nunca acaba bien. Así que llama a Gabriel, que lo coge al segundo tono.

—Estoy en la casa de Lucinda Hampton, en el número quinientos sesenta y tres de Shelling Port Drive. Su talismán está opaco y la puerta, entreabierta, y, cuando la he llamado por teléfono, se ha cortado. ¿Estás muy lejos?

Tras una pausa, él contesta:

—A diez minutos.

Veda espera en el porche, cada vez más nerviosa. Los pájaros dejan de trinar. La brisa contiene el aliento. El tiempo se detiene. El silencio es tal que oye el tictac de su reloj de pulsera...

Y pasos en el suelo, dentro.

La puerta se abre un poco más. Y más.

Cristales y madera rota flotan en animación suspendida. En las paredes hay marcas negras de quemaduras. Una ceniza gris cubre los muebles. La sangre empapa la moqueta. De un tocadiscos destrozado cuya aguja sigue girando sobre el vinilo sale música.

—Pasa, Veda.

El pánico le atenaza la garganta. Sus ojos buscan deprisa la fuente, no ve a nadie..., hasta que lo ve.

La figura vive en sus pesadillas: un borrón grotesco de rasgos cambiantes, rodeado de lirios araña rojos que han salido de la moqueta y avanzan hacia la puerta abierta. El Botanista. Veda

retrocede, lista para echar a correr, pero en el talismán de Lucinda se enciende un destello negro. La puerta estalla, las ventanas se hacen añicos con ella. Una magia cegadora, abrasadora, la engulle. La explosión lanza al impostor y a Veda en direcciones opuestas. Ella aterriza de lado en la hierba, los ojos le escuecen, el corazón le late desbocado al rebotar en el suelo. Cae una lluvia de cristales y madera.

El dolor le nubla la vista. La sangre le llena la boca.

La golpea otra onda, que la lanza por la corriente torrencial de magia. Su alarido es un grito mudo en la caótica neblina de poder, ruido y luz. Veda se protege la dolorida cabeza hasta que alguien la coge por los brazos y la aparta de donde está. Los oídos todavía le pitan, pero distingue la vaga silueta que se inclina sobre ella, su voz amortiguada que le pregunta si se encuentra bien.

Ella tose violentamente. Ahora, con más claridad, la figura afirma:

—Estás a salvo, estás a salvo.

Después suelta un taco y se va corriendo.

No sabe cuánto tiempo pasa hasta que, por fin, la voz de Gabriel se abre paso entre el humo, llamándola con desesperación.

—Joder, ¿estás bien?

—Eso... creo —balbucea ella, aunque su cuerpo protesta cuando su amigo la ayuda a sentarse. Lo acompaña Francisco, que da parte por teléfono, solicita atención médica y refuerzos. La casa (paredes, tejado, incluso la hierba) ha quedado carbonizada por la magia.

Gabriel y Francisco se quedan hasta que un enjambre de investigadores pulula por el jardín y los paramédicos llegan para meter a Veda en una ambulancia. La obligan a ingerir tónicos repugnantes, le inyectan pociones para atenuar el dolor y las emociones. Las quemaduras que tiene en las manos palpitan cuando se las envuelven en gasas sanadoras.

—No cicatrizarán instantáneamente —le informa la paramédica—. Las heridas mágicas no se pueden curar con magia, pero esta puede acelerar el proceso.

—¿Y las curas?

—Hay que cambiar el vendaje todos los días o, como mínimo, uno sí y otro no.

—De acuerdo.

Un Gabriel con cara larga se une a ella en la ambulancia mientras la médica le retira cristales del brazo con ayuda de un hechizo menor; su amuleto de médico reglamentario irradia una luz verde. De repente la mujer profiere un grito ahogado. La sangre se remansa en el borde de uno de los cortes que se ha hecho Veda, pero no se derrama.

—Pero ¿qué demonios...?

—La maldición Sanguis —le aclara ella como si tal cosa, lo que hace que la médica la mire con los ojos muy abiertos—. Una pomada antiséptica y una venda bastarán para que no se vea. La sangre no saldrá, y no es toda mía... Es una larga historia.

—No... no debería permitírsele ir por ahí...

—Está latente. —«Por ahora».

De algún modo los ojos de la mujer se le salen todavía más de las órbitas.

Gabriel se pelliza el caballete de la nariz.

—Yo me encargo. Vaya a dar parte.

La médica parece dispuesta a discutir, pero asiente y se marcha. Gabriel termina de vendar a Veda, tiene la cabeza en otra parte.

—¿Estaba Lucinda en casa? —pregunta ella.

—Sí —contesta él de mala gana—. La encontramos en la cama. Marlene está efectuando un análisis forense, pero las pruebas preliminares apuntan a que había muerto hacía horas cuando tú

llegaste. La explosión se debió a que su talismán se autodestruyó para expulsar a intrusos. ¿Recuerdas lo que pasó?

Veda se lo cuenta todo, desde el estado en que se hallaba el talismán hasta la puerta que se abrió y la figura distorsionada que la llamó por su nombre.

—Era el Botanista. Los mismos rasgos de la cara revueltos, la música, todo flotando, los lirios araña. Y también había alguien más. Cuando el talismán despertó, la persona en cuestión me alejó de la onda expansiva mágica, me preguntó si estaba bien y luego salió corriendo. No le vi la cara.

Antes de que Gabriel pueda decir algo, Marlene avanza pesadamente hacia ellos; lleva puesto un mono blanco holgado que parece un malvavisco. Parece apagada y hace una mueca de dolor, su caminar es irregular.

—¿Estás bien? —se interesa Gabriel.

—Sí, tropecé al entrar en la casa y me caí de culo.

—A mí casi me pasa lo mismo. Ten cuidado.

—Lo tendré. —Profiere un sonoro suspiro y se vuelve hacia Veda —. Vaya mierda de día, ¿eh?

—Por decirlo de forma suave.

—Me alegro de que no tengas heridas graves.

—Podría haber sido peor —comenta, sombrío, Gabriel—. ¿Has terminado el análisis forense?

—No podemos confirmar qué hechizo fue el que mató a Lucinda porque la maldición debilitante ha degradado las improntas, igual que en los otros crímenes. Había lirios araña tanto por toda la sala de estar como debajo de la cama.

La confirmación hace que Veda sienta náuseas.

—Llama a tu tía Ruth —le pide Gabriel a Marlene—. El Consejo vendrá a hacerse cargo del cuerpo de Lucinda para enterrarla

debidamente.

Veda da unos golpecitos con el pie, se muerde el labio.

—Mejor no la llames aún.

Su amigo levanta la vista mientras termina de vendarle el corte.

—¿Por qué no?

—Necesitas contestar esta pregunta, reunir pruebas. Dirígete al Consejo cuando tengas toda la información. De lo contrario, no tiene sentido. —Hace rotar los doloridos hombros—. ¿Había alguna impronta?

—Una —responde despacio Marlene—. De un vidente: el doctor Everett Simpson.

—¿Crees que fue él quien vino a salvarte? —La pregunta de Gabriel confirma que están pensando lo mismo.

—¿Qué quieres decir con eso? —La mirada penetrante de Marlene refleja la de Gabriel.

—Me advirtió que tuviese cuidado con las personas en las que confiaba. Que los embaucadores vuelan.

Marlene lanza otro grito ahogado.

—¿Qué más dijo?

Veda mueve el pie, nerviosa.

—Mucho, pero poco. ¿Cómo sabía que yo estaría aquí?

—Te vigila —aduce con gravedad Gabriel—. Francisco tenía razón: necesitas protección.

—No pienso dejar que entren agentes en mi casa. La cabaña se encuentra protegida. En ella estoy a salvo.

—Y ¿cuándo no estés allí?

Veda no lo sabe.

—Me las arreglaré.

Cuando sus dos amigos se marchan para proseguir con la investigación, ella llama a Jadiya para que vaya a buscarla. Sus

pensamientos son un torbellino. Todo está relacionado, pero ¿cómo?

10



Antaris se ha ido con Simran de buen humor, algo extraño, agarrando con las dos manos el termo como si fuese una preciada posesión, tan distraído que se ha dejado la fiambrera en la cocina. Hiram la coge cuando va a salir.

Diez minutos después estaciona el coche en el aparcamiento para visitantes. Las clases todavía no han empezado. Los que han llegado temprano están en la parte de atrás, rodeados de mesas y sillas bajo una pancarta en la que pone: DÍA DEL AGRADECIMIENTO. Hiram ve a su hijo enseguida, lo localiza mientras el pequeño va directo a Veda, que está repartiendo fruta. Unas gafas de sol le protegen los ojos de la viva luz. Saluda a Antaris dándole una pera, y él le ofrece tímidamente el termo.

A juzgar por lo poco sorprendida que parece ella, no es la primera vez que lo hace. El deseo de quedarse donde está a observar le resulta fuerte, pero Hiram se va para dejar la fiambrera en el aula de Antaris. Encuentra las de tercero, quinto y noveno año antes de darse por vencido e ir al despacho de Peter.

Todas las superficies están llenas de carpetas y libros. Resultaría alarmante si Peter no fuese tan impecable, incluso cuando trabaja. En lugar de llamar, Hiram se apoya en el marco de la puerta.

—Conque «la señorita Thorne», ¿no?

Peter deja de escribir y suspira, luego mira al techo.

—Me he pasado la noche dándole el biberón a un gatito al que tu hijo oyó maullar desde el porche y tengo pollos en el cuarto de baño. Estoy demasiado cansado para esto. —Se pellizca el caballete de la nariz, se pasa una mano por el pelo y le dirige una mirada penetrante—. Cuando me quise disculpar por ayudar a Simran a buscarle un tutor a Antaris, dijiste que ya lo sabías, así que di por sentado que eras conocedor de que se trataba de ella.

—Ya.

—¿Te molesta? En su día Veda te interesaba.

—En pasado, exacto —responde Hiram con negatividad—. Cuando ella no sabía nada de mi existencia y de que era un Ellis. Desde que ha unido los puntos, arremete contra mí siempre que puede. Hemos mantenido tres conversaciones y en ningún momento sabía si acabarían bien o en violencia.

Peter mira de soslayo lo que su amigo sostiene en la mano.

—¿La fiambrera?

—No he sido capaz de encontrar su aula.

—Ya. —Lo mira con mala cara—. Las primeras impresiones cuentan, ¿sabes?

—¿Veda te lo ha contado?

—Naturalmente —contesta su amigo, siempre razonable. Añade una sonrisilla—. Me sorprende que no te empujara a la carretera para que te atropellasen.

—Se lo planteó —rezonga Hiram, que recuerda la amenazadora luz de su amuleto con forma de ojo.

La hostilidad y los halagos no le suponen ninguna novedad, pero la ira de Veda le fastidia. El desdén que muestra no es consistente. Diseccionar todas las tonalidades de gris de esa mujer es imposible. Hiram debería rehuir su presencia salvo en lo tocante a Antaris, pero una parte demasiado grande de él quiere retirar cada una de sus capas y refutar sus acusaciones. Porque puede, solo por eso. Solo porque desea obtener la aprobación de alguien a quien apenas conoce. Lo cual resulta incomprensible.

—Veda está paranoica por un buen motivo, y por eso mismo es crítica —le cuenta Peter—. Ya me ha despotricado contra ti una o dos veces. Sin embargo, yo tengo una pregunta. Dijo que mencionaste algo que te pareció erróneo en su informe.

—Una discrepancia —le corrige Hiram—. ¿Es que ella no le echó una ojeada?

Su amigo exhala un suspiro y desvía la mirada.

—A nadie le gusta revivir sus días más sombríos, sobre todo cuando lo único que recuerda son las peores partes.

Dicho así, lo entiende.

—Hay algo más, ¿no?

—Siempre lo hay —contesta Peter, que acto seguido mira el reloj —. Mierda, tengo que enviar una circular a los padres para informarles de que un miembro del personal podría estar implicado en los crímenes del Botanista.

—¿Qué? —La gélida respuesta de Hiram hace que el director pegue un respingo—. Deberías haber empezado por eso.

—Tenías demasiadas ganas de despotricar contra Veda. —Al ver en la mirada de su amigo que quiere que continúe, Peter se pasa una mano por el rubio pelo—. Nuestro veterinario, el doctor Simpson, podría estar implicado; posiblemente en contra de su voluntad. Los investigadores lo están buscando. Yo lo único que sé

es que ayer se cometió otro asesinato. El de un miembro del Consejo de Oráculos: Lucinda Hampton.

—Recuerdo ese nombre. —Y lo que prácticamente le dijo a gritos —. ¿Qué ha pasado?

Peter le cuenta lo que sabe mientras se pone a redactar la circular.

—Ah, una cosa más. Si ves a Veda, no le hables. Antaris ha sido lo primero que le ha hecho sonreír hoy.

Hiram resopla.

—Más te vale confiar en que no coincidamos.

—Cierto. —Su amigo cabecea—. No te soporta, pero necesita toda la ayuda que pueda conseguir.

Él enarca una ceja.

—¿Con qué?

—La lista es demasiado larga para repasarla ahora. —Peter bebe un poco de agua—. Deja que termine esto. Hablaremos más tarde. Le pediré a alguien que lleve la fiambrera de Antaris a su aula.

—Gracias.

Hiram le da vueltas a lo que ha averiguado cuando se marcha. Cerca de la entrada ve a Veda con el termo de su hijo. Su sonrisa perpleja, satisfecha, da paso a un arquear de cejas.

—Hoy no —es todo cuanto dice antes de dar media vuelta y echar a andar.

Hiram deja que se vaya, pero se sorprende cuando la encuentra a la vuelta de la esquina, apoyada en el banco que hay junto a la fuente. Haciendo caso del consejo que le ha dado Peter, sigue andando, solo se detiene cuando ella dice:

—Usted nunca viene aquí.

—He venido a dejar la fiambrera de Antaris.

—¿En el despacho de Peter?

—No sabía dónde estaba su aula.

Veda se burla.

—Es increíble.

El comentario enciende la ira de Hiram, que se apaga en cuanto ve los moratones que ella tiene en el cuello, el arañazo de la barbilla. Las manos, vendadas, le tiemblan. Está tensa, y el agotamiento que reflejan sus ojos resulta inconfundible.

—¿Qué ha pasado? —La mirada asesina que le lanza Veda hace que se dé por vencido, levantando las manos—. Muy bien. No es asunto mío.

—Me alegro de que se haya dado cuenta. —Parece vacía, no hostil, su voz rezuma cansancio. Cuando lo pilla mirándola de nuevo, le pone el termo en las manos y se aleja. Hiram no consigue agarrarlo bien y casi se le cae. Hace malabares con él y logra cogerlo, pero no antes de que tenga que utilizar la mano para no caerse en la fuente. Solo cuando masculla algo sobre su ropa empapada es consciente de que su anillo de ónix, su amuleto, debe de habérsele salido en el proceso y ahora está en el fondo de la fuente.

—Mierda. —Recupera el anillo y se lo pone.

Cuando se va a marchar, se vuelve y ve a Gabriel con una versión de él en miniatura que tiene los ojos muy abiertos y al que falta uno de los incisivos.

—¿Cuánto hace que está ahí? —le pregunta Hiram.

—Yo también soy patoso —anuncia con orgullo el niño.

—August —dice Gabriel en voz baja—, ¿te acuerdas de lo que te he dicho sobre tener cuidado con lo que decimos?

El niño se para a pensar y sacude la cabeza.

—No.

Gabriel cierra un instante los ojos, es evidente que intenta no reírse.

—Luego te lo recuerdo. Ahora saluda al señor Ellis.

August esboza una sonrisa radiante a más no poder.

—Hola.

La torpeza de Hiram al tenderle la mano hace sonreír a Gabriel.

—Este es mi hijo, August. Está en segundo año.

Hiram nunca había tenido especial predilección por los niños, pero cuantos más conoce, más se da cuenta de que son seres humanos pequeños, complicados, de manos pegajosas y temperamento cambiante. Cada uno es un mundo. Se puede ver lo polifacéticos que son en August, que le choca el puño cuando Hiram le tiende la mano para que la estreche formalmente. Gabriel se pone rojo de tanto aguantarse la risa, pero la sonrisa del pequeño es tan ancha que Hiram le ve todos los dientes y, lo más extraño, esto le parece... normal.

En Antaris hay una pesadumbre que a Hiram le recuerda a alguien que contiene el aliento, que se prepara para que el mundo se le caiga encima. August no podría ser más distinto, un torbellino de energía alegre, charlatán. El contraste es lo bastante disonante para que se pregunte qué pasaría si su hijo se sintiera lo bastante a gusto para que confiara. Para que bajase la guardia. Para que creyese de verdad que Hiram está de su lado.

—Señor Ellis, ¿tiene un hijo que viene a este colegio? —El niño prácticamente pega botes del entusiasmo.

—Pues sí. Se llama Antaris. Va a primer año.

—¿Puede ser mi primer amigo? No tengo ninguno. —La luz en los ojos del chico se apaga un instante, para encenderse de nuevo acto seguido—. Pero yo seré un buen amigo. Lo sé. Seré el amigo más mejor del mundo.

Hiram y Gabriel se miran; es una mirada que Hiram, por extraño que parezca, reconoce. Ambos son padres de hijos que no encajan

en el típico molde. Se presenta la oportunidad de juzgar a August, sobre todo dada la falta de filtro del niño, pero Hiram no la aprovecha. El pequeño es hiperactivo, va despeinado y tiene una mancha del desayuno, pero no es malo.

«Creo que está listo para hacer un amigo».

Hiram mira a uno y a otro. Por intentarlo que no quede.

—Algo podremos hacer.

August lanza gritos de júbilo mientras el alivio da paso a una sonrisa en el rostro de Gabriel.

—¿Le importaría esperar un segundo mientras lo llevo dentro?

—No, claro.

Gabriel acompaña a August y, menos de cinco minutos después, vuelve solo, con cara de determinación.

—Mire, si no quiere que su hijo juegue con el mío, dígalo ahora. Lo distraeré para que piense en otra cosa y se le olvidará.

Hiram frunce el ceño.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—August se entusiasma demasiado, los otros niños se agobian y luego él tiene miedo de no caerles bien. Se encierra en sí mismo y la profecía se acaba cumpliendo.

—Antaris dejó de hablar después de que mataran a su madre. Si tenía amigos en Londres, ahora un continente lo separa de ellos.

El investigador hace un gesto afirmativo.

—El listón de la socialización está bajo de narices para nosotros, ¿eh?

—Yo diría que es inexistente.

Los dos se ríen.

—Que queden un día para jugar y ya veremos —sugiere Gabriel.

—Me parece bien.

—Ah, y he visto que hablaba con Veda. Podríamos invitarla para que haga de amortiguador. A veces cuida a August. Siempre ha sido capaz de llevarlo.

—Mi madre la ha contratado como tutora de Antaris —le cuenta Hiram—. No sabía que eran amigos.

—Nos unieron el trabajo y las circunstancias. Veda parece fría y dura, pero lo está pasando mal. Más todavía desde ayer.

—Peter me ha mencionado algo, pero no ha sido muy específico. ¿Le importaría contarme qué ha sucedido?

Gabriel mira a su alrededor para asegurarse de que nadie lo puede oír y baja la voz.

—En realidad de eso precisamente quería hablar con usted. ¿Tiene tiempo para que charlemos en privado?



«En privado» significa una pequeña cafetería calle abajo que se llama El Cactus Torcido.

El personal y los clientes conocen a Gabriel, lo llaman por su nombre. Confirman lo que ha pedido —un filete al punto pasado y huevos con queso— y le dan su mesa nada más verlo. La presencia de Hiram, en cambio, atrae susurros, miradas y expresiones desdeñosas. Se puede imaginar cuáles serán los rumores, y se pregunta cómo van a mantener una conversación privada entre semejante caos, pero cuando se sientan el ruido se atenúa, se convierte en un zumbido.

Gabriel abre la mano y deja a la vista un cristal vibratorio. El único sonido es la fricción entre el cristal y el aire, intensificada por la

magia. Nadie que esté fuera del radio de la piedra bloqueadora podrá oírlos y viceversa.

—No sabía que Washington había legalizado estos cristales para su uso público —observa Hiram.

Gabriel se mete la piedra en el bolsillo.

—No los han legalizado, pero nadie lo sabrá a menos que usted lo diga.

Cuando la camarera llega con el café, Hiram pide algo sencillo: una tostada con huevos. Mientras se sirve una taza a la que añade leche en polvo, ve que Gabriel echa una cantidad ingente de azúcar en la suya.

—¿Por qué quería hablar en privado?

—El día que estuvo en mi despacho miró el informe de Veda.

—Lo miré, sí —le admite él, sin inmutarse.

—Es ilegal.

—Lo sé.

—Podría haber ordenado que lo arrestaran.

—Ya.

—Veda me echó una buena bronca cuando se enteró.

—Me lo creo.

—Bien. —El investigador suelta una risita—. Siendo así, iré al grano. No debería contarle esto, pero ayer se perpetró otro crimen que forma parte del caso del Botanista: Lucinda Hampton.

—¿Uno de los miembros del Consejo de Oráculos?

—¿Cómo sabe eso?

—Me lo ha mencionado Peter. —Hiram cuenta lo que sucedió en la reunión del ayuntamiento a un embelesado Gabriel. El rostro de Lucinda sigue desdibujado para él—. Apuesto a que están indignados y me acusarán de ser el asesino.

—En realidad no han reaccionado.

Ahora le toca a él escuchar en silencio a Gabriel, que comparte con él detalles del último asesinato. Un ligero sentimiento de culpa aflora en su interior al recordar el encuentro de antes con Veda.

—Eso no es todo —añade el investigador—. Tengo una corazonada. El veterinario del colegio, el doctor Simpson, le dio a Veda una nota con una serie de números. ¿Ha recibido algo parecido?

—Números no, pero sí me llegó una nota en la que ponía: «BeeyardS rain».

—¿Cómo? —Gabriel parece tan confundido como Hiram—. ¿La lleva encima?

—No, está en casa. Supuse que era una equivocación... —Se encoge de hombros.

—Necesitaré verla, tal vez examinar la letra.

—De acuerdo.

Gabriel se saca una fotografía de la chaqueta y se la desliza por la mesa.

—¿Lo reconoce?

Hiram ve a un hombre corriente con una barba color arena y el cabello del mismo color.

—No.

—Es el doctor Simpson. —Gabriel baja la voz—. Todavía no sé dónde encaja, pero doy por sentado que en alguna parte. Si lo ve, no llame a los agentes. Llámeme a mí.

Él asiente.

—¿Es peligroso?

—No estoy seguro. Le han lanzado una maldición que hace que enloquezca cuanto más se acerca a decir la verdad, o al menos eso le dijo a Veda. —Alinea el salero y el pimentero—. ¿Le han llegado de Londres las cajas de Antaris?

—Sí.

—A ver si lo adivino: necesitaré una orden de registro.

Hiram se lo piensa.

—Cuando terminemos de desayunar, puede echar un vistazo. Hay un libro que seguro que era de Grace: *Los poderes ocultos de rituales y rarezas*. Lo metió en una de las cajas para que lo encontráramos, supongo.

—Teniendo en cuenta su forma de actuar, es una buena suposición.

—Le dejaré que lo vea si le puedo hacer una pregunta.

—De acuerdo.

—Veda... —Hiram mira cómo Gabriel se bebe el café que le queda de dos tragos. Se quema y hace una mueca de dolor—. ¿Tan difícil es?

—Usted la conoce.

Tiene razón.

—¿Siempre ha...?

—¿Sido paranoica? ¿Estado a la defensiva? Esa es la única Veda que yo he conocido. Tiene sus motivos.

—¿El asalto que sufrió en su casa? —El silencio del investigador le sirve de confirmación. Hiram da unos golpecitos con el dedo en la mesa—. ¿Alguna vez mencionó cómo entró el agresor, si las ventanas y la puerta del patio estaban cerradas?

—La puerta principal estaba destrozada —responde Gabriel.

—En el sentido opuesto hacia donde se abre.

—Lo sé, pero Veda apenas recuerda esa noche. Mirar el informe hace que desconecte, como si la reviviera.

Hiram se siente aún peor por haberla abordado.

—No pude leer bien el informe en su despacho, pero si lo comprueba, apuesto a que hay una cerradura echada entre los

escombros. De ser así, debería preguntarse cómo demonios entró alguien en una casa que estaba cerrada a cal y canto con un talismán activo...

—El talismán estaba intacto. Francisco cree que el agresor entró en su casa para matarla por lo que presenció.

—¿Cómo acabaron ocupándose del caso del Botanista? —presiona Hiram.

—Fue un castigo. Estábamos siendo muy insistentes con un caso relacionado con un programa ilegal de experimentos realizados con videntes. Desmontamos la operación y prácticamente obligamos al fiscal a que aceptase el sumario. Se absolvió a todos los implicados, pero les tocamos las narices a tantas personas que nos asignaron a un caso que pensaban que no resolveríamos. Nos pasamos seis meses en un callejón sin salida hasta que busqué en la base de datos nacional expedientes con los mismos elementos: así es como di con las otras víctimas... y con el asalto a la casa de Veda. Creí que era un error, pero después de cribar las fotografías de la escena, efectuar pruebas mágicas e interrogar a Sabine Dreary, su compañera de piso, que esa noche no estaba en casa, me di cuenta de que ese asalto era una pista.

—¿Por qué?

—Porque era una anomalía. Hasta que asesinaron a Grace —contesta Gabriel—. Después me enteré de que Veda estaba en Proventia, y ha estado ayudando en el caso desde que me puse en contacto con ella, pero presionarla para que facilite más detalles es difícil, porque resulta fácil ver que lo que vivió fue un infierno. —La empatía suaviza su voz—. Es algo que cambia a una persona.



Francisco se reúne con ellos en la casa de Hiram. Tras realizar una breve búsqueda, Hiram le entrega a Gabriel *Los poderes ocultos de rituales y rarezas*, un álbum de fotos y la nota en la que pone «BeeyardS rain» y enarca una ceja cuando este le pasa el libro a Francisco y se queda con las otras dos cosas.

—Se le dan mejor las rarezas —aclara Gabriel—. Y yo nunca olvido una cara. Juntos no se nos dan mal los rompecabezas.

Si les funciona, estupendo.

Hiram los deja, aunque no se va muy lejos; se pone a abrir las últimas cajas que le quedan en su habitación. Lo último en su lista de prioridades, es algo que ha estado aplazando: cualquier cosa con tal de salvar las líneas limpias y las paredes blancas. Frías. Serenas. Desprovistas de carácter. De identidad. Podría hacer cambios, pero la practicidad lo insta a tener en cuenta el precio de la reventa y los tonos neutros. Si la casa tiene demasiada personalidad, no se venderá. Pero ¿querrá vender?

Podrían vivir en cualquier sitio, en cualquier país; Hiram dispone de los medios para que sus posibilidades sean ilimitadas. Sin embargo, lleva poco más de un mes en este sitio, no está seguro. Desarraigar a Antaris significa separarlo de Veda, y no cree que sea buena idea.

Por desgracia, Hiram sabe cuál es la verdad. Ella tiene razón... y se equivoca. Él podría intentar compensar al niño por el tiempo que han perdido consintiéndolo, comprando su amor, pero sabe por experiencia que el amor que no se gana no significa nada.

—Debería elegir un color neutro.

Hiram no pega un bote, pero por poco. Gabriel hace menos ruido al andar de lo que esperaba.

—Crema o gris —añade—. Irá bien con la madera oscura.

—Gracias, supongo. —Cierra la puerta de la habitación—. ¿Ha encontrado todo lo que necesita?

—En lo que respecta a eso... —El investigador le indica que lo siga y echa a andar en cabeza hacia la sala de estar, donde Francisco espera con el libro cerrado en la mano—. Pregúntale lo que me has preguntado a mí.

Francisco mira a Hiram.

—Como Ellis que es, ¿tiene muchos contactos?

—No.

—Le pagaríamos por la consulta —le ofrece el otro hombre.

—¿Tengo pinta de necesitar dinero? —responde Hiram con tono inexpresivo.

Gabriel repara en el techo abovedado y las molduras.

—Razón no le falta.

—Grace empleó un embrujo encriptador en varias páginas. —Francisco abre el libro y se lo enseña—. Si no lo desciframos, perderemos lo que sea que intentaba ocultar. El departamento nos da los recursos indispensables, pero tal vez usted conozca a alguien que nos pueda ayudar.

Hiram echa una ojeada a las páginas. Palabras partidas y letras flotan y se desplazan, más deprisa cuanto más tiempo se queda mirando. Letras aleatorias se iluminan con distintos colores. Le da dolor de cabeza. Sus ojos van de un investigador al otro y suspira.

—Los ayudaré. Con una condición.

—¿Qué condición? —pregunta Gabriel.

—Que no me vuelvan a pedir ayuda para ninguna otra cosa en un futuro próximo.

11



Veda tiene una sombra llamada Antaris.

El niño va delante, la sigue, se desvía, pero nunca se separa mucho de ella mientras deambulan por el invernadero. Feliz de tener un objetivo, explora cada rincón, sin tocar nada y maravillándose con todo. Veda lo sigue sin prisa, encantada de disfrutar de la paz que le da observarlo. Los guantes que le ha comprado son de un amarillo vivo, y cuando el niño se los prueba, le llegan hasta el codo. Cuando, además, se pone las gafas protectoras, la mira con cara de perplejidad.

—Ven conmigo. —Veda lo lleva hasta las bayas, le señala los arándanos—. Busca los que están maduros, de color azul oscuro; se desprenderán fácilmente.

Antaris sigue bien sus instrucciones, pero el primer arándano que coge es el último. Confusa en un primer momento, se arrodilla a su lado, dispuesta a ayudar, hasta que lo ve sosteniendo con delicadeza la baya en las dos manos.

—Mi madre solía decirme que diera las gracias a la Tierra cuando cogiese el primer fruto. No hace falta hablar para dar las gracias.

Solo cierra los ojos y pronuncia las palabras en tu cabeza. —Se lo demuestra; cuando abre los ojos, Antaris está haciendo lo mismo. Cuando termina, antes de que le pueda decir que lo lave, el niño se lo come y el dulzor del fruto lo hace sonreír—. ¿Está rico? —Él asiente y Veda, risueña, traza una X en un lateral de la maceta de terracota en la que está la planta—. La equis es una marca de protección. Es una superstición, pero mi madre creía en ello.

Antaris dibuja una X, no en la maceta, sino en el dorso de la mano de Veda.

—¿Crees que necesito protección?

El niño recobra la seriedad y a continuación se apoya en ella. No es un abrazo, tan solo un compartir el espacio un instante.

—Vamos, cogeremos un poco de fruta para que te la lleves a casa.

Antaris coge dos piezas de todo: uvas, moras, fresas, mandarinas y limones. Veda añade más cosas para lavarlas después en la cocina. Cuando terminan, la cesta está llena hasta la mitad. La coge sin pensarlo dos veces, pero le divierte ver que Antaris agarra el asa. Para ayudarla. Casi han salido cuando el niño se detiene en el último olivo de una hilera de árboles jóvenes y lo mira. Todo en el invernadero rebosa vida, pero este árbol no tiene hojas.

—Estuvo enfermo no hace mucho. Normalmente lo habríamos arrancado, habríamos reservado la energía para los más fuertes, pero creo que este se puede salvar. Solo necesita cuidados adicionales. —Veda deja la cesta en el suelo y acerca más a Antaris, le señala unos botones minúsculos—. Aunque no la puedas ver, ahí hay vida. Mientras el árbol siga luchando, no lo abandonaré.

Igual que nunca lo abandonará a él.

—¿Sabes algo de olivos?

Antaris niega con la cabeza.

—Son el símbolo de la paz. —Veda toca de nuevo la rama—. Puede que esté enfermo, pero no lo matarán ni la enfermedad ni la sequía. Podría cortarlo, incluso quemarlo, y aun así se curaría y crecería de nuevo.

Antaris traza una X en la base del árbol. Incluso las cosas indestructibles necesitan cuidados y esperanza.

Cuando su tiempo casi ha terminado, Veda manda al pequeño a regar las flores que crecen junto a la tapia. Mira de reojo y ve que el niño se detiene en cada planta, se agacha para estar a su misma altura y dibuja formas en un pétalo antes de regarla. Después se sientan en el primer peldaño de la escalera del colegio. Ella pela una mandarina y le ofrece un gajo.

—Te lo has ganado.

En lugar de comérselo, Antaris se lo devuelve con una mirada insistente.

—¿Me lo he ganado?

Él hace un gesto afirmativo. Parten el gajo de común acuerdo. Antaris se pone la americana del colegio y se cuelga la mochila. Ella espera que se retire antes de que llegue Simran, como de costumbre, pero hoy está distraído con una nota que sostiene en la mano. La consternación hace que parezca que tiene más de seis años.

—Te la puedo leer, si quieres.

Antaris levanta la vista. Veda cuenta con que se la guarde, la mantenga escondida y protegida, pero, en lugar de hacer eso, el chico se la ofrece con aire vacilante. Ella desdobla el papel con el mismo cuidado con el que el niño lo trata todo y los dos lo miran juntos. La letra es lo bastante legible para saber que no la han escrito para que la lea un adulto. Solo para que la lea él. Se plantea devolvérsela, pero Antaris la observa, a la espera, confiando en que

Veda lo pueda ayudar a saber más cosas del padre al que quiere conocer.

—Pone... —Le impresionan las palabras de devoción que ha escrito el padre del pequeño—: «Eres la mejor decisión que he tomado en mi vida».



Veda va hasta el puente que cruza el río Dalneau para despejarse. Aparca la moto y se apoya en el pretil. Resulta tranquilizador ver cómo pasa el agua por debajo de la estructura y sale por el otro lado. El río baja en algunos puntos, sube en otros, trazando en su superficie pozas y corrientes más bellas de lo que las pinceladas podrían plasmar en un lienzo.

El sonido del teléfono rompe el silencio. Veda se lo saca del bolsillo y contesta.

—¿Dónde estás? —pregunta en voz baja y nerviosa Jadiya.

—En el río.

—¿Sola?

—Sí.

El alivio que siente su amiga es palpable.

—Vale. He llamado a Gabriel, está de camino. Han atacado a Moab cuando salía del banco en Panoramic.

—¿Ha...?

—Consiguió escapar. Lo único que he logrado que me diga es que alguien intervino para que él pudiese salir corriendo. Vino a la clínica y lo ingresé. Perdió el conocimiento debido a la maldición que sea que le lanzaron, pero ahora se encuentra estable.

—¿Su familia...?

—Jordan está en el colegio, en Montana. He llamado a Forestales para preguntar por Tawa, pero está de turno en las cascadas y no podrá venir hasta dentro de unas horas. Cuando he visto que Moab estaba estable, me he puesto a buscar testigos y despejar toda la zona para que nadie toque los lirios araña.

—Voy para allá. —Veda cuelga antes de que Jadiya pueda poner algún pero.

En llegar a Panoramic se tardan veinticinco minutos si hay tráfico, pero cubre el trayecto en doce, saltándose los semáforos en ámbar y culebreando entre vehículos lentos. El único hueco para motos está ocupado por un elegante sedán negro que ha aparcado en doble fila, adornado por el fino revestimiento característico de los coches alimentados por magia y gasolina. Se plantea desinflarle los neumáticos, pero decide que no tiene tiempo para mezquindades. Al menos hoy no. Irritada, estaciona en un vado al final de la manzana y va andando hasta el Cónclave.

Los lirios araña han seguido a Moab desde el banco hasta la clínica, han salido de grietas del pavimento. Flores rojo sangre brillan al sol; el peligroso color llama la atención de Veda mientras pequeños puntos luminosos flotan hacia arriba. Jadiya sale de la clínica contigua; todavía lleva puesta la bata y tiene cara de ir a echarle la bronca. Frena en seco cuando repara en otra cosa.

Gabriel ha llegado, y no está solo.

Lo acompaña Hiram, que pasa por alto las miradas furibundas y fijas que le lanzan transeúntes cercanos. Viste de negro, como si eso lo definiera. El color del poder, la elegancia, la autoridad. Muy apropiado. Unos ojos azules indescifrables se clavan en Veda. La rapidez con que se le tensa la mandíbula significa que sabe que se avecina una discusión.

No se equivoca, pero el primer golpe no lo asesta ella, sino Jadiya.

—¿Por qué lo has traído aquí?

Él apenas reacciona, pero Gabriel se encoge al oír su tono.

—Hiram está ayudando en la investigación. Esto le concierne tanto como a Veda y al Consejo de Oráculos.

—¿Cómo? —espeta la sanadora.

—No creo que tenga por qué explicarle a qué se debe mi presencia —replica Hiram con frialdad—, pero la madre de mi hijo es una de las víctimas.

Jadiya guarda silencio y se disculpa para ir a ver cómo se encuentra Moab.

—Avísame cuando despierte —le pide Gabriel.

Ella se cuadra antes de entrar.

El investigador se frota la nuca y se espabila al ver que se acerca alguien. Veda sigue su mirada y ve a Francisco y Marlene. Francisco, más alto que Marlene, lleva una gran bolsa negra. Su expresión es cauta, más severa, nada que ver con el hombre relajado que Veda conoce. Marlene también está tensa. Lleva el cabello negro azulado recogido en un abultado moño en la coronilla. Pese al ridículo mono ancho, bajo cuya cremallera subida hasta la mitad se ve una camisa azul pastel y el colgante del arrendajo azul, se escuda en su profesionalidad para enmascarar su personalidad. Veda se percata de que su amiga enarca las cejas ligeramente, con escepticismo, al ver a Hiram, pero tras saludar cordial a todo el mundo con un gesto le ofrece una mano enguantada.

—Soy Marlene Wells, analista forense —se presenta—. Creo que no nos conocemos.

—Hiram Ellis. —Le estrecha la mano.

—No has tardado nada en llegar —comenta Gabriel—. Francisco iba a ir a buscarte a la oficina.

—Estaba cerca —contesta ella, que a continuación le sonríe a Veda—. ¿Qué tal estás, después de lo que pasó en casa de Lucinda?

—Un poco dolorida, pero en general mejor.

—Me alegro.

Francisco deja la bolsa en el suelo y Marlene se pone a trabajar de inmediato, saca mascarillas de seguridad para cada uno de los magos con el objeto de protegerlos de las reacciones mágicas a las que los videntes son inmunes. Cruza el paseo para tomar fotografías de los lirios araña desde múltiples ángulos. Al ver que las flores no arden cuando al cambiar el aire le rozan el mono, de su boca escapa un suspiro de alivio, acompañado de una sonrisa nerviosa.

—Por poco, ¿eh?

Marlene hace como que se seca la frente y se saca su piedra de ojo de halcón.

—Y, en teoría, ¿para qué sirve esta prueba? —quiere saber Veda.

—Para demostrar lo que ha pasado y revelar la identidad de todo aquel cuya impronta se encuentre en la escena —explica Francisco.

—¿Incluso la del Botanista?

—Si la persona en cuestión es un vidente, los resultados aparecerán en el acto, gracias al Registro que hay grabado en cada piedra de ojo de halcón.

Hiram frunce el ceño.

—Una prueba que podría identificar al Botanista. ¿Por qué no la han utilizado antes?

—Las improntas desaparecen deprisa. En tres horas, a lo sumo. En el caso de todas las víctimas anteriores llegamos mucho después de que se produjesen los ataques y solo pudimos determinar la clase de magia que se utilizó. En la casa de Lucinda estaba Veda, pero Lucinda había muerto varias horas antes de que ella llegase, y no dio la impresión de que el Botanista emplease magia tras lanzar una

maldición debilitante para limpiar la escena del crimen. En el caso de Moab, sin embargo, no ha transcurrido mucho tiempo desde que fue objeto del ataque, y como el agresor no ha lanzado nada para borrar su impronta, todavía debería haber residuos. Deberíamos obtener una identificación positiva.

Gabriel le da con el codo a su compañero.

—¿Todavía no te habla?

—No —musita Francisco—. Sigo intentando descubrir qué le pasa, pero me rechaza. No sé, ya han pasado tres meses y la noto... distinta.

—Yo no la noto nada distinta.

—Eso es porque no te fijas; pero, bueno, da lo mismo... —Francisco se pasa una mano por el pelo—. Por lo general, odia a los pájaros y los colores pastel y le gusta que le lleve la bolsa. Pesa bastante, antes le magullaba la pierna, porque en público no se le permite utilizar nada que no sea magia básica. Pero se la tuve que quitar porque estuvo a punto de lanzar un conjuro de ingravidez sin que tan siquiera se parase a pensar en lo que sucedería si alguien lo veía. Eso es magia de nivel medio y los videntes no pueden utilizarla en público porque es ilegal.

—Lo que notas es la ira de una mujer que ha cambiado de opinión... y de estilo. Mi exmujer se cambió el corte de pelo, la ropa y de carrera. Ahora está rodando un documental sobre las consecuencias que tuvo la Gran Desaparición en Lewes, Carolina del Sur, para el próximo aniversario. —Gabriel le da unas palmaditas en la espalda a Francisco—. Mira, es una mierda. Pero te lo dice alguien que luchó a brazo partido para que la cosa no acabara en divorcio: cuando toman una decisión, no hay nada que hacer.

La frustración de Francisco da paso a la concentración, pero Veda ve la tormenta que sigue haciendo estragos tras los oscuros ojos del

tranquilo hombre. A continuación, observa a Marlene y se encoge de hombros.

—Puede que esté estresada. Se está esforzando mucho para ascender. Casi no queda con Jadiya.

Gabriel arquea las cejas.

—Por encima de analista forense ya solo hay puestos directivos, y en la dirección no hay videntes. A menos que intente ser la primera... Supongo que si hay alguien capaz de lograrlo es ella.

Veda frunce la boca y se para a pensar mientras Marlene termina con los preparativos. Se pone la mascarilla, nerviosa y expectante, ya que nunca ha visto analizar la escena de un crimen en persona, tan solo escenas en series de televisión de abogados.

Una mano en el hombro hace que pegue un respingo y se vuelva en redondo. Es Hiram.

—Está usted demasiado cerca —dice; la mirada de sus ojos azules es penetrante.

Qué ironía: es justo lo que ella piensa de él.

—Es preciso que se encuentre fuera de un radio de tres metros o su impronta podría alterar el resultado.

A modo de confirmación, Gabriel les hace una señal con la mano.

—Vosotros dos, venid. Marlene va a empezar.

Veda se zafa de la mano de Hiram y va con su amigo, consciente de que está siendo observada.

Marlene sostiene el ojo de halcón por encima de su cabeza.

—*Etreal*.

Las venas de los brazos se le iluminan mientras a su alrededor el espacio se oscurece, deformándose. De la yema de sus dedos brota luz. El viento gira en un apretado vórtice, pese a que fuera del círculo no sopla. Un latigazo asusta a Veda. Magia. Energía. Una vibración se propaga por la burbuja en la que se encuentra Marlene,

cuya cabeza está ladeada hacia la piedra que gira, con las venas encendidas.

El mono de la vidente oscila. La piedra se eleva más, gira más deprisa. Aparecen destellos de luz aleatorios en distintos sitios del Cónclave. Se materializan pisadas que marcan el camino de los que han pasado por allí. Se forman figuras y símbolos como las nubes en el firmamento. Se distinguen dos pares de huellas enfrentadas. No sucede nada... Después uno de ellos ataca. Se ven luces azules y rojas: embrujos y maldiciones. El otro par sigue blanco. El color del atacante cambia de azul a un inquietante amarillo dorado, una neblina se extiende hacia fuera, se asienta allí donde ahora crecen lirios araña. Una tercera persona aparece por detrás, su luz es azul. El atacante se vuelve blanco, inmóvil, y los pasos de la víctima se alejan. Eso confirma lo que ha contado Moab. El segundo enfrentamiento es menos claro. Ambos pares de pisadas se inflaman de color y a continuación salen corriendo en direcciones opuestas.

De pronto todo lo que hay dentro del círculo se ve atraído hacia el ojo de halcón como si lo capturase un agujero negro. El ojo gira y se ilumina, absorbiendo todo rastro de lo que ha sucedido. Marlene aparta la vista lo justo para coger un saquito de la bolsa poniendo un dedo en gancho. A su orden, la piedra desciende lentamente y entra en el saquito. Cuando lo cierra, el aire se despeja. Veda se quita la mascarilla, aturdida por lo que ha presenciado. El proceso de limpieza es rápido y eficiente. Para cuando se ubica de nuevo, Marlene ya está lista para marcharse, pero toma unas fotografías más de los lirios araña.

—¿Qué significaba el dorado? —quiere saber Veda.

—Cada color se identifica con un tipo de hechizo. El dorado es el de la magia omnipotente. —Gabriel parece cansado—. Ya sabíamos que los lirios araña eran omnipotentes, y posiblemente la maldición

que pesa sobre Everett también. Si la misma persona está detrás de ambas cosas... En fin, es preocupante. Ha salido de la nada por segunda vez en un mes. Lo más probable es que nuestro jefe llame a Washington D. C. Obligarán al Consejo de Oráculos a que colabore o se arriesgarán a que se ordene su disolución.

—¿Cuánto tardará eso? —La pregunta de Hiram sorprende a Veda, así como la atención con la que por lo visto está escuchando.

—De cuatro a seis semanas. Llevará algún tiempo efectuar la llamada, que la cojan y que asignen personal.

—En ese caso, será mejor que lo descubramos nosotros —apunta Veda—. El Consejo...

—Todavía estoy intentando recabar información de todos los miembros y cualquier cosa especial que haya ocurrido durante los años en los que han ocupado el cargo —la corta Gabriel—. Everett sigue ahí fuera y lo único que tú recuerdas del Botanista es que tenía la cara desdibujada.

Hiram cruza los brazos.

—Entonces, ¿podemos suponer sin temor a equivocarnos que esto ha sido cosa del Botanista? ¿No de un impostor?

—Sin temor a equivocarnos no, pero es probable.

—¿Y la persona que ha salvado a Moab?

Francisco da un paso atrás y vuelve la cabeza hacia los lirios araña.

—Ha de ser Everett, por lo que le dijo a Veda. Marlene, ¿cuándo estará listo el análisis?

Veda se da la vuelta y no ve que la forense está detrás de ella hasta que contesta:

—Me daré prisa.

La mirada de Francisco se endurece.

—Con el Registro incorporado en cada piedra, no hará falta que te des prisa con nada para presentar un informe preliminar sobre si hay videntes involucrados.

—Eso ya lo sé. —El tono que emplea Marlene hace que todos arqueen las cejas—. Perdón por dar por sentado que querrías un informe exhaustivo.

—En febrero me dijiste que un informe exhaustivo no vale la pena si la piedra se ve comprometida en algún momento durante el procesamiento.

—Cierto... Muy bien. —Saca la piedra y lanza un hechizo. Ascienden símbolos humeantes, uno tras otro. Verde. Naranja. Rojo. La piedra se ilumina, gira primero en el sentido de las agujas del reloj, luego en sentido contrario. Surge un símbolo blanco. Las partes se separan y se unen para formar un nombre.

«Everett Simpson».

—¿Es la persona que intervino? —pregunta Veda.

—Sí —responde Gabriel. La piedra sigue girando y forma el segundo nombre: «Moab». La víctima.

—Y ahora el Botanista —musita Francisco, que, impaciente, da golpecitos con el pie mientras la piedra gira durante más tiempo que antes.

Justo cuando Veda cree que se va a apagar, confirmando así que el agresor no es un vidente, lanza un destello. La luz se intensifica, se enciende como si fuese a estallar en llamas. Después se divide para dar forma al nombre que todos temen o esperan ver. Lo que aparece hace que caiga sobre ellos un silencio que los envuelve como un sudario, una quietud ronroneante, contemplativa, antes de que Veda espete:

—¿El nombre está bloqueado?



El pasado de Veda es como un fogón caliente: sabe de sobra que la quemará, pero ella lo toca de todas formas. Tiene que hacerlo.

Está sola en casa. Suena música. El vino adormece su dolor. La farola de la calle permanece encendida cuando de pronto el apartamento se queda a oscuras. Asustada, Veda deja la copa en la mesa. La alegre melodía no flaquea, pero ella sí.

—¿Veda?

Los recuerdos se entremezclan con la realidad, tejiendo un caótico tapiz que por un momento la deja incapaz de diferenciar ambas cosas. Está en la esquina de una calle. Se encuentra bien. Y, además, no está sola.

Hiram, frente a ella, la mira con expresión imperturbable; sin embargo, sus ojos reflejan una preocupación que Veda no puede soportar.

—¿Se encuentra bien? Parece...

—Estoy perfectamente. —Examina el suelo—. Me voy.

El sol apenas roza la copa de los árboles cercanos. Pasan coches y motos. La gente pasea por el lugar, entra y sale de restaurantes de Panoramic, disfruta el comienzo de una agradable noche. Algunas personas la miran con una preocupación que ella ignora. Otras, en cambio, lanzan miradas asesinas a Hiram.

—¿Ha oído lo que le he dicho? —pregunta él, alargando un brazo, pero Veda recula.

—¿Qué?

—Marlene se ha ido. Francisco va a llamar al jefe, Bishop, para dar parte de la impronta bloqueada y Gabriel está dentro con Jadiya y

Moab. Yo ya me iba cuando la he visto aquí parada, aturdida. —Mira a su alrededor antes de centrarse de nuevo en ella—. Mire, es normal sentirse raro, sobre todo si no se está acostumbrado a ver pruebas mágicas. Mi primera vez fue en la facultad de Derecho. Es un requisito. Yo era arrogante y no me puse mascarilla. Un gran error. Estuve enfermo días.

—He dicho que estoy bien.

El agotamiento arrolla a Veda como un tren de mercancías, dejándola exhausta. El escepticismo de Hiram es evidente, y ella no tiene energía para discutir, así que señala hacia donde ha aparcado la moto. Su ofrecimiento de acompañarla es mudo, pero su presencia no lo es. La brisa la devuelve por completo al presente, y ello hace que se arrepienta de haberse dejado la cazadora en casa. Sus fuerzas no vuelven hasta que Hiram se detiene en una gastroneta, compra dos botellas de agua y se le planta delante, desoyendo sus protestas hasta que acepta una. Cuando él no mira, Veda bebe con voracidad, como si saliera de un desierto.

Los ojos de Hiram siguen en otra parte cuando le pregunta:

—¿Mejor?

Ella tose.

—Váyase a la mierda.

Para cuando llegan a la moto, Veda ya vuelve a ser ella. El casco aún está en el asiento, y el coche aparcado en doble fila sigue ahí. Sin una multa. Una vergüenza. Debería haberle desinflado los neumáticos cuando tuvo ocasión.

—Ah, ha aparcado a mi lado.

Ella pone los ojos en blanco. Es el coche de Hiram, cómo no. Este escudriña la zona como si fuese a encontrar al Botanista escondido tras un árbol o entre el gentío.

—No debería salir a la calle. No con el doctor Simpson y el Botanista sueltos.

—El doctor Simpson no es un peligro. Puede que se esté volviendo loco, pero quiso advertirme, protegerme, y da la impresión de que ayudó a escapar a Moab. En cuanto al Botanista, le preguntaría cómo sabe que constituye un peligro para mí, pero seguro que su respuesta me cabrea, así que no me molestaré en intentar averiguarlo.

—He encajado las piezas que me han sido dadas. —Al ver que ella lo mira mal, se corrige—: Está bien, las que miré sin permiso. Soy abogado, así que soy entrometido y sé guardar un secreto. Lo importante no es cómo lo sé, lo importante es que se ha enfrentado al Botanista tres veces. Así que es evidente que corre peligro.

—No se equivoca.

Él ladea la cabeza.

—Parece que hemos superado el centenar de palabras sin discutir. Todo un récord.

Veda pone los ojos en blanco.

—Me alegra saberlo. Volveré a ser un incordio.

—Me alegra que lo reconozca, al menos ante mí. —Un coche reduce la velocidad, deseoso de poder aparcar donde están ellos. Hiram lo despacha con un gesto—. No haga como si no fuese una veleta. La última vez que la vi estuve a punto de caerme en una fuente cuando intentaba pedirle disculpas, pero ahora se muestra dispuesta a hablar conmigo.

—Échele la culpa a cómo me siento.

—Ya. Después del... episodio catatónico que acaba de sufrir. Está perfectamente, claro.

Algo en su voz, una extraña mezcla de sarcasmo y afecto, la perturba. La mano cerrada en un puño y pegada al cuerpo, con calor

e irritada... Veda odia sentirse así de nerviosa. Hiram es una abstracción en la que ella no debería fijarse, y mucho menos reconocer.

—La próxima vez habré vuelto a la normalidad.

—¿La próxima vez? —Él sube y baja las cejas de un modo sugerente, lo que le vale una mirada impasible que lo insta a levantar las dos manos en señal de rendición—. Siendo así, debería aprovechar esta oportunidad excepcional para preguntarle por qué Antaris dibuja ahora equis en las plantas del jardín antes de que mi existencia la vuelva a enfadar.

Veda pasa por alto la ligera vergüenza que siente. La última vez que hablaron fue el día siguiente a que una explosión la lanzara de un porche, se había pasado toda la noche en vela con insomnio y estaba de muy mal humor. Por desgracia, no puede decir que él sea poco razonable.

—Está protegiendo las plantas.

—Oh —musita Hiram, al que sorprende lo directo de su respuesta —. A ver si somos capaces de prolongar esta racha de colaboración. Que tenga una buena tarde.

—Tenía usted razón —admite ella, aunque a regañadientes—. Es cierto que deberíamos hablar, aunque solo sea para confesarle que no me fío de su implicación en esto. La madre de Antaris le envía un mensaje a Gabriel que lo lleva hasta usted. Luego a usted hasta mí. Tiene mi amuleto tatuado en su brazo. Lee mi informe, lo cual es ilegal, y...

—No tiene sentido —la interrumpe—. Todas las ventanas estaban cerradas. ¿Cómo entró el agresor?

—Fue como si alguien arrojara una bomba al apartamento. Lo sigo intentando, pero lo primero que recuerdo es estar corriendo. Ni siquiera me acuerdo de cómo salí. A veces tengo flashazos (mi

episodio catatónico era yo haciendo memoria), pero nunca duran mucho. Nunca lo veo todo. —Admitir esto hace que Veda quiera ponerse el casco para ir a refugiarse en la seguridad que le ofrece su casa, pero más verdades escapan de su boca antes de que se pueda marchar—. El Botanista me lanzó una maldición esa noche. La maldición Sanguis.

Hiram se queda inmóvil.

—Esa maldición es... ¿Cómo sigue viva?

—Las maldiciones de la sangre han de ser lanzadas a la perfección o son una cagada. Cuando salí, el agresor lanzó una maldición sobre la sangre que había en el apartamento y la envió en mi busca, pero en ella también había sangre suya. Mi sangre la trató como si fuese un invasor extraño y formó un quiste en el costado, donde la atrapó. Conseguí llegar a duras penas a Proventia, a casa de Peter. Fue él quien organizó que a lo largo de la ruta del autobús hubiese videntes que me ayudaran con sus hechizos sanadores para que pudiera seguir adelante en cada parada y, cuando llegué, Jadiya impuso a la maldición un estado latente.

—No parece legal.

—No lo es.

—¿Durante cuánto tiempo permanecerá latente?

—Nadie lo sabe, porque he superado el punto más allá del cual una maldición normal y corriente despertaría. —Veda desvía la mirada—. Peter y Jadiya han hecho todo lo que han podido para extraerla de manera segura, pero vivo de prestado. Ellos no se han dado por vencidos, pero...

—Usted sí. —Chasquea la lengua—. Una puñetera lástima.

La compasión que muestra Hiram la enfurece.

—No finja que le importa.

—Lo haré si usted no hace como si no estuviese aterrorizada. —La mira con atención, en sus ojos hay algo que ella no es capaz de interpretar—. Puede que el miedo sea la causa de que sea tan distinta de como la recuerdo.

Veda se pone rígida.

—¿Se puede saber de qué está hablando? ¿Q...?

—La vi en la fiesta de graduación de Peter. Discutía con tres idiotas. No reculó en ningún momento.

Ella no puede reaccionar, porque él está demasiado cerca. El tema es demasiado personal.

—¿Dónde está ese espíritu combativo, Veda?

El amargo deseo de salir corriendo para evitar esa pregunta incisiva, dolorosa, hace que no pueda pensar con claridad.

—Sé a lo que me enfrento, y no las tengo todas conmigo. La maldición ha ido creciendo dentro de mí y ahora que el Botanista sabe dónde estoy... —Cabecea, intentando controlar una ansiedad que va en aumento.

—Está a una impronta bloqueada de tener un nombre. Gabriel y Francisco por fin saben en qué dirección han de ir, tienen más piezas del puzle. Puede que esta situación sea una mierda monumental, pero esto todavía no ha terminado.

—Ojalá fuese cierto. Lo que sé es que en mi cuerpo tengo atrapada sangre del Botanista. Y está tan emponzoñada como la mía. En cuanto se libere, podré utilizar el mismo encantamiento para que su sangre encuentre a esa alimaña igual que en su día me encontró a mí. Sufrirá igual que he sufrido yo y morirá igual que moriré yo. El Botanista no matará a nadie más.

—O podría extraer la maldición.

La frustración se apodera de ella.

—Ya se lo he dicho: lo hemos intentado. Ocho veces, para ser exactos.

Él se peina con los dedos.

—Peter dijo que usted necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir. Ahora entiendo por qué.

Veda pone los ojos en blanco.

—Su optimismo sigue siendo ilusorio.

Una mirada oscura, de determinación, asoma a los ojos de Hiram.

—En ese caso, deje que yo pruebe la novena vez. ¿Qué tiene que perder?

Ella lo mira fijamente, atónita.

—Es abogado. Ni sanador ni médico. ¿Qué podría hacer por mí?

—Soy un Ellis, y aunque eso es todo lo que usted odia, el apellido viene con el privilegio de los contactos. Puedo ampliar el radio de búsqueda de soluciones para su maldición.

—Hemos mirado todo lo que se ha publicado.

—En ese caso empezaré por lo que no se ha publicado. —Al ver el escepticismo de Veda, Hiram levanta las manos—. Todo legal y transparente, desde luego.

—¿Por qué está dispuesto a ayudarme?

Él se encoge de hombros.

—Mi hijo le tiene cariño. Preferiría que no perdiera a nadie más.

Una cosa es tener esos pensamientos erráticos cuando está sola y otra oírselos decir a alguien que tendrá que pagar los platos rotos cuando ella ya no esté. Eso ya no es una reflexión, sino algo tangible, que tiene el poder de moldear la realidad.

—Es más que eso —añade él en voz baja—. Puede fingir todo lo que le dé la gana, pero los dos sabemos que no está lista para morir. —Su sonrisa se ensancha al ver que Veda no se lo rebate—. Es lo

que pensaba. —Le tiende la mano—. Prepárese para estar hasta las narices de mí.

Ella la aparta de un manotazo.

—Ya lo estoy.

—Es mutuo. —Hiram se muestra imperturbable, engreído pero serio. Extrañamente encantador—. Vivirá. Yo me aseguraré de que así sea.

—Me da que está a punto de hacer una promesa que no podrá cumplir...

—Tengo un alto porcentaje de éxito en lo que respecta a cumplir lo que prometo.

Veda coge su casco y se lo pone.

—Menudo capullo engreído está hecho.

—Pues sí. —Se inclina hacia delante, mirándola con cara de determinación. Las comisuras de su boca se elevan—. También soy más cosas que eso. Ya lo verá.

12



Hiram ha hecho unas promesas que ahora ha de cumplir.

Se arma de paciencia antes de llamar a algunos de los contactos de su padre. Ninguno lo coge, pero no le da muchas vueltas hasta que el teléfono le suena. Barrett se salta el saludo.

—La última vez que llamaste a tantos amigos míos fue porque necesitabas agilizar papeleo, análisis genéticos y de impronta y la vista para solicitar la custodia de Antaris. ¿Hay algo que deba saber?

—No —contesta él, tamborileando con un dedo—. Necesito información.

Tras una pausa su padre dice:

—Podrías haberme llamado a mí.

—Dudo que quieras involucrarte.

—Ponme a prueba.

—Necesito acceso. Peter me mencionó que, pese a que lo había intentado, no había conseguido hacerse con la investigación sobre la maldición Sanguis: artículos inéditos, tentativas de extracción no autorizadas, tasa de supervivencia, todo lo que se esconde bajo las alfombras de la burocracia. He llamado al tío Phillip porque es el

socio capitalista de un instituto de investigación de maldiciones en Atlanta y, probablemente, el motivo de que esa investigación en concreto esté protegida.

Phillip es alguien que tiene muchos contactos en la investigación mágica: un creyente fanático en la supremacía de los magos, un científico loco y un intolerante visceral, todo ello unido en un ser humano aterrador. Cree que la magia es la respuesta al «problema de los videntes». Eugenesia. Dogmatismo científico. Esterilización en familias con una tasa de natalidad de videntes elevada. Todo el pack. Unos puntos de vista extraños tratándose de alguien que tiene una docena de hijos ilegítimos a los que se niega a reconocer.

—¿Tú cómo sabes esto? —susurra Barrett.

—No ha sido difícil. Hay grupos de presión de videntes que siguen la pista a intolerantes que tienen demasiado dinero e influencia. Se aseguran de boicotear los lugares adecuados. —Hiram tiene entendido que estos grupos controlan a la familia al completo, pero Barrett y sus hermanos reciben una atención especial.

—Inteligente. —Su padre le ofrece un poco habitual cumplido, pero Hiram no se fía—. Yo me ocuparé de mi hermano.

—¿Por qué?

—Se ha vuelto paranoico. Si lo llamas después de tantos años de silencio lo único que conseguirás será echar leña a su fuego.

—Ya —responde Hiram.

—Además, no necesito hablar con él para conseguir lo que buscas. Utiliza su casa de Medina para almacenar lo que sea que hace. Yo tengo acceso y él un exhaustivo sistema de organización. No debería llevarme mucho tiempo.

Suena demasiado bonito para ser verdad.

—Mmm, ¿y qué quieres a cambio?

—Nada.

Hiram no está convencido, pero no piensa mirarle el diente al caballo regalado.

—Bien. Además, ¿conoces a alguien capaz de revertir un embrujo encriptador? Extraoficialmente, claro. Es para una investigación.

—No era consciente de que ya habías empezado a ejercer de consultor —observa Barrett con naturalidad, como si estuviese hablando del tiempo—. El jefe Bishop solo mencionó que habías acudido de visita a la FCD.

—Tu informante no se equivoca. —Su padre lo está vigilando, claro —. Como te he dicho, es extraoficial. Una especie de favor, pero no lo cuentes. ¿O necesito tu permiso...?

—Solo quería saber cómo te encontrabas, Hiram. A tu madre le preocupa lo reservado que estás siendo. Solo das lo indispensable, así que buscamos otras formas de conectar contigo. ¿Cómo vamos a arreglar las cosas si apenas vienes a vernos y nunca llamas?

—No es tan divertido cuando las tornas se vuelven, ¿eh?

Barrett evita el tema.

—¿Qué clase de caso es?

—Uno con el que seguro que no estás moralmente de acuerdo. Hay videntes implicados. Los han asesinado.

—Los crímenes del Botanista.

Hiram frunce la frente.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Me interesan los casos que podrían provocar otra Desaparición en masa. —Barrett guarda silencio—. No deberías involucrarte en esas cosas. Es peligroso, y tienes que pensar en Antaris.

—Demasiado tarde —responde él, inexpresivo—. ¿Qué sabes del caso?

—Los monstruos que creamos son una extensión de nosotros, de nuestros miedos y nuestros deseos. Les otorgamos nuestros

derechos y les decimos que merecen lo que no se han ganado. Pero al final la naturaleza sabe cómo arreglar un desequilibrio, si no inmediatamente, con el tiempo.

No le gusta cómo suena eso.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

—Mucho, pero te llevaré lo que necesitas saber. —Su padre hace una pausa—. En cuanto al embrujo encriptador, son casi imposibles de deshacer: hay que entender el lenguaje y tener talento. En otras circunstancias te recomendaría a tu primo Francis, pero no. Pregunta al excongresista Desai. No he visto a nadie decodificar como él.

Hiram se sorprende.

—¿Cómo lo conoces?

—Cuando lo eligieron diputado, yo ocupaba la alcaldía por tercera vez. Tu abuelo estaba terminando su último mandato de senador. Se armó una buena cuando llegó; algunos se negaron a estar en la misma habitación que Desai, y menos en la misma comisión. Tenían que traducirlo todo al braille. Alguien le enviaba siempre la correspondencia oficial con un embrujo encriptador, creyendo que ello lo detendría, pero siempre llegaba a su hora, siempre preparado. Tu abuelo no soportaba la situación... ni lo soportaba a él, la verdad sea dicha.

Ni un solo insulto. Si acaso, su padre parece impresionado.

—¿Y tú?

—Y yo ¿qué?

—¿Participaste en eso?

—No.

—Pero no hiciste nada para impedirlo.

—No.

—Entiendo. —La evitación apática es la trampa del pacificador. El desasosiego hace que Hiram se sienta incómodo—. Le pediré ayuda

a Clinton.

—De nada —dice Barrett—. Permíteme que sea lo bastante iluso para pensar que ibas a darme las gracias.

—Gracias. —Hiram se lo permite. Solo una vez.

—¿Alguna cosa más? —inquiere su padre.

—No. —Sin embargo, la pregunta urge, le asfixia—. ¿Alguna vez quisiste alzarte en su defensa?

Barrett exhala.

—El pasado es complicado. Hice lo que necesitaba para llegar hasta donde quería...

—Eso no es lo que te he preguntado.

Su padre permanece en silencio tanto tiempo que Hiram busca alguna forma que no sea cortar para ponerle fin.

—Sí —le confiesa finalmente.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—No era asunto mío.

Las palabras inquietan a Hiram.



Unos ojos color avellana asoman por detrás de la butaca. Antaris coge un diccionario infantil, lo hojea mientras está sentado, lo deja en la mesa y se desplaza hasta el extremo del sofá.

Hiram mira de vez en cuando durante cada parte de su acercamiento, reprime una sonrisa cuando una cabeza de rizos húmedos aparece en el borde de la isla de la cocina.

—¿Quieres echarme una mano?

La respuesta es un gesto de asentimiento decidido, entusiasta, y algo extraño: Antaris da dos golpecitos en la mesa.

Hiram mira a su alrededor y ve un taburete escalera con el que su hijo puede alcanzar la altura suficiente para verlo todo.

—En tu lista hay pasta y queso —dice, y se inclina para enseñársela. El niño y él están cerca, pero no se tocan—. Pensaba hacer salsa Alfredo y pollo a la parrilla.

El entusiasmo de Antaris disminuye. Tras sopesar distintos motivos, Hiram cree haber dado con la respuesta.

—¿Te lo hacía tu madre?

El niño asiente despacio.

—Ya. Era su plato preferido.

Se le hace raro decirlo en voz alta. Antaris sabe más cosas de Grace que Hiram de él.

—Puedo preparar otra cosa, si lo... —Su hijo niega con la cabeza —. Vale.

Todavía algo triste, el pequeño toca el paquete de pasta y deja la mano un instante en el arrugado plástico.

—Normalmente me gusta hacerla yo mismo —admite Hiram—. Disfruto haciendo algo desde cero, pero si queremos cenar antes de medianoche —señala el reloj—, tendremos que apañarnos con esto.

Pone a hervir el agua y añade un generoso pellizco de sal. Al ver la mirada inquisitiva del niño, explica:

—Es para que hierva más deprisa.

Cocinar siempre ha sido una tarea solitaria para Hiram, silenciosa y centrada. Un momento para desafiarse con el equilibrio de sabores y texturas. Antes nunca tenía mucho tiempo, siempre estaba trabajando, pero ahora preparar tres comidas al día para un niño quisquilloso le supone una actividad satisfactoria.

Resulta curiosa la facilidad con la que ha cambiado su vida. La rapidez con la que se ha adaptado a la presencia de Antaris. La naturalidad con la que le salen las palabras cuando tiene las manos ocupadas.

—Yo tenía más o menos tu edad cuando aprendí a preparar huevos —cuenta mientras pesa la harina para el *roux*—. Se me quemaban siempre, pero no me di por vencido.

El chico observa cómo su padre hace el *roux*, y se sorprende cuando le ofrece la varilla.

—Casi está, pero es importante seguir removiendo mientras yo añado los demás ingredientes.

Antaris desempeña el cometido con cuidado, removiendo despacio. Se detiene cada vez que Hiram le hace alguna sugerencia y se relaja con cada palabra musitada de elogio. Cocinan así, con Hiram contando anécdotas de las partes de su infancia que no tienen que ver con su familia. Antaris se va abriendo poco a poco. Cuando la salsa está lista, Hiram le da a probar primero. Después pasan al pollo. El padre le enseña cómo se limpia y se trocea la pechuga; el hijo observa, fascinado.

—Ahora la sazonamos. ¿Qué se te ocurre que le podemos poner?

El niño señala la sal y la pimienta. Hiram asiente y deja que agregue ambas cosas al pollo. Más aquí, menos allá. La cosa se sale de madre cuando el niño empieza a señalar especias al azar: eneldo, canela, anís estrellado.

—No funciona así —le explica Hiram—. Sazonamos para hacer que la comida sepa mejor. —Deja que Antaris pruebe cada una de ellas y reprime una sonrisa cuando su hijo hace una mueca de asco tras probar las dos primeras y rechaza de plano la tercera—. Ninguna de estas sabe bien en un plato como este, así que probamos otras

hasta que encontremos la que va bien. Por suerte para ti, yo ya lo sé.

Coge ajo y otros cuantos botecitos del especiero y enseña a Antaris a añadirlos de manera uniforme. Cuando el pollo y la pasta están, se sientan a la mesa con sus respectivos platos. El nerviosismo de Hiram va a más cuando el niño clava la vista en la comida, pero no la toca.

—¿Tiene buena pinta?

Antaris sube y baja la cabeza.

—¿Se parece al plato que hacía tu madre?

Otro gesto afirmativo, este más lento.

—Lo puedo preparar cuando quieras. Tú solo... —Hiram deja la frase en puntos suspensivos mientras busca algo memorable que decir—. Tú solo tráeme la pasta cuando te apetezca.

La luz vuelve a los ojos de su hijo.

—Deberíamos...

Antaris coge el tenedor y empieza a comer.

—La próxima vez te enseñaré a preparar algo distinto, como... —Vuelve a dejar la frase a medias, ve la cara de satisfacción de su hijo ante la idea de la próxima vez—. De hecho, puedes ayudarme siempre que quieras. Hay muchas cosas que quiero enseñarte.



Seis días después, en la puerta de la casa de Hiram aparecen cinco cajas con una nota en la que se distingue la letra inclinada de su padre. La tira a la basura tras echarle una ojeada. Por desgracia, la información no está imbuida en piedras. Las cajas están llenas de

carpetas de papel manila repletas de papeles. Hiram las mira una por una, centrándose en palabras clave.

Consulta de soslayo el reloj, chasquea los dedos, con la mira puesta en su objetivo. Tiene tiempo. Un conjuro mediano de ingravidez debería servir.

—*Sine Pondere*.

El amuleto de ónix de su anillo se ilumina con una luz púrpura. Las cajas se elevan, chocando entre sí como globos lánguidos. Hiram las guía hasta una habitación vacía y sale de casa para dirigirse a su siguiente destino. Tarda más de lo habitual en llegar a la FCD debido al tráfico matutino. Después de registrarse y pasar por alto la mirada de recelo que le lanza el anciano vidente que ocupa el mostrador de seguridad, sube a la cuarta planta.

No está preparado para el caos que se encuentra.

Investigadores y agentes abarrotan el recibidor, hablan con distintos grados de pánico. Un olor acre inunda el lugar. De retazos de conversaciones él capta cosas como: «acceso no autorizado», «piedra», «investigación», «comprometida». «Consejo de Oráculos».

En el centro Hiram distingue a Seren, que mantiene dos conversaciones a la vez mientras está al teléfono. Impresionante. Enarca una ceja al verlo. Levanta un dedo, pone fin a la llamada y le indica que se acerque. Cuanto más lo hace, tanto más azorada parece ella. Pone un dedo en gancho y la puerta se abre y llegan más investigadores cargados con bolsas de piedras rotas, dispuestos a informar de los daños. Seren lanza un conjuro levitante sobre una piedra especialmente pesada; el hechizo no basta para activar su amuleto con forma de pájaro. Hiram se pregunta si estará herida, teniendo en cuenta lo rojo de sus mejillas, tan solo una tonalidad más clara que su marca de nacimiento.

Pero ella no se da cuenta.

—Hey, estamos en medio de una pequeña crisis. ¿Por qué no vuelve dentro de unas horas...?

Gabriel sale del mar de funcionarios.

—Oh. Justo le estaba diciendo al señor Ellis que venga más tarde.

—Por favor, llámeme Hiram —la interrumpe deprisa. Ella asiente.

—No pasa nada —le asegura Gabriel a Seren—. Yo me ocupo.

Ella afirma con la cabeza.

—Me alegro de volver a verlo.

El investigador echa a andar hacia el despacho que comparte con Francisco, que no está allí cuando entran. Cuando la puerta de cristal se cierra, Gabriel exhala un suspiro.

—¿Qué pasa ahí fuera?

—Se ha liado una buena. Un acceso no autorizado a piedras de datos. Se han vulnerado mágica o físicamente cincuenta piedras de ojo de halcón llenas de pruebas de distintos crímenes. En la mayoría de los casos ya había videntes detenidos, pero sin las pruebas, tendrán que ponerlos en libertad, y por eso le están echando la culpa al Consejo de Oráculos.

—Por favor. —Hiram se burla—. Los hechizos no se pueden lanzar desde una gran distancia, y ningún miembro del Consejo pondría un pie en este sitio por propia voluntad.

—Salvo Clinton. Paga la fianza de videntes que se meten en líos con agentes. Si no es Jadiya a la que saca del apuro, ella es quien lo suele traer en coche. Aparte de eso, sí, ningún vidente se acerca a menos de un kilómetro de este sitio. —Gabriel frunce el ceño—. Pero nadie ha querido escuchar la lógica.

—¿Falta alguno de sus casos? —se interesa Hiram.

—Las pruebas que realizó Marlene en el Cónclave y dos más de la investigación del Botanista. No es lo peor, pero han accedido a

algunos casos importantes. —Hace una pausa, abriendo mucho los ojos—. Debemos de haber encontrado algo.

—De ser así, ha de plantearse la posibilidad de que tengan un topo.

—Habla como Veda —afirma Gabriel—. Por eso se niega a venir aquí.

Hiram recuerda lo turbada que estaba Veda la otra noche, su expresión sigue fresca en su memoria.

—La paranoia no es paranoia si encierra una pizca de verdad, por pequeña que sea.

—Francisco está intentando explicarle a nuestro jefe por qué nuestras solicitudes de análisis estaban con las que se destruyeron, porque no les habían dado el visto bueno. —Gabriel coge su botella de agua, medio vacía, y echa lo que queda a una planta de lavanda que descansa en la repisa de la ventana. Haciendo una mueca, añade—: No le diga a Seren que he hecho esto. Odia que use un agua que no sea fresca.

Hiram no es experto en magibiología, pero duda que esa agua sea letal para las plantas.

—Si Veda está en lo cierto, será mejor que hablemos fuera de este sitio.

Al fondo del pasillo está la escalera. Gabriel utiliza su impronta para abrir la puerta trasera, por la que se sale al aparcamiento. Van al coche de Hiram. Cuando este pega el pulgar a la puerta, la película que oscurece el interior desaparece.

—¿Sabemos de alguien que sea capaz de descifrar el embrujo en el libro de Grace?

—Mi padre está seguro de que Clinton podría hacerlo. También me ha enviado cajas con documentos de las investigaciones sobre la maldición Sanguis. —Al ver la cara de desconcierto de Gabriel, añade

—: Es una larga historia. Están en mi casa por el momento, y menos mal. ¿Han averiguado algo sobre la impronta bloqueada?

—El jefe Bishop nos llamó para fuésemos a su despacho y nos ordenó que no siguiésemos indagando.

—Lo cual no es nada sospechoso.

—En absoluto. —El investigador pone los ojos en blanco—. Así que me puse a averiguar por qué alguien querría que bloqueasen su impronta en el informe. Sea lo que fuere lo que hicieron, es alto secreto, probablemente espeluznante, y personas importantes quieren que su identidad no salga a la luz.

—¿Cometer un asesinato?

—Peor.

—¿Qué hay peor que un asesinato?

—Muchas cosas: matrimonios con menores, explotación y experimentación con personas, Desapariciones, eugenesia, esclavitud, corrupción.

Hiram levanta la cabeza y ve a Seren en la puerta trasera, moviendo las manos como una loca.

—Creo que lo reclaman.

Gabriel la mira y levanta un dedo.

—Daremos con el Botanista.

—Parece muy seguro.

—Porque lo estoy. —Le sonríe—. Puede que haya bloqueado su impronta, pero sabemos una cosa: si está en Proventia, se esconde a la vista de todos.



Hiram abre la primera caja, pero nada más sacar una carpeta, su talismán empieza a zumbar. Ha llegado alguien. Irritado, tapa la caja, sale de la habitación vacía y cierra la puerta. Cuando quiere dar la vuelta a la esquina, sus padres ya están dentro, el talismán les ha dado permiso.

—Una vez más, preferiría que llamarais antes de entrar en mi casa.

—He llamado, pero no lo has oído —contesta su madre, que se quita el chal y se lo da a su padre. Su sari de seda, del color de la cúrcuma, le confiere un aire cálido, agradable, pero en su fachada hay grietas. Está enfadada. Probablemente con él—. Me gustaría que hablásemos.

Con él, no cabe ninguna duda.

Podría evitar la conversación que se avecina, pero decide no darle a su madre más munición para que su día empeore. Van al salón principal. Ella se sienta en el sofá mientras su padre permanece de pie junto a la ventana, mirando fuera. El tintineo que hace el vaso de Hiram al dejarlo en la isla de la cocina es la campana que marca el inicio del combate.

—¿No nos ofreces nada de beber?

Él exhala un suspiro.

—¿Os apetece tomar algo?

Barrett rehúsa, pero Simran acepta: una infusión de menta, con cinco minutos de reposo, sin miel ni limón, un azucarillo. Hiram le sirve lo que ha pedido y a continuación se acomoda en la butaca y se prepara para la siguiente fase de esta emboscada. Sabe por años de experiencia cómo irán las cosas. Darán vueltas uno alrededor del otro con los metafóricos puños en alto para protegerse la cara, encajarán unos cuantos golpes de prueba hasta que uno sea lo bastante valiente para lanzar el primer gancho. Hiram nunca golpea

primero. Para él, en el combate verbal lo importante es la estrategia, no la fuerza. Necesita averiguar cuál es la fuente del descontento de su madre y salir ileso.

Simran deja la infusión en la mesa y carraspea.

—Estábamos por la zona y decidimos pasarnos para hablar contigo mientras Antaris se encuentra en el colegio.

—Hablar ¿de qué?

—Tu padre fue a Medina. Después de sonsacárselo un poco, me admitió que lo hizo por ti. Para coger unas cajas que habías pedido. —Hiram se halla familiarizado con el tono que emplea su madre: está siendo amable porque le interesa sacarle información.

—Sí.

—También ha llegado a mis oídos la preocupante noticia de que te han visto por la ciudad con investigadores, en concreto con la pareja que se ocupa de los asesinatos de videntes. No creo que sea sensato que te codees con videntes, y mucho menos que ayudes en sus casos. Deberías centrarte en Antaris. ¿Es cierto? ¿Los estás ayudando?

Hiram contaba con que su madre utilizara a su hijo de arma arrojadiza. Lo ha estado haciendo desde el principio. Sin embargo, le sigue doliendo.

—Sí. Ya que insistes, te diré que a la madre de Antaris la mató el sospechoso de uno de los casos que llevan.

Simran lo estudia, mira a Barrett y vuelve a clavar la vista en él.

—Tanto más motivo para no involucrarte.

—Antaris necesitará respuestas.

—Antaris necesita a su padre. Y tú necesitas dejar este asunto en manos de los profesionales. Puede que haya llegado el momento de que retomes tu carrera.

A Hiram le cuesta lo indecible no saltar. Mira a su padre para que diga algo, pero este permanece en silencio.

—¿Qué clase de hombre sería si me quedara mirando sin hacer nada?

—Si, como dicen, están matando a videntes, puede que se trate de un castigo por el poder que ejercen —aduce ella.

—No deja de parecerme irónico que alguien de nuestra familia diga eso.

Simran mira a Barrett con cara de preocupación.

—Querido, pareces tenso.

—No es nada —musita él—. Deberíamos irnos. Deja que encuentre las respuestas que necesita.

Sin embargo, su madre no se mueve.

—Puesto que estamos aquí, y te niegas a escucharnos o vernos, me gustaría abordar otro tema del que no hemos podido hablar contigo.

Hiram cruza los brazos mientras ella saca un papel.

—Tú dirás.

—Queremos presentar esta solicitud para ser los tutores legales de Antaris en caso de que te sucediera algo. Sé que elegiste como padrino a Peter, y, aunque me cae bien, no es apto para cuidar de él en tu ausencia.

Una ira explosiva está a punto de lanzar toda clase de emociones al rojo vivo, pero en la superficie Hiram guarda la calma. La ira es un enfado que no se contiene a tiempo, y él ya no tiene dieciocho años. Suelta una risita apagada, carente de humor, y Simran ahora parece alarmada.

—Haced lo que queráis, lo vais a hacer de todos modos.

—Hiram...

—He vuelto a caer en vuestra telaraña. Debería haberme mantenido lejos de vosotros, pero estaba sobrepasado cuando supe de la existencia de Antaris y necesitaba ayuda, un hogar, el apoyo de mi familia. ¿Creía que cambiaríais? No. Pero pensé que lo podría aguantar. Me equivocaba.

—¿Se puede saber qué significa eso?

—Vine aquí con idea de marcharme en cuanto consiguiese que Antaris estuviera mediamente bien y alejarme de vosotros dos otra vez.

Por primera vez la mirada de su padre deja de ser inexpresiva para parecer un tanto dolida.

Los ojos de su madre echan chispas.

—No me puedo creer que estés pensando en marcharte.

—No sé por qué te sorprende. Ya me fui una vez, ¿por qué no volver a hacerlo? —Sus palabras son como un golpe. Simran se estremece—. Me metisteis vuestras ambiciones de tal modo por la garganta que vuestras expectativas me asfixiaron. Hice todo lo que queríais, a mi costa, y el resto del tiempo no me tuvisteis en cuenta. Antes muerto que permitir que utilicéis a mi hijo para controlarme.

—No es eso lo que he dicho.

—Es lo que querías decir —le espeta Hiram—. Tengo las cartas que me escribisteis pidiéndome que volviera, prometiendo que enmendaríais el daño que habíais causado. Pero ahora que estoy aquí es evidente que os importo una mierda.

Simran se levanta y guarda el papel en el bolso.

—Eso no es verdad. Ya sabes cómo era mi vida antes de que conociera a tu padre. Presiono, exijo. Fui dura contigo para que fueras fuerte, no porque no me preocupe. Siempre he hecho y querido lo mejor para ti.

—Y, sin embargo, me miras a la cara y me dices que lo que ya he hecho no es de tu gusto. Te pasas de la raya. Quieres más y más de mí... No, no es cierto, tú solo quieres tener el control. Has perdido tu tercera oportunidad. Como presentes ese documento, nos veremos en los tribunales.

Barrett intenta apaciguarlo.

—Hiram...

Él se vuelve hacia su padre.

—Casi había olvidado que estabas aquí. Me alegro de que te hayas unido a la conversación. Es fascinante que hayas decidido expresar un pensamiento propio. —Le pitan los oídos. La ira finalmente aflora. Mira a su padre, el peso de las palabras de Veda le resuena en la cabeza, la frustración que a ella le producía su silencio. La verdad de todo ello lo pone malo—. Soy igual que vosotros —admite en voz baja.

Barrett se tensa.

—Pero eso está a punto de cambiar —continúa él—. Porque se acabó. —Se dirige a su madre—. No permitiré que te vuelvas a acercar a mi hijo o a mí. —Después mira a su padre—. No quiero nada de ninguno de vosotros.

—Hiram —prueba Simran—. Sé razonable...

—Estoy siendo razonable —le contesta, el tono frío y definitivo—. Fuera de mi casa.

13



Bajo un cielo luminoso, despejado, Antaris observa las vacas y las ovejas mientras pastan en la dehesa que se extiende detrás del colegio. Veda ve la creciente fascinación del niño en cada ruidito ahogado y cada sonrisa. Solo aparta los ojos cuando Peter llega con un pequeño invitado. En cuanto lo deposita en la manta, el gatito va con paso tambaleante hacia el chico, que lo coge risueño.

—Parece que está ganando peso a buen ritmo. Le hemos estado dando gachas —informa Peter, que se arrodilla junto a las piernas extendidas de Veda—. La madre debía de ser montaraz, pero no creo que ninguno de los gatos de aquí lo acepte. Me lo quedaré hasta que demos con alguna solución.

Ella asiente en silencio.

—¿Cómo lo quieres llamar, Antaris? —le pregunta Peter.

El niño se queda quieto, mira a Veda como para pedirle permiso.

—No tienes que decidirlo hoy —lo tranquiliza ella—. Cuando estés listo, lo puedes llamar como quieras.

La sonrisa lenta, titubeante, de Antaris suaviza la expresión de Peter. El niño se acerca el gatito a la cara, ladea la cabeza para

mirarlo bien. Asiente, se levanta y lleva un poco más allá al animalito, lo deposita delicadamente en la hierba para dejar que explore. Lo vigila de cerca, no permite que se aleje mucho.

—Jadiya y yo nos despertamos por turnos para darle de comer, pero el gato solo nos tolera.

—¿Os da mucha guerra?

—No, pero está claro que quiere estar con Antaris. —El hombre cabecea—. Pobre Hiram.

Veda deja de mirar la entrañable estampa.

—¿Por qué?

—Es alérgico.

El niño está agachado, animando al gato a que ande. Parece feliz. La risa cosquillea en el pecho a Veda cuando imagina a Hiram estornudando sin parar.

—Ah, y para ti. —Peter le da la bolsa y se levanta—. Me tengo que llevar al gatito un rato, tenemos cita con el veterinario —le dice a Antaris—. Pero lo traeré de vuelta pronto, y puede que también traiga otra cosa. —Se marcha con la promesa de llevarle el gatito al día siguiente, cuando terminen las clases.

El pequeño se sienta junto a Veda para compartir zanahorias y apio e inclina la cara hacia el sol, parece más niño que nunca.

—Tengo un regalo para ti —le anuncia ella.

Antaris abre los ojos, ladea la cabeza con curiosidad. Su expresión pasa a ser de confusión cuando ve el contenido.

—Es un farol. —Igual que el suyo, de latón, con un asa de cuerda. Veda musita el hechizo activador—: *Voster*.

Antaris mira embelesado el farol, que flota desde la mano de Veda hacia él. Ella lo observa mientras sigue suspendido, hasta que el niño agarra el asa. Dentro aparece una luz. El chico le dirige una nueva mirada confusa.

—Eso significa que el hechizo se ha activado al tocarlo tú. El farol absorberá la luz del sol y te seguirá siempre. —Veda le ofrece una sonrisa cálida—. Yo tengo uno igual. Me lo dio mi padre cuando era pequeña. Me dijo que lo llevara en el bosque por si me perdía y que lo mantuviese en mi habitación para que atrapase todos mis sueños malos y mi tristeza. Me dijo que cuando lo hubiese atrapado todo, cuando yo ya no necesitara la luz y estuviese lista para separarme de él, lo podía soltar para que subiese al cielo.

Antaris frunce el ceño e intenta devolvérselo.

—Oh, no, este es tuyo. Yo tengo el mío —le asegura—. Todavía no estoy lista para soltarlo. Necesito la luz un poco más.

La tristeza envuelve los ojos avellana de Antaris. No hace falta que le diga que entiende por qué Veda se aferra al suyo. No hay nada como que la mirada muda de un niño le destape las emociones.

Le da un empujoncito.

—En la bolsa hay una cosa más para ti.

Antaris deja el farol entre ambos. Veda lo aparta cuando él saca lo que hay en la bolsa: un libro de lengua de signos para principiantes.

—Para que podamos hablar con las manos. —Mueve las suyas—. ¿Quieres aprender?

Él asiente.

Veda ha estado practicando las letras desde que compró el libro para este preciso instante. Guía a Antaris a través de ellas, pronuncia en voz alta las letras mientras las dibuja con las manos. Cuando terminan, empiezan de nuevo. Esta vez ella deletrea una palabra pequeña.

—H, O, L y A.

Antaris la imita, esboza una sonrisa radiante cuando Veda le mueve las manos: «Hola». Comunicación en su forma más pura.



Antaris no se da cuenta de que pasa algo raro hasta que Veda coge una cesta de mandarinas y echa a andar hacia el invernadero, no hacia el colegio. Cuando el niño le tira de la mano, nervioso, ella se para y se arrodilla delante de él.

—Tengo una sorpresa para ti. Vamos, quiero que conozcas a un amigo mío.

Veda cuenta con que Simran esté esperando para recoger a Antaris, pero, para su grata sorpresa, no hay ni rastro de su abuela. El sustituto solo es ligeramente mejor, pero jamás lo admitiría ante nadie salvo ella misma. Vestido todo de negro, Hiram observa mientras se aproximan. Veda no puede decir que no haya pensado en él desde la última vez que hablaron.

Una risita nerviosa llama su atención. No ve a August, pero este se acerca deprisa, a juzgar por el ruido que mete y por sus fuertes pisadas. Antaris se pone rígido, toquetea la pajarita de punto. Veda se pone de rodillas delante de él y se la endereza con suavidad.

—Si te agobias, te quedas conmigo o con tu padre y listo, ¿vale?

Se percata de que Hiram se tensa hasta que Antaris asiente, la coge de la mano y se la aprieta con fuerza. Veda ve que Hiram se sorprende, pero está demasiado ocupada calculando las probabilidades de éxito y fracaso para que le importe. Conociendo los niveles de ansiedad de August, tal vez esto no vaya bien. Los niños son impredecibles. Así y todo, abriga esperanza.

August es un torbellino de energía que pasa corriendo junto a las hileras de flores. Peter viene detrás, con unas gafas de sol puestas y unos zapatos embarrados en la mano, seguido de cerca por Gabriel.

Solo ahora se percata Veda de que August va en calcetines. Imposible saber cómo ha pasado eso.

Los adultos intercambian fórmulas de cortesía mientras los niños se estudian por primera vez. Hiram se coloca al otro lado de su hijo, mira de soslayo las manos entrelazadas. Antaris se pega a la pierna de Veda mientras August sonríe, sonrojado. Ella analiza el contraste: Antaris es pulcro y reservado; August, caótico y entusiasta. Las semejanzas también destacan, ambos esperan a que el otro dé el primer paso.

August toma la iniciativa.

—¿Puedo llamarte Ant?

Peter y Gabriel disimulan la risa tosiendo. La confusión que refleja Antaris sofoca la intriga de su padre. Veda le pone la mano en el hombro al niño para desbloquearlo.

—Es un apodo.

Él lo sopesa como si fuese una transacción comercial y hace un gesto afirmativo. El rostro de August se ilumina para disgustarse de inmediato.

—Se me ha olvidado que primero tengo que decir hola.

—No pasa nada —le asegura la tutora—. Lo has hecho genial. ¿A que sí, Antaris?

Este afirma con la cabeza y lo saluda con la mano tímidamente. A continuación, signa las letras que le acaba de enseñar Veda. Con el rabillo del ojo esta ve la cara de sorpresa de Hiram.

La sonrisa de August vuelve.

—¿Me enseñas a hablar con las manos a mí también?

Antaris mira a Veda, que no puede evitar pensar en lo monos que son, ambos pendientes de su respuesta.

—Claro, nos organizaremos con tu padre.

August se acerca más.

—Mi papá dice que tú no hablas, pero dice que yo hablo suficiente por los dos.

Gabriel se lleva una palma a la frente.

—Yo no he dicho eso.

Los hombros de Peter se sacuden cuando se ríe en silencio.

August pregunta:

—¿Podemos volver con los pollitos?

Veda ladea la cabeza, dubitativa, mientras el director asiente.

—Claro. —Y a ella le dice—: Hoy he traído a los polluelos. El gato está cansado por las vacunas que le han puesto.

—Sí, claro.

Solo entonces Antaris le suelta la mano y sigue a August. Peter y Gabriel van detrás de ellos. Veda presiente que es Hiram quien se sitúa a su lado en silencio. La naturalidad con la que ese hombre le eriza el vello de la nuca debería estudiarse.

—Me sorprende verlo aquí.

—A partir de ahora me verá más a menudo.

—Lo creeré cuando lo vea.

La expresión de Hiram es neutra, tiene la vista fija en los niños, que ahora están en el pequeño gallinero, rodeados en el acto por cinco polluelos que pían sin cesar. Dan la impresión de estar encantados. Antaris abandona su reserva poco después. Esboza su primera sonrisa cuando consigue coger uno; se le marcan los hoyuelos.

—Este es Mostaza Con Miel —les cuenta Peter.

Hiram no da crédito, y Gabriel suelta una carcajada a la que se suma Veda.

—¿Qué clase de nombre...?

—Jadiya —contesta el director.

Los niños cogen un pollito cada uno y se lo enseñan a Peter para que les diga cómo se llama. Cuando un fascinado Antaris le acaricia la cabeza a Barbacoa, Veda echa un vistazo a la vegetación que los rodea. Al final no ha hecho mucha falta que ejerciese de mediadora.

—Ahora mismo vuelvo. Voy a coger unas fresas y un poco de lechuga para los pollos. —No se ha alejado mucho cuando oye pasos. Se detiene junto a los tomates, coge el más maduro—. No necesito ayuda.

—Lo sé —responde Hiram, pero se queda de todas formas—. Solo quería que supiese que mi padre se ha hecho con la investigación de su maldición y me ha enviado cinco cajas a casa. Todavía no he tenido tiempo de revisarlas, pero si quiere que las veamos juntos, podemos hacerlo así. No sé dónde vive usted, y sé que a mi casa no vendrá. La biblioteca del centro tiene salas de estudio privadas que podríamos utilizar.

Es una propuesta del todo razonable.

—De acuerdo.

—Puesto que hoy está de un humor no beligerante y sincero... Peter ha mencionado que no puede dormir por culpa de unos pollos y un gatito...

—Que es de su hijo, sí. Peter está esperando a que se organice, se haga a la idea, compre elixir para combatir la alergia y asuma la custodia.

Hiram sonríe. Veda pone los ojos en blanco, pero a su rostro asoma asimismo una sonrisa.

—Creo que puede que lo haga —dice él, sobre todo para sí mismo.

Ella no sabe si bromea o...

—Valdrá la pena, viendo lo feliz que es.

Veda no sabe qué decir, así que echa a andar. Hiram permanece a su lado, frenando sus zancadas resueltas para adaptarse a su paso, con las manos a la espalda, igual que Antaris. No se salen del camino. Cuando sus miradas coinciden, ella cae en la cuenta de que el observador ha pasado a ser el observado.

—Le he regalado un farol. Está en su mochila, con un libro de lengua de signos.

Hiram no consigue disimular la intensidad que aflora en su mirada.

—¿Por qué?

—Aparte de porque flota solo y almacena la luz del sol, atrapa la energía de los malos sueños.

—¿Cómo sabe que Antaris está teniendo pesadillas?

—Me sorprendería que no las tuviera.

—Peter le dio un elixir para que lo ayudase, pero no sirvió de nada.

—Confiemos en que esto lo ayude. —Llegan a las fresas. Veda se agacha para echar un vistazo entre las hojas y encuentra dos frutos maduros.

—¿Y el libro?

Ella se avergüenza un poco.

—Pensaba hablar con Simran, pero creo que Antaris necesita alguna manera de comunicarse hasta que esté listo para hablar. Hoy hemos aprendido algunas nociones básicas. Puede que...

—Ojalá se me hubiese ocurrido a mí.

Veda puede admitir que, por lo general, es ella la atacante cada vez que se encuentran, pero no contaba con recibir palabras de elogio. Eso la desarma.

—Será bueno para él. Peter va a preguntarle a su profesora si puede incluir la lengua de signos en la programación para enseñarla en su clase y que los niños se puedan comunicar con él. No es gran

cosa, pero si trabajamos en ello en nuestras sesiones y usted la incorpora en casa, él...

—Gracias. Por todo lo que ha hecho con él. Parece que se siente a gusto con usted.

Veda no sabe qué decir a esa muestra de gratitud, mira a todas partes menos a él.

—Antaris es un niño estupendo: bueno, compasivo, serio. Lee las notas que le escribe, quiere conocerlo. Se hace oír, aunque no hable. —Continúa haciendo caso omiso de la expresión de Hiram y musita —: Tengo que coger un poco de lechuga.

Cuando los bancales elevados repletos de hierbas aromáticas y medicinales los separan, Veda deja de mirarse las botas y lo mira. El negro choca con el color y la luz. Mentiría antes que admitirlo en voz alta, pero contra el exuberante telón de fondo del invernadero, resulta difícil no fijarse en Hiram. Su altura y su complexión esbelta. Su ropa hecha a medida. Su cabello oscuro, con la raya igual que la de su hijo. Sus ojos azules reflexivos, desafiantes. La incipiente barba que sustituye la piel lampiña. Ese día tiene manchas de tinta en los dedos, algunas arrugas en la camisa y una leve marca de las gafas en el caballete de la nariz. Por desgracia, las imperfecciones hacen que sea humano. Natural. Atractivo.

—Da la casualidad de que sé cuándo me están estudiando. —Hiram le da la espalda mientras examina las matas de pepinos en flor—. Desde Nénuphar ha aprovechado todas las ocasiones para evaluarme. Incluso cuando la irrito. —Se vuelve hacia ella—. ¿Ha encontrado lo que está buscando?

—Su descaro. —El sarcasmo no tiene mucha fuerza.

La sonrisilla de Hiram confirma que él también lo sabe. «Será...».

—Todavía no hemos quedado.

—¿Perd...? Ah, se refiere a la biblioteca.

—¿A qué pensaba que me refería?

Veda finge no oír su tono risueño.

—Pues, a ver, el viernes que viene, quizá. No trabajo. —Empieza a andar, pero sus caminos convergen de nuevo cerca de los olivos.

Hiram alza la vista.

—Este árbol parece que está muerto.

—Es un olivo, se recuperará.

Le muestra los botones que se están formando en las ennegrecidas ramas. Están creciendo más deprisa de lo que ella esperaba. Pronto saldrán hojas. Veda se arrodilla y traza una X en la tierra. Hiram observa.

Vuelven con el grupo con las golosinas para los pollitos y todos centran su atención en ellos. Veda deja las fresas, el tomate y la hoja de lechuga en el suelo. Los animales se abalanzan sobre la ofrenda mientras los niños se acercan corriendo.

—Mi papá me ha dicho que le pida que vayamos a comer pizza, señor Hiram —dice August.

—Es señor Ellis.

—Vale, señor Hiram.

Este cierra los ojos y se pellizca el entrecejo.

—Mi papa hace eso cuando alguien está siendo un coña...

—August —lo interrumpe Gabriel. Detrás de él, Peter resuella con suavidad—. ¿Recuerdas lo que tenías que preguntar?

—Ah, sí. ¿Podemos?

Hiram parece desconcertado, pero se agacha delante de Antaris.

—¿Quieres cenar pizza con August esta tarde?

El niño se le acerca más, mira a su alrededor y le da dos golpecitos en el dorso de la mano. Hiram frunce el ceño y él repite el gesto, con más insistencia. Veda ve el momento en que cae.

—Eso significa sí, ¿no?

Las comisuras de la boca de Antaris se curvan en una sonrisa.



Peter invita a Veda a una cena improvisada la noche siguiente. Está todo sospechosamente bien planeado.

Él prepara la salsa para el pollo *mughlai* mientras ella echa un vistazo a la gran cantidad de ingredientes, bebe sorbos de vino y disfruta del gatito, que duerme en su regazo. Una cena gratis es una cena gratis, y Peter no cocina mal. Cada una de las cosas que hace, incluida la cena, obedece a un propósito, pero el silencio es lo bastante cómodo para que Veda se relaje. Un poco.

Jadiya se une a ellos más tarde; acaba de llegar tras ocuparse de una emergencia. Come un poco del plato de Peter y dice que se va a cambiar, pero se queda dormida en el sofá. Sus ronquidos se convierten en el telón de fondo de la conversación.

—Hiram me ha contado que has accedido a examinar la documentación con él.

Veda hace un mohín.

—Sí, y me comeré mis palabras si resulta que al final es un tipo decente.

Peter suelta una risita sospechosa. Ella entorna los ojos.

—¿Eres Clinton disfrazado?

Él deja el tenedor en el plato y se limpia con delicadeza la boca con una servilleta.

—Solo alguien que ha visto a dos personas que se portaban civilizadamente, que incluso se sentaban juntas en la pizzería. Menuda sorpresa.

—Es un alto el fuego temporal.

La mirada cómplice de su amigo resulta irritante.

—Tú eres la única que está en guerra.

—No me fastidies.

—Solo si escuchas.

—No hace falta que disculpes a Hiram.

—No estoy disculpándole, estoy defendiendo a mi amigo porque está justificado. Esta es una conversación que tenemos pendiente. —Peter se termina el vino de un trago—. No es perfecto, pero tú tampoco lo eres.

—Eso lo sé. Hiram es... —Deja la frase inconclusa porque no encuentra un final adecuado.

—Es muchas cosas —la termina él—. No todas son coherentes, pero creo que eso es lo que más te frustra. Quieres que sea todo lo que tú has decidido que es. Puede que sea alguna de esas cosas, pero no todas.

Las especias y el vino hacen que Veda sienta calor.

—Es normal que te resulte frustrante lo que no entiendes. O puede que sientas curiosidad.

—Estás suponiendo muchas cosas —responde ella con cara de póquer.

—¿Sí? Llevas años funcionando en piloto automático. Existiendo como si tuvieses una enfermedad terminal y tus días casi hubieran terminado. Ahora estás despertando, prestando atención. Creo que quieres vivir más de lo que estás preparada para morir. Antaris ha enturbiado las cosas. E Hiram también.

Veda se ríe.

—Ríete lo que quieras, pero te has encariñado. Y es mutuo. No podrás seguir separando a Antaris de Hiram. Su hijo es parte de él.

El vínculo es endeble, pero se fortalecerá. Al igual que el tuyo... con ambos. No podrás evitarlo.

Ella mueve nerviosamente la pierna, acaricia al gatito entre las orejas.

—Pues en ese caso deja de restregarme por la puñetera cara a Hiram.

Peter la mira ceñudo.

—No he hecho tal cosa.

—¿No? Entonces, ¿no tienes nada que ver con que se haya ofrecido a ayudarme para que me libre de esta maldición? —Ladea la cabeza—. Por lo que me contó, le dijiste que yo necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir.

—Cierto, pero no lo dije esperando que él...

—¿Se hiciese con una investigación clasificada con tan solo chasquear los dedos? ¿Por qué no se lo pediste antes?

—¿Quieres que te diga la verdad? Nunca lo tuve en cuenta porque se negaba a involucrarse. —Peter arquea una ceja—. Pero ahora está haciéndolo, y eso es algo que me intriga.

Veda se burla.

—Me marcho.

A los labios de Peter aflora una sonrisilla.

—Hiram no hace nada sin un motivo o un plan, pero me da la impresión de que tal vez contigo no tenga ninguna de esas dos cosas.

14



Junio pasa como acostumbra a pasar el tiempo: de forma lenta y surrealista. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, llega la última semana del mes.

Antes de que Hiram pueda instalarse en una rutina libre de Simran, casi han llegado las tres semanas de vacaciones escolares que señalan el final del trimestre. No sabe cómo las van a pasar, pero dispone de tiempo para averiguarlo y le apetece poder dormir hasta tarde.

Un suave maullido procedente de la sala de estar le recuerda que eso no va a pasar. Echa un vistazo al gatito, que todavía no tiene nombre y está encerrado en su zona de juego repleta de juguetes, y suspira antes de beberse de un trago un elixir repugnante para no tener que estar estornudando con todo.

Se ha levantado temprano y está leyendo documentos sobre la investigación de la maldición Sanguis en la mesa de despacho que le ha llegado hace poco, subrayando algunas cosas para que Veda las revise cuando por fin se reúnan. Será el tercer intento de poner una fecha después de que ambos anularan las dos anteriores, Veda

porque el colegio estaba desbordado con los pedidos e Hiram porque se pasó horas esperando para prestar juramento ante el Colegio de Abogados del estado de Washington. Acaba de terminar de subrayar cuando percibe movimiento en la habitación de su hijo. Lo deja todo como está, coge la nota que escribió por la noche y la deja en la mesa, donde se suele sentar Antaris. Empieza a preparar el desayuno: huevos, pan tostado y fruta cortada, y para cuando el pequeño sale, vestido y con la mochila, que lleva a la puerta, todo está listo. Hiram se ducharía, pero hoy también se prepara un plato y va a la mesa con él. Al principio, el niño se centra en la nota, pero luego ve que su padre se ha sentado a su lado y los ojos se le abren como platos.

El desayuno fluctúa entre mirar y comer. Hiram no sabe si Antaris está contento, triste, confuso o nervioso con su presencia, porque lo único que hace su hijo es observarlo con ojos de búho. Algunos trocitos de huevo no logran llegar desde el tenedor hasta su boca, van a parar a la servilleta que se ha metido en la camisa o al plato de nuevo. La segunda vez que eso sucede, Hiram se da cuenta de que tiene que romper el silencio.

—Deberíamos ir terminando.

Con ello no consigue que su hijo coma más deprisa, pero es un comienzo. Hiram se mueve en la silla y Antaris se queda quieto; ahora entiende cuál es el problema.

—Hoy no trabajo. Quería que desayunáramos juntos.

Solo entonces su hijo se pone a comer de verdad.

El desayuno acaba siendo algo medio normal y medio raro. Cuando terminan, el pequeño se mete la nota en el bolsillo y lleva su plato al fregadero. Busca el taburete que utiliza todas las noches para ayudar a fregar, pero Hiram niega con la cabeza.

—Ya lo haré yo luego.

Antes de que Antaris pueda coger al gatito para despedirse de él con unos arrumacos, su padre le pide que se acerque. El niño se detiene, ladea la cabeza con curiosidad.

—Voy... —Las palabras mueren en la garganta de Hiram, que prueba de nuevo, moviéndose en la silla. Titubea, una sola vez, y pregunta—: ¿Te puedo enseñar una palabra?

Antaris asiente, despacio.

Hiram se coloca el canto interior de la mano en el pecho y gira la muñeca hasta apoyar la palma, signando mientras dice:

—¿Mañana?

No es perfecto, pero practican después de cenar todas las noches. Letras, cosas básicas. La noche anterior Hiram le enseñó a signar todos los ingredientes que utilizaron. Envalentonado con los avances, se queda despierto hasta bien entrada la noche después de que Antaris se vaya a la cama, leyendo con atención el libro que le dio Veda. No sabe si funcionará hasta que su hijo signe por sí mismo la palabra. La signan de nuevo, juntos. La determinación ha llevado a Hiram hasta este punto, en el que por fin se atreve a pedir algo sencillo —intrascendente para cualquier otra persona— que, sin embargo, a él le parece monumental.

—Mañana —empieza Hiram, y signa de nuevo—. Me gustaría empezar a desayunar contigo. Creo...

Antaris no lo deja terminar. Signa una palabra: «Sí». Después se va a jugar con el gatito.

Hiram todavía sonríe mientras prepara una infusión para el pequeño. Después de sacar el termo del lavavajillas, se pega un susto de muerte cuando ve que su hijo está delante con el gatito y otro termo. Para Veda. Es verdad, toman una infusión juntos antes de que empiecen las clases.

—¿Qué infusión te apetece prepararle? —le pregunta Hiram.

Antaris mira el gatito que lleva en brazos, se para a pensar. Elige menta.



Los muros de la biblioteca del centro son altos, confluyen en un techo abovedado pintado. Una escalinata lleva hasta la planta de arriba, pero ver el sinfín de estanterías de suelo a techo y altas escaleras de mano hace que Hiram se detenga. El olor a magia es denso, reconfortante. Los libros flotan de estante en estante hasta que encuentran el camino a casa.

Llega temprano a una cita que ha concertado a regañadientes, pero en primer lugar...

—Señor Ellis, la Sala de Libros Autorizados se encuentra disponible durante la hora que ha solicitado —dice una sumisa bibliotecaria detrás de él—. Gracias por el mecenazgo de su familia.

La familia Ellis lleva décadas financiando la adquisición de libros raros, labores de restauración y traducciones de la biblioteca. Hiram nunca se tiene que apuntar a la lista de espera de meses para acceder al lugar, tan solo tiene que entrar, pedir lo que necesita y ver cómo se afanan por complacerlo.

—El talismán se reactivará dentro de una hora —añade la mujer.

La iluminación es tenue hasta que él entra en la Sala de Libros Autorizados, y solo entonces se vuelve más intensa. El lugar es espacioso, está repleto de más estanterías de suelo a techo alrededor de una mesa con cuatro sillas. Los libros son antiguos, pero no podrían estar más cuidados. Hiram se pone sus gafas de leer, confiando en encontrar lo que busca.

El libro describe el modo en que la maldición Sanguis consume desde dentro, muestra imágenes del deteriorado cuerpo de las víctimas y explica a grandes rasgos el breve pero lacerante suplicio que causa. Hay supervivientes, aunque sus casos son inconsistentes. La observación más clara de todo el libro es: «Cuanto más tiempo permanece en el cuerpo la Sanguis, tanto más difícil resulta extraerla». Hiram se quita las gafas y se pellizca el caballete de la nariz. La vida de Veda existe por pura suerte cósmica y gracias a la determinación de Jadiya.

Hay un borrón en la parte inferior de la página que se torna palabras cuando Hiram se vuelve a poner las gafas: «La muerte la expulsará fuera».

Hiram frunce el ceño.

—¿Qué clase de indicación es esta?

Al pasar la página, se encuentra con un hechizo distinto.

—*Sight Unseen*... —lee en voz alta.

Las palabras actúan como un hechizo activador, descomponen las letras y las mandan volando por las páginas; rebotan en los bordes del papel. Hiram se retrepa en la silla y consulta el reloj. El momento no podría ser más oportuno: le puede pedir a Clinton que descifre ambos embrujos, pero primero tiene algunas preguntas para la bibliotecaria. Puede que no tenga nada que ver con la Sanguis, pero este hechizo encriptador es demasiado específico para que sea una coincidencia. Cuando llama a la bibliotecaria para informarla del embrujo, la mujer se muestra azorada, la aterroriza que pueda meterse en un lío. El libro, le dice, es irreemplazable, el único de su clase que hay en todo el país.

—¿Existe un registro en el que se haga constar quién ha estado en esta sala? —quiere saber Hiram.

—Sí —contesta la mujer con aire vacilante.

—¿Podría verlo?

La bibliotecaria se marcha y regresa con un libro casi tan voluminoso como los tomos que se guardan en la estancia e igual de polvoriento.

—Registra automáticamente la impronta de todo el que entra en esta sala, excluyendo al personal.

No son muchas las personas que han entrado en la habitación. Aparte de su nombre, hay cinco más: Nadir Christianson, Sybil Brice, Ariadne Byers, Nicholas Dobbs y Deanna Gibbs. Hiram lee los nombres de nuevo, vuelve a uno de ellos.

«Ariadne Byers».

No es un nombre que conozca, pero recuerda vagamente haberlo oído susurrado varias veces cuando nadie pensaba que él estaba escuchando. No recuerda cuándo ni por quién, pero comprueba la fecha de entrada: hace quince años. Preguntarle a la bibliotecaria, que apenas aparenta treinta, si recuerda un nombre es una pérdida de tiempo.

—¿Le importa si me llevo un momento el libro?

La mujer pone la misma cara que si le hubiese pedido que le prendiera fuego.

—Lo siento, pero no puede. Este libro...

—No sirve de nada a menos que se descifre el embrujo. —Le enseña la página, con las letras que se separan y se reagrupan formando palabras carentes de sentido—. Necesitará informar de ello y explicar por qué nadie se ha percatado de la existencia del hechizo. Auditarán el proceso, avisarán a los propietarios de libros raros y yo sé lo que pasará si encuentran discrepancias o si los propietarios quieren que los libros se trasladen.

A juzgar por la palidez del rostro de la bibliotecaria, ella también lo sabe.

—A ver qué le parece esto: usted deja que yo salga de aquí con este libro y arreglaré el asunto sin necesidad de sacarlo del edificio. No podrá contarle a nadie que se ha resuelto y, si alguien entra en esta sala después de que yo me vaya, me avisará.

La mujer parece afligida, pero cede.

—Está bien, señor Ellis.

—Gracias. —Saca la cartera y le ofrece su tarjeta.

Hiram abandona la estancia en cuanto ella se retira. Diez minutos antes de su cita y armado con un libro adicional, camina hasta la última sala de la hilera, que encuentra ocupada.

Por Clinton.

Va vestido como si fuese a dar clase en la universidad más cercana: americana de *tweed* y pantalón verde caqui, bastón en la mano y gafas cubriéndole los ojos.

—Puntual como siempre, señor Ellis.

—Llego diez minutos antes.

—Llegar antes es llegar a tiempo.

Hiram confía firmemente en la tenacidad para avanzar. Llamar a Clinton le resultó difícil, pero hablar con él lo suficiente para fijar la cita de ese día le supuso todo un ejercicio de resistencia. Cierra la puerta y se sienta a la mesa frente al ciego. El talismán que cuelga junto a la puerta se enciende con una luz azul y el cristal se opaca en el acto. Para darles privacidad. Hiram deja en la mesa el tomo que ha sacado de la Sala de Libros Autorizados y el de rarezas de Grace.

—Estos libros contienen embrujos encriptadores. Me han dicho que tiene talento para deshacer hechizos.

—Ah. ¿Cómo está su padre?

—Vivo —responde él—. Y no es el tema de la cita de hoy.

Que la expresión de Clinton resulte inquisitiva sin siquiera mirarlo es un misterio, pero finalmente el hombre toca la cubierta del primer libro y después la del segundo.

—Muy bien. En aras de nuestra alianza, lo ayudaré.

—No tenemos una alianza.

—¿Y qué cree que es esto? —Clinton sonríe.

—Un favor.

El anciano une las manos encima de los libros, pero se detiene.

—El talismán neutralizará mis improntas, de manera que no quedará constancia del hechizo que utilizaré, pero, si bien esta sala permite el empleo de magia, las leyes no. Lo único que pido a cambio es su discreción con lo que vea.

—De acuerdo.

Clinton se quita las gafas.

—Puesto que es sensitivo, quizá sea mejor que silencie sus sentidos.

—No me pasará nada.

Hiram está equivocado. Muy equivocado.

Un único hechizo inunda la habitación. El poder llena el espacio hasta que el aire vibra. Ozono y petricor ahogan los sentidos de Hiram, hacen que el vello de los brazos se le erice, que el estómago se le revuelva y los ojos le escuezan. Los labios de Clinton se mueven, pero él no oye nada, ensordecido por una presión a la que nunca se ha acostumbrado. De los ojos del vidente sale una luz plateada mientras los dos libros tiemblan y humean. Justo cuando cree que van a estallar en llamas, todo se detiene.

—Listo. Debería estar solucionado.

Hiram acepta los libros y abre el de la Sala de Libros Autorizados por la página que estaba encriptada. Todas las letras ocupan de nuevo el lugar que les pertenece. La bibliotecaria se sentirá aliviada.

Cuando abre el libro de Grace por la hoja cifrada, hace una pausa, mira ya un libro, ya otro.

Las palabras antes encriptadas aluden al mismo tema.

—¿Qué sabe de *Sight Unseen*?

—Es un ritual que le roba la Visión a una persona, pero a un coste terrible. Si se lanza ese hechizo sobre un vidente, lo convertirá en eclipsado. Si se lanza sobre un mago..., depende. Cuando se lanza sobre la persona equivocada, engaña a quien lo lanzó para que crea que ha surtido efecto, pero hay señales, advertencias que ellos no notan, porque están cegados por la Visión que han robado y el poder —le explica Clinton.

—¿Qué clase de señales?

—Perturbaciones en el cosmos. Sucesos antinaturales.

Hiram frunce el ceño.

—¿Como flores que salen del hormigón?

—Ya veo adónde quiere llegar con esto —observa el vidente despacio—. Es posible.

—Se cree que los lirios araña son una advertencia que se utiliza para anunciar una muerte inminente. No podría estar más claro.

—Aparte de eso, la otra cosa que sé es que el ritual es similar a una droga. Cuanto más se utiliza, tanto menor es la euforia y menos dura. Quien lo realice siempre querrá que sea como la primera vez, y el uso incesante de magia pura será su ruina. Por suerte, no se tiene constancia de que se haya lanzado bien nunca, lo cual probablemente se deba a la mala interpretación del ritual.

De eso Hiram no está tan seguro.

—Alguien encriptó tanto la página en concreto del libro de Grace sobre el *Sight Unseen* como el libro de aquí. No sabemos cuándo se realizaron los embrujos, pero, por arbitrario que parezca, ambos podrían estar relacionados.

—Cosas más raras han sucedido —coincide Clinton.

—¿Le dice algo el nombre de Ariadne Byers? Lo he visto en un registro y me suena vagamente, pero no recuerdo por qué.

La expresión del vidente se suaviza.

—De hace muchos años. Lo miraré.

—Gracias.

—Siente curiosidad por algo que es más grande que usted. —La intriga asoma a su rostro—. Ciertamente, el cosmos está cambiando.

—No está cambiando.

Su negativa hace sonreír a Clinton.

—Me preguntaba qué estaba modificando la trayectoria de los acontecimientos; pensé que eran los movimientos que se producían más allá de mis límites, pero ahora me doy cuenta de que es usted, que empieza a mostrar su rostro.

Hiram se tensa.

—¿Dónde ha oído eso?

—No hace mucho, Jadiya tuvo una visión en la que usted oía esto.

—Y así fue. En abril.

—Ah. —Clinton no puede disimular su intriga—. No es habitual que Jadiya tenga visiones del pasado. Resulta fascinante. El futuro está cambiando.

—No está cambiando. —Coge los libros y se levanta—. Gracias por esto, pero considérelo el último favor que le pido.

—Ay, qué equivocado está. Ya lo verá.

La sonrisa del vidente es lo último que ve Hiram cuando sale. El cristal se vuelve opaco otra vez y cierra así el capítulo de un extraño encuentro. Tras devolverle el libro a la bibliotecaria, que casi solloza de alivio, Hiram le manda un mensaje a Gabriel con fotografías del texto de ambos libros. Va a salir cuando ve que Clinton se acerca a la puerta, su mano apoyada en el brazo de otra bibliotecaria. Hiram

podría esperar hasta que el hombre se haya ido, pero ¿por qué debería hacer tal cosa? Al pasar junto a los dos, el comentario de Clinton hace que se detenga.

—Aquí está, mi lazarillo.

—En realidad...

—Ah. Señor Ellis. Perfecto. Yo solo lo iba a acompañar fuera ahora que el tiempo que tenía asignado ha concluido. —La bibliotecaria ya se está retirando—. La próxima vez, utilice nuestro registro de videntes para dejar constancia de su visita, por favor.

—Se me habrá pasado. —Clinton añade una fragilidad a su voz que Hiram sabe que es falsa. La actuación termina en cuanto la bibliotecaria no los puede oír—. Le daré indicaciones.

—No me he ofrecido a llevarlo.

—¿Dejaría solo a un ciego para que se valga por sí mismo?

Hiram duda que haya muchas personas que constituyan un peligro para Clinton.

Sin embargo, exhala un suspiro, le coloca la mano en su brazo y sale con él. No se da cuenta de que se han tropezado con un problema hasta que es demasiado tarde. Delante de una tienda, tres agentes rodean a una anciana menuda que le resulta familiar, la cual lleva un enorme sombrero de ala ancha pese a que el cielo está nublado. No parece lo bastante fuerte para hacer daño a nadie, pero los hombres le han puesto unas esposas neutralizadoras tan apretadas que le dejarán marcas. La medida es excesiva cuando la infractora ya está de rodillas, lanzándoles miradas desafiantes mientras los agentes le gritan cosas distintas a la vez. Sus amuletos emiten una luz amenazadora mientras exigen respuestas.

No es asunto suyo. Su idea es llevar a Clinton hasta el coche, pero cuando uno de ellos llama a la mujer «escoria de vidente» y este se tensa, Hiram se detiene.

—Como he dicho...

Clinton se vuelve en redondo.

—¿Ruth? ¿Qué pasa?

Claro que la conoce.

La mujer los mira, el alivio asoma a sus ojos.

—Clinton, me... —Entonces repara en Hiram—. Mierda. —Las esposas emiten una viva luz roja, la anciana hace una mueca de dolor—. Quítenmelas, estoy obedeciendo, son innecesarias.

—No ha confesado nada.

—¿Por qué iba a confesar? No he hecho nada malo.

Clinton se suelta de él para acercarse e intentar distender la situación, pero Hiram sabe que la cosa no acabará bien para ninguno de los dos, así que decide pasar a la acción. Demasiado tarde. No oye el hechizo, pero ve el rayo blanco que golpea en el pecho a Ruth, la deja temblando y rechinando los dientes, su sufrimiento es evidente, mientras los agentes continúan pegando gritos.

—Les aconsejaría que parasen —advierte Clinton con tranquilidad.

—A usted también podemos arrestarlo —amenaza uno de los agentes.

Hiram interviene.

—¿Qué pasa aquí exactamente?

Los tres agentes lo miran antes de que uno diga:

—Recibimos múltiples quejas sobre una vidente sospechosa que estaba merodeando por tiendas calle arriba y abajo, forzando coches y haciendo magia. Esta vidente encaja con la descripción y ha opuesto resistencia, así que le hemos puesto esposas neutralizadoras.

Hiram no huele nada salvo el cobre que desprenden los agentes.

—¿La señora ha utilizado magia?

—No es verdad —arguye Ruth—. ¡Puede comprobar mi impronta!

—Cierre el pico —ordena entre dientes uno de los agentes, su amuleto encendido.

—Me niego. —La mujer echa los hombros atrás—. No tienen nada mejor que hacer que hostigar a ancianas.

—Ha herido a uno de los miembros de la patrulla —señala el más alto de los agentes mientras el más bajo retrocede para coger una llamada.

—No, se ha hecho daño por culpa de sus patéticos intentos de reducirme.

—Vienen refuerzos —afirma el tercer agente después de colgar. Frunce la frente al ver a Clinton y reparar en el bastón—. ¿Usted quién es?

—Clinton Desai —contesta él sin alterarse—. Presidente del Consejo de Oráculos, del que Ruth es miembro. Llame a sus superiores. Podemos hablar de esto en privado.

—No.

Mientras ellos discuten, y con suerte antes de que la situación se descontrole más, Hiram reúne argumentos: dos cámaras a ambos lados; ningún indicio de magia residual; las magulladuras antinaturales que Ruth tiene en los brazos y el cuello; el número de placa de los agentes.

No termina a tiempo. Van a arrestarla. Dos de los hombres la levantan mientras el tercero le lanza un embrujo silenciador. Clinton va a dar un paso adelante cuando Hiram se lo impide, avanza y corta el paso a los agentes.

—Señor, apártese y deje que hagamos nuestro trabajo.

—Y ¿por qué habría de hacer tal cosa? —pregunta él tranquilamente—. Represento a esta vidente.

—Si es su cliente, ¿por qué no lo ha dicho ella?

—Eso no importa.

—Señor...

—Ellis —lo corta—. Hiram Ellis.

Se le enciende una bombilla.

—¿El hijo del antiguo alcalde?

Otro ejemplo de cómo el fin justifica los medios. O eso espera Hiram.

—Sí. —Le enseña su identificación—. También soy sensitivo y sé que la única magia que emana aquí de alguien es de ustedes tres. Las cámaras no mienten. Dejen libre a Ruth o se las...

—Si es su abogado, ya sabe cómo funciona esto. Y esta vez no ganará.

—Ya lo veremos.

Lo apartan de un empujón y se llevan a Ruth.

—Necesito hacer una llamada —rezonga Clinton.

—No. Vámonos.

Hiram entra a toda prisa en la tienda cuando los agentes se marchan y le pide amablemente a la dependienta la grabación de la última hora. Se ve obligado a utilizar unas cuantas amenazas legales hueras, pero consigue lo que necesita. Luego, con Clinton en el asiento del acompañante, se dirige a toda velocidad a la central de la FCD, aparca ilegalmente y encuentra deprisa las celdas en las que retienen a los videntes.

Los agentes que están en el lugar se burlan de Clinton.

—¿Qué, ha venido a buscar a otro de los suyos?

—Él no, yo. —Hiram mira al vidente y a continuación lo ayuda a sentarse—. Espere aquí.

—Como desee, aliado. —Le sonríe.

—Cállese.

Mientras se aleja del risueño anciano Hiram sopesa llamar a Gabriel para pedirle ayuda, pero decide no hacerlo y opta por saltarse las fórmulas de cortesía, hacer caso omiso de una secretaria que no se muestra dispuesta a colaborar y abrir tres puertas hasta encontrar a la persona que está buscando.

Alrededor de una Ruth cabreada y esposada se arremolinan varios agentes. Con un giro de muñeca, Hiram despeja el camino que lo separa de la anciana; el amuleto del anillo se enciende antes de apagarse. Agentes sorprendidos se separan de las paredes.

—Confíe en mí —le dice Hiram—. Contráteme.

—Yo jamás...

—Muy bien, en ese caso la dejaré aquí sola hasta que llegue un abogado vidente. Tardarán horas, puede que días, en permitir que entre aquí.

Ruth mira a los agentes, que se están levantando, más enfadados que nunca, y acto seguido Hiram nota su mano en el brazo.

—No me decepcione, Ellis.



Está oscuro cuando Hiram sale de los calabozos con Ruth detrás, libre.

—Esos desgraciados se han quedado con mi sombrero —rezonga.

—Lo recuperaremos mañana.

Le sorprende ver que Clinton sigue ahí; contaba con que se habría ido. Y no está solo. Jadiya está sentada a su lado, pero, por primera vez, lo mira con más recelo que odio. Hiram se pasa una mano por el rostro, demasiado cansado para enfrentarse a otra pelea después

de haber estado horas discutiendo con los agentes en nombre de una persona que no confiaba en que la fuera a sacar sin cargos hasta el momento en que tuvo en la mano los documentos de su puesta en libertad firmados.

—Gracias —dice Ruth con seriedad—. No me puedo creer que no me haya fallado.

Hiram pasa por alto el desaire.

—Sería un abogado pésimo si me dejara intimidar por una habitación llena de personas que comparten la misma neurona.

La vidente suelta una risita.

—¿Cuánto le debo?

—No quiero su dinero. —Mira de soslayo y ve que Ruth lo observa con la boca tensa—. ¿Qué?

—Clinton cree que usted es la respuesta para salvar la brecha, que hará grandes cosas por nuestra comunidad. Por eso lo invitó al ayuntamiento. Yo espeté que eso era una chorrada, y aunque lo dije como lo sentía, ahora me pregunto...

—Siéntase libre de mantener lo que opinaba de mí.

—En ese caso, le debo un favor.

Hiram duda que lo vaya a cobrar.

—Trato hecho.

Clinton se vuelve al oírlos.

—Ah, un trabajo excelente, señor Ellis. Solo le ha llevado seis horas.

Él pone mala cara, pero Clinton no le puede ver la expresión.

—Es broma, ¿no?

Jadiya pone los ojos en blanco.

—El sentido del humor de mi tío es retorcido, en el mejor de los casos. Lo que quiere decir es que se lo agradece.

—Así es.

Hiram está listo para marcharse.

—En cualquier caso, es...

Su teléfono empieza a vibrar repetidamente. Echa un vistazo a la pantalla y el corazón se le para. Mensaje tras mensaje de Peter. Empiezan poco después de las cuatro y se vuelven más urgentes a medida que va pasando el tiempo. Le escribe a toda prisa diciendo que va para allá.

Llega tarde.

Sin molestarse en disculparse, Hiram va corriendo al coche e infringe varias normas de tráfico mientras cruza la ciudad a toda velocidad para ir a la Academia Weston. Llama cinco veces a Peter, pero no se lo coge. Son casi las siete, y el colegio está a oscuras a excepción de una única luz junto a la puerta principal. Hiram deja el motor en marcha y llama a la puerta, la aporrea al ver que no sale nadie en el acto.

Veda abre. Presa de un pánico difuso, Hiram no se percata de lo furiosa que parece.

—Llega tarde. —Su voz es gélida. Inquietante. Tiene los ojos rojos, como si hubiera llorado.

—Estaba...

—Ahórreselo. No quiero oír sus excusas. —Suelta una risotada seca y sacude la cabeza—. No me puedo creer que casi me tragase su teatro de «soy un buen padre, vendré por aquí más a menudo». Menuda patraña.

—¿Dónde está?

—Dormido. Pero antes ha sufrido un ataque de pánico porque el único padre que le queda se ha olvidado de él.

Hiram no se ve capaz de decir nada, su sentimiento de culpa es mayor que la furia de Veda.

—Ha sido por una equivocación.

—Una equivocación es confundir la sal con el azúcar. Esto ha sido una irresponsabilidad.

—¿Una irresponsabilidad? —se burla él. Furioso consigo mismo, no puede evitar arremeter contra ella—. La única irresponsabilidad es que usted siga cerca de niños a pesar de que un asesino en serie la persigue.

—¿«La única irresponsabilidad»? —Vela recula como si la hubiese abofeteado—. ¿En serio? ¿Cuando su madre está ahí mismo? Sí, tiene todo el sentido del mundo.

—Se preocupa mucho por un niño que no es suyo. —Otro comentario que estaba agazapado en su subconsciente. Y ahora ha salido. No lo puede retirar, aunque quiera hacerlo, y odia cómo le cambia la expresión a ella.

—¿Cree que quiero preocuparme por alguien cuando no sé cuándo despertará esta maldición? —Veda se restriega el rostro—. ¿Cree que es lo que quiero para él? ¿Ser otra persona que lo deje? Pues no. Preferiría enfrentarme yo misma al Botanista si eso garantizase que no se olvidará de él otra persona. Sé que no es hijo mío, soy muy consciente de ello. El único motivo por el que me encuentro aquí es porque vi a un niño que lo estaba pasando mal, que estaba sufriendo. No sabe lo que es perder a alguien a quien quiere en un instante. Yo he pasado por lo mismo que ha pasado Antaris. Me he sentido perdida, desconsolada, hundida. Y me negué a dejarlo para que lo viviera solo.

Sus palabras son francas y honestas, y él no se puede enfrentar a ellas sin sentir que es un capullo integral.

—Enhorabuena, es una buena persona. Me alegro de que no lo trate a él como me trata a mí.

—Él no es como usted o como su familia.

—Es mi hijo —le espeta Hiram—. No lo he criado, pero es un reflejo de mí, tanto si le gusta como si no.

Veda se mofa, pero en su semblante se opera un cambio.

—He llegado tarde porque...

—Me da lo mismo —escupe, unas lágrimas abrasadoras le resbalan por las mejillas—. Me he llevado un buen chasco con usted. Pensé... ¿Sabe qué?, a la mierda. Se acabó. —Hace ademán de irse, pero él alarga una mano instintivamente, deteniéndola.

—Mire...

—Apártese. —Veda parece dispuesta a partirlo por la mitad.

—Deje que se lo explique.

—No. —Casi están frente a frente; ella irradia insolencia e ira—. Tiene que hacerlo mejor. Sin excusas. Sin mentiras. Antaris es bueno, brillante y compasivo. Y tiene que proteger eso, protegerlo a él. Ella... —Traga saliva con dificultad—. Ella asfixiará todo lo bueno que hay en él si no lo protege. Y Antaris le guardará rencor o, peor aún, acabará siendo como usted.

Hiram se estremece. Pese a lo enfadado que está, no puede pasar por alto el dolor que encierran sus palabras.

—No sabe una mierda de lo que yo he hecho o he dejado de hacer. Ni siquiera me conoce, y mucho menos... Que le den, ya estoy harto de hablar. Está despedida.

—No fue usted quien me contrató. —Veda se toca la frente y las lágrimas le inundan los ojos—. Habría renunciado yo después de pasarme toda la tarde consolándolo, asegurándole que no lo ha dejado, que iba a volver, que no estaba muerto en alguna parte. Pero va a tener que aguantarme, porque, mientras siga viva, no pienso abandonarlo. Usted no ha estado aquí cuando su hijo ha empezado a hacerse preguntas, a preocuparse, a sollozar de un modo inconsolable. Yo he hecho lo más difícil, ahora es su turno.

—¿Dónde está? —repite él, tenso.

—En el despacho de Peter. —Veda lo hace a un lado de un empujón, va como una exhalación al oscuro aparcamiento. Él ve que se sienta en el borde de la fuente y entierra el rostro en las manos.

Hiram no se molesta en mirarla más. Su cerebro es una cacofonía de emociones con las que no sabe qué hacer. El despacho de Peter no hace que se sienta mejor. Es un caos de comida intacta, da la impresión de que por él ha pasado un tornado. El propio Peter está ojeroso, alinea libros y coge papeles.

El alivio lo inunda al ver a Hiram.

—¿Qué te ha pasado? Veda...

—Se ha puesto a gritarme y se ha largado. Estaba en el centro, implicándome con una vidente por una mierda en la que no debería haberme molestado de haber sabido que pasaría esto. —Entonces repara en Antaris, que está aovillado en el sofá, con una manta contra el pecho, el rostro abotargado de llorar. Incluso dormido se ve lo afligido que se halla.

—Te he llamado...

—Mi móvil no volvió a encenderse hasta que salí del edificio.

—He estado a punto de llamar a Simran, pero habría empeorado las cosas.

Las palabras de Peter pasan a un segundo plano cuando Hiram se arrodilla junto a su hijo, que se estremece cuando lo toca incluso dormido. Veda tenía razón.

—La he cagado.

15



Veda quiere dormir, pero un desfile de colores se desliza tras sus ojos cerrados. Al final se da por vencida y sale fuera; la recibe un aire frío que no es habitual para la época del año. Los árboles susurran con la suave brisa. Veda siente el deseo de alejarse y echar raíces al mismo tiempo. Pero, en el fondo, sabe que el problema de su incertidumbre tiene su origen en algo que el orgullo no le permite reconocer. Somos animales de costumbres, y estas hibernan hasta que llega el momento oportuno.

Cuando su justificada indignación pierde fuerza, la verdad le susurra que ha hecho algo mal. Todavía rumia el sentimiento de culpa cuando los vivos rayos del alba dan pinceladas de color en el bosque. Es sábado, así que no hay tiempo para regodearse.

Dentro, el agua de la ducha hace que sus emponzoñadas cicatrices le escuezan; la pomada no la alivia tan bien como suele. Después de vestirse, Veda profiere un suspiro al verse el pelo. Demasiado cansada para preocuparse, se lo recoge en un moño, se calza las botas y va andando hacia la Academia Weston.

En el recinto no hay nadie salvo algunos empleados que se ocupan de los animales. Veda se refugia en el invernadero, cuenta los botones del pelado cerezo y poda hasta donde llega. Que alguien la interrumpa es normal, pero la persona que lo hace no es la que espera.

Jadiya va vestida para salir: lleva un mono negro y sandalias, joyas de oro y las trenzas blancas recogidas en una coleta alta.

—Peter me ha contado lo que pasó ayer. ¿Quieres hablar de ello?

—No. Dije muchas cosas. Unas las sentía y otras no. —Veda está a punto de estallar debido a su propia frustración—. No sé, me sentí inútil. No pude ayudar a Antaris ni siquiera cuando llegó Peter. Me limité a abrazarlo hasta que se quedó dormido.

Tras indicarle con un gesto que la siga, Jadiya le lanza miradas asesinas hasta que ella obedece. Salen del calor del invernadero al sol. La camisa de manga larga y el vaquero que lleva Veda le sobran, pero qué se le va a hacer.

Están a medio camino del colegio cuando su amiga dice:

—Vi la cara que puso Hiram cuando se dio cuenta de que llegaba tarde.

Ella se para en seco.

—¿Qué?

—Arrestaron a Ruth por un delito que no había cometido. El tío Clinton me llamó para que me reuniese con él en la FCD y cuando llegué me dijo que Ruth estaba allí con su abogado. No supe quién era hasta que Hiram salió con ella. Consiguió que la pusieran en libertad sin cargos, y los agentes incluso se disculparon, y todo gracias a un arrogante abogado que reunió las pruebas suficientes para demostrar su inocencia. —Jadiya exhala un suspiro—. Créeme, odio defenderlo, pero llegó tarde porque estaba ayudando a corregir una injusticia.

—Ha dejado de ser un espectador —farfulla Veda para sí misma.

—¿Qué?

—Le dije que las buenas personas no son meras espectadoras, y la única vez que él... —Se retuerce las manos, todavía conmocionada—. De alguna forma intuía que había cometido un error, pero ahora..., ahora sé que lo he cometido y no estoy segura de poder arreglarlo.

Jadiya está a punto de hablar cuando le suena el teléfono. Lo coge mientras Veda va de un lado a otro. Cuando cuelga, le pone una compasiva mano en el hombro a su amiga.

—Anda, vámonos de aquí.

—¿Para ir adónde?

—¿Acaso importa?



Una llamada de Clinton para pedirle a Jadiya que se pase por la FCD a recoger las pertenencias de Ruth determina el lugar al que se dirigen. Entran en el edificio por colas distintas. Vera recibe una mirada de reojo somera por parte del personal de seguridad que comprueba su amuleto, que no es nada en comparación con el invasivo control que tiene que soportar Jadiya. Cuando el guarda suelta un comentario despectivo, Veda se dispone a intervenir, pero la vidente niega con la cabeza, así que se conforma con mirar mal al hombre antes de seguir a su amiga.

Decide sentarse en la sala de espera, ya se siente bastante incómoda. Se debate entre mirar a los ojos a todas las personas que

pasan por allí y hojear una revista del año pasado cuando el móvil le suena.

—¿Estás ocupada ahora mismo? —le pregunta Gabriel en cuanto ella lo coge.

—Pues estoy en la sala de espera de la FCD, ¿qué pasa?

—¿En serio? Creía que tú no...

—Es una larga historia —lo corta Veda.

—Bueno, ya me la contarás más tarde. Ahora, ¿podrías subir a la cuarta planta? Nos vemos en el ascensor. Hay algunas cosas que necesito que sepas.

—Jadiya está conmigo. ¿Puede venir?

—Claro. Llamaré a seguridad y daré vuestro nombre. Registrad vuestra impronta y listo.

Jadiya tarda treinta minutos en volver con un bolso marrón y el sombrero de Ruth puesto. Su rostro refleja irritación. Veda la informa del desvío mientras se dirigen juntas al mostrador de seguridad. A su amiga le ponen pegas para autorizarla a subir a la cuarta planta, pero una segunda llamada de Gabriel lo soluciona.

La subida en ascensor es silenciosa, tensa, y, como es natural, Jadiya está de mal humor. Por los altavoces sale música clásica, y a Veda le trae unos recuerdos que afectan a su estado de ánimo. Hace años que no escucha esta clase de música, pero la melodía sigue viva en su cabeza, un recuerdo de aquella noche. Jadiya la mira de reojo, preocupada.

Cumpliendo su palabra, Gabriel las está esperando junto al ascensor.

—Siento lo de seguridad —se disculpa—. ¿Qué os trae por aquí un sábado?

—Jadiya ha venido a buscar las pertenencias de Ruth.

—Ah, ya. —Silba con suavidad—. Me han contado la que lio Hiram ayer. Me llamaron, pero cuando quise llegar él ya se había ido.

Echa a andar hacia el despacho de los investigadores y menciona que está echando unas horas mientras August caza insectos con los primos pequeños de Francisco. Con la luz artificial el despacho parece aséptico, y el silencio hace que el ambiente resulte árido. Hay una mujer sentada a su mesa, jugueteando con la maceta de lavanda mientras lee unos papeles. Levanta la vista cuando la puerta se cierra tras ellos. Menuda, de pelo rubio y ojos inofensivos, su sonrisa amable le resulta familiar.

—Ah, disculpad, Veda, Jadiya. Esta es nuestra explotada secretaria: Seren Landry.

Veda la mira un instante, aún incapaz de recordar dónde la ha visto antes, pero no encuentra nada raro salvo el rubor que comienza en el cuello y desaparece en el rubio cabello. Gabriel sigue sus ojos y sonríe.

—Encantada de conocerla por fin, Jadiya.

—¿Nos hemos visto antes?

—Es difícil de olvidar. —Al ver que la vidente arquea las cejas, Seren continúa—: Ha pasado mucho tiempo en el calabozo. Parece que los agentes la tienen tomada con usted, gracias a su tío.

—No se equivoca.

Seren ahora mira a Veda y ladea la cabeza.

—Veda, ¿no? Su cara me suena.

—Yo estaba pensando lo mismo.

—He viajado mucho, sobre todo desde que dejé la carrera de Medicina, hace unos siete años.

Todo encaja. Ese acento del sur no se olvida.

—¿Por casualidad fue usted al Instituto de Medicina para Magos Redwood, en la Universidad de Riverty?

—Sí. Oh, eres Veda, o sea, Veda Thorne, ¿no?

Gabriel mira a una y otra alternativamente.

—¿Os conocéis?

—Estaba en mi grupo de estudio de concesión de licencias. A las dos nos daba clase... —Seren no termina la frase, el aire de la habitación desaparece. Veda sabe cuál es el motivo: el sanador Oliver Lawson. Es evidente que la secretaria se siente incómoda—. Se armó un auténtico caos. Yo me fui después de lo que pasó y... y tú desapareciste.

Gabriel se para a pensar.

—Un momento, Seren, ¿estudiaste con Lawson? ¿Cómo es que nunca lo has mencionado?

Ella se encoge de hombros.

—Supongo que nunca se me ha pasado por la cabeza. Fue en otra vida. Cuando dejé la facultad, no volví la vista atrás.

—¿Por qué la dejaste? —inquiere Veda, sorprendida—. La precognición te apasionaba. Eras la mejor del grupo con diferencia. Pensaba que tenías futuro en la especialidad.

—Ya, pero las cosas cambiaron. —Unos dedos de cuidadas uñas juguetean con un colgante de un arrendajo azul—. Sobre ti corrieron muchos rumores. ¿Qué pasó?

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo. —Le sonríe tímidamente a Gabriel—. O bueno, lo tendré cuando terminemos, por si quieres que nos pongamos al día.

Veda se lo plantea.

—Tengo algunas cosas que hacer. Quizá en otro momento.

—Muy bien, bueno, ya sabes dónde trabajo. —Abre las manos y echa una ojeada al recibidor—. Ven sin más y da mi nombre en seguridad. Te dejarán subir. Si no estoy aquí, andaré por ahí dando guerra —bromea con una sonrisa descarada.

—Lo tendré en cuenta —le asegura ella—. Me alegro de volver a verte, Seren. —Lo dice de verdad. El extraño choque del pasado y el presente no ha sido tan horrendo como ha imaginado de vez en cuando a lo largo de los años.

Gabriel se mece sobre sus talones.

—Seren está auditando nuestros casos después de lo que pasó con las piedras, pero te he pedido que subas para ponerte al día. Vamos a mi despacho.

—¿Dónde está Francisco? —pregunta Jadiya.

—Preparando cien mazorcas para llevarlas mañana a la fiesta de cumpleaños de su hermano, y como August está aterrorizando la naturaleza, yo estoy trabajando en unas cuantas cosas mientras Seren audita esos casos.

—Se mata a trabajar. —La secretaria pone los ojos en blanco—. No paro de decirle que se tome un descanso, que lo deje todo en mis manos. Pero es terco como una mula.

—Luego iré a ver el partido. No te preocupes, no pienso deslomarme. —Gabriel le señala a Veda y Jadiya—. Será mejor que...

—¿No quede constancia de su visita? Eso está hecho. —Seren sonríe—. Me iré dentro de poco. Nos vemos.

Gabriel entra en su despacho e invita a Jadiya a sentarse a la desocupada mesa de Francisco. En la suya hay fotos extendidas. Parecen fragmentos de texto de distintos libros. Un montón de carpetas y un cuaderno a un lado llaman la atención de Veda; palabras sin sentido en mayúsculas llenan la línea superior y justo debajo hay cuatro filas de palabras tachadas. Se sorprende intentando leerlas al revés.

—Hiram recibió una nota el mes pasado y no somos capaces de descubrir lo que es. He probado con la misma secuencia de la tuya,

pero no ha habido suerte.

—¿Puedo? —pregunta ella.

Gabriel le pasa el cuaderno.

—Todo tuyo. De hecho, te lo puedes llevar, si quieres, pero no te he llamado por eso.

Las informa de todo: Everett; la investigación de la impronta bloqueada del Botanista; los textos embrujados para cuyo desciframiento pidieron ayuda a Hiram; lo que este ha averiguado sobre un ritual llamado *Sight Unseen* y el nombre de Ariadne Byers, que ninguno reconoce.

—La investigaría yo mismo, pero nos han restringido temporalmente el acceso después del incidente de la impronta bloqueada. —Gabriel se encoge de hombros—. Ahora mismo tenemos las manos atadas. Confiaba en que alguna de vosotras dos pudiera reconocer algo para que podamos avanzar.

—Pues, ahora que lo dices, yo he estado pensando en una cosa. Cuando miró mi informe —Veda hace una mueca—, Hiram estaba megaobsesionado con cómo entró en mi apartamento el Botanista. Quiero verlo para concentrarme en ese detalle. Quizá me refresque la memoria.

Sin vacilar, Gabriel saca una carpeta del montón que descansa en su mesa. Cuando se la pone delante, Veda lee su declaración línea por línea, los detalles, los hechizos que se lanzaron y la información que no han censurado. Busca algo familiar... y no lo encuentra. Por último, estudia las fotografías, se detiene en la que debió de fijarse Hiram. La puerta estaba reventada, pero resulta extraño verla con luz cuando aquella noche solo había oscuridad. Las paredes chamuscadas le traen a la memoria la casa de Lucinda. Se estremece al recordarlo e intenta no pensar en ello echando mano de la siguiente carpeta.

Es demasiado tarde para parar.

Está en el hospital. Ha encontrado en el suelo al sanador Lawson, que sangra profusamente. Veda vuelve a su declaración y se detiene, pega un respingo.

—Esta no es mi declaración. O sea, sí, pero está mal. «Hombre corpulento. Rasgos hispanos. Voz grave». Nada de eso es... Yo no dije eso. Ni siquiera es verdad. Esa persona era... —Cierra los ojos—. No era corpulenta. Su cara era un caleidoscopio de rasgos cambiantes que no formaron los de nadie en ningún momento. Su voz estaba alterada de un modo que no soy capaz de describir y, además, el sanador Lawson habló conmigo. Me dijo que no sabían lo que se avecinaba.

—¿Quién habló contigo? ¿Y quiénes no sabían lo que se avecinaba?

Veda se asusta con el recuerdo, se frota las manos. Ve la sangre.

—Tardó mucho en llegar alguien, durante casi una hora allí solo estuvimos un... un cadáver y yo, y lo primero que me dijo el investigador fue... —«Ha hecho lo que ha podido. Las maldiciones son antinaturales por algo. No se puede salvar a todos». Veda abre los ojos y se pasa una mano por la cara—. Nada de eso está en mi declaración. ¿Quién la modificó?

Gabriel clava la vista en el informe antes de apretar la mandíbula, su mano se suspende sobre el papel. Cierra los ojos y musita:

—*Ostendo*.

El papel se ilumina, silba y grita. Veda se retrepa en su asiento tensa, con el corazón acelerado, las manos agarradas a la silla mientras la carpeta intenta hacerse pedazos.

—¿Qué demonios estás...?

—¿Haciendo? —grita él para hacerse oír por encima del alarido mientras el informe, al rojo, se eleva en la mesa. De los bordes sale

un humo negro, después blanco—. Pues algo que no solo pondrá sobre aviso a mis superiores, sino que podría rozar la ilegalidad. Hipotéticamente hablando, ¿crees que Hiram me representará si me arrestan? —Gabriel esboza una sonrisa nerviosa mientras el informe aterriza en la mesa. A continuación, recobra la seriedad, alerta—. Las improntas de la persona que redactó este informe, lo presentó y lo revisó están ocultas por ley. Las únicas personas a las que les está permitido revelar su nombre son mis superiores o quienes están por encima de ellos. Yo solo soy investigador, así que sí, esto es ilegal.

—Pero ¿por qué te...?

—Porque quienquiera que falseó tu informe trabajaba para la FCD cuando sucedió esto y el único motivo por el que modificarían tu declaración es...

—Ocultar la verdad —lo interrumpe Veda—. Creí que si echaba un vistazo me podría refrescar la memoria, pero lo único que recuerdo es el poder. No soy sensitiva, pero te juro que lo sentí. Desenfrenado. Descontrolado.

—Los magos y los eclipsados no tienen acceso a esa clase de magia, y a los videntes se nos enseña a controlarla en cuanto se manifiesta —interviene Jadiya—. No sé...

—Funciona —la interrumpe Gabriel.

Esperan un minuto. Dos. A Veda se le nubla la vista de mirar tan fijamente, hasta que Jadiya le pone una mano en el hombro, la tranquiliza. Al cabo, una firma dorada aparece en una esquina del papel.

Todos se inclinan hacia delante para leer el nombre, pero lo que ven les resulta más que familiar.

—Bloqueado.

Gabriel sonríe. Veda suelta un taco.

—¿Por qué estás tan contento? Seguimos sin tener un nombre.

—Sí, pero nos han bloqueado muchas veces. —Su amigo prácticamente salta la mesa para volver a su asiento—. Todas guardan relación.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Jadiya.

—Obligar a mi jefe a que nos asigne recursos para no ir a la cárcel.

—¿Cómo exactamente...?

Gabriel mira a Veda.

—Creo que el Botanista y quien escribió esto son la misma persona.

16



Antaris se pasa la mayor parte del sábado apático, apenas come o establece contacto visual con su padre; sin embargo, mantiene cerca al gatito sin nombre y el farol que le dio Veda. Es la sombra del niño cuya confianza Hiram casi se había ganado.

La tensión del domingo roza lo nauseabundo. Hiram observa a Antaris, que pasea durante el día, un cambio de costumbres. Cada intento de hablar termina con su hijo evitándolo o aislándose, su desconfianza resulta palpable. Por la tarde Antaris hojea el álbum de fotos de Grace y llora. Cuando llega la hora de irse a la cama, Hiram está muerto de preocupación, se pasa a ver cómo está el niño y lo encuentra con los ojos fijos en el farol. Lo está perdiendo.

Es vital que no transcurra otro día sin que haga algo, así que se pone a hacer planes. Habla con John. Se pasa la mayor parte de la noche escribiendo nota tras nota, pero ninguna le parece buena. A medianoche sus intentos de disculpa son bolas de papel tiradas alrededor del cubo de la basura. Hiram no recuerda haberse quedado dormido a la mesa de la cocina, pero se levanta con un doloroso tirón en el cuello y...

Antaris lo está mirando, los ojos muy abiertos y escrutadores, con uno de sus fallidos intentos de arrastrarse en la mano. Hiram desoye el dolor de cabeza y se centra en su hijo. Hay cosas más duraderas que las promesas, más importantes que el orgullo, y, por primera vez en su vida, deja de atormentarse por detalles que carecen de importancia. Lo único de verdad vital está delante de él.

Hiram suelta lo primero que se le viene a la cabeza.

—Lo siento.

Antaris no se va. A él se le forma un nudo en la garganta por culpa de un arrepentimiento que pugna por expresar en voz alta: «Perdóname, por favor». La expresión del pequeño es más seria de lo que debería.

—Una vez te dije que siempre volvería, pero el viernes no estaba allí y te hice daño. —Hiram se siente fatal de nuevo. Es evidente que llegar tarde no hizo daño a su hijo: lo aterrorizó—. Pensaste que no iba a volver.

A Antaris se le anegan los ojos en lágrimas mientras asiente, se tapa la cara con sus pequeñas manos.

—Lo último que quiero es dejarte o herir tus sentimientos. Dije que volvería contigo y lo dije de verdad. Haré todo lo posible para no volver a romper esa promesa. —Al recordar la atención con la que escuchó Antaris la vez que le habló de un caso, le pregunta—: ¿Quieres que te cuente lo que pasó ese día?

Cuando su hijo hace un gesto afirmativo despacio, Hiram vadea el turbio tema con la mayor delicadeza posible, le cuenta una versión adaptada a su edad de lo que sucedió hasta que se dio cuenta de lo tarde que era. Le prepara una infusión de menta mientras le habla de la biblioteca; la fascinación del niño despierta cuando él menciona los libros cubiertos de polvo. Prepara el desayuno al tiempo que describe la magia descifradora de Clinton. Comen mientras él elige

con cuidado las palabras para hablar de Ruth y el viaje a la FCD, y del pánico que lo asaltó cuando fue consciente de lo tarde que era y se fue corriendo al colegio. Cuanto más habla, tanto más embelesado parece Antaris: se inclina hacia él, lo sigue, lo entiende. Sus lágrimas se secan y la tensión que tenía se relaja. A Hiram le sucede otro tanto.

Se sientan en el porche, frío y húmedo debido a la lluvia que ha caído por la noche. La apacible quietud hace que la decisión resulte fácil. En lugar de llevar a su hijo al colegio, se quedarán a ver cómo sube el sol por encima de los árboles.

—A tu edad yo... —Hiram deja la frase en puntos suspensivos cuando la cabeza del niño gira deprisa hacia él.

Las palabras de Veda lo persiguen: «Antaris quiere conocerlo».

—Cuando era pequeño me gustaba crear. Todavía me gusta. Empiezo con una idea y un montón de partes, la construyo, la pongo a prueba, la pulo. Probablemente por eso cocino y leo tanto. No lo heredé de mi padre; él no me enseñó a leer, a nadar o a montar en bici. Aprendí con tutores, en el internado y con los empleados de mis padres, con todos menos con ellos. Es una tradición: generaciones de Ellis crecieron así, pero yo nunca lo quise, y no lo quiero para ti. Quiero algo mejor.

Antaris se acerca más.

—Te he prometido que no volvería a cometer un error, pero eso es imposible. Lo que no significa que no me preocupe por ti. Solo significa que no soy perfecto. Nadie lo es, pero seguiré intentando hacer todo lo posible para ser el padre que yo siempre quise.

Se lleva los dedos corazón y anular al pecho y luego aleja de sí la mano: «Perdón».

—Perdón.

Su hijo signa la palabra con más resolución. También lo siente... o quizá esté intentando comunicar algo que todavía no ha aprendido a signar. Hiram levanta un dedo:

—¿Me perdonas?

El niño no titubea al contestar.

Da dos toquecitos.

«Sí».



El martes es un nuevo día.

Hiram lleva a Antaris hasta la puerta del colegio, le da su mochila, lo guía. Por primera vez, antes de separarse, se arrodilla delante de él. Resulta más fácil hablarle así. Señala el reloj:

—Cuando la manecilla pequeña llegue a las cuatro, estaré aquí.

El niño asiente. Después Hiram le ofrece el segundo termo que tiene en la mano.

—Es para la señorita Thorne. ¿Se lo podrías dar?

Antaris coge el termo, pero se aleja despacio, vuelve la cabeza dos veces y casi se choca contra otro alumno. Hiram espera a que esté dentro y luego espera un poco más. Al cabo, permite que el alivio lo arrolle.

Una cosa menos. Solo le queda otra por hacer.

Sopesa si ese será el momento adecuado para abordar a Veda cuando oye su nombre y ve que Peter le pide que vaya a su despacho. Hay cajas con camisetas por todas partes. Su amigo saca una pequeña, mira la talla y se la da.

—Es para el viernes, para la fiesta del final del trimestre. Los alumnos pueden ponerse la ropa que quieran, siempre que respeten el código de vestimenta. La jornada escolar será una celebración al aire libre.

—¿Crees que podré conseguir que la pajarita quede bien con esto?

—Buena suerte.

Hiram se echa la camiseta al hombro y enfila el pasillo hasta el porche. Hay alumnos por todas partes, jugando, charlando y desayunando antes de que suene el primer timbre. Ve a Antaris delante del floreciente huerto de hierbas aromáticas y medicinales, ofreciéndole con timidez el segundo termo a Veda.

Su hijo resplandece en presencia de ella, y la sonrisa de su tutora asoma como el sol, transformándose en algo irremisiblemente vivo. Crítica, pero con poca perspectiva, Veda llegó con un único vistazo al corazón de las verdades más dolorosas de Hiram. Tiene mucha razón en lo que respecta a él, pero también está equivocada, y el deseo que siente Hiram de desarmarla de igual modo sigue siendo el mismo. No para criticarla, sino para entenderla.

—El timbre sonará dentro de cinco minutos —anuncia a su lado Peter. Hiram no sabía que estaba ahí—. Podrías ir y hablar con ella.

—Apostaría todo mi fondo fiduciario a que no quiere saber nada de mí. Doble o nada: me odia.

—Perderías. —El director se ríe al ver su expresión de incredulidad —. Créeme, Veda es selectiva con sus emociones y se le da bien protegerse de lo que no quiere sentir. Antaris es un punto débil para ella, pero tú también. Ha decidido cómo te ve, y estás desafiando su realidad.

—Lo dudo. Tú no estabas presente cuando se puso a decirme barbaridades.

—No, pero me enteré. —Peter saluda con la mano a un grupo de alumnos que le dicen hola a voz en grito. Se apoya en el barandal de seguridad—. Mi madre siempre dice que las emociones se hacen pasar unas por otras y desdibujan la línea entre la realidad y sus interpretaciones. Lo que tú crees que es ira podría ser miedo o frustración. Lo que parece miedo podría ser tristeza o pesar. El propósito de discutir con alguien es convencer a ese alguien de que cambie su forma de actuar o de pensar. Si Veda de verdad te odiase, sería apática. No creería que eres capaz de cambiar y no malgastaría energía enfrentándose a ti, por mucho que le importe Antaris.

Ceñudo, Hiram ve que Veda prueba la infusión, le da su beneplácito con una sonrisa.

—Dijo que se había llevado un chasco conmigo.

—A eso me refiero. —Su amigo le da un empujoncito en el hombro—. Por qué eso al parecer te molesta más que cualquier otra cosa es un tema de conversación que dejaremos para otro día. Por ahora, intenta volver a hablar con ella.

—Esto no acabará nada mal —musita él, sarcástico.

Peter le da una palmadita en la espalda.

—¿Por qué no te reservas esta noche, te despejas y sales de casa? Yo cuido a Antaris y al gato sin nombre. De todas formas, tengo que montarle el rascador. No te has tomado un respiro desde que supiste que tu hijo existía. Necesitas una noche para ti.

—¿Es negociable?

—No.

Hiram se pasa una mano por el pelo y exhala un suspiro.

—En ese caso, supongo que es un sí.



Ese mismo día, más tarde, Hiram se siente liberado al rechazar siete llamadas de su madre. Con la fuerza de voluntad reforzada, coge la octava para evitar una novena.

—Cuando dije que se había terminado, no me refería a que se hubiese terminado hasta que tú quisieras algo.

Colgar antes de que Simran pueda responder algo confiere vitalidad al paso de Hiram. Cuando llega a la sala de estar, Peter ha puesto música y, en lugar de caballetes, en la mesa hay un pequeño caldero rodeado de gafas de protección y guantes. Su amigo está en la cocina con Antaris, que, subido a su taburete, observa los espaguetis con creciente recelo. Hiram echa una ojeada y añade más cebolla en polvo, sal, pimienta y albahaca. El niño lo aprueba lo suficiente para dejar de supervisar y sentarse a la mesa. Hiram le pone al lado una servilleta que el pequeño coge y se remete con cuidado en la camisa.

—¿Qué tienes pensado elaborar?

—Se me ha ocurrido que podía enseñarle una poción de la risa de segundo año. Yo no puedo elaborar pócimas, pero mirar me gusta.

Antes de marcharse, Hiram se arrodilla junto a la silla de su hijo.

—Estaré aquí cuando te despiertes.

El niño hace un gesto afirmativo.

Peter le recomienda un bar llamado Blossoms, que al parecer es famoso por las buenas copas y la música en directo los martes. El sitio está en la parte alta de la ciudad, en la ladera de la colina, junto al río que atraviesa la zona. Pintorescas los días despejados, las vistas son espectaculares por la tarde, envueltas en tonos

dorados a esa hora. Hiram divisa las ciudades colindantes, el bosque y la forma de montañas lejanas. El lugar está abarrotado de una mezcla de profesionales, turistas y grupos que celebran cumpleaños. La espera para que le den una mesa es de una hora, ya que Hiram no tiene reserva y no siente la necesidad de utilizar su apellido, así que se acomoda en la barra de fuera y escucha la música que toca el grupo mientras el sol poniente trasforma la línea del horizonte.

Cuando el grupo se toma un descanso, la trayectoria de la velada cambia. Veda está en lo alto de la escalera, con medias y un minivestido de flores. La jefa de sala la acompaña a una mesa. Para llegar a ella, tiene que pasar por delante de Hiram, que siente que está corroborando su paranoia.

Le sorprende que, en lugar de acusarlo de acoso, ella enarque una única ceja cuando sus miradas coinciden. Hiram se aproxima cuando se sienta. La jefa de sala lo mira con perplejidad y le pregunta a Veda:

—Pensaba que la mesa era para usted sola.

—Y lo es —responde ella sin inmutarse—. Se lo haré saber si decido cambiar la reserva.

Al oír eso, la mujer se marcha.

La mirada asesina de Veda es intensa cuando coge la carta, la abre y se tapa el rostro con ella.

—Debería estar cabreado conmigo por no haberlo dejado hablar antes de que me pusiera a chillarle como le chillé.

Está demasiado calmada, como si estuviese hablando del tiempo.

—Es posible, pero he venido a disfrutar de una noche tranquila, no a discutir. —Incluso al sentarse se muestra cauto, observador, pero su centro de atención se dispersa al percibir el leve perfume a jazmín que emana de Veda.

Esta baja la carta y lo mira largamente.

—Yo también. Peter me ha sugerido este sitio y me ha reservado una mesa. Que necesite disculparme con usted es secundario, y solo podré hacerlo cuando beba algo fuerte.

Peter. El titiritero. Hiram corta en silencio los hilos de los que no eran conscientes que colgaban, pero se guarda para sí las maquinaciones de su mejor amigo. Llega un camarero que los saluda con amabilidad, repitiendo lo que probablemente ya haya repetido cien veces esa noche. Veda le hace unas preguntas antes de pedir el cóctel más fuerte de la carta. Hiram pide lo mismo de antes.

Ella no vuelve a hablar hasta que ha bebido su primer sorbo, que le arranca un mohín.

—Perfecto. Es justo lo que necesitaba.

—¿Para disculparse?

—Sí. Jadiya me ha contado por qué llegó tarde. Gracias por lo que hizo por Ruth. —Veda profiere un suspiro—. Siento no haberlo dejado hablar y haber descargado sobre usted mis problemas personales y mis emociones. Parte de lo que dije lo mantengo, pero no la mayoría.

Hiram lucha contra el deseo de sonreír.

—¿No podía haberlo dejado en que lo sentía?

—Desde luego que no. —Se escuda de nuevo tras la carta.

—En aras de la reconciliación, yo le pediré perdón por la parte en la que di a entender que era un peligro para Antaris. No creo que lo sea.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunta ella con cautela—. Hoy parecía que estaba bien, pero no siempre es fácil adivinar lo que tiene en la cabeza.

Hiram le relata el fin de semana. Las comisuras de la boca de Veda se elevan cuando él le habla sobre su disculpa y el día que

pasaron juntos.

—¿Qué le ha enseñado hoy? —inquiere Hiram.

—Hemos estado practicando la lengua de signos. Aprende deprisa lo básico: los días de la semana, el nombre de los alimentos.

—Yo me leí de principio a fin el libro que le regaló y he estado practicando con él en casa.

—Eso explica que supiera signar «queso» antes que yo.

Él esboza una sonrisa, pero no puede evitar percatarse de que ella reprime la suya. Se termina la copa.

—Bueno, y ¿qué más le enseña durante sus sesiones?

—No gran cosa. Trabajamos en el huerto y comemos mandarinas bajo el olivo. Le están saliendo hojas.

—No sabía que crecían tan deprisa.

—Y no lo hacen, pero... —Se encoge de hombros—. La naturaleza no siempre sigue las normas.

Sus ojos coinciden. Veda desvía la mirada; Hiram, no.

—No la molestaré más. Sé que todavía no hemos podido fijar la fecha para reunirnos, ¿quizá a finales de esta semana?

La respuesta, fácil, sale deprisa:

—De acuerdo.

Hiram saca la cartera y le ofrece una elegante tarjeta. Veda la acepta.

—¿Tarjetas de visita que se actualizan automáticamente? Qué sofisticado.

—Y práctico. —Se levanta—. ¿Qué le parece el viernes?

Ella lo escudriña un momento y asiente.

Se aleja, sintiéndose extrañamente agitado. Vuelve la cabeza una vez y ve que Veda mira la tarjeta antes de guardársela. Apura el resto del cóctel. Cuando se dirige hacia la salida, Hiram localiza al camarero y lo para, le señala la espalda de Veda.

—Me gustaría pagar lo mío y todo lo que pida ella.

—Sí, señor.

Paga e incluye una generosa propina. Deja el bar para ir a un asador cercano, no sin antes dar instrucciones claras:

—Asegúrese de que recibe el mejor servicio de su vida.

17



Veda se siente bien. Gracias a los excelentes cócteles y la comida, tanto su jornada como la conversación que ha mantenido con Hiram son recuerdos borrosos que ya pondrá en orden al día siguiente. Con el cuerpo caliente y dócil debido al alcohol, va a pagar, pero le dicen que su cuenta está saldada. Sin ninguna queja al respecto, se dirige hacia el cercano paseo fluvial. Piensa entrar en las tiendas que despierten su interés hasta que esté lo bastante sobria para volver a casa.

No se percata del cambio.

De que el continuo flujo de personas se ralentiza hasta tornarse un goteo. De que, pese a su educado saludo con la cabeza, la gente la mira sin verla, como si fuese invisible. De que no oye los coches que pasan, ni la brisa, ni nada.

Algo va mal.

Abandonando los planes que tiene, vuelve hasta donde ha aparcado la moto, pero tropieza con algo que no ve y, al extender un brazo, su mano rebota en la nada.

Una cortina invisible. Se serena en el acto. Utilizar una película mágica es algo poco común, se trata de una magia compleja que no se puede hacer por capricho y es ilegal en lugares públicos.

Veda aprieta el paso, deja el sendero y enfila un callejón bien iluminado. Pero él sale de las sombras.

En unas pocas semanas, Everett es una triste sombra de lo que era. Está demacrado, casi irreconocible. El cabello castaño arena grasiento, despeinado, le resbala sobre unos ojos rojos luminiscentes de párpados caídos. Es evidente que el hombre que tiene delante no es el doctor Simpson. La maldición lo ha vencido.

—Veda. —Suena tan mal como parece estar, bronco, como si hubiese estado días gritando—. Necesita mi ayuda.

—Creo que es usted el que necesita ayuda. Todo el mundo lo ha estado buscando.

—No le haré ningún bien a nadie si me encierran.

Da un paso adelante y ella se tambalea hacia atrás, vuelve la cabeza. La gente pasa, ajena a lo que está sucediendo. Saca el teléfono, pone buen cuidado de mantenerlo pegado al costado.

—El Botanista sabe que está usted aquí. La ha visto. —La verdad hace que de su boca escape un quejido—. Sabe que hablé con usted. Sabe lo que usted sabe. Veda, es preciso que vea. Que recuerde. Le recordó a casa. Su rostro es...

Veda no se mueve.

—¿Quién es?

La bomba de relojería que es el doctor Everett estalla.

Del hombre sale un polvo gris humeante que se extiende deprisa hacia todas partes y quema como un contacto físico. Hay algo malo en él, fracturado. Hace que Veda tenga náuseas. Si esto es ser sensitivo, ella no lo quiere. El viento sopla en una dirección antinatural, los rodea. Se levanta niebla de la hierba. El hormigón se

derrite y burbujea. Veda siente los pies pesados, las venas llenas de plomo.

Después los ojos de Everett son normales y claros, aunque rebosantes de terror. Tiene un momento de lucidez cuando musita:

—¡Corra!

A Veda no le hace falta que se lo diga dos veces. Trastabillando, con el móvil apretado con fuerza, corre como si la tierra amenazase con arrastrarla hasta sus líquidas profundidades. La fuerza con la que se estrella contra la cortina invisible la lanza violentamente contra el suelo. Su amuleto se enciende con el conjuro desmontador, que abre un orificio hasta el otro lado. Veda corre, pero la ausencia de sonido la aturde, la insta a volver la cabeza.

Everett va hacia ella, cada paso es un deslizar. Sus ojos, que vuelven a ser rojo sangre, brillan en la oscura luz.

—*¡Consisto!*

El hechizo funciona debidamente, la frena en seco. Su fuerza la obliga a arrodillarse, su amuleto se ilumina, pugnando con desesperación por protegerla. No bastará. Tiene que moverse. No hay ningún hechizo que neutralice la magia, pero ella prueba algo de todas formas, concentrándolo en Everett. Su amuleto brilla con más intensidad, el aire que la rodea cambia.

Grita pidiendo ayuda en cuanto se libera.

El doctor tropieza y cae de rodillas, las venas despiden una luz roja.

Algo peligroso quiere salir.

Con el corazón aporreándole el pecho, Veda sale disparada. A sabiendas de que no es lo bastante rápida, se esconde en las sombras entre dos tiendas cerradas. Cada vez que coge aire lo hace con un propósito: permanecer en silencio, pensar. Con dedos temblorosos, marca el número de Gabriel. Suelta un taco entre

dientes cuando le salta el buzón de voz. Prueba con el de Francisco. Con Peter. Nadie lo coge. Llama a Gabriel de nuevo, pero en esta ocasión deja un mensaje mientras escudriña el lugar en busca de un punto de referencia.

—Main con Second Avenue. Everett está aquí —consigue susurrar antes de poner fin al mensaje. Con el alma en vilo, ve que el veterinario la acecha.

Veda cierra los ojos y cuenta, espera lo suficiente para que él se haya ido antes de decidirse a moverse. Es ahora o nunca. Dejar a toda velocidad su escondite parece buena idea hasta que sus pies dejan de tocar el suelo; la vista se le vuelve borrosa antes incluso de que él la estampe contra la pared de ladrillo. Everett le tapa la boca con una mano, sus ojos nerviosos.

—Chsss, la oirá, el Botanista la oirá. Me dijo...

Ella no escucha nada más. Abre mucho los ojos con una lucidez fría, sobria. Bajo la mano del hombre, logra decir con voz trémula:

—No p-puede decir la verdad.

Algo cambia. La preocupación de Everett se distorsiona, muta hasta que casi es risueña, como un niño al que pillan en una mentira.

—Uy, sí, es verdad. —Suelta una risita—. No puede.

Ese no es Everett.

—Eres tú.

—En carne y hueso. En cierto modo. —Su expresión se vuelve siniestra—. ¿Todavía no sabes quién soy?

El pánico se apodera de ella. La mano que le tapa la boca ejerce más fuerza, ya no tiembla. Veda da patadas, intenta golpear al Everett suplantado por el Botanista, arañarlo y agarrarle los húmedos y pegajosos brazos, desesperada por liberarse. Pero esos brazos son fuertes, irradian un poder que Veda solo ha sentido una

vez antes: la última que se defendió de ellos. El teléfono se le calienta en la mano, arde en llamas, pero ella sigue aferrada a él, retorciéndose y estirándose, solo lo suelta cuando el ángulo es el adecuado.

Va a parar a la hierba. El fuego cobra vida, el calor les lame los pies al prenderse y propagarse. La distracción basta para que su asaltante la suelte. Veda cae al suelo, profiere un grito ahogado, tose mientras las piernas le fallan.

El pánico vuelve el mundo blanco. El humo inunda el aire. Las llamas van hacia donde no deben. Su amuleto le vibra contra la piel, extrae la magia que puede para protegerla y mantener a raya a su agresor, pero se está debilitando.

Igual que ella.

—Te subestimé, Veda. —Su voz ha cambiado. Ya no es la de Everett, sino una mezcla escalofriante de varias—. Tendrías que haber muerto aquella noche, pero me alegro de que no fuera así, me alegro de que hayas estado conteniendo la maldición todos estos años.

Veda intenta resistir la oleada de magia, intenta alejarse a gatas, prueba con todos los hechizos que conoce. Solo consigue causarse dolor y que de la nariz le salga un hilillo de sangre. Así y todo, avanza como puede, primero una rodilla y luego otra, se aleja del fuego, se obliga a moverse a base de magia y fuerza. El amuleto le chamusca la piel, le recuerda que no es rival para la magia pura.

El impostor la coge por un tobillo y tira. La presión se intensifica hasta que Veda no puede respirar.

—Vas a venir conmigo, de una manera o de otra.

Ella hunde las uñas en la hierba, dolorida y aterrorizada. Da patadas y grita hasta que una bota se engancha en el colgante que

el Botanista lleva al cuello. Sus rasgos se desdibujan en un caleidoscopio, conforman el rostro de Veda.

Cerrando muy fuerte los ojos, le da otra patada. Esta le acierta con fuerza. Todo cesa cuando el impostor profiere un grito ahogado, como si se hubiese quedado sin fuelle, y se desploma.

Veda se yergue. Resulta inquietante ver su propio rostro haciendo una mueca de profundo dolor en el suelo. Retrocede, está a punto de caer de nuevo cuando los huesos del tobillo le crujen. Cada paso le supone una lucha. Casi tropieza con el verdadero Everett, que está apoyado en el lateral de un edificio.

Empapado en sudor, se mece adelante y atrás mientras farfulla:

—Lo siento, lo siento.

Ella no se puede parar. Reuniendo la poca fuerza que le queda, pide ayuda a gritos desesperadamente. Su amuleto crepita, levita desde donde descansa en su pecho. Un rayo de luz cegador sale de la punta de sus dedos. Las farolas explotan con la fuerza suficiente para sumir la calle entera en la oscuridad. Alguien repara en el fuego y grita, lo que crea un caos inmediato que desvía la atención.

El caminar renqueante de Veda se torna una carrera a la pata coja. Enfila un callejón, luego otro, va trastabillando por la oscuridad. La devastadora ola de magia presiona por todos los lados. El Botanista debe de estar cerca. Veda no sabe si podrá plantarle cara otra vez; no obstante, la adrenalina le ruge en las venas, su vista se satura de colores. Incluso a cierta distancia, la magia es volátil, peligrosa, pero está claro que al Botanista le da lo mismo.

El hechizo la alcanza. Y el mundo cambia. El camino que tiene delante se alarga, se divide y serpentea como si estuviese mirando a través de un espejo de la casa de la risa. Reflejos de sí misma imitan sus movimientos. Todos salvo uno. Ese uno grita.

La magia pura la golpea, la lanza al suelo. Antes de que pueda recobrar el aliento, su clon está encima de ella, sus manos le rodean la garganta de nuevo, aprietan con fuerza. Veda se retuerce, patalea frenéticamente, araña las manos que atenazan su garganta, pugna por gritar. Pero no tiene aire.

—Duérmete —canturrea su clon—. Tenemos experimentos que hacer...

Un estallido de luz golpea a su clon, lo tira hacia atrás. Veda hiperventila con el preciado aire que le llega y sube los dedos deprisa hasta su garganta. No está preparada para el repentino toque de la mano del verdadero Everett, temblorosa mientras musita:

—Fue a por ti por la noche. Sonaba música. La marca crece. Cambia. Vive en ti, pero está destinada a ella. ¡A ella!

A Veda le hormiguean los dedos. Sea cual fuere la magia que el impostor ha estado utilizando es incompleta. Se aferra a la poca vida que le queda, se agarra a ella desesperadamente.

Toda la magia que ha absorbido su amuleto mana del interior de la piedra, estalla en una oleada de energía cegadora. Un último regalo sacrificial.

Ensordecida por su grito, paralizada por la presión, Veda ve cómo asciende la esencia de su amuleto, se mezcla con las primeras chispas. La mano de Everett ha desaparecido, la explosión de color y calor, de magia y ozono, ha lanzado lejos su cuerpo. El dolor se desvanece cuando por fin logra respirar hondo.

La luz se descompone en un millar de tonalidades, como el nacimiento de una estrella nueva. La angustia y la gratitud nacen simultánea y pesadamente en su pecho.

La cabeza le duele. La vista se le nubla.

La oscuridad la engulle por completo.



—No se mueva.

Veda vuelve en sí con un grito ahogado. Tosiendo y agitándose, entra en pánico, coge todo el aire que le permiten los pulmones y escupe. La opresión que siente en el pecho afloja lo suficiente para que profiera un sonido desesperado mientras intenta arañar las manos que tiene cerca del rostro, el mundo a su alrededor turbio.

—¿Me oye? —le preguntan.

Conoce esa voz. Conoce ese rostro. La confusión hace que deje de luchar.

Hiram alza la vista, le hace una señal a alguien.

—¡Estamos aquí!

Lo que sigue es un borrón de Gabriel y Francisco y médicos que se apiñan a su alrededor. La acribillan a preguntas, pero Veda no puede contestar ninguna. Pega un respingo con cada ruido y cada contacto, sobre todo cuando la tocan con un dedo, con las manos, le inyectan pociones en las venas y le hacen tragar elixires. Hablan entre sí, pero ella no es capaz de concentrarse, demasiado cansada después de haber vivido un infierno.

Veda no se da cuenta de que la están moviendo hasta que la levantan del suelo. Grita.

—Denle un minuto —pide Hiram, que acto seguido se vuelca en ella—. La van a llevar al hospital. Está herida y tiene la garganta...

Sus palabras se convierten en un zumbido cuando un médico le levanta los párpados. Está mareada. Alguien le palpa el cuello con delicadeza. Huele a carne quemada y se pregunta si será la suya.

Todo pasa de demasiado ruidoso a demasiado en silencio. El aire es como lava en sus pulmones. Veda se obliga a ladear la cabeza. Gabriel la observa, preocupado.

Hiram va con ella al hospital, no da explicaciones ni ella se las pide. Bajo las intensas luces, resulta fácil ver sutiles señales de aflicción en él. Al igual que las quemaduras de los nudillos, el corte en la frente, la manga rasgada. Las heridas de Veda son más profundas que el dolor, y el gesto demudado de Hiram cuando los médicos le cortan el vestido lo confirma.

—Puede esperar fuera, señor —dice alguien.

—No me iré de aquí. —Se muestra firme, inamovible.

—Al menos deje que alguien le mire a usted las heridas.

—No.

Ese alguien impide que Veda lo vea, le apunta con una luz a los ojos.

—Soy el sanador Michaels. La voy a dormir mientras la sano. Descanse. *Somnum*.

El sueño la abraza y la arrastra al vacío.



La siguiente vez que abre los ojos, Veda está sola, pero no durante mucho tiempo. El sanador Michaels entra en la habitación después de llamar con educación.

—Estoy bien —dice ella mecánicamente.

—Lo estará.

El hombre la informa de lo sucedido. Han encontrado pruebas de una tráquea casi aplastada, pero no de cómo ha acabado sanada.

Ella lo sabe, pero se lo guarda. Se toca el cuello. El motivo por el que está viva ha desaparecido. El sanador le explica que han sanado sus quemaduras, le han curado el tobillo, pero han tenido que inmovilizarle la muñeca debido al número de huesos rotos. Tiene una conmoción cerebral que hay que vigilar de cerca; le advierte que las magulladuras causadas por la magia tardarán días en sanar.

—Tiene que hacerse mirar esa maldición Sanguis —le recomienda después—. Veo dónde han empezado a retroceder las cicatrices, algo que no debería estar pasando. El hechizo es estable, y la Sanguis no suele retroceder, sino que se extiende. ¿Ha hecho algo diferente, quizá? ¿Ha intentado sanarla algún vidente?

—No y no. Conozco las normas. Y aunque pudieran...

—¿Cuánto hace que la tiene?

—Años —responde Veda con voz bronca.

—Demasiado tiempo. —El sanador frunce el ceño y mira hacia la puerta como si alguien fuese a irrumpir en la habitación—. Vi esa maldición una vez en una paciente. Una creación desagradable. Lo peor de lo peor. Su hermana le lanzó la maldición en un arrebato de ira y permaneció en su cuerpo hasta que... murió.

Vaya, qué reconfortante. El sanador va a decir algo más cuando un doctor llama a la puerta.

—Lo necesitamos en la sala cuatro para desbloquear una arteria.

—Vuelvo ahora mismo. —Su agotamiento es evidente.

—¿Lleva aquí mucho?

—Quince horas en un turno de treinta.

Veda hace una mueca de dolor.

—Ya, duro. —El sanador retrocede—. Perdóneme, el deber me llama.

Se va antes de que ella pueda reaccionar.

Nada ha cambiado en el campo de la medicina. Los videntes sanadores siguen estando tremendamente saturados de trabajo y mal pagados. Es una vergüenza.

Veda se mueve inquieta en la cama, frunce el ceño al ver el camisón que lleva puesto, que le pica; necesita urgentemente una ducha y algo que le borre la memoria.

Hiram llama a la puerta.

Antes de que ella pueda decir algo, la magia le permite entrar en la habitación como si ese fuese su sitio.

—¿Cómo? —replica Veda con voz rasposa.

—Tuve que decir que era mi mujer para que no me echaran. Han vinculado mi impronta a su habitación.

¿Su «mujer»? Decide no dignarse contestar. Hay preguntas más acuciantes.

—No, el callejón. ¿Cómo?

—¿Que cómo la encontré? —Se sienta en la silla que hay junto a la cama—. Gabriel recibió su mensaje y, cuando vio su llamada perdida, Peter llamó a Gabriel y luego a mí, porque estaba en la zona. Vi el resplandor. Olía a... —Se aclara la garganta—. Da lo mismo. Me llevó hasta usted.

—¿Everett?

—Ha desaparecido. Con la que armó entre el fuego y la explosión de su amuleto, las noticias se han involucrado. Por lo visto, el jefe Bishop va para allá y la FCD lo busca, pero está herido —le cuenta Hiram, que flexiona los dedos y los dobla en un puño antes de hacer una mueca de dolor—. Cuando di con usted, el Botanista se estaba levantando. Era igual que usted.

—Me... Sí, me defendí. Creo que estaré algún tiempo sin mirarme en un espejo.

Él le da a entender que la comprende con una pequeña interjección.

—Le lancé un embrujo, intenté frenarlo, pero escapó, pronunció mi nombre y dijo que me volvería a ver.

—Mierda —contesta débilmente Veda—. ¿Está...? ¿Le hizo daño?

—Un poco. Me han hecho un chequeo. No es más que una consecuencia de la magia. Mi amuleto solo funcionó en parte cuando lancé un embrujo protector sobre usted. Se supone que no lo he de utilizar con alguien que no esté emparentado conmigo. —Hiram la mira de reojo—. No sé cómo surtió tanto efecto a pesar de todo.

Veda se mira la tablilla de la muñeca.

—Me preocupa que Everett ande por ahí, enloqueciendo más con cada día que pasa. Hay que encontrarlo.

—Debería descansar.

Los recuerdos la sumergen en las heladas aguas del miedo.

—No creo que pueda.

—Lo sé, pero... uy. —Se mete la mano en el bolsillo y saca algo: el amuleto de Veda. Está roto y quemado, la cadena oxidada y ennegrecida—. Lo encontré y pensé que lo querría.

Unos dedos vacilantes cubren las piedras retorcidas que le salvaron la vida una vez y se han sacrificado por ella ahora. Veda está agotada, pero como se permita sentir, aunque solo sea un segundo, se hundirá. Se obliga a superar los horrores de esa noche y solo se da cuenta de que se ha olvidado de darle las gracias cuando las palabras se le escapan de la boca.

—Darle las gracias es... —intenta contener la frase.

La sonrisilla de Hiram se ensancha.

—Es lo último que quiere hacer, estoy seguro.

—Es lo peor. —Sonreír duele, pero una sonrisa curva sus labios antes de hacer una mueca de dolor. Hiram echa mano de una

compresa cercana y se la lleva a la dolorida mejilla. Cuando Veda la va a coger, sus dedos se rozan sin querer. Una súbita sensación de tentadora calidez la deja pugnando por poner de nuevo la distancia que los separaba.

Él recobra la seriedad, su expresión se endurece y se torna una máscara indescifrable.

—De nada.

—Como se vuelva más simpático, empezaré a insultarlo para mantener nuestro *statu quo*.

—Que fue cosa suya.

Veda se concentra en el creciente adormecimiento en lugar de en su comentario. Es más fácil.

Por suerte, a Hiram le suena el teléfono y se disculpa. La conversación no dura lo suficiente y vuelve anunciando:

—Gabriel me ha dicho que Jadiya está en camino. Se quedará con usted hasta que le den el alta, la llevará a casa y luego vendrá por su moto.

—Vale.

Él vuelve a la silla, sus ojos azules la escudriñan.

—Me puedo ir ahora o esperar hasta que llegue.

La primera opción dejaría sola a Veda, mirando paredes blancas asépticas e intentando no desmoronarse. La mera idea es desoladora. Sin embargo, la segunda opción no resulta más sencilla. Ya sea ahora o más tarde, muy pronto se quedará a solas con sus pensamientos.

—Espere. —Es la palabra que más le ha costado pronunciar en su vida.

Hiram se sienta sin vacilar. La adrenalina baja. El dolor da paso a un vacío frío cuando las últimas horas arrollan a Veda como un tren

de mercancías, desarmando cada concienzuda medida de supervivencia que ha logrado adoptar.

El dique no se desmorona: revienta.

Sin pedir permiso, las lágrimas afluyen, se remansan en sus hinchados ojos. Le escuecen, dejan ardientes estelas en su maltrecha cara. Veda intenta detenerlas, se las restriega con terca determinación, pero lo único que consigue con el esfuerzo es un rápido dolor de cabeza. Ya no puede mantener la farsa de hacer como que no está asustada. Como que no suplicó en silencio por su vida pese a creer que se hallaba preparada para perderla. Como que otro día, de otra forma, las circunstancias que ya escapan a su control tendrán un resultado distinto.

Más tarde reconstruirá el dique. Lo reparará. Lo reforzará. Pero esa noche deja caer las lágrimas. Solloza con desenfreno, cada respiración en carne viva y estremecedora.

Una mano cubre las de ella, caliente y firme. La rescata de aguas profundas. Hiram raspa como una cuerda tosca. Es callado y constante. El asidero de Veda.

18



El último día de colegio antes de las vacaciones, después de ver la cómica estampa de Gabriel cargando con August como si fuese un saco de patatas —decidido a evitar que se pusiera perdido por meterse en los charcos—, Hiram remolonea junto a la fuente, esperando con un propósito.

Gabriel parece confuso, pero así y todo se acerca.

—No se ha vuelto a ver a Everett ni al Botanista ni, joder, a nadie suplantando a Veda. Hemos emitido sendas alertas para ambos —le cuenta de forma espontánea—. Tenemos los resultados preliminares de las pruebas mágicas que reunimos del ataque y aparece la impronta bloqueada, además de las improntas, claro, de Veda y de Everett. A mí me basta para confirmar que fue el Botanista. Se lo he comunicado a mis superiores y han celebrado varias reuniones a puerta cerrada para abordar el caso. Veda...

—¿Cómo se encuentra? —inquiere Hiram.

La expresión del investigador cambia.

—Sigue dolorida y conmocionada, pero se ha sometido a unas sesiones de sanación adicionales con Jadiya y está mejorando.

Hiram ha de admitir que se muere de ganas de saber más detalles, pero no puede ser demasiado avaricioso. Esto no le parece suficiente, pero deberá bastarle por ahora. Le cuesta descansar cuando Veda reside en sus sueños: inquietantemente callada, sin moverse, sin respirar, muriendo bajo una explosión de magia que se absorbió un día y se liberó en un sacrificio desesperado. Hiram nunca podrá hacer como si no lo hubiera visto, como si no hubiera visto las lágrimas que derramó en el hospital mientras se aferraba a los restos carbonizados del amuleto que dio su vida por ella.

—Todavía no tiene otro móvil —añade Gabriel—, pero me pasaré por casa de Jadiya para hablar con ella después de la consulta.

—Ya. —Hiram se frota la nuca—. ¿Le podría decir que mi invitación sigue en pie si se siente con fuerzas? A Antaris le encantaría que viniera a casa.

El investigador arquea mucho las cejas.

—A Antaris, ¿eh?

El comentario le granjea una mirada asesina.

—Se lo diré.

—Gracias.



Son más de las seis cuando Hiram da los últimos toques al *biryani* de pollo mientras Antaris juega en el suelo con el gatito. Está a punto de decirle a su hijo que se lave las manos cuando el talismán envía un sonido que resuena por toda la casa. El niño levanta la cabeza y ambos intercambian una mirada confusa antes de que Hiram deje el paño de cocina y salga a abrir.

Veda está en el porche de delante con unos pantalones vaqueros, una camisa de franela holgada y botas. Lleva el pelo peinado hacia atrás, lo que pone de relieve el cardenal morado vivo que tiene alrededor del ojo y que le baja por un lateral del cuello como si fuesen salpicaduras de pintura antes de desaparecer bajo la camisa.

—Hola.

—Hola —saluda ella, y hace una pausa—. He... traído una planta.

Hiram cae en la cuenta, cuando se la ofrece, de que la planta es para él.

—La lavanda es símbolo de paz —le cuenta Veda al tiempo que entrega la maceta de alto el fuego—. Habría traído flores, pero las macetas son más sostenibles, mejoran la calidad del aire, reducen el estrés y... y estoy desvariando. Por favor, dígame que me calle.

—Eso no. —Él abre más la puerta—. Pero puede entrar.

—Jadiya opinó que no debería montar en moto, pero necesitaba que me diese el aire. Perdone si he llegado tarde.

—No esperaba que viniese. Llega justo a tiempo.

Es instintivo, piensa Hiram, que ella lo fulmine con la mirada inmediatamente, pero la aspereza de Veda se suaviza y se torna incredulidad risueña. Él vuelve la cabeza dos veces mientras ella lo sigue por la casa hasta el salón principal.

Repara en Antaris, que está en el centro, con el gatito en brazos. Su sonrisa se ensancha más de lo que nunca ha visto Hiram. Su hijo deja al animal en su zona de juegos y corre al encuentro de su tutora, pero frena en seco al ver las marcas que tiene.

Veda se arrodilla delante de él.

—Me hicieron daño, pero ya estoy bien, todavía un poco dolorida. Tu padre me ayudó.

Los ojos del niño son el doble de su tamaño normal cuando se gira hacia Hiram, que se lo confirma asintiendo con la cabeza. Luego

deja la lavanda en el borde de la isla y, como una polilla a la llama, Antaris se ve atraído por ella.

—Nos la ha regalado Veda. ¿Qué hacemos?

Hiram hace lo mismo que su hijo: se acerca las manos al mentón y las separa hacia delante. «Gracias».

—Qué bien lo has hecho —lo elogia Veda. Le resulta fácil sonreír con Antaris. Con Hiram, sus palabras son más lentas, más reservadas—. Como no lo he podido ver esta semana, he pensado (si le parece bien) que podríamos continuar con nuestras sesiones aquí o en el colegio durante las vacaciones.

Antaris mira a Hiram con los ojos muy abiertos, esperanzados.

Y él se viene abajo como un castillo de naipes.

—Algo podremos cuadrar.

—Sugerí que practicásemos la elaboración de pociones antes de que empieces segundo —le explica ella al pequeño—, pero Peter me contó que la poción de la risa no fue bien. Mencionó que casi se prendió fuego.

Hiram se queda perplejo.

—No me dijo nada.

—En su defensa hay que recordar que esa noche pasaron muchas cosas —aduce Veda, que a continuación le pasa la mano por el pelo al chico, que se ha puesto rojo—. Los accidentes ocurren, ¿vale? Los videntes son los únicos que no pueden elaborar pócimas, así que la próxima vez te saldrá bien.

La cena es bastante agradable para ser entre un niño que no habla y dos adultos que no saben qué decir; se las arreglan. Después Antaris le enseña a Veda la casa de manera dispersa: primero el improvisado despacho de Hiram; luego la puerta cerrada del dormitorio de este; y, por último, su habitación.

Hiram se queda en el umbral mientras el crío empieza a enseñarle todo aquello de lo que puede echar mano. El farol que ella le regaló. El álbum de fotos de su madre. Cuadros y algunos de sus dibujos que no han llegado a la nevera. Su colección de pajaritas. El conejito de peluche que cada día pierde más relleno. La visita concluye cuando Antaris se pone los zapatos para dar su paseo nocturno.

Hiram se lo aclara mientras su hijo abre la marcha hacia la puerta trasera.

—Pasea antes de irse a la cama.

—¿Por qué? —inquiere ella, interesada.

—Mi teoría es que busca lo que ha perdido.

—¿Se lo ha preguntado alguna vez?

No. Cada conversación que mantiene con Antaris es un desafío que solo está empezando a abordar. El gatito maúlla desde un rincón de la estancia e Hiram lo coge.

—¿No es alérgico?

—He estado tomándome todos los días ese elixir asqueroso. —Mira ceñudo al gatito cuando le araña el dedo—. Las cosas que hago por lo que mi hijo quiere.

—Puede que se sienta atraído hacia él por las semejanzas. —Veda quiere coger el gato e Hiram deja que la inquieta criatura vaya con ella, que lo rasca detrás de las pequeñas orejas—. Ambos han perdido el mundo que conocían.

Él espera mientras ella devuelve al gatito a su zona de juegos y después ambos siguen fuera a Antaris.

El paseo de esa noche es distinto. El pequeño se coge de la mano de Veda y la guía hasta cada sitio, mira primero y después la invita a hacer lo mismo. Parece estar a punto de hablar dos veces al ver las muecas de dolor que esta hace, pero el gesto de asentimiento que esgrime ella para animarlo lo frena. A Hiram le maravilla lo a gusto

que el niño está allí con ella; que siempre vuelva a su lado. Hay confianza, no duda. Convicción en lugar de recelo.

Hiram quiere eso. Ha estado trabajando duro para ganárselo, paciente y confiado de que lo conseguirá. Sin embargo, esa noche el paseo resulta menos inquietante, porque le consuela saber que su hijo confía en alguien. Cuando Antaris termina, se hace patente que todos están cansados.

—Iré a llenar la bañera —le dice Hiram a su hijo. Mientras este se baña, vuelve a la sala de estar.

Veda está echando una ojeada, tiene el ceño fruncido, una expresión de curiosidad.

—¿Todavía se está instalando?

—No tenía pensado quedarme mucho.

Se entienden sin necesidad de palabras.

—Yo también tengo las paredes de casa desnudas.

—¿No está harta de correr?

Veda se encoge de hombros.

—Creo que quiero pintar —anuncia Hiram como si tal cosa.

—Ponga cuadros en las paredes, algo tan pretencioso como usted.

—¿Qué le parece una alfombra de piel de algún animal en el salón principal?

—Quedará perfecta. —Veda chasca los dedos—. Ah, y un huerto de hierbas aromáticas en el porche trasero para Antaris. Le encantará.

—Tener hierbas aromáticas frescas para cocinar sería estupendo. Por desgracia, no tengo mano para las plantas.

—Pero su hijo sí. —Ella continúa caminando, se mete en el bolsillo la mano ilesa—. ¿Sabe qué otra cosa estaría bien? Que su despacho tuviese cosas de despacho. Para empezar, otra silla.

—Y estanterías. Compré dos más, pero todavía nos falta espacio.

—Sí, ya lo he visto. —Asiente—. Peter mencionó que leía.

—Con voracidad.

Algo pesado, tácito, se interpone entre ellos. El momento termina cuando Veda pone los ojos en blanco e Hiram se ríe.

—Parece que mi suposición de que podíamos mantener una conversación civilizada no era prematura. La racha está durando tanto que ya ni recuerdo cuándo empezó.

Ella se encoge de hombros.

—La noche aún es joven.

Veinte minutos después Antaris sale de su habitación en busca de Hiram para que lo acueste, pero esa noche espera tímidamente que Veda acceda a unirse a ellos. El farol, sobre su cama, baña la habitación en una luz tenue. Ya arropado, signa «mañana» a Veda, que parece sorprendida.

—Ya veremos.

La respuesta lo satisface lo suficiente para que se quede tranquilo en la cama. Hiram se disculpa para ir a por el gatito y un vaso de agua para dejarle en la mesita de noche. Cuando vuelve, se queda en el umbral, ve cómo practican la lengua de signos, Veda esforzándose con una mano.

—¿Quieres que te cuente una historia sobre tu nombre? —le pregunta ella.

El niño asiente.

—Todo empieza con Orión, que era un cazador tan bueno que juró matar a todos los animales del planeta. Pero la madre tierra pidió a un escorpión gigante que los protegiera. Se llamaba Escorpio y luchó a muerte contra Orión. Le clavó el aguijón y, como recompensa por su valentía, la madre tierra colocó a Escorpio en el firmamento. —Le da unos toquecitos en la nariz, haciendo sonreír al niño—. Tú te

llamas así por la estrella principal de Escorpio, Antares, que es el corazón del escorpión.

Hiram no lo sabía. Apenas presta atención al firmamento, está demasiado absorto en lo que sucede en la tierra.

La expresión de Veda se vuelve seria mientras acaricia los rizos todavía húmedos del pequeño.

—Tú eres el corazón del escorpión. Eres valiente y fuerte. Eres... Uy.

Gracias a los maullidos del gatito reparan en Hiram, que deja el agua en la mesita de noche mientras Veda desvía la mirada. Se dan las buenas noches con signos y palabras antes de que el padre deposite al gatito en su nueva cama, junto a la de Antaris. Deja la puerta entreabierta después de que Veda salga tras él.

—¿Qué bebe? —inquiere.

Es la primera pregunta que ha formulado exclusivamente para saber algo de ella.

—Vino. Blanco y dulce, si tiene.

Una botella de vino de postre debería valer.

—No está muy frío.

—No pasa nada.

Hiram le sirve una copa y él se pone un brandi. Cogen las botellas y sus respectivas copas y salen fuera, al porche. Se sientan mientras el crepúsculo da paso a la oscuridad.

Una risita que denota incredulidad rompe el silencio.

—Yo debería ser la última persona que quiera que esté aquí, en su casa.

—Mientras no me acuse de ser un padre espantoso, se puede quedar.

Veda se avergüenza.

—Me lo merezco.

—Desde luego que no se lo merece. —Hiram bebe un sorbo de su copa—. Siento que soy un mal padre las más de las veces. Estoy haciendo lo que puedo, y aunque parte de lo que me dijo era cierto, no lo sabe todo.

—Siendo así, continúe, y me reservaré el derecho a espetarle que no cuela cuando me parezca.

—Lo hará de todas formas.

Veda se encoge de hombros.

—Le ahorraré todo lo relativo a mi infancia. Estoy seguro de que Peter le habrá contado bastantes cosas.

—Algunas, pero dejó claro que se alejó de sus padres.

—Solicité entrar en algunas universidades del extranjero sin que nadie lo supiera y acabé en Inglaterra. Le dije a mi madre que me iba de viaje de fin de estudios y no volví. Tenía que alejarme antes de acabar siendo una versión de mí mismo que odiaba para apaciguarlos. Mi padre siempre se encontraba trabajando y cuando estaba, no estaba. Mi madre..., en fin, ya la ha conocido.

Veda resopla.

—Solo los llamé porque mi padre tiene un primo en el Parlamento y necesitaba ayuda para agilizar todo lo relativo a la custodia de Antaris.

—Qué suertudo.

—Si lo quiere llamar así. —Hiram pone los ojos en blanco—. Mi madre me pilló en un momento de debilidad, prometió que arreglaría las cosas y me ayudaría si volvía, pero fue Peter quien hizo que tomara esa decisión en último término. Pensé que si mis padres habían cambiado me quedaría a largo plazo, pero si no era así, me quedaría lo justo para que Antaris se recompusiera y desaparecería para siempre.

—¿Han cambiado?

—Creí que mi padre sí..., pero no.

—Las personas raramente cambian a menos que algo en su vida las empuje a hacerlo.

—No permitiré que Antaris aprenda esa lección. —Hiram alza la vista al cielo crepuscular—. No me importa criarlo por mi cuenta, en cualquier caso. Ya llevo algún tiempo solo.

—Tiene a Peter.

—He mantenido las distancias porque Peter tiene una vida, una mujer que me odia por principios, y no la culpo. Sé lo que significa para un vidente llevarse bien abiertamente con un Ellis: la pérdida de credibilidad en su propia comunidad y que la diana que lleva en la espalda sea todavía más grande. Yo siempre le digo que tenga cuidado, pero no me hace caso.

—No demasiado. —La incomodidad asoma a los rasgos de Veda—. Pero estar solo no es tan bueno como lo pintan.

Intrigado, Hiram pregunta:

—¿Está sola?

—En todas las formas que son evidentes.

Él lo entiende a la perfección.

—Uno está todo lo solo que decide estarlo.

Veda duda y apura el vino, se sirve otra copa.

—Mi padre diría algo parecido.

—Así que tiene padres...

—Tenía —precisa ella, vacía—. Se esfumaron durante la Gran Desaparición. Yo tenía dieciséis años. Tardé meses en volver a casa y cuando lo hice, la gente había dado por sentado que yo también había Desaparecido. Nuestra casa ya no estaba, en ella vivían otras personas, y todo... —No termina la frase, se mira las manos antes de carraspear—. Bueno, me las tuve que arreglar por mi cuenta hasta que cumplí los dieciocho. Los videntes de nuestra comunidad

intentaron acogerme, pero me negué. Aparqué nuestra vieja caravana en el bosque y viví sobre todo de lo que me daba la tierra, como solíamos hacer. Encontré un trabajo, terminé el instituto y fui a la universidad con una beca para menores de edad a los que la Desaparición había dejado huérfanos. Tuve que forjar mi propia existencia, porque mis padres se preocuparon por pasar desapercibidos durante toda su vida. Mi padre creaba amuletos y la universidad de mi madre la protegía. Eran videntes.

Todo, desde el muro que Veda ha levantado a su alrededor hasta sus inextricables convicciones, cobra sentido.

—Si mi madre lo supiera, dudo que la hubiese dejado acercarse a un centímetro de Antaris —observa con sinceridad Hiram.

—Como sabrá, al principio a los videntes se les permitió elegir que se inscribieran en el Registro. Las familias de mis padres mantuvieron en secreto la Visión durante generaciones. Antes de que yo naciese, mi padre tuvo una visión en la que yo no heredaba su don. Es algo habitual. Se trasladaron a Maine e hicieron todo lo posible para pasar inadvertidos, con el objeto de darme una vida normal mientras ellos mantenían en secreto (un secreto muy bien guardado) su Visión. A los grupos de odio les gusta... rescatar a los hijos magos de videntes. A esos niños nunca les va bien.

Hiram se estremece, vagamente familiarizado con las espantosas historias.

—¿Dónde está ahora la caravana?

Veda suelta una risotada seca.

—Se esfumó hace mucho tiempo. La vendí para comprarme el billete de autobús a la universidad.

—Es resiliente.

—No lo soy. Estaba traumatizada. Ser resiliente no es un atributo; me lo gané con las decisiones que me vi obligada a tomar durante la

peor etapa de mi vida. Tenía que continuar adelante. No conocía otra cosa. No me definen los golpes que he encajado. La vida seguía, así que yo también tenía que seguir. Durante unos años pensé que estaba a salvo. Que todo había terminado. Pero he vuelto a la casilla de salida, con toda mi vida en una bolsa. Solo que ahora mi amuleto ha muerto. Era lo único que tenía de ellos. Mi padre me lo hizo cuando cumplí dieciséis.

Hiram está atónito. El dolor que destila su voz es puro, incluso ahora. Sobre todo ahora.

—Pero lo ha guardado, ¿no? ¿Después del hospital?

—Sí. —Se lo saca de la camisa—. No sirve para nada, pero no me puedo separar de él.

Hiram alarga la mano distraídamente hacia la ennegrecida piedra. Se halla inerte, pero él sigue teniendo la sensación de que lo vigila..., al igual que Veda, cuya expresión es inefable.

Retira la mano.

—Lo siento.

—Yo también. Por desahogarme así —confiesa ella en voz baja, y cubre el amuleto con la mano y se lo mete de nuevo bajo la camisa —. No hablo mucho de esto. A decir verdad, lo evito todo lo que puedo.

—No me importa escuchar —le asegura él—. Ahora la entiendo mejor.

Recelosa como siempre, Veda observa, espera a que diga algo más, pero Hiram deja que el silencio siga derritiendo el hielo que los rodea. Mira hacia el lago, una levísima brisa riza el agua. Los grillos cantan mientras las últimas pinceladas del ocaso dan paso a la noche.

Hiram la mira de reojo hasta que también la pilla mirándolo a él.

—Supongo que deberíamos hacer las paces.

—Si es lo que quiere —contesta él—. Yo nunca he sido su enemigo.

—¿Qué fue lo que lo hizo cambiar?

—La madre de Peter, sobre todo. Es la mejor persona que conozco. Me habló cuando estaba listo para escuchar, me enseñó cuando estaba listo para aprender, me explicó cuando estaba listo para entender. Me enseñó a ser paciente esperando a que mis errores me enseñaran el camino correcto. Y el resto de lo que me mantenía entregado a las formas de actuar y la retórica de mi familia lo desmontó la lógica.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No tiene sentido que los que tienen el poder a su disposición, los que poseen la capacidad de ver el pasado y el futuro, sean inferiores. La intolerancia nunca ha nacido de la ignorancia: nace del conocimiento. Del miedo.

—Es cierto. —La expresión de Veda cambia—. Y ¿qué pasa ahora que ha cortado los lazos con ellos? ¿Lo respaldan económicamente?

—No, tengo de sobra. Entre mis ahorros y lo que heredé de mi tío Sebastian, que también dejó a la familia atrás y se casó con una vidente, podré vivir con comodidad y dejarle a Antaris más que suficiente. —Hiram exhala un suspiro—. Cuanto más tiempo estoy aquí, más consciente soy de que no puedo volver a mi antiguo trabajo. Creo que me complica la vida más de lo que vale la pena.

—¿Por qué?

—Me llevaría de vuelta a Los Ángeles, demasiado cerca de mi extensa y purista familia, que no sabía que Grace tenía la Visión. La familia solía hacer desaparecer o reformar a los que rompían filas. Ahora hacen la vida imposible a los desertores. Mi tío y mi tía vivieron prácticamente solos durante el resto de su vida cuando dejaron de huir.

—¿Antaris está...?

—¿A salvo? Sí. Mi madre los mantiene ocupados.

—¿Qué le impide sacar a la luz que Grace era su madre ahora que la ha apartado de su vida?

—El estatus que tanto le ha costado conseguir, por el que se ha dejado la piel los treinta y cinco últimos años. —Hiram suelta una risita—. No se arriesgará a caer conmigo. Puede que ahora Simran lo tenga todo, pero sabe lo que es no tener nada.

—¿Y usted? —inquiere Veda—. ¿Lo tiene todo o nada?

—Nada. Y todo. —Él clava la vista en el brandi mientras hace girar la copa—. Lo tengo todo, pero lo daría por él.

Ella guarda silencio, lo mira de soslayo de vez en cuando. Hiram ha bebido bastante alcohol para preguntarse cuál podría ser el significado del calor que ve en sus ojos, pero no el suficiente para preguntar.

—Esta noche no tenía muchas expectativas, ¿sabe? He venido a ver a Antaris y a pedirle disculpas otra vez.

—¿Y ahora? —inquiere él, su voz casi un susurro.

—Lo estoy descubriendo sobre la marcha.

Hiram prueba suerte.

—Puede volver cuando quiera para seguir descubriéndolo, si se siente inclinada a hacerlo.

—Lo pensaré. —El calor de Veda se enfría cuando escudriña sus ojos—. ¿Por qué ayudó a Ruth después de lo que pasó en el ayuntamiento? No tenía por qué hacerlo. Tenía, de hecho, todos los motivos del mundo para no hacerlo. Y, sin embargo, lo hizo. ¿Por qué?

A Hiram le sorprende la pregunta.

—Estuve a punto de echarme atrás, de ocuparme de mis asuntos. No fue algo heroico. Llámelo la mínima decencia humana

indispensable.

—Miró más allá de sus propios intereses.

—Sí —musita él, acercándose más a ella—. Ahora le toca a usted verme como de verdad soy.

19



Antaris escoge el verde.

No el verde bosque o el verde salvia, sino el menta, y se mantiene firme, rechazando todas las demás opciones que Hiram le propone hasta que cae en la cuenta de que la firmeza debe de ser un atributo heredado. Por ende, tienen pintura verde menta y todo lo necesario cuando Veda llega. Esta se mantiene atrás mientras Hiram descuelga con cuidado lo que hay en las paredes y lanza un conjuro para que las brochas empiecen a pintar. Su anillo de ónix se ilumina con cada brochazo.

Fascinado, Antaris se sienta con las piernas cruzadas a lo indio, los codos apoyados en los muslos, viendo cómo se mueve una brocha arriba y abajo por la pared mientras el gatito enreda con un juguete. Hiram es el primero en dejar que su hijo continúe a lo suyo, sacude la cabeza risueño.

Veda lo sigue.

Es la tercera vez que se pasa desde la semana anterior, la primera en la que no viene para cenar, enseñar lengua de signos o ver cómo fracasa Antaris en su segundo intento de elaborar una poción. Ese

día ha acudido para estudiar. Hay cajas de libros apiladas por todas partes, todas abiertas, en el improvisado despacho de Hiram, en el que ahora hay dos sillas y otra estantería.

—Documentos inéditos con los que tendríamos que habernos puesto hace unas semanas —la informa él, que se sienta y se pone las gafas—. ¿Por dónde quiere empezar?

—Yo diría que necesitamos empezar por «BeeyardS rain».

—¿Se lo ha dicho Gabriel?

—Me dejó que probara a resolver el anagrama y, sinceramente, con todo lo que ha pasado, se me olvidó por completo hasta la otra noche. No fui capaz de dar con la clave, pero de pronto recordé el nombre que mencionó, y encaja con el anagrama: Ariadne Byers. Gabriel me dijo que a usted le sonaba de algo ese nombre, y Clinton también.

—Sí —le confirma Hiram.

—No parece que sea una coincidencia, ¿no?

—En absoluto.

—Me pregunto qué más sabe Everett. La letra es la misma que la de la nota que me dio.

Hiram parece desalentado.

—Tengo la sensación de que no lo averiguaremos a tiempo.

—En ese caso deberíamos empezar por algo que podamos solucionar. ¿Qué ha encontrado por el momento?

—No gran cosa, pero he puesto un poco de orden. —Señala una pila—. Ahí hay información sobre maldiciones en general, pero creo que le interesará más esta. —Pasa a la siguiente—. Maldiciones de la sangre. Cómo se crean, cómo pueden sobrevivir mientras se encuentran en estado latente y algunas formas poco convencionales y peligrosas que se han utilizado para expulsarlas del cuerpo.

Veda lee por encima el primer documento.

—Esto es más de lo que ya sé. Lo que necesito averiguar ahora es si los métodos de extracción poco convencionales han tenido éxito.

—Algunos, pero todos ellos tienen una cosa en común: la sangre que corre por sus venas ha de detenerse. «La muerte la expulsará fuera». Lo leí en un libro.

—El sanador del hospital dijo que había visto mi maldición una vez, en otra paciente. Que no desapareció hasta que la mujer murió. Creo... ¿Dónde están los informes de las pruebas que se realizaron para extraer la maldición?

Hiram hojea carpetas hasta dar con el documento que necesita, se lo pasa. Veda lo lee hasta que las palabras empiezan a saltarle a la vista. «No desapareció hasta que...», «la muerte la expulsará fuera...». Una idea cae como un rayo y retumba como un trueno. Recorre la habitación a lo ancho dos veces, absorta en sus pensamientos.

—Como un parásito —musita al fin.

—Me pregunto cuánto tardará en ser expulsada tras el fallecimiento. Necesitaremos probar con algo que imite la muerte. ¿Veneno?

—Nunca he visto ninguno que sea lo bastante potente y al mismo tiempo actúe lo suficientemente despacio para que haga lo que queremos que haga. Mmm..., otra opción podría ser algo que engañe al cuerpo y lo haga pensar que se muere.

—Seguro que se nos ocurre algo.

Lo mira de soslayo, es una mirada lenta y reflexiva. Él no lo ha dicho por decir. Veda se acerca a las cajas que hay contra la pared y pregunta:

—¿Qué hay en estas?

—Por lo que he deducido, estudios de maldiciones —responde Hiram, visiblemente incómodo—. Mi padre me dijo que todo lo que

necesitaba saber se encontraba aquí, pero no estoy muy seguro de a qué se refería.

—Suena a alguna mierda ilegal.

—Es probable. Se las entregaría a Gabriel por darme el gusto de hacerlo, pero sobre ellas pesa un hechizo y se quemarán si dejan de estar custodiadas por un pariente consanguíneo. —Al ver la ceja que arquea Veda, él se encoge de hombros—. Mi tío es excéntrico, incluso para ser un Ellis. Paranoico, por lo visto. Seguro que por algún buen motivo.

—¿Los sujetos son videntes? —inquiere ella, que ya está echando un vistazo para responder por sí misma su pregunta.

—No estoy seguro.

Veda no avanza mucho antes de que surja una pregunta más acuciante:

—Todos los sujetos son distintos, todos los magos pagaron generosamente, pero todos los nombres de los que lanzaron los hechizos están censurados. ¿Por qué? —duda, ceñuda—. O no, una pregunta mejor sería ¿por qué no censuraron las edades? ¡Uno de los lanzadores de hechizos tenía quince años!

—Mire el resto —le sugiere Hiram.

Va leyendo las fechas mientras le pasa los documentos a Veda para que los ordene cronológicamente. Él empieza por el principio; ella, por el final. Cuanto más lee Veda, tanto más le intranquiliza la idea de que unos adolescentes lanzasen maldiciones serias mientras se estaban formando. No tardan en revisar toda una caja de casos prácticos.

—Aquí pone que los estudios de maldiciones se interrumpieron porque cerraron el colegio. Hay un artículo en el que se menciona a Phillip Ellis como profesor titular de ciencias..., básicamente la persona que dirigía estos estudios. No me puedo creer que esto se

llevara a cabo en un colegio. —Su voz rezuma repugnancia—. Mierda, esto me recuerda a las historias para no dormir que solía contarme Ruth. Enviaban a videntes a internados cuando sus padres renunciaban a la custodia en cuanto se manifestaba su Visión. Puesto que los colegios no estaban regulados, a los videntes se los utilizaba como mano de obra gratuita o para realizar experimentos con su magia; después los colegios ocultaban los espantosos detalles para publicar sus resultados.

Hiram no contesta, así que Veda levanta la vista. Se encuentra apoyado en el escritorio, con la vista clavada en el documento que está leyendo. Su expresión cambia.

—Aquí lo importante no son las maldiciones o la experimentación con sujetos de estudio. Lo importante es que mi tío era un hipócrita.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Apenas menciona las clases de maldiciones y sus resultados, pero facilita todos los pormenores sobre el autor de la maldición, hasta su tensión arterial y su temperamento. Lo que come. Las actividades que realiza con anterioridad al lanzamiento de cada maldición experimental. Incluso detalla lo que hace después.

Veda parece muy afectada.

—¿Qué intentaba saber?

—Mire. —Hiram le da la vuelta a la primera hoja y le enseña el documento. Ella va a su lado para leerlo.

«Extracción de la Visión... *Sight Unseen*».

—He visto este ritual dos veces, encriptado en libros —asegura Hiram—: el libro de Grace sobre rarezas y uno de la biblioteca. En los dos se habían lanzado embrujos encriptadores para ocultar lo que hace el ritual, pero Clinton me contó todo lo que sabe de él.

Mientras Hiram comparte con ella la conversación que mantuvo con el vidente, el terror que siente Veda eclipsa su ira.

—Phillip Ellis es un intolerante. ¿Por qué querría tener la Visión?

—Es un mecanismo de defensa. —Hiram inclina el cuerpo hacia ella, la carpeta se alza entre ambos como una barrera—. Resulta fácil convencerse de que no se quiere lo que no se puede tener o de que tener lo que uno quiere está mal.

—Creía que diría «por poder» —masculla ella.

—No todo el mundo quiere poder. Es humano querer tener la sensación de que poseemos cierto grado de control. —Cruza el despacho hasta donde están las cajas, ladea la cabeza con cara de curiosidad cuando algo llama su atención. En una ranura de la caja hay un sobre. Lo saca, lo lee y le enseña a Veda la palabra que alguien ha escrito deprisa y corriendo: BOTANISTA.

—¿Qué sabe su tío? —inquiere ella en voz baja.

—Es el momento de averiguarlo. —Hiram abre el sobre y saca una fotografía—. Creo que podemos presuponer que una de estas niñas es nuestro Botanista.

Veda mira la foto: hay cinco niñas. De distinta raza, estatura y constitución, cogidas de la mano. Ninguna sonríe, pero parecen una unidad, vinculadas por el trauma y las circunstancias. Veda reconoce a la que está junto a una morena de ojos azules.

—Creo que ya sé por qué Ruth se ha negado a ayudar. Está protegiendo a alguien que le importa. Tenemos que hablar con ella cuanto antes.

Hiram ya está al teléfono.

—Me debe un favor. Es hora de cobrarlo.



Ruth accede a quedar en un lugar público media hora después.

Con tan poco tiempo y Peter ocupado, Veda ve que Hiram coge una mochilita que tiene preparada para Antaris; parece de piel italiana y vale más que su moto. Mete en ella tentempiés y libros mientras Veda le pide al niño que los acompañe sin ponerlo nervioso innecesariamente. Se está subiendo al coche de Hiram cuando se quiere dar cuenta de lo que ha hecho, y él está arrancando con su impronta antes de que ella pueda poner algún pero.

Realizan el trayecto en silencio. Veda solo habla para anunciar giros próximos y, en una ocasión, para bromear sobre el tintado insuficiente de las ventanillas, ya que Antaris entorna los ojos debido a la luz. Hiram se quita las gafas de sol y se las da a su estupefacto hijo. Veda echa una ojeada al asiento trasero, al niño, con su pantalón caqui, su camisa blanca y su pajarita, que mira por la ventanilla tan fresco con las enormes gafas de su padre puestas.

Llegan con diez minutos de antelación. Sanctuary es un centro comunitario para videntes con problemas que se encuentra en Hope Park, en el centro de Panoramic. Puesto que no hay colegio y es fin de semana, el agradable tiempo ha hecho que la gente salga en tropel. Hay música en vivo, personas haciendo barbacoas junto a los cenadores y vendedores ambulantes que ofrecen desde helado hasta *gyros*. Caminar entre la multitud como una unidad, incluso con las gafas de sol de su padre puestas, parece que abruma a Antaris, que aprieta con fuerza la mano de Veda. Ella lo conduce hasta el centro comunitario.

La entrada está pintada de una tonalidad de verde similar a la de la habitación del pequeño; una agradable calma separa el interior del caos que reina fuera. La presión en su mano se afloja un poco. Una adolescente, Indica, con una tez cetrina bronceada que hace

que su pelo rubio parezca más luminoso aún, ocupa el mostrador de recepción; su sonrisa maquinal se vuelve genuina al verlos.

—Hola y bienvenidos. Ruth los está esperando en la sala dos. —Señala hacia la puerta de doble hoja cerrada—. Vayan por ahí, pasen la cocina y tomen el segundo pasillo. Antes de que pregunten, lo que huelen es menta. Ayuda a calmar a los pequeños. Algunos no llevan bien la transición. —Indica repara en Antaris, ladea un poco la cabeza—. Creo que hay algo en el auditorio principal que podría interesarte. La fascinación que sientes por las estrellas no ha hecho más que empezar.

A Veda se le cae el alma a los pies. Prácticamente siente lo tenso que se pone Hiram.

—No te agobies, pequeño —añade Indica—. Dentro de poco volverás a hablar.

Antaris se apoya en Veda cuando franquean la puerta y enfilan el primer pasillo.

—Está claro que esa va al Colegio de Mierda Críptica de Clinton —farfulla Hiram.

Por suerte, parece que su hijo no oye el comentario. Va detrás de ellos, mirándolo todo con asombro. Veda se tapa la boca para no reírse cuando dejan atrás la cocina, donde Ani, uno de los miembros del Consejo, da clase de cocina a dos hileras de alumnos.

—Hoy os enseñaré a elaborar una tarta triste...

Hiram intenta mirar, siente curiosidad, pero Veda carraspea, obligándolo a moverse.

—¿Una tarta triste?

—¿Acaso no le ayuda la repostería cuando las cosas no salen como quiere? Cocina usted de maravilla, pero apuesto a que, si está lo bastante enfadado, será espectacular —observa ella.

Ven una puerta abierta hacia la mitad del segundo pasillo. Ruth asoma la cabeza y después sale. Saluda a Veda con un cálido abrazo y le estrecha la mano a Hiram, un gesto amable que chirría después de la última interacción que vio Veda. Luego Ruth ve que Antaris la mira tras sus gafas de sol.

—Me temo que no las necesitarás para explorar el espacio.

El pequeño se anima y le devuelve las gafas a Hiram cuando la vidente extiende la mano. La puerta se abre más para que puedan mirar dentro. En el mar de niños sentados en mantas dispuestas en fila en el suelo hay un sitio cerca de la puerta. Ruth le ofrece la mano a Antaris.

—¿Te gustaría saber cómo aparecieron las estrellas en el cielo?

El crío mira a Veda y después a su padre, y asiente con timidez.

—Bien. Esto te va a encantar. Ese sitio es tuyo.

Hiram le da dos mandarinas y un pequeño brik de zumo, y Antaris ocupa el sitio vacío y mira a su alrededor antes de tumbarse como los otros niños.

—¿Estará bien aquí? —se preocupa Hiram.

—Sano y salvo —contesta Ruth mientras señala el pasillo—. Jadiya suele organizar narraciones interactivas para ayudar a que se calmen los niños más nerviosos, pero hoy está dejando que Marlene y los adolescentes se ocupen.

Hiram mira a Veda, que escudriña el lugar y ve a Jadiya, de espaldas, hablando con Marlene. Jadiya tiene que mirar dos veces cuando ve a su amiga con Hiram. Marlene asoma la cabeza por detrás; a su rostro aflora una expresión extraña antes de que otro voluntario la pare para hablar con ella.

Jadiya se acerca, mirando a Hiram con el ceño fruncido.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Hablamos luego —responde Veda—. Pásate por la cabaña.

Jadiya les dirige una mirada inquisitiva antes de responder:

—Vale.

Veda ignora la exigencia en los ojos de su amiga y señala a Antaris.

—¿Podrías quedarte con él?

Esto parece incrementar aún más la sospecha de Jadiya.

—Las cuatro veces que lo he visto solo me ha mirado de reojo, pero claro, sin problema.

El tercer voluntario anuncia a los niños que está a punto de empezar la hora de los relatos. Jadiya se sienta con las piernas cruzadas junto a la manta de Antaris, que, como era de esperar, la mira de reojo. Un hechizo hace que todas las luces del lugar se metan en la botella que sostienen, sumiendo el espacio en la oscuridad.

Se oye un grito ahogado colectivo. Los niños sueltan risitas.

Un destello de luz se proyecta en el techo cuando uno de los adolescentes empieza a narrar un relato sobre la formación del cosmos, la magia y su existencia.

Ruth se aclara la garganta y Veda e Hiram la siguen hasta una sala vacía repleta de libros y sofás. La vidente se acomoda en una butaca junto a un sofá de dos plazas que Veda e Hiram no tienen más remedio que compartir. De la mochila con tentempiés Hiram saca la fotografía de las niñas.

Ruth se queda helada.

—¿De dónde ha sacado esto?

—De la casa de mi tío —contesta él.

—Si hubiera Visto esto, jamás me habría prestado a hacerle este favor.

Veda se estremece.

—¿Qué está pasando, Ruth? Marlene aparece en la fotografía, y en la caja en la que la encontramos ponía «Botanista». ¿Tiene algo que ver con esto? Cosmos bendito, ¿es la ases...?

Ruth la mira como si se hubiera vuelto loca.

—¿Qué? ¡No! Estáis cerca, pero equivocados.

—¿Qué quieres decir?

La vidente le da la vuelta a la foto y señala a la niña que está junto a Marlene.

—No protegemos a nadie, sino que nos estamos protegiendo de ella.

No era eso lo que Veda esperaba, e Hiram tampoco, a juzgar por la confusión que refleja su rostro.

—¿Quién es? —quiere saber Veda.

—Se llama Ariadne Byers.

Ellos se miran.

—¿Qué tiene que ver con el Botanista?

—Ella es el Botanista; la Botanista.

Las palabras arrollan a Veda en oleadas, a una emoción contradictoria le sigue otra: ira, miedo, sufrimiento, impotencia, incredulidad. Cada una de ellas la golpea con más fuerza que la anterior. Ruth lo sabía. Lo sabía y se comportó casi como si fuese una madre, animándola a vivir mientras sabía exactamente quién la perseguía. Una mano le agarra la rodilla. Veda clava la vista en el anillo de ónix y vuelve la cabeza. Unos ojos azules la escudriñan, los labios contraídos en un gesto de preocupación.

«Es demasiado pronto para sentirse sobrepasada —le recuerda el sentido práctico—. Hay que enterarse de más cosas».

—¿Cuánto hace que lo sabes? —pregunta, su voz más fuerte, concentrada.

—Es complicado.

—Cuéntamelo. Todo.

—Ariadne estaba en el mismo internado que Marlene. Acogimos a todos los videntes adolescentes. Ariadne era solitaria, estaba muy necesitada de cariño y al parecer había tenido una vida dura ya antes de acabar en el colegio. Marlene y ella eran inseparables, así que cuando Everly adoptó a Marlene, yo la adopté a ella. Tardó un poco en abrirse, pero cuando lo hizo, floreció. Era más lista que el hambre, encantadora, le fascinaba la magia omnipotente y la expresión creativa. Tenía mucho potencial. —Ruth habla como una madre orgullosa—. Pero olvidé la regla de oro.

—¿Que es...?

—El potencial de algo es una cosa en sí misma. —La vidente se tensa—. Marlene empezó a sincerarse sobre los estudios de maldiciones en los que habían estado participando. Dijo que Ariadne quería empezarlos de nuevo, lo cual la había aterrorizado de tal modo que ya no deseaba estar cerca de ella. Formulé más preguntas y me enteré de algo espantoso. Los videntes pueden partir el mundo en dos, pero la mayoría de nosotros no podemos lanzar maldiciones sobre nadie. Hace falta cierta arrogancia, desapego y una desconsideración absoluta para que alguien lance maldición tras maldición durante años sin parar. Marlene nos dijo, y más tarde las demás lo corroboraron, que Ariadne era la única a la que fascinaban, en lugar de repugnar, los experimentos de los que formaban parte. Entonces me di cuenta de que no había salvado a Ariadne: le había brindado la oportunidad de probar sobre el terreno lo que había aprendido en aquel laboratorio.

Veda siente náuseas, le cuesta respirar, pero el peso de la mano de Hiram la ayuda a no perder la compostura.

—Intenté ayudarla: terapia, distracciones, todo. Y durante un tiempo dio la impresión de que funcionaba. —Se levanta y se acerca

a la ventana que hay junto a ellos, mira fuera, se abraza el menudo cuerpo. No hay ni rastro de la Ruth divertida, sensata, que compra verduras y le repite siempre a Veda que empiece a vivir—. Sigo sin poder creer que sea esta persona. Sé que se le da bien fingir, decir las cosas adecuadas a las personas adecuadas y convertir su trauma en un arma.

—Ruth —dice, despacio, Hiram—, ¿qué es lo que no nos está contando?

La anciana se vuelve de nuevo hacia ellos.

—¿Qué sabéis sobre el origen de la Gran Desaparición?

El discernimiento hace que Veda se ponga rígida.

—No.

—Sí. —Ruth se abraza de nuevo—. Ariadne Vio su propia muerte. Esto no es nada extraordinario: a veces nuestras visiones nos dan pistas sobre lo que está por venir, pero no nos está permitido interferir, aunque ello signifique...

—Que uno muera —termina la frase Hiram, con voz inexpresiva.

—Pero Ariadne no lo aceptó. Cambió pequeños detalles de sus visiones e impidió que se materializaran. No una o dos veces. Calculamos que lo hizo por lo menos diez antes de que desencadenara la Desaparición.

La incredulidad da paso a la ira. Veda no puede seguir sentada.

—¿Y todo este tiempo has estado ocultando algo así?

—¿Ocultando? Se nos prohibió hablar de ello. Veda, por favor...

—No me toques las... —Exhala con fuerza—. No. —Mira por la ventana, se fija en un punto para obligarse a escuchar.

—Cuando interfieres en el futuro se crean ondas —explica Ruth—. Inofensivas si se hace una vez, quizá dos, pero si se continúa, las ondas se expanden. Lo que un día no era más que un leve movimiento en el agua se convierte en un maremoto. Por eso somos

tan duros con los videntes que interfieren en el tiempo. Ello pone en peligro al mundo. Todos los videntes lo saben. El Consejo de Oráculos de todos los estados formó piña deprisa para averiguar quién estaba haciendo aquello, y cuando descubrimos que era Ariadne, intervenimos y la arrestaron.

Veda cierra los ojos, confiando en que eso haga que la cabeza deje de dolerle.

Hiram es el primero en hablar.

—Clinton...

—No formaba parte del Consejo por aquel entonces, así que no estaba a merced de la misma magia.

—¿Por qué se ha ocultado esto? ¿Cómo? —inquiere Veda, volviéndose—. Te estás poniendo en peligro. Estás poniendo en peligro a todo el mundo. Ariadne hizo daño a miles de personas. Mis... —La voz se le quiebra—. Mis padres Desaparecieron por su culpa y tú no has tenido la decencia de...

—No te lo podía decir, y Clinton sabía mucho menos que yo. Estaba al margen —asegura, entristecida, Ruth—. Los magos querían que no se supiera la verdad que subyacía a las Desapariciones porque no querían que la gente supiera el grado de daño que puede causar un vidente, y tampoco querían que otro vidente recrease una nueva Desaparición. Queríamos evitar una guerra sin cuartel. Todo el que sabía algo, por poco que fuera, se vio obligado a prestar un juramento. Ante Lucinda. Ella lanzó el acuerdo mágico, y las penas por violarlo eran duras: la muerte para los videntes involucrados.

Hiram se echa hacia delante.

—Entonces, ¿cómo es que nos está contando esto ahora?

—El acuerdo se rompió cuando Lucinda murió. Yo no sabía que ella había hecho esa salvedad, pero tuve una visión en la que

hablaba con vosotros como lo estoy haciendo ahora, y caí en la cuenta de que podría hacerlo.

—¿Era sentimiento de culpa? —Veda odia cómo le tiembla la voz —. ¿Te preocupabas por mí porque te sentías culpable? ¿Porque sabías...?

—No —responde Ruth con sinceridad, al borde de las lágrimas—. No necesitaba ningún motivo para preocuparme por ti, Veda. Simplemente lo hacía. Aún lo hago. Me recuerdas a mí cuando era joven. Nada de esto cambia nada.

—Lo cambia todo —le espeta ella—. Ariadne no se merece seguir siendo un secreto. Todo el mundo debería conocer su nombre. Y tú la has estado escondiendo. ¡Protegiendo!

—¡No! La castigamos. Fue condenada a pasar el resto de su vida en prisión como eclipsada y se la obligó a comer del Árbol del Conocimiento. Nos rogó y nos suplicó, se humilló y prometió que no interferiría de nuevo, justo hasta que Lucinda la mandó callar. Moab cortó el fruto y yo la obligué a comerlo.

Veda se siente demasiado pesada para continuar de pie, se une como atontada a Hiram en el sofá. Este le vuelve a poner la mano en la rodilla.

—Se escapó de la cárcel y desapareció unos meses después. Descubrimos señales de sus actividades: me robó una considerable suma de dinero, lanzó embrujos encriptadores sobre numerosos libros y sacó copias del expediente de los miembros del Consejo de Oráculos. Estuvimos años buscándola. Emitimos alertas a los agentes, al gobierno. Todo el mundo hizo como si aquello no hubiera pasado, así que seguimos buscando sin ellos, decididos a encontrarla. Buscamos en todos los sitios que se nos ocurrieron hasta que la pista se perdió. La vida siguió adelante... hasta lo de

Oliver. Fue el miembro del Consejo que dio con ella durante la Gran Desaparición.

Veda se coge la cabeza con las manos.

—El sanador Lawson...

—Murió sin saber...

Ella levanta la vista de golpe, se pasa una mano por la cara, pero le resulta imposible borrar los recuerdos.

—Él sabía quién lo mató y por qué. Intenté...

—Lo sé.

—¿Qué pasó después? —inquiere Hiram.

—Seguimos suplicando a la FCD que nos ayudara a localizarla, pero se negaron. Las víctimas eran miembros del Consejo que habían participado en su captura y en la ejecución de su castigo tras la Gran Desaparición. Se trata de una venganza. Fueron necesarios cuatro asesinatos para atraer la atención de los medios lo suficiente para obligarlos a asignarle el caso a alguien. La cosa se enfrió hasta que los investigadores Sallant y Padillo se involucraron.

—Pero no los han ayudado en ningún momento —la acusa Hiram —. Tenían que haberles contado la verdad.

—¿Por qué íbamos a hacerlo? —responde Ruth con frialdad—. No podíamos confiar en que nos protegieran entonces, y tampoco podemos hacerlo ahora.

—¿En serio creyeron que dispersarse era lo mejor?

—En ese momento, sí, pero algunos nos reunimos. La unión hace la fuerza, o eso creímos después de que los dos siguientes fueran asesinados mientras estaban solos. Fue entonces cuando comprendimos que Ariadne estaba utilizando el Registro para darnos caza. Controla cada uno de nuestros movimientos. Incluso ahora, somos blancos fáciles.

A Veda le late con fuerza la cabeza, pero Hiram es implacable en su búsqueda de información.

—¿Y los lirios araña?

—Averiguamos lo de los lirios cuando el investigador Sallant empezó a dejarse caer, a reunirse con nosotros y a darnos información. En enero empezaron a aparecer en el bosque detrás de mi casa. Lirios araña reales, no los que ella crea con magia omnipotente.

Como los que Veda vio en el bosque.

—Ahora sé que eran una advertencia.

—¿Y Grace Fowler? —quiere saber Hiram—. ¿Cómo encaja en todo esto?

—Ella no tuvo nada que ver con el castigo de Ariadne, pero un miembro del Consejo de Oráculos de Nueva York era amigo suyo y nos contó que Grace tenía una amiga eclipsada a la que había conocido cuando trabajaba en su programa de sensibilización unos nueve años antes. No sabía cómo se llamaba, pero su descripción encaja con Ariadne. Es todo cuanto sé.

Hiram se retrepa.

—No tiene sentido. ¿Por qué mató a Grace? ¿Por qué plantó lirios araña reales? ¿Por qué dejó los lirios de magia omnipotente para Veda en el aparcamiento? Y unas semanas más tarde mata a Lucinda. No mucho después ataca a Moab, pero él consigue escapar. Las fechas no tienen sentido para ser tan metódica... ¿Cuántos miembros del Consejo original quedan?

—Moab y yo somos los últimos.

—Y va a por Veda —observa Hiram, y la mira—. Ha de tener por fuerza el colgante embaucador. Grace perdió el suyo hace más o menos nueve años. Apuesto a que se lo robó ella. Grace confiaba en todo el mundo, hasta cierto punto. Probablemente gracias al

colgante se acercase a Moab, suplantando a su hija. Everett la descubrió...

—Me dijo que Vio su verdadera cara y ella le lanzó una maldición que lo haría enloquecer si intentaba contar la verdad. —Aunque sus emociones siguen revueltas, Veda le cuenta a Ruth lo del anagrama de Everett, el ataque y lo que le pasó a su amuleto. La vidente alarga la mano para reconfortarla, pero ella la rehúye—. Durante todo este tiempo has sabido que había sido ella la que me había lanzado la maldición.

Su silencio se lo confirma.

—Habría muerto en cuanto te hubiese dado tan siquiera una pista. Lo siento mucho. Todo.

Veda entiende que había muchas cosas que no estaban en manos de Ruth, pero así y todo no es capaz de tragarse la amarga desconfianza y la ira que tiene anudadas en la garganta.

—¿Qué hay del *Sight Unseen*? —inquiere Hiram—. Sabemos que mi tío se quería servir de él para apropiarse de la Visión. ¿Es posible?

—Lo es. Sospechamos que Ariadne lo ha estado utilizando sobre todos aquellos a los que ataca: les roba la Visión cuando mueren y encubre las huellas del ritual con una maldición debilitante. —Ruth mira a su alrededor con urgencia antes de inclinarse más hacia ellos —. Pero hay una cosa que al parecer nadie ha descubierto todavía: lo ha estado haciendo mal.

20



Después de que Ruth se vaya discretamente, Veda se queda mirando por la ventana; se seca deprisa los ojos cuando Hiram se une a ella.

—Le diré a Jadiya que la lleve a casa.

Pierde el aplomo y musita:

—Gracias.

Es lo último que se dicen. Hiram le indica a Jadiya la sala en la que se encuentra Veda y va a buscar a Antaris antes de que haya terminado el relato. La desilusión que se lleva el niño al ver que su tutora se marcha antes de lo previsto se desvanece deprisa cuando ella le regala una sonrisa cansada y le signa «mañana». Pasan el resto de la tarde comiendo pizza y viendo dibujos animados. Antaris se queda dormido antes de que termine el segundo capítulo. Después de arroparlo, Hiram va a su habitación para una noche de sueño a trompicones.



Son las diez de la mañana, pero Hiram lleva horas despierto. En lugar de cocinar, decide sorprender a Antaris llevándolo a desayunar a El Cactus Torcido. En cuanto el niño le signa «beicon, por favor» a Hiram cuando este está pidiendo, Cathy, la camarera, se desvive por él y le enseña los signos de distintas cosas de la carta que practican mientras ella toma nota de la comanda. El desayuno de Antaris le sale gratis, porque a Cathy el niño le recuerda a su nieta sorda. Hiram le deja una propina en la mesa y el pequeño escribe «gracias» al dorso de la cuenta con su desigual letra.

No tienen planes, pero esto cambia cuando una furgoneta conocida se incorpora a la carretera remolcando una moto todavía más conocida. Veda está en el arcén, con un nuevo móvil pegado a la oreja. Tiene que mirar dos veces cuando lo ve, cuelga poniendo los ojos en blanco y se acerca al lado del acompañante cuando él se detiene. Que le sonría a Antaris es algo habitual, pero la mirada que le dirige a Hiram es menos fría que de costumbre. Un avance.

—Peter acaba de irse. Va a dejar mi moto en el taller. No arrancaba. Mi lector de impronta no funciona.

—¿Por qué no la ha llevado a casa? —inquiere Hiram. Alrededor no hay nada salvo árboles que bordean la carretera.

—Estoy en casa. —Cuando Antaris y él intercambian miradas escépticas, ella sacude la cabeza—. El camino de entrada no se ve desde la carretera, está oculto por medio de magia ilusoria para proteger la cabaña de miradas curiosas. Está a alrededor de un kilómetro y medio en el bosque.

El niño mira hacia la línea de árboles entornando los ojos. Está claro que quiere ver dónde vive Veda, y ella lo sabe. Sorprende a Hiram subiendo al asiento del acompañante y cerrando la puerta. Con los ojos cerrados, ahueca las manos y frunce el ceño en señal de concentración hasta que un orbe azul se materializa ante ella. Alarmado, Hiram selecciona la posición P, preparado por si los efectos de la magia la golpean con fuerza.

—No tiene amuleto —le recuerda.

—Lo pagué hace años —explica Veda mientras el orbe flota hasta Antaris—. Leerá y almacenará tu impronta cuando lo toques y te permitirá ver más allá del espejismo.

La confianza que el pequeño tiene en Veda se ve en que no titubea. La sensación hace que suelte una risita. Hiram se alegra de haber aparcado el coche, porque pega un respingo con el sonido.

—¿Cosquillas?

Su hijo hace un gesto afirmativo, una nota de color le tiñe las mejillas.

La sonrisa de Hiram se esfuma cuando el orbe flota hacia él.

—¿Está segura? —le pregunta a Veda, al comprender la importancia de lo que le ofrece.

—No del todo, pero sé que no me hará daño.

—Por supuesto que no. —La mira a los ojos al tocarlo. Una sensación de calor se propaga por la yema de sus dedos y los árboles empiezan a desvanecerse, dejando a la vista un camino de acceso tras ella.

—*Reserare* es el encantamiento para abrir el camino cuando yo no esté. Adelante.

Hiram enfila el estrecho camino.

«Aislada» es la primera palabra que le viene a la cabeza. El bosque es denso a ambos lados del camino de tierra, se vuelve más

poblado en algunas partes, menos en otras. Algunos animales salen corriendo junto al coche, pero ninguno se acerca demasiado. Al cabo, los árboles se abren y dejan a la vista la cabaña.

—No hay mucho que ver —afirma ella mientras salen del vehículo.

Antaris se coge de la mano de Veda, deseoso de ver todo lo que ella le enseña, del talismán de la puerta a la terraza acristalada. Repara en el farol, que está suspendido sobre su cama, y en los libros de lengua de signos que ocupan la mesita de centro. Mientras el niño y su padre miran desde la ventana el bosque que se alza detrás de la casa, Veda se detiene al lado de Hiram.

—Si me perdiera y encontrara este sitio, nunca imaginaría que es suyo —le comenta él en voz baja.

—Eso es lo que pretendo —contesta ella con sinceridad.

Antaris ve las hierbas aromáticas en la cocina y las señala. Algunos tallos son demasiado largos y otros, demasiado finos: están marchitándose.

—Ah, ya. Se quedaron un poco desatendidas cuando me lastimé la mano. Te las puedes quedar, si las quieres. Tu padre iba a plantar un pequeño huerto para ti en casa: orégano, menta, eneldo, tomillo, cilantro, romero. Esas son perfectas.

Hiram aprecia el regalo, pero le disgusta ver que Veda se está desprendiendo de una cosa más.

—Las puede compartir con nosotros —se apresura a sugerir—. Nosotros ponemos el espacio y usted nos ayuda a mantenerlas vivas. —Mueve los dedos—. Ya sabe que no tengo mano para las plantas.

Ella se queda mirándolo más tiempo del que resulta apropiado.

—Creo que tengo un bancal elevado de cedro de más que construí para el invernadero y no llegué a utilizar.

El pequeño va con ella a buscarlo y, al poco, el bancal está en el maletero del coche de Hiram y los tres se dirigen al invernadero para coger tierra. Veda tarda una hora en mezclarlo todo y explicar cada cosa a un intrigado Antaris. Por último, van a casa de Hiram y empiezan a trabajar en el bancal con los graznidos de los patos del lago como ruido de fondo. Hiram los deja para preparar *pastitsio* a modo de agradecimiento.

Las ventanas están abiertas. El sol brilla. Los ve fuera mientras cocina. Antaris, subido a su taburete con unos guantes que Veda ha cogido del invernadero, blande una pequeña pala. A juzgar por su aspecto, en el bancal habrá espacio para plantar más hierbas aromáticas. Estaría bien tener salvia. Y también cebollino y albahaca.

Y que Veda estuviese allí para plantarlas sería todavía mejor.

Como si oyese su nombre en los pensamientos de Hiram, ella se vuelve, lo mira. Enarca una ceja. Él tiene que dejar de pensar esas cosas, de lo contrario podría hacer algo que ponga en peligro la endeble confianza que han forjado. Y eso sería una gran estupidez.

Hiram suelta un taco en la desierta cocina mientras el agua rompe a hervir.



Antaris se queda dormido después de cenar, antes de que pueda salir a dar su paseo. Hiram lo lleva a la cama y, cuando vuelve, ve a Veda con una copa de vino.

—Peter ha dicho que se pasaría para llevarme a casa. Tendré la moto lista dentro de dos días.

Hiram no puede admitir que no quiere que se vaya, así que asiente.

—Gracias otra vez por poner en marcha el huerto.

—Las plantas estarán mejor aquí que en mi cocina. Solo las tenía porque me recordaban a casa. Mi madre tenía un huerto de hierbas aromáticas. Siempre me ha encantado cómo huelen. Me resulta reconfortante.

El suave maullido del gato hace que Hiram suspire.

—Se comporta como si nadie le diera de comer nunca.

—¿No le gustan los animales?

—Los gatos no están mal, aunque por su culpa me pica la cara. Tengo una lista de animales a los que no respeto.

—¿A los que no respeta? —Veda se aguanta la risa—. Venga, dígame los tres que encabezan esa lista y por qué.

—Las orcas son abusonas, los mosquitos son un incordio y los hipopótamos son engañosos —responde, sin dudar, Hiram. E inclinándose más hacia ella añade—: Y no, no le pienso dar una explicación.

Ella lo mira con cara inexpresiva y rompe a reír. Él sonríe al oír su risa. En el trato que le dispensa Veda hay menos odio y más tolerancia, lo que hace que Hiram se pregunte cuánto más podrá seguir influyendo en su opinión.

Cuando se desplaza para tenerla enfrente, ve que su risa se desvanece, su semblante inescrutable regresa. Veda consulta el reloj, coge la copa, que casi se ha terminado, y tuerce el gesto. Hiram teme que se vaya a esperar a la puerta a Peter o a ver las hierbas que ha plantado, pero ella se apoya en el borde de la isla y le pregunta:

—¿Qué hace cuando Antaris se va a la cama?

Tarda en contestar.

—Leer, sobre todo. Libros o trabajos de investigación. ¿Por qué?

—Por darle conversación, de lo contrario estaremos callados hasta que llegue Peter. Dígame, ¿tiene alguna afición?

—No muchas, nunca he tenido tiempo, o días o noches tranquilas. A veces termino cosas que he descuidado, preparo lo del día siguiente o limpio. O Peter se pasa a tomar unas cervezas.

—¿Alguna vez deja de moverse?

—No —afirma él—. Si lo hago, todo lo que mantengo en equilibrio se caerá.

Veda cierra los ojos.

—A veces yo también me siento así. Si paro, el hechizo se debilitará y la maldición Sanguis me consumirá.

—¿Es dolorosa?

—Cuando me descuido y no como lo que debo para mantener mis niveles de energía. Es peor cuando no voy a nadar a Nénuphar.

—O sea..., a menudo.

Veda pone los ojos en blanco.

—Habla como Jadiya.

—Qué curioso que esto sea lo único en lo que coincidimos.

—Ya, bueno, resulta que a ella le importa, mientras que en su caso... no sé muy bien qué está haciendo, la verdad.

—Cumpliendo mi palabra. —Porque lo quiere hacer. Y quizá para demostrar que es capaz de hacerlo.

—No tiene por qué. —El leve ceño fruncido de Veda se borra cuando coge al gatito maullador.

—Quiero hacerlo —responde él.

—No siempre obtenemos lo que queremos.

—Lo sé, pero soy paciente y estoy dispuesto a esperar por lo que quiero.

—¿Que es...?

—Todo o nada. No me conformaré con medias tintas ni suplicaré unas migajas.

Por costumbre, Hiram lleva años solo. Pero no se siente solo, que es distinto. No le importa estar solo, pero a veces quiere más. Cada día tiene más claro que ese más que desea es ella.

Los muros que ha levantado Veda a su alrededor quizá impidan que entre el sol, pero se siente más sola de lo que es consciente y más vulnerable de lo que admitirá nunca. Su reacción de lucha o huida es parecida a la de él, y probablemente ese sea el motivo por el que puede ver las grietas en su fachada. Veda puede fingir y evitar la realidad, pero Hiram se pregunta si en el fondo querrá lo que quiere todo el mundo, incluido él.

Conexión humana genuina.

Hiram enciende el televisor para tener ruido de fondo y se sienta en el sofá junto a ella, que le dirige una mirada penetrante, pero no le pide que se aparte. El gatito se inclina hacia él, le da con una pata. Veda le rasca detrás de la oreja, deja de hacerlo cuando empiezan las noticias.

«Buenas noches. Están viendo Friday Night News. Soy Finn Clark y tenemos una noticia de última hora. La FCD ha informado hoy de la existencia de un asesino en serie. Conocido como el Botanista, se ha cobrado ya doce vidas, todas de la comunidad de videntes, y ahora constituye un peligro para todo el mundo. Les rogamos estén atentos a...».

En la pantalla aparece una fotografía del doctor Simpson. Veda suelta un taco, e Hiram comparte el sentimiento.

«... esta persona, el doctor Everett Simpson, un vidente que trabaja de veterinario en la Academia Weston, a las afueras de Proventia, y del que se sospecha que podría estar implicado en los crímenes. No se enfrenten a él. Se considera peligroso. Si tienen

alguna información, pónganse en contacto con el Departamento de Investigadores de la FCD».

No mencionan la maldición que pesa sobre Everett.

—No me puedo creer que le acusen de ser sospechoso —musita Veda, más para sí—. Mierda, esto va a poner en el punto de mira a todos los videntes. Padres del colegio. Alumnos.

Hiram apaga el volumen del televisor. En el silencio hay una tensión que no tiene nada que ver con ellos. Veda llama a Peter, pero no se lo coge.

—Es probable que se retrase. Siento las molestias.

—No es ninguna molestia. Pero, si lo prefiere, la puedo llevar yo a casa.

—No quiero despertar a Antaris.

—Entonces se puede quedar aquí. Yo dormiré en el sofá y la llevaré a casa por la mañana.

La mirada que ella le dirige es fugaz.

—De acuerdo.

Hiram no está seguro de cuándo se queda dormida Veda, probablemente mientras él está leyendo y ella acariciando al gatito. La coge en brazos, la lleva a su habitación, la tiende en la cama y le quita las botas sin despertarla. Está dormida como un tronco. Resulta extraño, en alguien tan paranoico. A Hiram le gusta que en su habitación no haga mucho calor por la noche, así que la tapa con una manta, coge ropa para cambiarse y se mete en la ducha. Cuando termina, va a ver a Antaris. El gatito ha vuelto a su cama y el farol emite una luz suave. Tras echar una ojeada a Veda, que sigue dormida, Hiram coge una manta y una almohada y se acomoda en el sofá con un libro, demasiado nervioso para dormir.

Sin embargo, esa noche se respira algo distinto en el aire. Sereno. Constante. Llueve y truena. La casa está caliente. Llena. Viva. El

suspiro de la Tierra arrulla a Hiram hasta que se queda dormido.

21



Veda no recuerda haberse quedado dormida. Cuando abre los ojos, falta poco para que amanezca. La luz pinta el horizonte y el firmamento se ha quedado solo, las estrellas se han escondido con la llegada del nuevo día. Todavía grogui, tarda un minuto en darse cuenta de que no está en su cama, ni en su casa.

Eso hace que se despabile de golpe y porrazo.

La habitación parece diseñada por un profesional, de los muebles de roble a los toques en blanco y negro. No hay plantas ni trastos innecesarios. Unos libros apilados en orden en la mesita de noche de la derecha llaman su atención: clásicos, al parecer, y un libro de lengua de signos.

Un dormitorio puede revelar muchas cosas de una persona, pero la confesión de Hiram de que este no es un hogar que tenga pensado mantener hace que ella se pregunte si de verdad Hiram es esto o solo la persona que finge ser. Lo que no significa que Veda haya pasado un solo minuto pensando en él más allá de catalogar el desdén que le inspira.

Una pequeña parte de ella admite que eso es mentira.

La sinceridad la incomoda. Le exige vulnerabilidad, entraña un riesgo de rechazo y socava su falsa sensación de competencia. Cada vez que habla con él, puede achacar la facilidad con que deja salir la verdad a algo simple y sin embargo complejo: Veda ya no puede pasar por alto la humanidad de un hombre. ¿En qué posición la deja eso? No lo sabe, pero abre la puerta para averiguarlo.

Camina por el pasillo sin hacer ruido, poniendo buen cuidado en no despertar a nadie. Hay una manta y una almohada dobladas y apiladas en el sofá, las únicas señales de que Hiram ha dormido allí. Ahora, sin embargo, está en la cocina, con el móvil pegado a la oreja, hablando en voz baja. La mayoría de las veces las mangas largas y los pantalones de vestir ocultan lo que esta mañana queda a la vista en la comodidad de su casa. Lleva un pantalón de chándal gris y una camiseta blanca, y sus tatuajes le recuerdan a Veda que es más que la imagen en blanco y negro que muestra. Su mirada se detiene en la réplica de su amuleto. No se le escapa lo irónico que resulta que su único recuerdo sentimental esté tatuado en la piel de Hiram.

—Gracias, John, se lo haré saber. —Cuelga y se vuelve—. Se ha despertado.

—Sí, pero no se preocupe. No he oído casi nada de su conversación.

—Estaba hablando con el padrastro de Grace —le cuenta—. ¿Se encuentra bien?

—Podría haberme dejado donde me quedé dormida.

—¿En el sofá? —Hiram cruza los brazos.

—Sí.

Él arquea una ceja y le dirige una mirada que no necesita respuesta. Veda intenta no pensar en el hecho de que la llevase en brazos a la cama, le quitara las botas y la arropase. Tiene el sueño

ligero desde siempre. Debía de estar agotada, porque no se ha despertado ni una sola vez.

—¿Antaris todavía está dormido? —cambia de tema.

—Se levantará dentro de una hora. El gato sin nombre está aletargado después de todo lo que le he dado de comer para que dejara de maullar. —En efecto, el gatito está aovillado en su pequeña zona de juegos. Hiram ya está preparando el desayuno de ellos tres. El sonido del talismán le arranca una expresión de perplejidad antes de disculparse para ir a abrir—. ¿Qué estás haciendo aquí?

El gélido saludo hace que Veda enfile con sigilo el pasillo hasta el recibidor, donde un furioso Hiram está hablando con un hombre más alto y mayor que él.

—¿Qué parte de que me dejarais en paz no entendiste? Mamá...

—Tu madre no sabe que estoy aquí.

Veda sabe más cosas de Barrett Ellis de las que querría, pero esta es la primera vez que lo ve en persona. Hiram tiene sus ojos.

—Hiram... —Barrett suena como alguien que quemaría una casa y afirmaría no entender por qué su propietario está enfadado—. He venido para hablar de ti.

—No sabía que hablar fuera tu fuerte.

—No lo es, pero tenías razón. Con lo que dijiste hace semanas. He hecho la vista gorda con muchas cosas, y estoy cansado de guardar los secretos de todo el mundo. ¿Has echado un vistazo a las cajas? ¿Has visto lo que contienen?

Si Hiram siente algo al oír el comentario, no permite que se le note.

—Sí.

—La fotografía...

—¿Fue cosa tuya? —Se estremece—. ¿Qué sabes de este asunto?

—Llevo intentando hablar contigo desde que te involucraste en esto...

—Un hombre que ha hecho carrera gracias a la oratoria no es capaz de hablar con su propio hijo. —Hiram ríe con amargura—. La ironía es asombrosa.

—Lo sé...

La bota de Veda chirria en la madera y ambos hombres se vuelven hacia ella.

—Perdón, estaba...

—¿Y usted es...? —inquiere Barrett, mirando a uno y a otro.

—Veda Thorne. —No hace ademán de ir a darle la mano.

Barrett la señala y señala a su hijo.

—¿Estáis juntos?

Veda se queda demasiado estupefacta para reaccionar debidamente. Hiram permanece impasible.

—¿Qué me querías decir de la foto?

—Deberíamos hablar dentro.

Se acomodan en el salón principal, esperando en silencio hasta que su padre finalmente dice:

—Sé más del caso del Botanista de lo que he admitido. El Botanista es una mujer...

—Ariadne Byers.

Su padre parece sorprendido.

—¿Lo sabéis?

—Hemos hablado con un miembro del Consejo de Oráculos, sí. Nos lo ha contado todo —responde Veda, y el estómago se le revuelve.

Barrett se centra en Hiram.

—¿Os lo ha contado? Lo que, por fuerza, significa que el juramento...

—Se ha roto. —Hiram termina la frase por él.

Su padre parece aliviado.

—Ahora entenderás, entonces, por qué tu abuelo ocultó la noticia.

Veda no esperaba oír esa revelación. Sus ojos, muy abiertos, buscan a Hiram, ve que tiene el ceño fruncido.

—¿Por qué haría tal cosa? Ariadne...

—Es tu prima. Es hija de Phillip. No oficialmente (él jamás admitiría ser el padre de una vidente), pero era algo que se sabría en cuanto ella empezase a hablar. La familia lo rechazaría, se apartaría de él. Nos haría quedar mal.

El abatimiento se apodera de Hiram. Inunda la habitación, tira de las emociones de Veda y regatea con su empatía, pero eso no le impide soltar lo que piensa, sin filtros:

—Una grandísima cagada.

—Creía que lo habíais descubierto.

—No la parte relativa a por qué querías que me quedara al margen. Gracias por las pruebas. Arrojan mucha luz sobre nuestra familia de tarados —responde Hiram con frialdad—. ¿Quién es su madre?

—Una de las... No sé cómo llamarlas, pero Phillip ha engendrado más hijos de los que puedo contar debido a su obsesión por tener un vástago vidente. Cuando descubrió que Ariadne manifestó la Visión, se enfrentó a su madre por la custodia y ganó; después la llevó al internado, le dijo que era su padre y la convirtió en la estrella de sus casos prácticos. De ella es de quien se habla en los documentos. Cuando la cogieron después de que provocara la Gran Desaparición, Phillip no la reconoció como hija suya y tu abuelo lideró el encubrimiento. Todos nosotros prestamos el juramento para mantenerlo en secreto. Yo oculté el rastro de los estudios que se habían realizado con ella y cargué con la verdad en silencio. Mi

jubilación no fue un accidente, sino una decisión propia. Pensaba que todo había terminado hasta que Phillip me contó la verdad en abril, incluido...

—¿El hecho de que Ariadne es la persona cuya Visión quería robar?

Barrett hace un gesto afirmativo.

—Y ¿qué se supone que debo hacer con esto?

—Lo que quieras. Airearlo a los medios. A mí ya no me importa. Llevo años encubriéndolo y me niego a protegerlo más.

El talismán suena de nuevo.

Veda pega un respingo e Hiram suelta un taco, pero la bravuconería abandona el rostro de Barrett y deja en él una expresión de terror absoluto. Esta vez, cuando Hiram abre la puerta, Veda está detrás; ambos se relajan al ver a Jadiya, que no parece nada contenta de estar ahí. Ve tras él a Veda y sus ojos se entornan con curiosidad. Hablarán más tarde, Veda está segura de eso, pero su amiga se dirige a Hiram:

—Peter está con mi tío, he venido a hacer de niñera.

—¿Qué?

A Hiram le suena el teléfono. Aprieta los dientes antes de cogerlo. Lo que sea que le dicen hace que se ponga serio en el acto. Se aparta para dejar pasar a Jadiya.

—Por lo visto, sí que necesito una niñera.

—¿Qué pasa? —pregunta Veda.

—Tenemos que irnos —le urge él—. La buena noticia es que han visto a Everett cerca del colegio; la mala, que Ariadne ha matado a Moab.

Veda siente náuseas al pensar en la familia del vidente. Esto los cambiará para siempre.

—Tienes que irte —es lo primero que Hiram le dice a su padre cuando vuelven al salón principal.

La tensión se dispara cuando Jadiya da la vuelta a la esquina y lo ve.

—Pero ¿qué...?

—Ya me marcho. —Barrett se levanta, pero antes de irse vuelve la cabeza, no hacia Hiram, sino hacia Jadiya—: Dígale a su tío que siento no haberlo defendido nunca.

Todo el mundo se queda atónito cuando la puerta se cierra después de que salga.



Hiram arranca el coche y enfila el camino de acceso. Realizan el trayecto en silencio, tensos e incómodos. Para sorpresa de Veda, es él quien lo rompe.

—Tenía prevista una mañana más relajada. Lo siento.

—No me debe ninguna disculpa. —Vuelve a mirar por la ventanilla, pensando en lo que ha presenciado antes de marcharse: Hiram prometiéndole a un adormilado Antaris que iba a volver—. ¿Le dice que va a volver todas las veces?

—Sí. Lo reconforta.

Veda lo entiende.

—Admitiré que me ha sorprendido cómo ha reaccionado al conocer a mi padre.

—Ha sido un ejercicio de control —responde ella, inexpresiva.

—Me choca que sepa lo que es eso —replica Hiram, tenso pero juguetón.

Ella pone los ojos en blanco.

—Tampoco me pareció que fuese apropiado insultar a su padre sin saber si Antaris estaba despierto y aún en su habitación. He hecho eso mismo con usted: nunca he hablado mal de usted delante de él. Incluso yo tengo mis límites.

—Gracias.

Veda lo mira de soslayo.

—¿Está bien después de lo que acaba de averiguar?

—¿Lo estaba usted después de hablar con Ruth? —le pregunta directamente.

—*Touché*. —Veda ha estado rumiando la nueva información y dista mucho de estar bien. Ruth la ha llamado dos veces desde que hablaron, pero ella no ha sido capaz de cogerle el teléfono. Everly le ha enviado un mensaje que no ha tenido el valor de leer.

Cuando entran en el aparcamiento de la Academia Weston, hay dos coches aparcados fuera. Se bajan, echan un vistazo y algo... no cuadra. Está demasiado tranquilo. Hiram parece a punto de que le den arcadas cuando echa a andar hacia la puerta principal.

—La magia es acre.

Veda le agarra el brazo y tira de él en dirección contraria. Hay una barrera a un lado que desaparece cuando ellos entran. Han salido lirios araña por todas partes. Su extraña forma de moverse, de no mecerse con el viento, demuestra que no son auténticos, sino creaciones de la magia omnipotente.

Ella se detiene y salva el primero con nerviosismo.

—Sígame —la insta Hiram.

Menos cauto, pero más observador, camina delante, poniendo buen cuidado en quedarse quieto después de cada paso que da. Vuelve la cabeza dos veces. La primera ve que Veda se obstina en ir por donde ella quiere por la hierba. La segunda sigue sus pisadas.

Más adelante, Marlene está organizando todo lo necesario para efectuar un análisis y Gabriel y Francisco se hallan en medio de la pradera, cerca del cuerpo de Moab, que está cubierto por una sábana blanca.

—¿Dónde habéis buscado a Everett? —pregunta Veda.

—En el invernadero y en el establo —contesta Francisco—. Hemos visto señales de que ha pasado algún tiempo viviendo con los caballos. No sabemos cuánto. Hemos solicitado refuerzos para que peinen el bosque, pero en la oficina se ha ido todo a la mierda. Nuestro topo ha abierto la caja de Pandora. Hay tantos agentes sancionados con tareas administrativas por mala praxis que ahora nos encontramos con un problema de falta de personal.

—También tenemos otro problema —anuncia Hiram, deteniendo la conversación.

—Ariadne Byers es quien causó la Gran Desaparición —dice Veda tomando el relevo—, la persona que me lanzó la maldición, posiblemente amiga de Grace, y la Botanista. Puede adoptar la forma de cualquiera y participó de buena gana en los estudios de maldiciones que dirigía el tío de Hiram. Ah, y es su prima. —Se vuelve hacia él—. ¿Más o menos?

—Sí.

—Ay, cosmos mío —farfulla Francisco.

—¿Qué más sabemos? —inquiere Gabriel.

—Pues que nada puede ocultar las marcas de una maldición, ni siquiera los colgantes embaucadores. —Hiram se da unos toquecitos con el dedo en el mentón—. Así que estamos buscando a alguien que tiene una marca debido a que la maldición que lanzó sobre la sangre de Veda también afectó a su propia sangre accidentalmente.

—Hablando de embaucadores: Everett dijo que los embaucadores vuelan —menciona Veda—. Quizá estuviese siendo literal. Los únicos

pájaros embaucadores que me vienen a la cabeza son el cenzontle, que imita sonidos del entorno; o el arrendajo azul, que imita las llamadas del halcón.

Marlene se acerca, su colgante oscila.

—Todo listo para realizar la prueba.

Un toque fortuito hace que a Veda se le nuble la vista, los rasgos de Marlene se distorsionan antes de volverse nítidos. Profiere tal grito ahogado que se atraganta.

—¿Estás bien? —le pregunta la analista forense con cara de preocupación.

Tras dar un gran paso hacia atrás, Veda responde:

—Tú no eres Marlene.

El silencio los aplasta como si de una fuerza física se tratase.

La suplantadora ladea la cabeza, a su rostro asoma una expresión de perplejidad.

—Desde luego que lo soy.

—No, no lo eres. —Veda se abalanza hacia delante y le arrebata el colgante de un fuerte tirón. El arrendajo azul se convierte en un zorro mientras el cielo se oscurece y se torna gris, después negro. Una niebla oscura asciende de la tierra al mismo tiempo que los rasgos de Marlene se desdibujan y concentran, se estiran y encogen, se distorsionan y contraen. La ropa ahora le queda más holgada, el pelo es más largo, pasa de negro a castaño, las extremidades se le acortan. Su piel morena intensa se torna clara.

Veda nota una sacudida, después un tirón y el colgante sale volando de su mano y lo aprisiona un puño pequeño, de cuidadas uñas. Marlene ha desaparecido. En su lugar está la persona a la que han estado buscando durante todo este tiempo.

Ariadne.

Los ojos castaños se transforman en un azul gélido, mate.

—No es exactamente la revelación que tenía en mente, pero qué se le va a hacer.

Las palabras de la mujer rezuman un poder desenfrenado, que se propaga como un virus que lo infecta todo a su paso. Hiram aparta a Veda de un tirón que la hace tambalearse, pero no resulta herida.

Un haz negro alcanza en el estómago a Francisco, que abre los ojos como platos. Con el rostro desencajado por el dolor, se lleva las manos al pecho y cae de rodillas sangrando por unas heridas que van abriéndosele velozmente.

—Llevo meses queriendo hacer esto. Que empiece la fiesta.

El mundo no es más que un estallido de luz cegadora.

22



La presión oprime violentamente la cabeza de Hiram mientras el olor de la magia pasa de acre a ozono. Con un ruido seco, el sonido inunda su consciencia, su vista cobra nitidez. Corre a ver cómo está todo el mundo. Primero oye los broncos jadeos de Francisco, después los gritos de pánico de Gabriel, que pide refuerzos a escasa distancia. Veda está...

Sola. Petrificada, perdida en un sueño.

Ariadne está de rodillas, derribada momentáneamente por la fuerza de su hechizo. Levanta la cabeza de golpe. Hiram ha salido corriendo antes de que se diera cuenta, saca del trance a Veda cuando la rodea con sus brazos y la lleva detrás de un árbol cercano al tiempo que lanza el primer hechizo protector que se le ocurre. A una palmada de Ariadne, su magia desenfrenada consume el hechizo, que cae como una lluvia de ceniza sobre la hierba.

—Hola, primito —dice la mujer sonriéndole.

Veda alarga un brazo para tocar la base del árbol y musita:

—*Impetum*.

Las hojas se tornan cuchillas que se abaten sobre Ariadne. Veda se desploma profiriendo un grito, está pagando un alto precio por el hechizo. Hiram reacciona instintivamente e invoca un ciclón que envuelve a su prima, ganando así tiempo para levantar a Veda. Necesitan salir de allí echando leches.

—¡Vamos!

Corren con Gabriel, que está inclinado sobre Francisco. Tiene sangre en la cara y las manos de intentar detener la hemorragia. Veda se arrodilla a su lado. Francisco respira, a duras penas.

—Hiram, Veda, encargaos de esto —les pide Gabriel—. Yo...

—Tú ¿qué? —Hiram le mira como si hubiese perdido la cabeza—. ¿Te enfrentarás a ella solo?

El suelo tiembla cuando el tornado despide chispas y se divide, ya no obedece a Hiram. Ariadne lo atraviesa, sangrando de numerosos cortes. Su rostro cambia para adoptar el de una rubia a la que conocen: Seren.

—Hola.

—Mierda —gruñe Gabriel—. Ella también no.

—Sí, ella también —se burla Ariadne.

—Este sería un momento excelente para poseer magia ilimitada —dice Hiram.

Es evidente que Veda está aturdida, tarda un minuto más en lanzar un hechizo que hace que un familiar rayo ilumine el cielo. Golpea un árbol, lo parte por la mitad. Hiram contiene el aliento, pensando que caerá donde debe, pero Ariadne extiende las manos.

Una onda expansiva los arrolla, los hace caer de rodillas a todos. El árbol se fragmenta en miles de astillas que flotan en animación suspendida.

—Qué monada. —La sonrisa de la Botanista ahora es demencial—. Me toca.

Hiram tira de Veda hacia él cuando una letal bola de fuego le pasa rozando la cabeza. Calcula mal y ella se le cae encima, le clava un codo en las costillas. Otra maldición sobrevuela sus cabezas. Una tercera se estrella contra el suelo, al cielo salen despedidos pedazos de hierba y tierra. Hiram logra protegerlos a tiempo, su amuleto irradia una luz verde mientras los restos rebotan en la cúpula con la que los ha cubierto.

Están perdidos.

Hiram busca con la mirada a Gabriel, que se mueve en el suelo, claramente dolorido. Tiene un corte en la cabeza, pero continúa pronunciando hechizos sanadores para Francisco. La cúpula se extiende también sobre ellos dos.

—¿Cuánto aguantará este escudo? —pregunta el investigador mientras Ariadne trata de hacerlo pedazos lanzando hechizos de uno en uno.

—Dos minutos, quizá tres. —Una luz estalla contra un lateral. El escudo se sacude, pero resiste. Hiram hace una mueca de dolor—. O menos.

—Mierda. Todo el mundo está a por lo menos diez minutos. —Gabriel entra en pánico cuando su compañero deja de moverse—. ¡Francisco!

Veda es como un ciervo delante de unos faros, pero logra salir de su estupor.

—Un... conjuro cauterizador. *Kauter*. Aguantará lo que haga falta. No entraña un gran riesgo.

Gabriel asiente, atontado, mientras musita el encantamiento.

—¡Ha funcionado!

Otro destello de luz choca contra el escudo. Después un tercero.

Hiram escudriña el lugar, pero no logra ver a Ariadne. Lanza un hechizo para que Gabriel pueda coger a Francisco como si no pesase

más que una caja de camisas, pero su amuleto no absorbe todas las consecuencias. Lo que queda es una sacudida eléctrica que le produce un dolor de mil demonios cuando le sube por los brazos. Vale la pena al ver que el investigador levanta a su compañero, listo para salir corriendo con él en cuanto sea seguro.

—El invernadero —sugiere Veda—. Se construyó para que soportase una tormenta.

Y tienen encima una.

—Ninguno de nosotros se puede enfrentar solo a ella —afirma con gravedad mientras señala el escudo—. Cuando caiga, Ariadne acabará con todos nosotros.

Veda habla como si estuviese en un sueño. O en una pesadilla. La cúpula se resquebraja, cae a su alrededor. Los árboles se ven arrancados violentamente de la tierra, flotan en el cielo.

A través de la niebla y el humo, Marlene aparece con el colgante embaucador al cuello. Sus rasgos se desdibujan y toman forma otra vez. Es Seren de nuevo. Después Ariadne. Luego Everett. El rostro de Veda lo sustituye durante una décima de segundo antes de que todos ellos se fundan mientras en su mano nace un blanco abrasador que parece una descarga eléctrica. Poder puro. Hiram no lo puede detener. Se prepara, agarra a Veda, recuerda las promesas que le hizo a Antaris. Se...

Un rayo de oscuridad que golpea a Ariadne en el pecho apaga la luz.

Hiram se vuelve hacia quien ha lanzado la maldición.

Everett grita:

—¡Corran!



El choque de la magia es ensordecedor.

El atronador estruendo sacude el suelo, y la acre punzada de poder le quema la nariz a Hiram como si fuese azufre. Corriendo hacia el invernadero, va justo detrás de Veda cuando Gabriel los adelanta a toda velocidad con Francisco en brazos. Lirios araña estallan en llamas y ceniza bajo sus pies.

Una vez dentro del recinto, cierran de un portazo. Hiram lanza todos los hechizos de bloqueo que conoce para impedir que entre Ariadne, pero parece que Everett la mantiene ocupada fuera. No hay tiempo para echar una ojeada. Gabriel deposita a Francisco en una de las mesas vacías. Está pálido y ensangrentado, su cuerpo tiembla violentamente.

—Siete minutos —informa el investigador con aire sombrío sobre lo lejos que están aún los refuerzos.

Veda se abalanza sobre Francisco, su voz parece entumecida cuando anuncia:

—Va a entrar en shock.

Otra fuerte explosión fuera hace que se quede helada. Un árbol pasa volando sobre el tejado. El viento golpea el cristal. Hiram choca con Veda, que lo mira, sus ojos reflejan un terror que él no ha visto nunca.

—¿Qué necesita Francisco? —le pregunta con voz clara.

—Presión en la herida. Y calor —contesta ella como en trance—. Hay una manta en el armario, junto a la puerta.

Gabriel corre a buscarla. Veda también, vuelve con unas tijeras con las que le corta la camisa a Francisco. No es de extrañar que a

Gabriel le costara sanarlo. Lo que tiene es más que un corte. Es como si Ariadne hubiese cogido un cuchillo y le hubiese grabado un símbolo —una impronta— en el pecho.

—Ahora mismo n-no puedo lanzar ningún hechizo —se lamenta Veda.

—Dime qué tengo que hacer. —Hiram estudia la herida. De partes de ella todavía sale sangre hasta que Veda le indica cómo lanzar el embrujo; su voz se ve acallada por la batalla que se está librando fuera. Gabriel regresa con la manta, y Veda tapa a Francisco y le musita el siguiente hechizo a Hiram para que lo repita y, de ese modo, la manta se caliente. Mientras se recupera despacio de las consecuencias de haber utilizado tanta magia fuera, Veda le toma el pulso al hombre, cierra los ojos, cuenta.

—¿Cuánto falta? —inquiere.

—Cuatro minutos —responde Gabriel.

Un destello de luz lo vuelve todo blanco. Le sigue un silencio ensordecedor.

El cielo se despeja. El sol ha salido. El mundo ha regresado a la normalidad. Pero cuando Gabriel abre la puerta para echar una ojeada, Hiram casi vomita debido al olor a oscuridad. Las náuseas son tales que no se libra, ni siquiera cuando el investigador cierra la puerta tras de sí. No tiene ocasión de recuperarse antes de que Gabriel irrumpa de nuevo.

—Necesito ayuda.

Con Francisco estable y Gabriel debilitado, el cometido recae en Hiram y Veda. A él se le revuelve el estómago cuando sale corriendo detrás de ella, no hacia el cadáver de Moab, sino hacia otra figura tendida en el suelo, retorciéndose de dolor.

La sangre empapa la hierba sobre la que yace Everett. Algo le sobresale del vientre, una piedra con una forma extraña. Hiram no

necesita tener formación médica para saber que no se puede hacer nada.

Everett también lo sabe.

—Por... —logra decir, escupiendo sangre—. Por fin... soy libre. —Se muere, pero su pensamiento es lúcido, agudo. Veda sigue decidida a ayudar, pero él le susurra—. Déjelo.

Veda parece a punto de vomitar.

—Ella... me... me lanzó la maldición. Mis huesos son de piedra.

Hiram no es capaz de imaginar el tremendo dolor al que su cerebro está poniendo freno.

—Aquella... noche. No... era...

—Lo sé. —Le pone una mano en la frente con delicadeza—. Sé que no era usted. Era ella.

—El puente del Dalneau... —musita Everett—. El resto de la verdad... está allí. ¿Logró...?

—Averiguamos lo que ha estado intentando decirnos. No permitiremos que Ariadne se salga con la suya.

El alivio aflora a su rostro y las lágrimas le caen por las mejillas.

—¿Puedo... puedo descansar?

—Sí.

Como si hubiese estado esperando todo ese tiempo a que le diera permiso, la luz de los ojos de Everett se apaga.

23



El mundo gira veloz, pero Veda permanece inmóvil.

Los investigadores peinan cada centímetro del colegio y el bosque circundante. Los analistas forenses preservan todas las pruebas que pueden. Los médicos llevan deprisa a Francisco al hospital. Incluso cuando lo suben a la ambulancia les pide que den con Marlene. La verdadera.

Todo el que pasa le pregunta a Veda si está bien. No lo está.

Una botella de agua aparece en su campo de visión. Está a punto de rechazarla cuando repara en el anillo de ónix. Hiram, con su propia botellita, se sienta a su lado en el borde de la fuente. Tras escupir el primer trago para limpiarse la boca, beben sin hablar, el silencio dura solo lo que dura el agua.

—¿Gabriel? —pregunta ella.

—Aterrorizando a todo el que no lo deja marcharse. Además de los medios de comunicación, los mandamases de la FCD también han acudido al lugar a hacer preguntas. Estoy tratando de averiguar qué quieren hablar que sea más importante que dar con Ariadne o, mejor aún, con Marlene y Seren.

—Probablemente quieran discutir de los zorros que tienen cuidando del gallinero. —Veda hace una pausa—. Y sí, tengo el tacto necesario para no decirlo delante de él.

—¿De veras?

Su tono es extrañamente juguetón pese al caos que los rodea: la gente va de un lado a otro, los periodistas se preparan para la transmisión y los médicos se mantienen a raya solo porque Veda les enseña los dientes. La combinación produce una cacofonía de incoherencia. En ese momento los aplasta la demoledora realidad de que la Botanista ha ido por delante de ellos durante meses, puede que años. Al modificar la declaración de Veda, Ariadne los incitó a emprender una búsqueda inútil y abrió las puertas para poder trabajar desde dentro sin que nadie la descubriese, mientras ellos contaban con la desconfianza del Consejo de Oráculos y de Veda.

—No soy insensible —afirma esta, mirándolo de reojo—. Los engañaron. A Gabriel más que a Francisco. Creían que Marlene y Seren eran amigas. Con esto no intento decir: «Te advertí de que tenía un motivo para no fiarme de ellos».

Hiram coincide. Veda se percata de lo pálido y tembloroso que está.

—¿Todavía revuelto por ese olor?

—Sí, pero un médico me ha dado algo para aliviarlo. —Se pasa una mano por la cara y hace una mueca de dolor—. ¿Y tú? ¿Todavía aturdida?

—Se me está pasando.

—Has hecho un trabajo estupendo. De no ser por ti, Francisco no estaría vivo.

—El hechizo lo lanzaste tú. Yo... —La desarma su forma de mirarla —. No habríamos salido de esta sin ti. ¿Quién te enseñó a luchar?

—Era un niño enfermizo, y no todo el mundo me lamía el culo por ser un Ellis. —Antes de que pueda decir algo más, los ojos azules se apartan de ella, su cuerpo se tensa—. La segunda parte de este circo está a punto de empezar.

Ruth ha llegado en su furgoneta, tocando la bocina como si fuese un grito de guerra que Gabriel no duda en contestar. Deja a medias la conversación que está manteniendo y sale pitando, corre hacia el abarrotado vehículo. La anciana abandona el aparcamiento a toda velocidad, como si la persiguiesen agentes. Hiram se levanta y le ofrece una mano a Veda:

—¿Vamos?



El lugar al que se dirigen es un chalé en un barrio tranquilo en el oeste de Proventia. Antes de que Hiram pueda apagar el motor, la radio informa del incendio que se ha producido en la División de Delitos Federales.

—Ariadne está loca —musita Veda.

—Más bien motivada —la corrige él—. Creo que sacaré a Antaris de la ciudad durante un tiempo.

—Buena idea.

Fuera hay docenas de coches y personas. Veda no es consciente de que esa es la casa de Marlene hasta que una mujer desconocida pasa por delante de ellos a la carrera y anuncia:

—La han encontrado con vida, gracias al cosmos. Todo el que se pueda quedar, que se quede, por favor. La casa necesita un comienzo nuevo.

Dentro está llena de gente, pero el número de personas disminuye a medida que se alejan de la entrada. El primer rostro familiar es el de una consternada Everly.

—Ha estado aquí todo este tiempo y yo no sabía nada.

La preocupación de Veda va en aumento cuanto más se acercan a la habitación del fondo. Reina el silencio y, nada más poner un pie en el umbral, entiende el motivo. La habitación es un espanto y huele fatal. Marlene está tendida sobre unas sábanas sucias, irreconocible. Dormida o inconsciente, Veda no lo sabe. El pelo apelmazado, la tez flácida, hundida. Tiene pinchazos en los brazos, marcas de esposas en las muñecas. Gabriel está hablando por teléfono, alterado y furioso. Ruth sostiene la mano de su sobrina. Hiram apoya la suya en el hombro de Veda.

—Ningún hospital se hará cargo de ella, al ser vidente. —El investigador está visiblemente conmocionado—. El más cercano que acepta videntes está en Portland. Ya solo el viaje la mataría.

El peso de la mano de Hiram en su hombro desaparece.

—Perdonad un segundo.

Veda vuelve la cabeza y ve que saca el móvil y se escabulle por la puerta de atrás. No sabe por dónde empezar, pero le pide a alguien que anda cerca una toalla empapada en agua tibia con jabón. Cuando se la dan, se arrodilla junto a Marlene y le limpia con delicadeza la frente. La toalla sale manchada de mugre y sangre. Marlene gime cuando la toca, pero Veda continúa, le limpia el cuello y echa una ojeada a los pinchazos de los brazos. Están rojos e hinchados, señales de que hay infección, algo insólito en un vidente.

—¿Qué le ha dado?

—La maldición Líquida —contesta Ruth—. Hay un vial en la cocina.

A Veda le cuesta ver a Ruth, pero ahora mismo lo importante es Marlene.

—La clínica de Jadiya. ¿Quién está de servicio?

—No pueden prescindir de nadie, y Marlene necesita más cuidados de los que le puede proporcionar la clínica.

Veda va a por el vial y se lo guarda en el bolsillo. La maldición Líquida es ilegal porque priva a alguien de su magia. Es probable que Ariadne se la administrara a Marlene para someterla, y posiblemente se la inyectase para que estuviese demasiado débil para defenderse. No quiere ni imaginarse lo traumatizada que estará, y dada la cantidad de tiempo durante el que se la habrá estado administrando, podría tardar semanas o meses en recuperarse por completo.

—No...

Hiram aparece de nuevo en la puerta.

—Llévenla al Stillwater Medical. Se harán cargo de ella.

Ruth frunce el ceño.

—Ese es un...

—Confíe en mí —asegura, con gravedad y firmeza—. Llévenla allí.

Se hace un largo silencio hasta que la vidente musita:

—De acuerdo.

Gabriel es el primero en moverse. Veda les aconseja a los presentes que no utilicen magia con Marlene hasta que la suya se restablezca, y no tardan en trasladarla a la furgoneta de Ruth; Everly se sienta delante y Gabriel detrás. Veda cuenta con que el resto de la gente se irá, pero entonces recuerda el profundo sentido de comunidad que tienen los videntes. Conscientes de que la FCD no va a investigar, entran en la casa de Marlene y la limpian de arriba abajo, sacan la basura y los muebles. Cuando Hiram se ve obligado a salir debido a lo abrumadora que se vuelve la magia mientras purifican el aire y el talismán, Veda lo sigue. Delante para una

furgoneta. La misma mujer que se fue antes ha regresado con una cama, un colchón y un sofá nuevos.

«Tú también podrías tener esto», le recuerda una vocecita a Veda. Distraída, mira a Hiram, que tiene la vista clavada en el móvil. Su sonrisa de satisfacción hace que ella recele.

—Gabriel me ha mandado un mensaje. Stillwater ha aceptado a Marlene. Como dije.

—¿Cómo lo ha conseguido? —Ese hospital es casi público, exclusivo y antividentes.

—Abordé el problema con tres cosas: mi dinero, mi apellido y la amenaza de un litigio implacable. —Se encoge de hombros—. Nunca fallan.



A pesar de estar tan cansada que le duelen hasta los huesos, Veda no se duerme enseguida. Son más de las dos de la tarde cuando ambos vuelven al lugar en el que empezó su día: la casa de Hiram.

Tras informar a Jadiya de dónde están tratando a Marlene y asegurarse de que no quiere que la acompañe, Veda saca de la mochila ropa para cambiarse, se ducha en el cuarto de baño de invitados y da cuenta de una comida improvisada con Hiram y Antaris. Se queda dormida en el sofá bajo el peso de un día muy largo y estresante y se despierta sumida en la oscuridad, tapada con una manta caliente y con una almohada bajo la cabeza. Su nuevo móvil descansa en la mesa de centro, con un montón de llamadas perdidas. Suena de nuevo antes de que pueda ponerse a ver los mensajes.

Veda se pone seria. Se salta el saludo y pregunta:

—¿Y Marlene...?

—Estoy saliendo ahora mismo del hospital. —Jadiya parece embotada—. ¿Tú cómo estás? ¿Necesitas que te vaya a buscar?

—Estoy viva, al parecer. —Se incorpora, se rasca la cabeza y bosteza—. Y sí. Este sofá es más cómodo que el mío, pero esta noche me gustaría dormir en mi cama.

—Me parece bien. Dame un poco de tiempo. —Tras una onerosa pausa, su amiga le pregunta—: ¿Cómo estás?

Triste. Abrumada. Pensativa. Exhausta. Resignada. Con el puto miedo metido en el cuerpo.

—Bien. ¿Tú?

—Bien también. —El silencio de Jadiya es momentáneo—. Me siento como una puta idiota por no haberme dado cuenta de que no era la persona que yo creía que era. Gabriel me lo ha contado todo.

—Ariadne conocía a Marlene lo bastante bien para engañar a muchas personas. A mí también me engañó, con Seren. Apuesto a que ni siquiera es una persona real.

—En realidad Seren es su madre, al parecer. O al menos Ariadne utilizó el colgante embaucador para usurpar su identidad. Formó parte de la Gran Desaparición. Las normas para solicitar la identificación eran laxas cuando se trataba de magos, así que se aprovechó de ello. Gabriel me ha contado que sus superiores han desbloqueado la impronta cifrada y ahora lo están averiguando todo sobre su pasado. Entre otras cosas, han confirmado lo que dijo Ruth: que era amiga de Grace Fowler. Algunos amigos de esta la han identificado por la fotografía que envió Hiram. Según la línea temporal que tenemos ahora mismo, Ariadne conoció a Grace unos seis meses después de escapar de la cárcel. Pensaban que estaba

huyendo de familiares o de un ex maltratadores. Grace perdió su colgante embaucador unos años más tarde.

Como no se ve capaz de procesar las capas de información, Veda escoge otro tema.

—¿Qué tal está Marlene?

—Despierta. Traumatizada. Enfadada. Con muchos dolores. No siente su magia y está asustada, aunque le hayamos explicado que no ha desaparecido para siempre. Yo fui más que dispuesta a poner de vuelta y media a todo su equipo médico, pero la atención que está recibiendo es mucho mejor de lo que pensaba. Por lo visto tiene que ver con las amenazas que les soltó Hiram. —Hace una pausa—. Tengo que darle las gracias, ¿no?

—Tal vez.

—Mierda —rezonga Jadiya—. Te escribiré un mensaje cuando esté en la puerta.

Veda cuelga y cierra los ojos, echa la cabeza hacia atrás. Entonces oye una puerta que se abre y se cierra. Hiram aparece por el pasillo. No es el de siempre, el hombre del que ha estado sabiendo más cosas a lo largo de esas últimas semanas. Tiene la barba un tanto descuidada. Lleva un pantalón de chándal negro holgado y una camiseta oscura.

—¿Y Antaris? ¿Se ha dormido?

—Sí. —Hiram va a la cocina arrastrando los pies—. Cuando se quedó usted dormida, le conté lo que pude. Estaba estresado, pero bien. Creo. Cenamos y quería sentarse aquí, pero se quedó dormido mientras escuchaba un libro. Las paredes de su habitación son árboles, así que lo que sueñe será bueno.

—Me alegro —dice Veda—. Jadiya me acaba de contar un montón de cosas.

Cuando se lo refiere todo, él se desploma en la silla de la cocina, parece hecho polvo.

—Ahora tenemos que averiguar por qué Ariadne lanzó la maldición sobre Everett.

—Ya... —Veda no dice más cuando las muecas de Hiram pasan a ser de auténtico dolor—. Está herido.

—¿Eso que noto es preocupación? —Un atisbo de su actitud habitual—. Tengo el cuerpo dolorido. Estaré bien cuando haya descansado y me haya tomado un elixir contra el dolor.

«Dolorido» se queda muy corto. Está sudoroso, se mueve con excesivo cuidado.

—¿Me deja que le eche un vistazo?

Él enarca una ceja.

—Creía que no podía lanzar hechizos después de lo sucedido.

—Ha pasado algo de tiempo. Ya no estoy vacía. ¿Quiere que lo ayude o no?

No cede.

—Aunque pudiera, dudo que los dolores físicos sean su especialidad.

—No, y técnicamente no soy médica, pero fui a la facultad de Medicina. —Veda cruza los brazos y se levanta—. Tuve que rotar por todas las especialidades. Estoy bastante capacitada, así que quítese la camiseta.

—¿Qué? —Hiram la mira sin dar crédito—. ¿Sin una primera cita? ¿Sin una copa?

Ella pone los ojos en blanco de forma tan exagerada que le duele la cabeza.

—Las bromas sobre su pudor tienen bastante menos gracia cuando podría sufrir lesiones permanentes.

Hiram se levanta despacio. Sin dejar de mirarla, se quita la camiseta y la tira al suelo, dejando a la vista unos tatuajes moteados por una piel muy magullada. Es... fornido. Delgado. Musculoso. Exactamente como ella lo recuerda. Al bajar los brazos contiene el aliento. No es de extrañar que parezca hecho mierda. Más moratones comienzan a formarse ante los ojos de Veda y en un costado hay un tajo feo, que parece más una quemadura que un corte.

Le examina el cuerpo con la mirada, recorre los definidos músculos de su pecho y baja hasta la cintura del pantalón de chándal..., todo ello antes de que pueda verlo bien. Hiram levanta las manos despacio, las entrelaza en la nuca e intenta respirar con normalidad, pero profiere un grito ahogado cada vez que los dedos de Veda le rozan la piel.

—Parece una maldición Contacto. Causa dolor a la primera persona con la que, bueno, entra en contacto. Probablemente le acertara cuando... —La protegió a ella para que no saliera herida. Su mirada coincide en señal de mudo reconocimiento—. No tenía por qué hacerlo.

—Lo sé.

Incómoda bajo la atenta mirada de Hiram, Veda continúa examinándolo, ceñuda.

—El dolor debió de empezar de inmediato. Qué raro que no lo viera ningún médico.

—No dejé que me examinara ninguno.

Salvo ella. Que carraspea.

—Pues debería haberlos dejado hacer. Lleva todo este tiempo sufriendo sin necesidad.

—Ser un niño enfermizo ha hecho que tenga un umbral de dolor elevado.

—Es comprensible, pero el dolor no te hace más fuerte; te cansa, hace que el cuerpo se concentre en lo que no debe lo suficiente para que una maldición menor como esta se extienda. Como es el caso ahora. —En su pecho y su costado se forman puntitos rojos. Las magulladuras más complejas pasan del marrón al negro y a un púrpura oscuro—. Pronto será imposible contenerla.

—¿Alguna secuela duradera?

—Por suerte, sanarla no entraña un gran riesgo, pero si este fuese mayor, necesitaría a un sanador o como mínimo a un médico con un amuleto que funcionase. —Ella aún se siente desnuda sin el suyo—. ¿Tiene alguna poción?

—Ninguna para el dolor.

Veda se acerca más, intentando averiguar por dónde empezar. Le mira el cuello, ve que la nuez le sube y le baja. Se mordisquea el labio inferior.

—Tendré que curarle yo misma. Hace algún tiempo que no sano nada.

Está de vuelta en el desierto pasillo del hospital de Filadelfia, intentando salvarle la vida al sanador Lawson.

—Tómese su tiempo. —La voz de Hiram, bronca pero serena, la arranca de sus pensamientos.

Tras apoyar una mano en la magulladura de su hombro, Veda pronuncia el conjuro para detener la maldición Contacto:

—*Auxilium*.

Una luz cálida sale de su palma extendida. Paga por la magia con un escalofrío que la deja helada. La magulladura no desaparece, pero en vista de que la tensión afloja y de que Hiram se ruboriza, Veda sabe que el dolor está remitiendo.

—¿Mejor?

—Mucho.

Veda pasa al tajo en la parte baja de su costado, curándolo con facilidad. Trabaja con eficiencia, cosiendo la piel con un hechizo que paga con una oleada de momentáneas náuseas. Cuando se le pasan, un pensamiento errante escapa: es la primera vez que presta atención a un cuerpo que no es el suyo.

Y la primera vez que se permite apreciar las formas de otro.

Ahora que ya no tiene un tono amarillento por culpa de la maldición Contacto, Hiram está tan bien como huele. A limpio, con un sutil aroma a madera. Resulta embriagador. Veda puede admitir que es atractivo. Eso ya lo había pensado, incluso cuando hacía gala de su activo antagonismo. Pero ahora ve el aire seductor que tiene. Más que eso, entiende por qué las mujeres lo miran, por qué ella lo mira.

Por ahora deja vagar su atención, reparando en cada detalle, de las pecas que le salpican los hombros al enorme tatuaje, intrincado pero incompleto, que le cubre el brazo. Solo en busca de magulladuras, desde luego. Sin embargo, su mirada se detiene, atraída por el laberinto de color y detallado arte. El nocturno cielo estrellado con el sol naciente y una luna en cuarto menguante en el hombro; una brújula y un reloj sin manecillas con flores entrelazadas; dos árboles, uno esquelético y el otro en flor; y... el ojo idéntico al de su amuleto. Se detiene, levanta la cabeza para mirarlo a los ojos. La expresión de Hiram no revela nada. Ella baja la vista de nuevo, sigue sintiendo demasiada curiosidad. Enroscada en su muñeca hay una serpiente que se muerde su propia cola y símbolos que ocupan los espacios que quedan entre imagen e imagen. Dista mucho de ser una colección aleatoria de decisiones impulsivas: es una obra de arte entregada. Cada marca habla de intención, de un hombre que tiene un propósito. Incluso el hecho de que los tatuajes terminen limpiamente en la muñeca parece

deliberado, diseñado para que los entresijos de su vida permanezcan ocultos a un mundo que tiene demasiadas ganas de juzgarlo. Como hizo ella.

—No parece la clase de tío al que le van los tatuajes.

—No sabía que había una clase. —Le dedica una mirada que ella no sabe interpretar—. Nunca me importó lo que significaba ninguno de ellos hasta que reconocí el ojo de su amuleto en la cueva.

—Ese día me asustó —confiesa Veda.

—¿La asusto ahora?

Cada vez más, pero ella no muerde el anzuelo.

—Las magulladuras deberían desaparecer dentro de unos días.

—Puede que mañana vaya a nadar en las aguas sanadoras y me lleve a Antaris. Usted también debería venir.

Veda no sabe qué pensar de la invitación, es incapaz de sacudirse la sensación de que ese hombre es un problema.

—Ya veremos.

Hiram no se pone la camiseta. Rota los hombros y estira los brazos, cada movimiento más fluido que el anterior. Empieza a relajarse, ladea la cabeza, con una mirada de concentración pero ofuscada debido al dolor que se desvanece. Veda observa cómo pone a prueba, contrae y relaja los músculos de los hombros hasta que la sorprende mirando.

—Debería prepararme para irme —se apresura a decir—. Jadiya viene a buscarme.

—¿Ha comido?

El estómago de Veda se contrae al pensar en comer.

—He hecho curri de pollo —añade.

—¿Con los dolores que tenía?

Él asiente y va hasta la nevera, saca lo que ha quedado.

—La vida del padre soltero. El espectáculo debe continuar.

Veda se apoya en la encimera y ve que él le prepara un plato para llevar. Pasa por alto la energía que flota en el aire, la extrañeza que aumenta hasta convertirse en algo tangible. Sabe que es atracción. Desde un punto de vista lógico, nada más que la competencia de un hombre tatuado sin camiseta y con magulladuras que llena un táper con comida que él mismo ha cocinado. Unos minutos después deja el recipiente en la encimera y la escudriña como si ella fuese el problema y la solución al mismo tiempo.

—Listo.

Veda pasa por delante, pero Hiram la encierra apoyando una mano en la encimera, la obliga a volverse hacia su cuerpo. Y así, sin más, está atrapada y con él demasiado cerca, desafiándola con una mirada. A Veda le entran ganas de empujarlo, con magia, si es preciso. Pagará el precio.

—Lo he sanado. Sería una pena que le...

—Que me ¿qué? —inquiere Hiram con voz grave, inclinándose un poco más hacia ella—. Quería darle las gracias.

—Podría haberlo hecho desde la otra punta de la habitación.

—Podría, sí.

—Y me las ha dado con la cena.

—Eso he hecho, sí.

Sin embargo, al ver que él no se mueve, se pregunta si será esto lo que pretende.

—¿Qué quiere?

El suave borde de la encimera de granito se le clava en los riñones. Veda no sabe por qué se desplaza hacia delante, pero lo hace. Lo bastante cerca para tocarle el brazo, tiene toda la intención de apartarlo. Esquivarlo. Marcharse.

Pero la piel de Hiram desprende calor. Él es la yesca, la chispa y la llama.

—¿Sabes cómo me estás mirando? —Su voz no es más que un susurro—. ¿Cómo me has estado mirando?

Veda no contesta. No puede.

—No soy impulsivo. —Hiram exhala, sus ojos se detienen en los labios de Veda—. Soy masoquista.

—A ver si lo adivino..., el objeto de ese masoquismo soy yo.

—Sí. —Se inclina hacia ella con seguridad, escudriña sus ojos hasta tenerla muy cerca. Sus manos le rodean el rostro, sus labios avanzan sigilosamente hacia los de ella—. Me vas a decir que no, ¿verdad?

Eso pretende. Necesita hacerlo. Pero la curiosidad la obliga a permanecer callada.

Hiram apoya la frente en la de Veda, sus ojos titilan y se cierran.

—Bien.

Se le llenan los pulmones de aire de golpe en el instante en que él la besa.

Hace mucho que no hacía esto y, sin embargo, abandonarse a él le resulta natural. Desprende calor y es demasiado fácil besarlo, tocarle el pecho, catalogar cada sensación antes de que Veda se aleje flotando. El martilleo de su corazón. El aleteo en el estómago que no es de nervios. Es propio de la naturaleza humana buscar la conexión mediante el contacto, querer más que lo mínimo; es natural tomar lo que Veda desea, lo que se merece. Tras abrirle la boca a Hiram con la suya, nota sus manos en la cintura, su corazón latiendo desbocado bajo la palma de ella. Es un delicioso tira y afloja, una subida repentina y una caída en picado. El lenguaje de las caricias y las sensaciones aviva la llama del placer.

Él la sienta en la encimera, le separa las piernas, la acerca más. El permiso que Hiram busca cada vez que la toca es silente, pero la respuesta de Veda no lo es.

—No he dicho que no.

—No es eso —musita él, los azules ojos clavados en ella—. Es solo que no pensé que me atrevería a esto.

Veda tampoco, pero sus manos ya están enredadas en el pelo de él.

—Esto no es nada.

Han ido demasiado lejos para parar ahora. Las manos de Hiram se deslizan hasta sus riñones, siguen bajando. Cuando ella profiere un grito ahogado y se arquea hacia él, él sonríe.

—Sigue mintiéndote.

—Cierra el pico.

La aquiescencia llega cuando le sube el mentón y la pega a él porque quiere más. Aparte de hablar y discutir, respirar y suspirar, besarse es aquello para lo que están hechas sus bocas.

Hiram parece decidido a hacer que Veda cambie de opinión mientras los besos se convierten en algo dolorosamente profundo y voraz. «Y bueno», piensa ella. Sentir una mano en su cadera, la otra jugueteando con el elástico de la cintura, anclándola en el sitio. «Muy bueno». Su forma de mordisquearle el labio inferior y tirar de él, no con excesiva suavidad. La presión perfecta de su lengua cuando entra con desenfreno, rozando la de ella. «Demasiado bueno».

La libertad es estimulante. Olvidar el futuro y pensar solo en el ahora resulta adictivo. Adónde llegará Hiram y hasta dónde le permitirá ella que la lleve es un misterio, pero no uno que vayan a resolver esa noche. Los labios de él bajan hasta su cuello. La impresión que le causa que le succione el pulso la hace gemir, apretar los muslos y agarrarle la cabeza como si necesitara un poco más para...

Hiram gruñe y se separa, hace una mueca de dolor cuando las rodillas de Veda presionan demasiado fuerte una magulladura.

—Mierda, lo siento. —La vergüenza le tiñe las mejillas de rojo. Mira a todas partes menos a él—. No pretendía..., eh..., creo que debería irme. Seguro que Jadiya ya ha llegado.

Él asiente un segundo después, se aparta de mala gana.

Veda lo recorre con los ojos: su pelo despeinado, sus labios sonrosados, las mejillas coloradas. Sin prestar atención a los pequeños arañazos en el pecho que le ha hecho ella sin querer, se baja de la encimera. Tiene las piernas temblorosas y demasiado calor en el cuerpo. Se pregunta si estará muy desaliñada. Los ojos de Hiram se clavan en ella cuando coge el táper de curri de pollo y va hacia la puerta.

Él le pone una mano en la cintura, la detiene.

—¿Veda?

—¿Sí? —responde con nerviosismo.

La mirada de Hiram es reflexiva, además de determinada. Le coge la barbilla y le inclina hacia atrás la cabeza para que lo mire a los ojos. Le pasa un pulgar por los labios. A ella se le forman nudos en el estómago en el acto. Casi le muerde el dedo para defender su autocontrol.

—El momento no podría ser menos oportuno.

No es lo que Veda esperaba oír.

—¿Qué? —Su voz es como un secreto compartido.

Los dedos de Hiram rozan los de ella. Otra chispa de calor que busca la manera de colarse dentro.

—Eres libre de luchar contra esto, de luchar contra mí. Sé que lo harás, pero lo que me niego a hacer es vivir en un engaño del que tú te has convencido y fingir que esto no es nada. Piénsalo. Esperaré.

Un último beso sella la promesa.

Hiram abre la puerta justo cuando Jadiya entra en su camino de acceso. El cosquilleo de sus labios en los de Veda la acompaña durante todo el trayecto hasta su casa.

24



Dos horas más tarde Hiram se despierta bruscamente con una única palabra en la boca.

—Mierda.

Sabe reconocer a alguien que huye en cuanto lo ve. Veda es predecible, y él ha prestado atención a las señales que le ha estado enviando. Sabe cuándo está rumiando algo y se pregunta si besarla fue el gesto correcto en el momento equivocado.

Para cuando ha terminado de vestirse la decisión está tomada. Guarda una mochila lista debajo de su cama, una costumbre que adquirió cuando se alejó por primera vez de sus padres. Hace unas semanas preparó una mochila similar para Antaris. Tras coger algunos tentempiés para el camino, el móvil y las llaves, mete ambas mochilas en el maletero del coche.

Despertar a Antaris le cuesta, porque el niño duerme profundamente, pero Hiram lo hace con suavidad.

—Vamos a hacer ese viajecito del que te hablé en su día.

Una manta, su pajarita preferida y un conejito de peluche es todo cuanto su hijo coge. Hiram enciende el comedero automático del

gato hasta que pueda llamar a Peter para que lo cuide. Activa el talismán cuando se marchan, y Antaris ya se ha vuelto a dormir cuando enfilan el camino de entrada. Reduce la velocidad mientras confía en su memoria para dar con el lugar adecuado. Se lo salta la primera vez, se da cuenta de que se lo ha pasado cuando ve el río. Pero la luna ilumina el sendero al segundo intento.

—*Reserare* —musita Hiram, que no está seguro de si el hechizo funcionará hasta que los árboles se retiran, invitándolo a entrar.

Una luz flotante ilumina el camino, guía su coche por los densos arbustos hasta que ve la casa de Veda. Las luces de fuera son tenues y la moto está aparcada delante. Le echa un vistazo a Antaris, que sigue dormido, antes de bajarse del coche y acercarse a la puerta principal. El talismán le da la bienvenida con un zumbido.

Dentro se apaga una luz. Hiram está a punto de dar por perdida toda la noche y llegar a una conclusión errónea cuando la puerta delantera se abre.

Veda sale con una mochila al hombro.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Me dio en la nariz que quizá escaparas.

—No iba a escapar. —La gran tensión que refleja no se afloja.

—No es eso lo que dice la mochila.

Una frustración irascible agria su expresión.

—No podía dormir. Están pasando muchas cosas. Si me marcho...

—No cambiará nada.

—Estoy en peligro, lo que significa que Antaris y tú también lo estáis, por mi...

—No tienes un plan, y es probable que Ariadne cuente con que seas impulsiva. Ha ido dos pasos por delante todo este tiempo. Si vas a ir a alguna parte, ha de ser a un lugar que ella no conozca o que no se espere.

—¿Contigo?

—Sí. Bueno, con nosotros.

—¿Nosotros? —Mira el coche, detrás de él—. ¿Está Antaris dentro?

—Durmiendo —le confirma Hiram—. Podemos salir de la ciudad y volver cuando tengamos un plan.

Veda lo estudia largamente antes de negar con la cabeza.

—Lo que pasó en tu cocina no debería haber pasado. No puede pasar. Nada cambia el hecho de que sobre mí pesa una maldición, Hiram. Hay un motivo por el que no me permito desear nada. Todo se me ha negado. No tengo futuro. He pasado años viviendo con lo mínimo indispensable porque sé que esto acabará en un segundo, y no me puedo acostumbrar a algo que me será arrebatado. He intentado abrigar esperanza. He intentado ser positiva. Salí de tu casa pensando... Da lo mismo, lo que pasó lo ha puesto todo en perspectiva, me ha dejado claro que necesito volver a...

—¿A qué? —le espeta él—. ¿A aislarte en el invernadero o en tu cabaña o fortaleza, como la quieras llamar, y evitar a todo aquel al que le importas?

—¡Sí! ¡Exacto! Acostúmbrate a que no esté, porque voy... —Flaquea, es evidente que se debate consigo misma. Con más suavidad pregunta—: ¿Qué pasará cuando muera? ¿Te has parado a pensar en eso? Antaris sigue llorando la muerte de su madre, y perderme hará que sufra una regresión. Sé que fui yo la que empezó esto al preocuparme por él. Se estaba hundiendo, y no podía permitir que le pasara tal cosa, pero debería haberme retirado en cuanto te pusiste las pilas. No debería haber seguido yendo a tu casa, actuando y fingiendo que todo es normal cuando no lo es. Es un niño. No podrá encajar tantos golpes. Será mejor que yo...

—¡Esa decisión no es solamente tuya! Nosotros también tenemos algo que decir, eres una parte esencial de nuestra vida.

Veda abre mucho los ojos al oírlo admitir eso.

—De la de Antaris —se corrige él débilmente para acto seguido soltarlo todo de golpe—. Qué coño, de la vida de los dos. La suya. La mía.

—Hiram... —dice ella con tono de incredulidad.

—Créeme, he sopesado alejarme de ti tanto como he sopesado perderte. ¿Qué será de Antaris? ¿Qué será de mí? Pero no estoy dispuesto a retirarme. Joder, estoy harto de huir, de aceptar cosas que en realidad quiero cambiar, de no discutir o luchar, de dejar que los acontecimientos pasen sin implicarme. Lo que dije antes lo decía en serio. Te demostraré quién soy, pero lo haré luchando por lo que quiero. Y lo que quiero eres tú.

Veda se queda helada.

—No te puedo dar lo que quieres de mí.

—Lo sé —responde él con suavidad, vacilante—. Pero a veces piensas en ello.

Al ver que no contesta nada, da un paso hacia ella.

—Quieres soñar. Desear. ¿Me equivoco?

Ella continúa en sus trece, resuelta, hasta que las grietas se agrandan.

—Estaba bien hasta que llegó Antaris. Estaba mejor hasta que llegaste tú. Pero, ahora, veo a las personas a las que echaré de menos y atisbos de la vida que no podré vivir. Y no... —Pugna por no llorar—. No estoy bien. Estoy aterrorizada, joder, me arrepiento de demasiadas cosas que sigo fingiendo que son sacrificios. Estoy harta de luchar todos y cada uno de los días y de esforzarme para seguir entera cuando me estoy desmoronando.

—Pues deja de hacerlo.

—No puedo. No puedo ser débil. Se supone que...

—Nadie te ha pedido que seas fuerte. —Hiram da otro paso—. Deja de cargar con ese peso, no estás sola. Tienes a tu alrededor a personas que se plantarían aquí en un segundo para hacer lo que sea que necesites. No nos apartes de tu lado.

Veda desvía la mirada.

—No pu...

—Que puedas con todo tú sola no significa que tengas que hacerlo. —Hiram está lo bastante cerca para que la punta de sus dedos le roce la barbilla—. Comparte el peso, Veda. Soy lo bastante fuerte para ayudarte a cargar con él.

—¿Y si no somos capaces de resolver esto?

—Nos prepararemos.

Ella se agrieta más, una lágrima le cae por la mejilla. De su boca escapa una risita húmeda.

—Te arrepentirás.

—No lo haré. No lo haremos. No nos excluyas. Confía en mí.

El aire vibra hasta que las siguientes palabras de Veda cortan el silencio como si de un cuchillo se tratase.

—Lo que pides es mucho.

—Lo sé.

—No merezco que te tomes tantas molestias.

—Desde luego que sí. —Y le repite—: Confía en mí.

Veda parpadea para contener las lágrimas, se las seca con una mano cuando caen.

—No sé cómo hacer eso.

Con calma y control, pese a que él también está hecho un flan, Hiram le tiende la mano.

—Déjame que te enseñe.



Tardan seis horas en llegar a la costa.

El viaje es tranquilo, fácil, con música suave de fondo y dos paradas para ir al servicio. Es el único momento en el que Veda le suelta la mano. Cuando llegan está amaneciendo y disponen de una hora y media hasta que aparezca su hidroavión. Antaris está despierto y desconcertado con el lugar en que se encuentran, pero demasiado hambriento para esbozar sus críticas miradas de reojo. Desayunan en un local con vistas al canal. Cuanto más come, más fascinado parece el niño con todo.

Aunque se siente apagada, Veda pregunta:

—¿Tu familia tiene una isla?

—Técnicamente, unas cuantas. Mi familia se ha pasado las seis últimas generaciones coleccionando propiedades como si se tratara de calcetines. Pero vamos a una cabaña en una isla que heredé de mi tío Sebastian. La construyó con su mujer.

—Así que tienes una isla.

—No es mía entera —precisa él con naturalidad—. Hay gente que vive en ella todo el año, pero la mayoría solo pasa temporadas. No he ido desde que hederé la casa.

Después de desayunar, mientras Antaris y Veda observan una terminal de transbordadores cercana, Hiram llama a Peter para ponerlo al día. Lo único que le pregunta su amigo es:

—¿Qué necesitas?

—Alguien que cuide del gato sin nombre.

—Iré para allá dentro de unos minutos. ¿Dónde está el transportín?

—En el armario del pasillo.

—Vale. —Peter hace una pausa—. ¿Qué más?

—Todos los contactos que tengas en farmacias y todos los elaboradores de pócimas de la ciudad. Estamos intentando buscar soluciones.

—Estás con el mejor elaborador de pócimas que conozco: Veda.

—Se está tomando un más que necesario respiro.

Su amigo profiere un ruidito.

—Ya iba siendo hora.

—Ah, y no te olvides de regar el huerto de hierbas aromáticas, o tu ahijado se llevará un chasco.

—Cuenta con ello. Ahora que por fin ha dejado de mirarnos de reojo, no me gustaría perder el terreno que hemos ganado —se lamenta Peter—. Hablando de Antaris, cuando volváis, me gustaría que Jadiya le hiciese una prueba. Tengo unas cuantas ideas que quizá lo ayuden a socializar.

—Vale, perfecto.

—Bien.

—Lo que necesitas sobre Ariadne y la maldición Sanguis está en mi despacho, por si Gabriel y Francisco quieren echarle un vistazo —le cuenta a continuación Hiram—. Seguro que hay más información sobre ella en los informes. Sobre ellos pesa un encantamiento. Me ocuparé de eso cuando tenga lo que necesito.

El piloto está listo cuando llegan. Al igual que durante su último vuelo, Antaris parece un polluelo de búho que intenta entender la vida mientras está con el cinturón de seguridad abrochado. Pero esta vez, en lugar de permanecer rígido, Veda lo convence para que mire por la ventanilla después de despegar. Al principio el niño niega con la cabeza, se tapa los ojos, pero después echa una ojeada. Dos. Acto seguido lo contempla todo fijamente. Y después hace algo con

lo que Hiram no cuenta. Sin mirar, sin saber que su padre lo está observando, le da unos toquecitos en la rodilla para llamar su atención.

—Lo veo.

Veda lo observa atentamente, luego desvía la mirada. Él no. Ni siquiera cuando su hijo se queda dormido, apoyado en el brazo de Veda. Solo baja la vista cuando ella mueve con suavidad al niño dormido para que descanse contra Hiram.



—Esto no es una cabaña.

En defensa de Veda, no lo es. Es una casa de dos plantas con ventanas de suelo a techo, frente a un lago y con un pantalán privado para el hidroavión. Están a algo menos de un kilómetro de los vecinos más próximos a ambos lados y tras la casa no hay nada salvo bosques repletos de animales y plantas protegidos.

La impronta de Hiram lo reconoce y el lugar cobra vida. Un talismán limpiador quita el polvo. Las luces se encienden, las puertas se abren. Hiram vincula las improntas de Veda y Antaris a la casa y a continuación le dice al pequeño que elija una habitación. Solo entonces cae en la cuenta de que, con las prisas al salir, no cogió el farol del niño. Veda salva la situación al sacar el suyo de la bolsa y ofrecérselo. Antaris lo acepta, pero la preocupación hace que frunza el ceño.

—No te preocupes por mí —insiste ella—. Hoy dormiré estupendamente. Quédatelo.

Antaris lo coge y Veda lo sigue para acomodarlo.

Su tío era un hombre que jugó con maestría al juego de los Ellis hasta que murió el abuelo de Hiram. Entonces dejó el bufete de la familia, se hizo chef y forjó su propio camino, desafiando los prejuicios de la familia. Su rebeldía alcanzó su punto máximo cuando se casó con una vidente, una mujer encantadora llamada Talulah. Vivieron un auténtico calvario hasta que se fueron del país para viajar por el mundo y predicar la tolerancia. No tuvieron hijos. A Hiram le sorprendió que, en su testamento, su tío lo nombrase heredero universal. No había llegado a conocerlo, y había muchos otros Ellis que lo merecían más que él. La única explicación que dio fue una nota en la que ponía: «Mi mujer Vio el hombre en el que te convertirás».

Hiram va a la despensa y ve que está llena de conservas, harina y todo cuanto necesita para cocinar, todo ello sellado con magia para que no se eche a perder. Por suerte, la nevera está limpia. Así y todo, necesitan algunas cosas.

—Hay una tienda en la isla —les cuenta cuando se han instalado.

—Es una pena que dejaras el coche en el continente.

—Lo dejé porque sabía que aquí había uno.

El vehículo, una robusta camioneta diseñada para moverse por toda clase de terrenos, avanza fácilmente por el arbolado camino que los llevará hasta la tienda. Adelantan a algún que otro residente que va a pie o en coche. En la tienda reciben miradas curiosas, pero la identificación y el certificado de residencia que muestra Hiram las convierten en cordiales saludos. La mención de su tío aviva recuerdos del buen hombre que era. Armados con todo cuanto necesitan, regresan a la cabaña.

Después de cenar, Antaris se queda dormido e Hiram encuentra a Veda en el porche delantero, contemplando el lago resplandeciente.

Se sienta junto a ella en el banco, sus muslos se rozan. Veda lo mira.

—Tengo la cabeza un poco más despejada, así que por ahora admitiré que tal vez esto haya sido buena idea, pero creo...

—Lo sé. —Hiram hace una tontería: le rodea con una mano la barbilla y la besa, acallando las palabras que musita—. Sé lo que dijiste y sé lo que estás pensando, pero quería expresarme con claridad. Abordaremos nuestros problemas cuando regresemos, pero por ahora vivamos en el presente. ¿Te parece?

Veda escudriña sus ojos antes de morderse el labio.

—Me parece.



Hiram no está tan en sintonía con la naturaleza como Veda o Antaris, pero sabe apreciar su valor intrínseco: alimentos que se obtienen cultivando la tierra o cazando, pociones y elixires que se extraen de plantas. Esa noche la aprecia porque le proporciona la clase de paz insustituible que solo se encuentra entre el agua, la brisa y las flores.

Antaris es el primero en sentirse arrobado, sentado en una mecedora en el balcón de arriba, con el malparado conejito contra el pecho, auriculares y un libro encantado para que le lea. Mientras Veda dormita bajo la ventana abierta de su habitación, Hiram se une a su hijo con otro libro. No tarda en abandonarse de tal modo al primer texto no relacionado con la investigación que lee en meses —este analiza guerras generacionales en una galaxia lejana— que no

se da cuenta de que Antaris se ha pasado al sofá de rejilla con él, el conejito entre ambos, sus ojos rebosantes de una curiosidad serena.

—Quiere saber qué estás leyendo —dice Veda desde la puerta mosquitera con una sonrisa adormilada en los labios, el ondulado pelo alborotado y suelto.

Antaris lo confirma arrimándose más a él, poniéndose de rodillas. Hiram le enseña la cubierta.

—Habla de una guerra intergaláctica.

Veda se sienta a su otro lado.

—Continúa.

—No es muy adecuado para la edad que tienes, pero es uno de mis preferidos. Un día lo leeremos juntos. —Hiram se percata de que el entusiasmo de su hijo no disminuye—. Elige un libro y te lo leo.

Antaris se va corriendo y vuelve con uno que le ha visto leer antes. El cuento de unos niños que juegan a que están en una casa abandonada. Con cada página, el niño se acerca más, hasta que se mete por debajo del brazo de su padre, con la vista clavada en él más que en las ilustraciones. Hiram le pone una mano en el hombro con cautela, lo atrae más hacia sí, se acurruca contra él. Se traba con una frase, se salta dos palabras, pero se niega a mover la mano. Veda se ocupa de pasar las páginas hasta que la respiración de Antaris se vuelve más profunda. A Hiram se le duerme el brazo, pero no se mueve.

La siguiente vez que mira a Veda, ella estudia al pequeño con tal intensidad que pega un respingo cuando se da cuenta de que él la observa. Las piezas del puzle de la visión de Grace encajan, conforman la imagen completa.

—«Para encontrar la verdad, debes obligar a la Tierra a que viva, al Sol a que brille y a la Luna a que muestre su verdadero rostro» —recita de memoria Hiram—. Es la visión de Grace, lo que grabó para

Gabriel, pero creo que me hablaba a mí. Intuía desde hace algún tiempo que Antaris era el Sol, pero ahora sé... que tú eres la Tierra.

Mañana y noche. Océanos y montañas. Guerra y paz. Un estudio de extremos, Veda es vida en un campo infinito de planetas y estrellas.

—Y yo soy...

—La Luna —responde ella.

Intocable para el solitario Sol, atrapada en un baile orbital con la Tierra, que la tiene a raya con la gravedad.

Hiram contempla la luna, que está saliendo.

—Supongo que necesito mostrar mi rostro.

—Ya lo has hecho.

25



Los tres a solas encajan a la perfección.

Antaris le lleva una infusión a Veda por la mañana para calentarle el alma mientras Hiram la distrae con su compañía. Se trata de un alivio temporal: todo volverá a la normalidad cuando la burbuja estalle. Así que por ahora Veda disfruta del desahogo. Los paseos por el bosque son mejores con Antaris a su lado, que mira hacia donde ella señala, aprende y vive la naturaleza a través de todos los sentidos. Allá donde va Veda el niño la sigue. Es algo que ella no quiere que cambie, y hace todo lo posible para desoír los susurros que le dicen que no será así.

Los días que no llueve los pasan fuera: navegando por el estrecho, viendo ballenas, explorando la playa y disfrutando del sol cuando asoma entre las nubes. Antaris no ha heredado su amor al aire libre de Hiram, que prefiere cualquier actividad en la que no haya mosquitos o demasiado sol, pero comparte el interés que tiene su padre en trabajar con las manos. Construyen cosas juntos; no solo castillos de arena y fuertes con sábanas, sino también recuerdos. Los días de lluvia son más tranquilos, los pasan viendo películas,

leyendo, jugando a juegos en casa y escuchando música mientras Hiram experimenta con la repostería. Veda goza con los frutos de su trabajo mientras él nada en la piscina interior de agua salada que hay en la planta baja. A Antaris no le gusta mucho el agua. El sutil insistir de su padre solo ha conseguido que se quede en el primer peldaño. Nada más.

El lugar es apacible. El resto del mundo es un recuerdo lejano. Las noches constituyen el mayor cambio, ya que contemplan las estrellas, cuentan cuentos que se saben de memoria o tuestan malvaviscos hasta que llega la hora de que Antaris se vaya a la cama, algo en lo que Hiram se mantiene firme, puesto que el colegio empieza de nuevo la semana próxima. Su padre le lee algo antes de que los dos lo arropen y permanezcan un rato con él mientras el farol flota por la habitación.

Después Hiram y ella se quedan solos. Comparten el postre y tocan distintos temas hasta que terminan en un estado de calma. Él sabe cuándo el silencio de Veda se torna estrés y cómo ahuyentar la ansiedad que la invade. Aunque sea durante un instante. Todavía temerosa de lo que está por venir, ella no puede negar la verdad: está cansada, necesita el respiro. Los agujeros de su alma se cierran durante esos pequeños momentos de más. Veda no se pregunta por qué permite que Hiram se acerque tanto a ella. Lo sabe, y tiene pensado relegarlo a los confines de su cabeza cuando regresen. Pero por ahora él es la tregua de una dura realidad que jamás creyó necesitar: una distracción segura, algo que le recuerda a la persona feliz, sin miedo, que era antes.

Al menos así es como se siente cuando él la besa cada noche. Sin exigencias. Con una lentitud engañosa. Bajo la superficie de Hiram hay un deseo franco, irredento. Veda ve que es cauteloso. No la está presionando, algo que parece la clase de patraña que hacen los

hombres para lograr meterse en la cama de las mujeres. Sin embargo, ella siente esta necesidad enconada de poner a prueba la validez de esas afirmaciones; por motivos egoístas, desde luego.

Una mañana se despierta sintiéndose relajada pero inquieta y, cuando entra en la cocina, se tropieza con una escena cómica: hay harina por todas partes, en la encimera, en el suelo y en el propio Antaris, en las mejillas, las manos y la camiseta del niño. Hiram tiene la huella de una mano pequeña en la pernera del pantalón vaquero y la parte de delante del pelo salpicada de blanco. Resulta entrañable.

Ella se mantiene en el presente, sonriendo.

—No sé si preguntar.

El niño sonríe tímidamente.

—Hemos tenido un problemilla —le cuenta Hiram al tiempo que dirige una mirada de aliento a su hijo.

Veda se queda con ellos, pero no se ofrece a ayudarlos. Prepara una infusión y huevos, mira mientras Hiram le enseña a Antaris a dar la vuelta de manera perfecta a una tortita. Desayunan en un silencio cómodo, el pequeño se siente orgulloso de sus alargadas creaciones. Se va después de echar una mano con los platos, lleva el móvil de Hiram porque espera una videollamada de August. Así es como están manteniendo el contacto mientras se encuentran separados.

Hiram se queda hasta que Veda termina de limpiar la mesa y las encimeras y la lleva fuera. Empieza a llover. Él abre las puertas del balcón, dejando que entren los sonidos del chaparrón y el olor que anuncia una inminente tormenta; de la ventana abierta de la habitación de Antaris le llegan, amortiguados, fragmentos de las ruidosas divagaciones de August.

—No mentía cuando dijo que él hablaría por los dos —musita Hiram.

La risa de Veda se ve interrumpida por la risita de Antaris.

—Caos y orden. Se hacen bien mutuamente.

Él suspira.

—Por desgracia, estoy de acuerdo.

Tras sentarse en el sofá de fuera, Veda no llega a contar hasta cinco antes de que él le pase un brazo por los hombros.

—Peter llamó antes de que te despertaras. Los daños que ha ocasionado Ariadne son enormes. Ha hecho algo más que alterar informes y utilizar el Registro para dar caza al Consejo de Oráculos. —La expresión de Hiram se vuelve sombría—. Dejó el colgante embaucador en el colegio junto con una nota para Antaris en la que decía que él era su legítimo propietario y que a su madre le habría gustado que lo tuviera él.

A Veda se le hiela la sangre al oír el mensaje que ha dejado la asesina al hijo de la mujer a la que mató.

—Ella ya no lo necesita —continúa Hiram—. No puede esconder el colgante, porque todo el mundo lo está buscando, y no puede ocultar la marca de la maldición.

La pesadez vuelve.

—Me he enfrentado a ella dos veces. Y tú mismo viste lo que hizo en el colegio. Sé que viene a por mí, pero también sé lo que hay en juego si sale victoriosa.

—¿Quién dice que saldrá victoriosa?

—Eres optimista.

—No, soy realista. —Hiram se gira hacia ella—. Hay un motivo por el que la has derrotado, y no tiene nada que ver con el poder. Olvídate del miedo, olvídate de lo que pasó. ¿Qué hizo Ariadne esas dos veces?

—Pues... titubeó. Al menos conmigo. Tuve suerte. —Veda exhala un suspiro—. Ahora que sé más cosas, entiendo lo que debe de ser

creerte con toda la vida por delante y de pronto enterarte de que vas a morir por una visión que has tenido.

—O por ver algo que no debería haber visto.

Oírselo decir a otro resulta más desgarrador. Las cicatrices de la espalda le duelen instintivamente.

—Ya.

—No pretendía...

—No, tienes razón —afirma con suavidad, y levanta la cabeza para contemplar los árboles y el agua—. Darte cuenta de que tu vida es una nota a pie de página en la de otro es duro.

—¿Tú harías lo que ha hecho ella? —le pregunta Hiram—. ¿Lo seguirías intentando después de ver las consecuencias que tienen tus actos?

—¿Y tú?

—Soy abogado. Mis principios son circunstanciales —contesta él, encogiéndose de hombros.

Veda pone los ojos en blanco y suelta una risa que se desvanece mientras le da vueltas a la pregunta.

—El deseo de vivir puede acallar cualquier consideración sobre la calidad de la vida por la que estás luchando y sobre cómo sería esa vida. ¿Sería capaz? Desde luego. ¿Lo haría? Jamás. —Se termina la infusión—. Ser joven no justifica el irracional castigo que ha infligido a quienes la responsabilizaron de sus actos.

—No, pero sí la hace humana.

—Alguien capaz de hacer cosas grandes y espantosas al mismo tiempo.

La lluvia cesa y el silencio se intensifica. Veda está tan absorta en sus pensamientos que no se da cuenta de que Hiram se ha movido hasta que lo siente detrás de ella. No se quiere acostumbrar a esto, pero no tarda en abandonarse a su abrazo, la mano que descansa

en su vientre le aplasta los miedos. Como todo en su relación hasta este punto, es una enigmática contradicción que de algún modo hace que se sienta... bien.

—Peter está investigando todos los elixires y todas las pociones inocuas para probar con ellos. Clinton ha estado reuniendo permisos para poder utilizar la magia, a instancias mías, para que todo sea legal. Jadiya ha estado tanteando el terreno con otros sanadores que conoce. No tenían mucha información en la que basarse hasta que aparecieron los estudios que realizó mi tío. —Hiram le masajea los hombros—. Resulta increíble lo que puede suceder cuando todo el mundo aúna esfuerzos.

Veda cierra los ojos.

—Noto cierta arrogancia, Ellis con dos eles.

—¿No piensas dejar de recordármelo nunca?

—Desde luego que no.

Hiram pone los ojos en blanco.

—Anda, vamos a nadar.

Omite «juntos».

«Una palabra aterradora», pero Veda accede.



Antaris pasa del primer peldaño de la piscina al segundo, pero todos dudan de que vaya a ir más allá. Veda observa desde el borde, cubierta por completo para evitar que el niño la mire con cara de preocupación. Con un libro en la mano, el sonido del agua resulta relajante.

Hiram es tan elegante mojado como en tierra. Veda ve que se sumerge en el centro de la piscina y nada hasta donde se encuentra el pequeño. Se pone de pie en el extremo menos profundo, el agua le resbala por el cuerpo. Tras quitarse el exceso del rostro, se sacude el pelo, lo que hace que el niño se tape la cara para que no le salpique. Hiram se sienta junto al peldaño que ocupa.

—Yo empecé a nadar a tu edad —le cuenta, captando la atención de su hijo—. Siempre fui flacucho y enfermizo, no me dejaban correr ni practicar ningún deporte, ni siquiera podía salir fuera. Pero me dejaban nadar, así que aprendí.

Antaris signa «asustado» y señala a su padre.

—¿Que si estaba asustado? —pregunta Hiram, y el niño confirma con un gesto afirmativo—. Sí. Al principio estaba solo, pero aprendí a flotar y no hundirme y luego leí unos libros y probé a dar pies mientras movía los brazos.

Entre impresionada y triste por el hecho de que no lo vigilara nadie, Veda interviene:

—¿Aprendiste a nadar leyendo libros?

—Eso no es nada —contesta con franqueza Hiram, que vuelve a mirar a su hijo—. ¿Quieres que te enseñe?

Antaris lo mira de reojo, vacilante, antes de asentir sin mucha convicción. Baja con cuidado, estremeciéndose al notar lo fría que está el agua, y se agarra a Hiram, que no lo suelta. Veda mira mientras él le enseña al niño a mantenerse de pie en un agua que casi le llega por la cabeza, paciente cuando sus movimientos se vuelven más frenéticos. Después le enseña a su hijo a no hundirse, algo que este aprende instintivamente. De ahí pasan a flotar. Una vez más, a Antaris no le sale a la primera, pero Hiram dice:

—Te tengo. Confía en mí.

Lo repite dos veces antes de que el pequeño le dé a entender que lo cree. Y otra más cuando deja que flote solo.

—No dejaré que te hundas.

Y no lo hace.



A medianoche Veda se encuentra en paz. Pasa el tiempo respirando aire salado, escuchando el romper de las olas en la orilla y cronometrando la titilante luz de un faro cercano hasta que decide ir dentro a beber un vaso de agua antes de irse a la cama. Casi ha terminado cuando Hiram entra en la cocina.

Por suerte, lleva puesta una camiseta.

—¿Qué tal el resto del día con Antaris? —Veda no los ha visto desde que se fueron a la biblioteca de la isla.

—Bien. Nos comimos unos sándwiches junto al muelle e impresionamos a la bibliotecaria. No tenían libros para niños, así que él donó el suyo. Intenté impedírselo. —La expresión de Hiram es afectuosa, risueña—. Por lo visto, no hay quien lo pare cuando se le mete algo en la cabeza.

—De tal palo, tal astilla.

—Exacto. —Su sonrisa se ensancha cuando se acerca a ella—. Se quedó frito después de la caminata que nos dimos, así que lo he llevado a la cama. —Le coge el vaso, se termina el agua y lo deja en la encimera junto a Veda—. Yo estaba medio dormido cuando te oí, y aquí estoy.

—Aquí estás.

Hiram le rodea la cintura con las manos como si ese fuera su sitio, la atrae como hace cada noche. No hace falta hablar, solo es necesaria la presencia de él y la respiración acelerada entre besos lánguidos. Ella se pone de puntillas cuando él la estimula a separar los labios y las piernas. Hiram no pierde el tiempo y ocupa el espacio, besos ardientes bajan por el cuello de Veda, que ha expuesto más para darle permiso. Algún que otro mordisquito hace que se retuerza.

—¿Me dejas que te vea? —musita contra la piel de ella, con delicadeza y respeto. Cálida como la punta de los dedos que juguetea con los cordones del pantalón del pijama de Veda.

A ella se le escapa un pequeño «¿por qué?». Sabe lo que verá él y desvía la mirada para evitar el nudo que se le forma en la garganta al pensar en el estado en que se encuentra su cuerpo. Están las cicatrices, las marcas y los moratones que ella ve. Y también las heridas que no ve.

—Porque no deberías esconder nada de ti. No ante mí. —Le cuela un dedo por debajo del cuello de la camiseta, lo desliza hasta el hombro, dejando a la vista un atisbo de toda la historia. Hiram se detiene y una ligera inhalación le da a Veda una pista de lo que está viendo.

Cuando va a darse la vuelta, él la agarra con más fuerza y sus labios rozan la piel dentada del hombro.

—Estás tensa —dice contra su cuello—. Deja que te ayude a relajarte.

—¿Por qué? —inquiere de nuevo ella, con más firmeza en la voz.

—Porque no pides lo que quieres.

Veda recuerda el tiempo en que lo hacía, en que reclamaba lo que merecía. Ahora se muestra reservada, contenida, aplastada por el peso del trauma; evita todo aquello que pueda hacerla sentir

incómoda y consciente de su realidad, pero cada día deja a la vista más grietas en su fortaleza, despierta partes de ella que creía dormidas hace tiempo. Desea que él la toque, ansía las manos de alguien que ha demostrado conocerla. Su vacilante cabeza solo obedece cuando Hiram respira de nuevo en los bordes de las cicatrices que le ha dejado la maldición.

—Puedes... tocarme —dice.

Hiram se mueve con precisión y cautela. Antes de que se lo pueda cuestionar, Veda tiene el pantalón por la mitad de los muslos y los dedos de Hiram juguetean con el borde de su ropa interior, después se cuelan dentro. Veda no se da cuenta de lo tensa que está contra la encimera hasta que él la besa, instándola con suavidad a que se relaje.

—No me digas cómo te gusta que te toquen. Lo averiguaré. —Se sitúa a su lado, le besa el lóbulo de la oreja mientras le pasa dos dedos entre los labios, le roza el clítoris, y disfruta del grito ahogado que profiere ella cuando le introduce un dedo lentamente—. Joder. —Hiram ahoga su propio gemido—. ¿Cómo estás tan mojada? Si solo te estoy tocando.

El calor estalla cuando el dedo se mueve dentro de ella, rozándola, acariciándola. El aliento de Hiram baila en su cuello, los besos y las palabras susurradas se funden en un ruido blanco. Veda sigue tragándose gemidos y gritos a medio formar con el estómago contraído; desea que dure, pero sabe que no será así. Él se vuelve para besarla, la mano libre descansa en sus riñones, segura. Justo cuando a Veda le flaquean las rodillas, él para.

—Espera... no —musita ella.

Hiram retira la mano y se chupa los dedos.

—Solo será un segundo.

Veda va a protestar cuando él la coge en brazos como si lo hubiera hecho un centenar de veces y la lleva pasillo abajo, cierra la puerta de su habitación con un giro de muñeca. La deposita en el borde de la cama, sin pantalón ni bragas, antes de ponerse de rodillas. Ambos gimen a la vez cuando los dedos de Hiram vuelven al mismo sitio, después su lengua, que le lame el clítoris. Su boca la venera con su roce; el timbre grave de sus gemidos es una oda lírica. Veda se estremece muy deprisa, la espalda arqueada, la mano un puño en el pelo de Hiram, de nuevo en el mismo borde del que la apartó antes. Con una lengua voraz y unos dedos insistentes, él le arranca sonidos que no sabía que podía proferir.

Ella musita su nombre, clava las uñas en todo aquello que tiene a mano, se tensa en torno a los dedos de él y tiembla con cada acometida de su lengua. Con los ojos húmedos, de su boca escapan susurros, sonidos agudos; intenta permanecer entera mientras Hiram parece decidido a hacer que se venga abajo.

—Solo un poco más —dice, y le besa la cara interna del muslo, su dedo encuentra exactamente lo que ella necesita—. Esto es tan...

Veda se ahoga en la avalancha de sensaciones, el placer la retiene hasta que Hiram la libera. La sostiene mientras tiembla.

Yacen juntos y comparten besos que saben a ella mientras se recupera despacio del clímax. Hiram le frota la espalda mientras se sumen en muda reflexión. El uno junto al otro. Cara a cara. Los pensamientos y las preocupaciones de Veda amenazan con alzar el vuelo, pero una palabra la ancla a la tierra. A él.

—Quédate.

Veda cierra los ojos, se aferra a ella con fuerza y no la suelta.

26



Densos árboles rodean la casa. Protegidos por copas a distintas alturas que solo permiten el paso a unos pocos rayos de sol, los helechos y los arbustos crecen con desenfreno. El musgo lo cubre todo.

Hiram va detrás de Veda en una caminata matutina con Antaris, observa su entusiasmo cuando repara en algo nuevo. Encuentran el sendero siguiendo los movimientos del bosque, captan la brisa al percatarse de cambios en la elevación, descubren el lago siguiendo el riachuelo. Los árboles tocados por la magia atraen a la vida salvaje con su energía. Hiram se sienta en una piedra a la orilla del lago, de espaldas a las pintorescas vistas, admirándola por entero a ella.

Veda se arrodilla junto a Antaris, le señala aves y deja que palpe el musgo. Cuando algo llama su atención, Hiram los sigue mientras ella lleva a su hijo hasta un árbol distinto. Veda toca la base y el espacio entre la corteza se ilumina.

—Muchos árboles de este bosque están tocados por la magia —comenta Hiram.

—Lo que demuestra que la naturaleza está perfectamente sin la intromisión del hombre, pero nosotros no podemos sobrevivir sin que la naturaleza nos dé lo que necesitamos. —Mira alrededor del árbol, su sonrisa da paso a una expresión curiosa—. Como dedaleras.

Alzándose en un lecho de hiedra junto a un claro que se abre junto al lago hay docenas de dedaleras color lavanda en flor. Aparte de las hierbas aromáticas, Hiram sabe poco de plantas, pero son bonitas.

—¿Qué tienen de curioso?

—Son venenosas, probablemente su veneno sea más potente por su proximidad a este árbol. No suelo recolectar plantas venenosas, pero el envenenamiento por dedalera se puede tratar si se actúa con rapidez. —Al ver que Hiram abre mucho los ojos cuando procesa esa información, Veda asiente—. Puedo secar las hojas para pulverizarlas. Medio gramo basta para parar un corazón. Su efecto es más lento que el de una poción, pero la probabilidad de que se produzca un error humano es menor.

—¿Tienes lo que necesitas para cogerlas?

Veda da unas palmaditas en su mochila y le sonríe a Antaris.

—Un buen morral para recolectar es la clave. Tendremos que comprarte uno cuando volvamos.

Al niño se le iluminan los ojos y asiente entusiasmado. Ven cómo trabaja Veda, cortando con precisión las hojas y las flores y sellándolas en bolsitas con un hechizo que paga con un pequeño escalofrío. Deciden regresar. Igual que hizo en la subida, Hiram no para de mirarla. Aparte de besarla en la frente antes de que empezaran a desayunar, no ha hablado con ella de lo que pasó por la noche. Planificador cuyos planes B tienen planes B, Hiram está determinando cuándo podrá abordar el tema cuando Veda se rezaga

para colocarse a su lado, le pone una mano en la espalda y pregunta:

—¿Esta noche?

Después se adelanta con Antaris, lo ayuda a salvar un gran tronco que bloquea el camino. La sonrisa de Hiram se ensancha. Pues esta noche.

De vuelta en la casa, el niño sale a comer algo al balcón, momento que Hiram aprovecha para inmovilizar a Veda contra la pared; pasa por alto el sarcasmo de esta mientras busca el beso que romperá su ritual nocturno. Pero el móvil empieza a vibrar con llamadas y mensajes. Y el de ella también. Los mensajes son de personas distintas, pero todos dicen lo mismo: «Ariadne ha atacado a tu padre. Está en el hospital».

Hiram llama al piloto. Veda empieza a recoger sus cosas.



En la sala de espera Simran destaca, no por cómo va vestida, sino porque no lo está. Su madre lleva un camisón largo de seda y unas zapatillas de deporte que Hiram no sabía que tenía. Parece años mayor de lo que es, tiene los ojos hinchados de llorar, la frente necesitada de que le cambien el vendaje. Ella lo ve primero, pero en lugar de hablar, vuelve a clavar la vista en la puerta, el labio tembloroso, al borde de las lágrimas. Hiram repara en Jadiya en el otro extremo de la sala de espera, el cabello blanco ondulado de haberse deshecho las trenzas. Peter se levanta de un salto de donde está, frente a Simran, y va hacia él.

—¿Qué ha pasado? —inquiere Hiram.

—Por lo visto, Ariadne está buscando a su padre. Entró en la casa de tus padres a eso de las seis de la mañana. El talismán le permitió acceder...

—Porque es un pariente consanguíneo. Yo cambié el mío.

—Bien. —Peter mira de reojo a Simran y baja la voz—. Ariadne se tomó su tiempo y le rompió todos los huesos de las piernas a tu padre cuando él se negó a decirle dónde estaba su hermano. Tu madre se despertó cuando lo oyó gritar, golpeó a Ariadne con un jarrón y ella la empujó contra una pared, por eso terminó con una conmoción cerebral. Ariadne salió corriendo, herida, aunque no se le veía sangre, y tu madre consiguió llamarme. Después yo llamé a Gabriel. Cuando Jadiya y yo llegamos a su casa, tu padre estaba en shock. Los médicos todavía no habían llegado, así que Jadiya lo sanó. Tiene una hemorragia interna de la que se están ocupando ahora, pero creen que saldrá adelante. ¿Dónde están Veda y Antaris?

—En casa..., en mi casa.

—Vale. —Peter señala la puerta, lo que hace que Jadiya se acerque—. Nosotros nos vamos. Me gustaría pasarme a verte mañana para que Jadiya realice las pruebas de las que te hablé. Sé que el momento no es el más oportuno, pero creo que os ayudará a Antaris y a ti. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Estupendo. Llevaremos todo lo necesario. También le he pedido a Gabriel que vaya con August. Está impaciente por ver a Antaris.

—De acuerdo. ¿A las once te va bien?

—Sí.

Hiram para a Jadiya cuando va hacia la salida.

—Gracias por lo que ha hecho.

Luego la observa marchar mientras se prepara para el ataque que no llega. Simran continúa mirando la puerta durante tanto rato que él baja la guardia, que es precisamente cuando su madre observa:

—Pensé que habías bloqueado mi número.

—Pues no.

—Pero no me cogiste el teléfono.

—Estaba fuera con Antaris.

Los ojos castaños oscuros lo miran antes de volver a la puerta.

—Y también con la señorita Thorne, según tengo entendido.

—No vamos a hablar de esto ahora —zanja Hiram. Sabe que tal vez su madre parezca indiferente y tranquila, pero sus uñas descascarilladas y sus manos temblorosas la delatan—. ¿Te encuentras bien?

—No. —Se lleva una mano a la sien—. No he sabido hasta hace poco lo de la hija de tu tío Phillip. ¿Ya la han encontrado?

—No.

—Ha estado a punto de matarlo. —La voz de Simran es baja, poco más que un susurro—. ¿Entiendes ahora por qué no queríamos que te involucrases en nada? Este es un asunto peligroso.

—Estamos involucrados tanto si queremos como si no. Hacer la vista gorda es lo que nos ha traído hasta aquí. Compartimos el mismo árbol genealógico de mierda, por mucho que no te apetezca reconocerlo. El tío Phillip quiso robarle la Visión a su propia hija, y no, eso no la exonera de lo que ha hecho, pero lo explica. Es como los demás Ellis: no le importa nada salvo ella misma.

Simran se vuelve hacia su hijo con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué querría la Visión de su hija?

—¿Por qué odias a los videntes?

—No los odio, pero nos ponen en peligro a todos. Podrían dominar a los magos en un abrir y cerrar de ojos. Su magia puede hacer más

estragos que nada de lo que nosotros somos capaces. Desapariciones, maldiciones. Sencillamente no creo que un grupo de personas deba tener magia ilimitada.

—¿Quién eres tú para desafiar al cosmos?

—Yo... —Simran titubea—. Los videntes saben demasiado y su historia está llena de personas que...

—Quieren recibir un trato igualitario.

—No son iguales. Guardan sus secretos. Saben cosas que nosotros no podemos concebir. Incluso es un secreto cuál es el verdadero alcance de su magia. La historia está llena de videntes que han sembrado el caos en el mundo en nombre de la libertad...

—Y nuestra historia de aterrorizar sus comunidades y constreñir su existencia es igual de destructiva —arguye Hiram—. Sí, hay videntes que infringen las normas, pero más que no lo hacen. Todos somos capaces de ser crueles, lo que se demuestra cada día en la forma en que la sociedad los trata. Esperar que acepten ese maltrato sin quejarse es absurdo. Y todo por un grupo de genes que se activa cuando son adolescentes... —Deja de hablar al ver que Jadiya está petrificada detrás de su madre. Hiram no sabe cuánto tiempo lleva ahí, pero ella coge el sombrero que se ha dejado y sale de nuevo.

Simran se sienta con elegancia en su silla.

—No quiero discutir contigo.

—Porque te incomoda —apunta él—. Antes nada de esto me preocupaba, pero eso hizo que fuera tan cómplice como vosotros. La intolerancia del tío Phillip no nace del miedo de perder poder y control, como en vuestro caso, sino del resentimiento. Quería la Visión. La Visión de su hija. Ariadne la quiere recuperar, aunque tenga que robarla y matar a todo el que se interponga en su camino.

Las puertas se abren y un sanador que le resulta familiar sale. Hiram lo recuerda del ataque que sufrió Veda. El sanador Michaels.

—¿Familiares de Barrett Ellis?

Cuando Simran asiente, el sanador se aproxima, le tiende la mano. Ella repara en la placa con su nombre y el símbolo que lo señala como vidente. Al ver que ella no se mueve, Hiram le estrecha la mano.

—Soy su hijo, Hiram Ellis. Esta es mi madre, Simran Ellis.

—Tendrá que quedarse aquí unos días para asegurarnos de que los huesos no se vuelven a romper, pero la ejecución del contrahechizo que lanzaron antes de que llegase aquí fue brillante. Debería estar fuera de peligro por la mañana. Necesitará tiempo para recuperarse y terapia para recobrar las fuerzas, pero de eso hablaremos entonces.

—Gracias —consigue decir Simran, el alivio suavizando los prejuicios que tiene. Al cabo, le da la mano—. ¿Lo puedo ver?

—Naturalmente. Ahora mismo está durmiendo.

El sanador echa a andar y Simran lo sigue, pero Hiram se queda. Todavía no está preparado.



Mientras Peter y Jadiya lo disponen todo, Hiram abre la puerta y suspira para sus adentros al ver al sonriente niño que tiene delante. A August le falta otro diente, tiene el pelo desgreñado y lleva unas botas de goma pese a que el cielo está despejado.

El siempre alegre niño lo saluda con las dos manos.

—Hola, señor Hiram.

—Hola, caos.

—¡Soy August!

Tras él se acerca Gabriel con un brik de zumo en la mano. Hiram los conduce hasta la parte trasera, donde una mesa repleta de comida ocupa el centro del jardín. Al oír los pasos de August, Antaris se vuelve y sonríe. Desoyendo la petición de su padre de que ande, August baja corriendo la escalera y frena antes de abalanzarse hacia su amigo para preguntarle:

—¿Hoy es día de abrazo?

Hiram no entiende a qué se refiere hasta que su hijo asiente y August lo abraza con fuerza.

—¿Día de abrazo? —inquiere con curiosidad Veda al tiempo que revuelve el pelo ya alborotado de August.

—Ant no siempre quiere un abrazo o jugar. A veces se agobia, así que yo pregunto, porque es educado —responde el niño rebosante de orgullo mientras todos los adultos se dan cuenta de lo que Hiram ya sabe—. Soy..., papá, ¿cómo se dice?

—Considerado —lo ayuda Gabriel.

—¡Eso!

Después de que August se lleve casi a rastras a Antaris hasta la pedregosa orilla del lago, se hace el silencio un instante antes de que Jadiya comente:

—¿Vamos a pasar por alto el hecho de que Antaris ya ha aprendido a comunicarse con August?

La pregunta hace que se pongan a charlar y reír y se lancen a barajar teorías sobre cuándo empezó. Veda y Peter debaten mientras Gabriel observa. Hiram ve cómo juegan los dos pequeños, le sorprende la naturalidad con la que armonizan.

No se da cuenta de que Jadiya se sitúa a su lado.

—Es un buen chico.

—Yo he tenido poco que ver con eso, pero pretendo hacer todo lo que sea necesario para que siga siéndolo.

—Tome. —Le ofrece un estuche—. Es el colgante embaucador. El Consejo lo quería, pero Clinton dijo que tenía que estar aquí. Pronto sabremos cuál es el motivo. —Al ver que Hiram arquea la cejas, ella pone los ojos en blanco—. No tengo ni idea. Ya sabe lo críptico que es mi tío. Yo no estaba segura de lo que quería hacer usted con él.

Él tampoco lo está, pero se lo guarda en el bolsillo.

—Lo decidiré más tarde.

—Muy bien. —Vuelve la cabeza—. Y ¿dónde encaja Veda en todo esto?

—Donde ella quiera.

—Ha sufrido mucho, y con el sufrimiento llega el orgullo.

—Ya lo he visto. —Su propio orgullo ha sido vapuleado por Veda alguna que otra vez—. Me preocupa más mantenerla con vida que averiguar dónde encaja. Hasta entonces, seré paciente.

Jadiya lo mira como si lo viese por primera vez. Vuelven a la mesa, a la que ahora están sentados Peter y Gabriel, y Veda llama a los niños. Hiram está poniendo los platos cuando esta insiste:

—¿Antaris?

Hiram levanta la vista. Su hijo está rígido y aterrorizado, pugna por respirar mientras agarra con fuerza la muñeca de un desconcertado August. Es difícil saber quién se mueve primero, pero Veda llega hasta donde está poco antes que Hiram. August, receloso, llama a su padre, que se planta allí en un instante. En cuanto Veda le toca el brazo a Antaris, este prorrumpe en inconsolables sollozos, suelta a su amigo y empieza a signar frenética, incoherentemente, antes de darse por vencido y guiar a August y a Veda hacia el agua.

Hiram los sigue sin vacilar. Nunca ha visto así a su hijo: con la piel fría y sin embargo sudorosa. Durante un segundo se pregunta si aquello habrá terminado, pero entonces el pequeño sale corriendo

hacia Peter y Jadiya, que siguen a la mesa; se miran antes de alzar la vista.

Unos nubarrones cubren el jardín. Parece que va a llover, pero son los árboles, que lloran. El agua del lago comienza a cristalizarse mientras a lo largo de la orilla florecen azaleas.

Hiram reconoce en el acto el olor a ozono.

La magia se vuelve densa en el aire. Son las pesadillas de Antaris, que cobran vida. Peter coge en brazos al niño y sale disparado hacia ellos, con Jadiya pisándole los talones.

Se oye un fuerte chasquido, seguido de un lamento que parece un trueno. Todo el mundo se sobresalta cuando la mitad superior de un árbol cae sobre la mesa junto a la que estaban todos ellos momentos antes.

Después se hace el silencio hasta que un perplejo Gabriel lo rompe.

—¡Mierda!

—Eso es una palabrota, papá.



August está tumbado bocabajo, haciendo correr coches de juguete por el suelo y profiriendo caóticos ruidos de golpes cuando chocan. Cada vez que le pide a Antaris que mire, este le presta una atención fugaz. Está demasiado interesado en la conversación que se está manteniendo en la cocina. Él es el tema y lo sabe.

—¿Es la Visión? —inquiere Hiram con semblante inexpresivo—. Creéis que tiene la Visión.

—Por eso quería que Jadiya le hiciera esas pruebas —admite Peter —. Sospechaba que había una posibilidad de que desarrollase la Visión en la adolescencia, por su madre. A esa edad es fácil saber cuándo se manifiesta; sus hormonas están revolucionadas. En el caso de los niños, sin embargo, la cosa es serena. Sutil. Se mezcla con su personalidad. Además, las señales se pueden atribuir al hecho de que la magia descontrolada es normal para los niños, puesto que no pagan un precio por utilizarla. Me lo planteé cuando supe lo de sus pesadillas, pero a veces los críos despliegan una magia descontrolada porque no pagan por ella. Mis sospechas se intensificaron al ver que no era capaz de elaborar pociones.

—Tiene seis años. Es muy pequeño.

—La manifestación de la Visión más temprana de la que se tiene constancia se dio en una niña de cuatro años en París. Mi tío tenía cinco —cuenta Jadiya—. Imposible no es.

—En ese caso, deberíamos hablar con él en lugar de sobre él. — Veda llama a Antaris, que no vacila hasta que todos están sentados en círculo. Se encuentra entre Hiram y Veda, apoyado en ella, que lo mira—. ¿Podemos hacerte unas preguntas?

Él signa «sí».

—¿Te acuerdas de cuando encontraste al gatito? —Como el niño hace un gesto afirmativo, ella continúa—: ¿Sabías que estaba bajo la lluvia?

Antaris mira a Hiram con aire dubitativo.

—Puedes decir la verdad —lo anima su padre.

Él asiente despacio.

—¿Sabías lo de su madre? —Veda habla con voz tranquila, suave.

Antaris afirma de nuevo.

Ella mira a Peter.

—Me trae el paraguas antes de que incluso yo sepa que va a llover. Supuse que se debía a que era atento. No le caen bien los desconocidos, pero no tardó en tomarle cariño a August. A mí. —A continuación, su expresión se suaviza al comprender algo—: Me habías Visto antes de conocerme en el despacho de Peter.

Antaris asiente despacio, el labio inferior le tiembla.

—¿Viste los muebles en la casa? —Hiram mantiene la voz lo más calmada posible, pese a que el corazón le va a mil—. ¿La pintura? ¿Los dibujos? —Cuando las luces titilan, la respiración del niño se acelera, las lágrimas amenazan con caer—. No pasa nada.

—Gracias por compartir esto con nosotros. —Jadiya se mueve para quedar sentada frente a él.

—Adiós a ese cero por ciento —farfulla Peter, recordando las palabras de Simran la primera vez que Veda la vio—. No se puede tener potencial para algo que ya se tiene.

—¿Me permite? —Su mujer mira de soslayo a Hiram antes de añadir—: No es doloroso, pero, al ser sensitivo, es posible que lo incomode.

Él ha oído hablar de que algunos videntes experimentan dificultades durante la manifestación de la Visión: ansiedad, pesadillas, emociones y sensibilidad intensificadas. Todas las pistas las tenía delante de sus narices. El sentimiento de culpa le susurra que es un mal padre, pero cuando su hijo le ofrece la mano, su agitación interior pasa a un segundo plano.

—Podré con ello. —Hiram agarra a Antaris.

Jadiya asiente, se centra en el niño mientras le tiende una mano. Él la coge, los ojos se le cierran.

—Mi tío me dijo que recuerda el lugar tranquilo al que acudía cuando todo lo sobrepasaba. A veces sigue yendo. Sé que te asomas

para hablar con August, pero después entras de nuevo. ¿Tienes miedo de perder tu espacio seguro?

Antaris afirma tímidamente con la cabeza.

—No pasa nada. Es tuyo. Solo necesitamos abrir la puerta y darte una llave.

A partir de ese momento, la boca de Jadiya se mueve, forma palabras que Hiram no puede oír, pero sí sentir. El aire en la habitación estalla en colores y aromas. Es demasiado, demasiado intenso. No se puede concentrar en nada salvo Antaris, cuyos ojos están apretados, las manos cogidas de la vidente y de él. La expresión de Jadiya cambia. Una oleada de ozono puro golpea a Hiram, pero lo aguanta. Una segunda oleada le provoca unas náuseas que solo terminarán de una manera. Antaris abre los ojos de golpe, su iris irradia una luz dorada, y pugna por respirar.

—Veo el comienzo de él. Fue el final de ella. —Jadiya abre los ojos, argénteos y apagándose, pero su expresión es atribulada. Las lágrimas le caen por las mejillas—. El agujero que hay en ti se está cerrando. De forma lenta pero segura. No pasa nada por no estar nunca completo.

Antaris respira con dificultad y aprieta los dientes, tiene la cabeza echada hacia atrás, como si luchara contra algo que intenta retenerlo. Se suelta de la mano de Hiram como si quemase y la coge de nuevo, como si a la vez él fuese el bálsamo capaz de apagar las llamas.

—Veo. —La voz de Jadiya es melódica—. Cada paso es demasiado pesado, demasiado difícil, demasiado intenso. Incluso el contacto.

Hiram recuerda todos los respingos. El vacilar. El modo en que Antaris se hacía un ovillo, protegiendo su cuerpo como si se preparase para recibir un golpe. Él lo achacaba al sufrimiento. Al miedo a lo desconocido. Ahora comprende que era más: su hijo

estaba en guerra consigo mismo. Un gemido escapa de lo más hondo de Antaris. Sus mejillas se ponen rojas, sus ojos resplandecen como el sol poniente, pero la angustia muda destroza a Hiram.

—Eres demasiado pequeño para conocer el peso del dolor, pero has estado cargando con él en tu corazón. Es muy pesado. Demasiado. —Jadiya le rodea el rostro con las manos, sus propios ojos lanzan un breve destello—. No pasa nada por dejarlo ir. Solo por ahora.

Cuando el dique se rompe, parece una tos. Después colisiona. El dolor entra como una tromba, las lágrimas salen. Nadie está preparado para la arremetida. Mana de él un torrente de magia e Hiram tensa la mandíbula. Las luces parpadean. Las manecillas de los relojes giran descontroladas. Los coches de juguete de August se levantan del suelo. Es potente, visceral y quema como el sol. Del techo caen gotas de agua. Saben a lágrimas y se evaporan en cuanto tocan la piel. La madera del suelo cruje y se comba. Hiram apenas ve a través del calor titilante, abrasador, que desprende Antaris, un calor que amenaza con quemarlo todo.

Se apaga como la luz de sus ojos.

A Hiram siempre le ha costado elegir el momento oportuno, pero ahora no falla: coge a su hijo cuando se derrumba, lo estrecha, deja que solloce contra su pecho y se agarre a su camisa. Hiram ha pasado horas, días, tratando de decidir lo que tenía que hacer, lo que no tenía que hacer, lo que podría ser de ayuda, lo que podría causar dolor. Pero al final es el instinto, la necesidad de brindar consuelo, lo que lo guía. Coge en brazos a Antaris y lo lleva fuera.

Cierra los ojos y deja que su hijo lo sienta todo. Cada emoción que ha estado atrapada bajo semanas, meses, de silencio. Hiram no puede devolverle a Grace, pero puede soportar las consecuencias.

Permitir que la naturaleza siga su curso mientras tranquiliza a Antaris asegurándole que no lo arrastrará.

«No te dejaré».

Un mantra. Una verdad.

Hiram solo abre los ojos cuando el aluvión pasa, solo cuando los sollozos de su hijo se tornan suspiros. El mundo es muy distinto del que era incluso por la mañana.

Antaris duerme en sus brazos, el rostro acomodado en la oquedad de su cuello, todavía aferrado a él. Su respiración es profunda y regular. Hiram recoge sus pensamientos empapados y fragmentados. Veda se arrodilla delante de él sin decir nada. Solo le pasa el pulgar bajo un ojo y después el otro. Los tiene mojados, pero no se había percatado.

—Necesito unos minutos —musita él mientras intenta volver a centrarse en un mundo que se mueve bajo sus pies—. Sé que tenemos que hablar de muchas cosas...

—Tómate el tiempo que necesites.

Hiram nunca podrá explicar el alivio que siente cuando Veda no se va.



El conocimiento es un arma de doble filo, dolorosa.

August sigue lanzando miradas de preocupación a Antaris, que todavía duerme tendido en el sofá, envuelto en una de sus mantas. El niño se ha sentado cerca de su amigo para cuidarlo, y de vez en cuando mira los dibujos animados que le han puesto en la tele a un volumen bajo. Veda también parece de guardia, aunque parte de su

vigilancia va dirigida a Hiram, a juzgar por las miradas rápidas y el tranquilizador peso de su pierna contra la de él.

—Yo lo único que he hecho ha sido abrir la puerta de ese espacio seguro —le cuenta Jadiya con tranquilidad y firmeza—. La decisión de salir es suya. Así que ahora debemos esperar.

—¿Cuánto tiempo? —se pregunta Hiram.

—Hasta que él esté listo, siga así. Sea su padre. Firme, paciente, presente. Nada distinto de lo que ha estado haciendo hasta ahora —contesta ella, y su expresión se vuelve grave—. Sé lo que está pensando. En el caso de los niños, resulta fácil confundir la manifestación de la Visión con la respuesta a un trauma. No se culpe.

De todos modos, Hiram se culpa.

—Creo... —Veda duda, mira de reojo el sofá—. Creo que él es el motivo de que las hierbas aromáticas del colegio y de la casa de Hiram hayan estado creciendo como locas. El olivo... Creo que también ha sido él, aunque de manera inconsciente. —Parece afligida—. Le enseñé un pequeño símbolo protector que ahora traza en todas las cosas. No sabía...

—Él tampoco —apunta Peter—. No tiene preparación. Se le enseñará a controlar su magia y las leyes de la Visión. Lo que ha hecho hasta ahora es menor. Cierto, lo que ha sucedido hoy no, pero aprenderá que no puede reaccionar de manera tan visceral a cada visión que tenga.

—Gracias. —Hiram lo asimila todo hasta que su mejor amigo le pone una mano en el hombro para demostrarle su apoyo.

—Deja que yo me encargue. Hablaré con sus profesores cuando empiece el trimestre. Lo matricularemos en las clases de Clinton para nuevos videntes. Le presentaremos a otros niños videntes de su edad en el centro comunitario. También llevaremos a August,

para que lo ayude a entenderlo todo. Y yo personalmente trabajaré el control con él.

—Vale.

—Ha de tomar una decisión en lo que respecta al Árbol del Conocimiento.

Hiram recula al oír a Jadiya.

—Sé que es difícil, pero es una decisión que ha de tomar usted, que es su padre. Puede decidir que coma el fruto del árbol y se convierta en eclipsado o no. Los Ellis optaron por ello en el pasado cuando un niño manifestaba la Visión a una edad temprana... o incluso en la adolescencia. A veces incluso sin el consentimiento del niño.

A Hiram no le sorprende. Harían cualquier cosa para mantener el espejismo de pureza.

—En lo que respecta al Registro, los niños no figuran hasta que cumplen los dieciséis años —le cuenta Peter—. Por si te preocupa que el resto de tu familia vaya a por él...

—Eso no me preocupa —contesta, resuelto, Hiram—. No lo privaré de la Visión, y si alguien lo averigua y viene aquí a ponerlo en peligro, ese alguien necesitará que lo protejan. De mí.



El farol flotante está suspendido a los pies de la cama de Antaris. Hiram se sienta en el borde del colchón.

Su hijo ha estado pegado a él desde que se fue todo el mundo, algo que suele ser un indicador de que va a tener que pasar la noche con él en el suelo de su habitación.

«Lo siento», signa el niño.

—¿Crees que has hecho algo malo? —inquiere Hiram.

Él se mira las manos y asiente con resignación.

—Mírame. —Se acerca más con suavidad cuando Antaris levanta la vista—. Estoy enfadado, sí, pero conmigo mismo. Me duele ver que algo te causa dolor. Debería haberme dado cuenta, pero no me culparé de ello si tú no te culpas.

Hiram le da la mano y su hijo se la estrecha.

—No te disculpes nunca por ser quien eres. —Al oír esto, la boca de Antaris forma una pequeña O de sorpresa—. Tu madre era vidente, lo que significa que en ti hay un poco más de ella. —Se detiene cuando el niño lo mira una vez, sus ojos escrutadores. Apoya una mano en los húmedos rizos de su hijo y añade en voz baja—: Yo no me siento avergonzado. Estoy orgulloso de ser tu padre.

Antaris se incorpora para abrazarlo. Porque puede, Hiram lo estrecha un poco más fuerte, un poco más de tiempo, hasta que el niño se tiende y signa: «Buenas noches».

«Buenas noches», signa a su vez él.

Espera hasta que Antaris duerme para salir de la habitación e ir a acostarse. Se mete en la cama sabiendo que tardará horas en dormirse..., hasta que Veda sale del cuarto de baño, oliendo a su jabón. El colchón se hunde cuando se une a él bajo la sábana.

—¿Estás bien? —le pregunta, preocupada—. Hoy ha sido un día intenso.

—Mejor, ahora que hemos hablado.

—Me alegro. —La voz de Veda es apenas un susurro cuando se acerca más a él; sus ojos encuentran los suyos incluso en una oscuridad casi absoluta. Hiram no espera que ella haga ningún movimiento, pero de pronto sus labios rozan los de él, lenta y

profundamente, y alivian el largo día. Hiram se abandona al beso, su mano sube por el costado de Veda. Sabe que ella no admitirá que le gusta que la toque; pondrá excusas incluso mientras se estremece, porque aunque es posible que sus labios mientan, su cuerpo no miente nunca. Cuando ella se separa, a Hiram no le importa reconocer que no le basta. Ni de lejos.

—Gracias —musita.

Veda pone los ojos en blanco.

—¿Es necesario que hagas eso? Pronto seremos del todo civilizados el uno con el otro y me parece espantoso.

Hiram se ríe, porque parece que ha pasado un siglo desde la acalorada discusión en el colegio.

—Es verdad. Es horrible.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en algo. —Su mirada baja hasta el brazo de él, no es la primera vez, se detiene en sus tatuajes, sus dedos recorren el amuleto con forma de ojo. Cuando lo sorprende mirando, Hiram la estrecha más contra él, baja la cabeza para besarle el cubierto hombro, su mano traza su forma—. No pienso acostarme contigo.

—Esta noche no —contesta en voz queda Hiram—. Pero todo se andará. —Sonríe al ver que ella coge aire con fuerza—. Has sido tú quien ha sacado el tema, lo que significa que ya estás pensando en ello. —Los ojos castaños se abren como platos, los labios se abren para protestar, pero él pone un dedo en ellos con delicadeza antes de que Veda añada algo—. Pensaba que me gustaba dormir solo, pero puede que no me guste. ¿Lo ves? Soy capaz de admitirlo. No como tú, que ni siquiera estás dispuesta a admitir que te gusta este... ritual nocturno. O que duermes mejor en mi cama.

—Lo único que pienso admitir es que odio hacer la cucharita.

Se vuelve de lado, dándole la espalda, pero no protesta cuando Hiram enreda sus piernas con las de ella y la rodea con un brazo.

—Mientes —le susurra casi al oído—. Fatal.

—Das calor —farfulla ella entre bostezo y bostezo.

—Y tú tienes los pies helados.

Veda no responde. Ya se ha quedado dormida, respira profundamente. Hiram profiere una risita, le estampa otro beso en el hombro. Antes de que se dé cuenta, también se ha quedado dormido.

27



El alba trae un cielo plomizo y una luz gris que atraviesa las nubes. El lago está en calma, el aire es caliente y húmedo, y una neblina se extiende con indolencia. Hiram ya se encuentra en el embarcadero, mirando a Peter y Antaris, que están sentados con las piernas cruzadas a lo indio, los ojos cerrados. Las palmas de las manos de Peter irradian una luz blanca, mientras que las de Antaris exhiben un despliegue de colores.

—Le está enseñando control. —Jadiya se une a Veda en la ventana—. Algo que hacemos con los pequeños. Tiene que igualar el color de Peter, una y otra vez, hasta que la transición sea fluida. Llevan intentándolo unos diez minutos. La primera coincidencia suele tardar quince y...

La luz de Antaris titila un tanto antes de volverse blanca. Jadiya profiere un sonido de satisfacción.

—Excelente.

Veda sonríe.

—Oye, mientras están fuera, quería hablar contigo de una cosa.

Su amiga la mira de reojo.

—¿De que llevas días sin ir a tu casa?

—Una semana y tres días —precisa ella, con cara inexpresiva—. Pero no es eso, es otra cosa.

Se disculpa para ir a la habitación de Hiram y vuelve con su mochila, de la que saca lo que encontró en el bosque.

—Dedaleras. —Gracias a la magia, aunque las cogió hace días, se conservan perfectamente—. El bosque de la isla rebosaba magia inalterada. Es probable que estas sean más potentes. Sé que Peter y tú habéis estado buscando una alternativa segura que me ralentice el corazón hasta pararlo.

—¿Y tú quieres probar con las dedaleras? —inquiere Jadiya, horrorizada—. Tengo algunas opciones mejores. Un elixir del sueño, una poción para detener el pulso o la esencia Latido Hueco puede que funcionen sin que al mismo tiempo te envenenen.

—Ninguna de esas cosas me parará el corazón por completo.

—De eso se trata: no tienen por objeto matarte.

—Según la investigación, la muerte la expulsará fuera. El sanador del hospital que me atendió cuando me atacó Ariadne suplantando a Everett dijo algo parecido. Tenemos que imitar la muerte, y si fuese fácil engañar a esta maldición, habría salido de mi cuerpo cuando me atacaron.

Jadiya sopesa las palabras de su amiga antes de proferir un hondo suspiro.

—Prepáralas, pero creo que deberíamos tener cuidado y utilizar una poción que sepamos controlar con magia desde el exterior y cuyos efectos secundarios sean mínimos. No podremos manipular las dedaleras. La naturaleza seguirá su curso y nos veremos obligados a utilizar otros métodos para sanarte. Solo emplearemos la vía de las dedaleras como última alternativa.

—Está bien. ¿Me echas una mano?

Su amiga responde afirmativamente. Buscan todo lo que necesitan y se ponen guantes. Veda coloca con sumo cuidado las dedaleras en papel vegetal. El conjuro desecante surte efecto en el acto, seca las hojas y las flores ante sus ojos. Veda coge el papel y pasa las dedaleras al mortero, las tritura con la mano hasta pulverizarlas. Jadiya emplea un conjuro inmovilizador para impedir que queden partículas suspendidas en el aire.

Hiram entra justo cuando Veda está terminando y, con aire vacilante, pregunta:

—¿Debería preocuparme?

—Estamos procesando las dedaleras.

—No has contestado a mi pregunta.

Jadiya la mira de soslayo.

—Necesitamos algún sitio donde meter el polvo.

—Yo tengo una cosa. —Hiram tarda tanto que Jadiya se quita el equipo de protección para ir a ver cómo siguen Peter y Antaris. Al fin regresa, con un sencillo anillo de plata con estrías y un ópalo azul intenso. Pasando por alto los ojos como platos que pone Veda, Hiram lo abre y a la vista queda un pequeño pastillero.

—Me figuro que esto tendrá una historia.

Él suelta una risita.

—No hay historia. Era de mi tía. Cuando murió, mi tío llevó al cuello este anillo y su alianza.

—Y ¿quieres dármelo? —pregunta ella con escepticismo.

—Necesitas un sitio para guardar el polvo de dedalera, y este es perfecto.

Veda duda, pero lo acepta. Llena con cuidado el pastillero y lo cierra.

—Si quieres que te lo devuelva...

—Ya te lo he dicho. —Hiram se lo pone a Veda en el dedo anular de la mano derecha. Le cabe. Ella lo mira, prueba a quitárselo y ponérselo de nuevo mientras él observa con una intensidad que resulta difícil pasar por alto, incluso cuando le coge la mano otra vez.

—En el peor de los casos, así dejaré de sufrir.

—No digas eso —le pide él—. Sé que es una realidad, pero...

—Lo sé. Lo siento. —La ansiedad aflora como la mala hierba persistente que es—. Deja que limpie esto.

Tomando más precauciones de las necesarias con las cosas que han utilizado, Hiram limpia la encimera dos veces, lo guarda todo en otra habitación y empieza a preparar el desayuno en un estado de ánimo sereno y sombrío.

—¿Estás bien? —se interesa Veda.

—Sí.

Hiram deja los huevos que ha cascado para ladearle la barbilla y besarla de un modo que desarma la tensión que ella siente por dentro. Una conversación sin palabras. Con el roce de sus labios el tiempo se detiene, su respiración se sincroniza. Algo que resulta liberador y aterrador. Veda recuerda lo que se dijo una vez: Hiram es una locura temporal. Por desgracia, romper la burbuja que fue la isla y volver a la vida real no la ha curado lo más mínimo.

El talismán los avisa de la llegada de alguien.

—¿Esperas visita?

Él cabecea.

—Tenía pensado pasar un día tranquilo contigo y con Antaris cuando termine la clase con Peter.

Los planes se desbaratan cuando Veda abre la puerta.

—¿Podemos hablar en algún sitio?

Ruth parece frágil, lo que hace que a Veda le cueste más aferrarse a la ira que siente, sobre todo después de saber lo del juramento. Cuando la deja pasar, la anciana va al salón principal y se para delante de la cristalera, observa a Peter y Antaris mientras trabajan el control. Jadiya vuelve, mira a Ruth y farfulla algo de un recado que tiene que hacer.

Hiram pone agua a hervir y Veda se sienta a la mesa. Pasan minutos en un silencio tenso, intercambiando miradas cada vez más escépticas. Él deja una taza de té caliente en la mesa de cristal y el tintineo sobresalta a Ruth, que se lleva una mano al pecho, cierra los ojos y respira hondo unas cuantas veces para tranquilizarse.

Hiram se sienta junto a Veda.

—¿Cómo estás? —pregunta la vidente, sentándose por fin a la mesa—. Sé que no nos separamos de la mejor manera.

—Mirando hacia delante, como siempre. Pero admitiré que me estás poniendo nerviosa.

—Veo que Antaris lo está pillando todo al vuelo. —Ruth esboza una sonrisa triste—. Los pequeños son los que peor lo llevan cuando la Visión se manifiesta antes de lo previsto, sin duda.

Hiram ladea la cabeza.

—¿Usted lo sabía?

—No, pero una de las voluntarias, Indica, lo sospechó.

«No te agobies, pequeño. Dentro de poco volverás a hablar».

—A los niños videntes se los...

—Apoda «pequeños», sí. Se supone que es irónico, porque inconscientemente hacen mucha magia pequeña que se pasa por alto. Son los que más cuidados necesitan. El amor de un padre, la fuerza de una madre. —Ruth bebe un sorbo de té y arquea una ceja al ver la expresión de Veda—. Puede que no seas su madre

consanguínea, pero no tienes que serlo para quererlo como si lo fueses.

Veda se mira las manos con nerviosismo.

—Cuida de Marlene y Everly.

La petición resulta extraña.

—¿Qué está pasando? —replica Veda.

Ruth extiende un brazo y le cubre la mano con la suya.

—Recuerda lo que te dije una vez, Veda. Lo que tú crees que es soledad en realidad es hambre. No la desatiendas, o morirá. No tengas miedo de darte caprichos. De vivir. De desear y cuidar. Esa hambre es lo que hace que seas humana, y necesitarás tu humanidad para enfrentarte al camino que tienes por delante. —La mano le tiembla, pero no la suelta—. Recuerda los malos tiempos, aunque hacerlo te duela físicamente, y recuerda los buenos tiempos, aunque te duela más incluso saber que no volverán. Llora. Deja que el perdón llegue a su debido tiempo, cuando estés lista para pasar página.

—¿Qué me es...?

—Te estoy dando enseñanzas de vida. Tengo más, pero hay algo más importante de lo que tenemos que hablar. —Veda va a intervenir de nuevo, pero Ruth la hace callar—. Ariadne vendrá a por ti, lo he Visto.

Veda abre mucho los ojos, alarmada.

—No me puedes contar tu visión...

—Dará lo mismo —asegura Ruth, restándole importancia—. Ariadne estará desesperada. Probará a utilizar el *Sight Unseen*, como ha hecho antes y volverá a hacer.

Ella se siente confusa.

—Yo no soy vidente, no tengo la Visión. No puede robarme algo que no tengo.

—No, pero debido a tus padres, posees el potencial para tenerla, tanto si se llega a manifestar alguna vez como si no. Y ambas compartís sangre, lo que significa que tu potencial para la Visión ahora también vive en ella. Ariadne no solo quiere matarte, quiere consumirte.

Saber esto deja a Veda sumida en una extraña calma.

—¿Y la maldición?

—No sé cómo pretende extraerla, pero es un problema que tendrá que abordar cuando obtenga lo que quiere. Ariadne es brillante, pero su búsqueda de la Visión la ha cegado en otros sentidos.

—¿Crees que sabía que pasaría esto la noche que me lanzó la maldición?

—No. Este es un giro que solo puede ser obra del cosmos. No sé cómo lo averiguó, pero si se parece en algo a su padre, querría llevarte para poder experimentar contigo hasta dar con la respuesta. Es peligrosa. Tienes que protegerte.

Se le ocurre una idea.

—Lo haré dándole a probar su propia medicina.

—¿Cómo? —inquiere Hiram.

Veda se vuelve hacia él.

—La maldición Líquida.

El gesto de asentimiento de él capta la atención de Ruth.

—Me ha sorprendido, Hiram Ellis. El mundo está equivocado con usted. Yo también lo estaba. Siga siendo el hombre que nunca creímos que era.

Pensativo y humilde, responde:

—Lo haré.

—Su padre ya ha salido del hospital y está en casa. —La vidente le dirige una mirada cómplice antes de levantarse. La puerta trasera se abre y Antaris entra. Se suelta de la mano de Peter cuando avanza y

se para delante de la anciana como si esperase que también le diera un mensaje a él—. Hola, pequeño.

Antaris signa «hola».

—Ahora estás más cerca que nunca. —Ruth le pone ambas manos en los hombros—. Eres el alma del escorpión. Tienes el corazón de tu madre y la fuerza de voluntad de tu padre.

El niño se acerca más, a su rostro asoman un sinfín de preguntas.

—¿Conocía a Grace? —le pregunta Hiram.

—No, pero he oído hablar mucho de su espíritu combativo. Solo espero tener su fortaleza cuando llegue el momento.

Los sentimientos que le inspira Ruth a Veda son complicados. La invade una profunda tristeza, un dolor inexplicable. No es capaz de precisar dónde nacen, pero nota su peso en el estómago, un peso que aumenta cuando Antaris abraza a Ruth por la cintura. La acompañan a la puerta, pero antes de marcharse la anciana les dice:

—Llevadlo donde el agua es natural.

Permanecen en el umbral hasta que Ruth se aleja en su furgoneta. Veda se queda hasta mucho después de que haya desaparecido, incapaz de nombrar el sentimiento que la atenaza. Después de desayunar cae.

—¿Por qué da la impresión de que se estaba despidiendo?



—Voy a cenar con mis padres.

La decisión serena de Hiram hace que Veda levante la vista del libro de pociones. Ha estado leyendo detenidamente todo lo que ha podido encontrar sobre la maldición Líquida. Hiram se ha puesto un

pantalón de vestir gris y una camisa de manga corta; el pelo, que las dos últimas semanas se ha peinado de manera informal, ahora luce una severa raya. Incluso se ha afeitado. Veda no disimula la ojeada que le echa antes de dejar el lapicero en el libro.

—¿Cuánto hace que lo has decidido?

—Ocho minutos.

Veda profiere un ruidito y se pone de pie, pasando por alto la cara rara con que él la está mirando.

—Debería cambiarme.

—No tienes por qué venir.

—Lo sé —contesta ella, y acto seguido pregunta—: ¿Cómo sabes que van a cenar ahora?

—Cenan a la misma hora todos los días, pase lo que pase. Mi madre siempre hace una puesta en escena excesiva.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Cuarenta y cinco minutos.

Quince minutos después, Veda sale con un mono de flores que le regaló Jadiya hace siglos y unas sandalias. Se ha recogido el cabello en un moño trenzado bajo. Hiram y Antaris la están esperando en el recibidor. Tiene que mirar dos veces al ver al niño, que en lugar de la habitual pajarita de punto negra lleva una...

—¿Verde?

Verde oliva, para ser exactos.

—La que ha elegido él. —Hiram alborota los rizos que su hijo solo ha llevado sin peinar unas pocas veces, el pequeño lo mira raro y Veda se ríe.

Antaris echa a andar delante hacia el coche. Hiram la detiene un instante poniéndole una mano en el vientre y haciéndole un cumplido que la anima.

El trayecto es tan silencioso como se queda Simran cuando los ve cogidos de la mano en la puerta principal. Vestida con elegancia, los conduce hasta un ornamentado comedor iluminado con luz tenue donde un pálido Barrett se encuentra sentado a la cabecera de la mesa en una silla de ruedas.

—¿Cómo estás, padre? —pregunta Hiram con un tono crispado.

—Bien. Me han sanado los huesos. La silla de ruedas es por precaución, hasta que esté lo bastante fuerte para andar solo —le explica, y sus ojos bajan hasta Antaris para después subir hasta Veda—. Solo has venido a cenar con nosotros dos veces desde que volviste. ¿Por qué hoy es la tercera?

—Quería ver que estabas bien, pero si quieres que nos vayamos...

—No —se apresura a decir—. Por favor, sentaos.

Veda mira a Hiram cuando le retira la silla, pero se sienta ahorrándose el sarcasmo. Él se acomoda al otro lado de Antaris. La cena se sirve en *thalis* de plata bellamente decorados: distintas verduras y hortalizas, curris, *naan*, *dal*, pollo y cordero. Antaris parece confundido, así que Hiram le explica con paciencia cada plato y cómo comerlo. Simran lo interrumpe de vez en cuando, ofreciendo el contexto cultural que Hiram desconoce. Veda disfruta de la cena mientras mira de reojo la estancia.

Después de cenar pasan a la salita y observan a Antaris, que deambula por la terraza acristalada inspeccionando las plantas. Cuando Simran intenta unirse a él, se pone rígido. Los niños no son sutiles, y él no es una excepción. Evita a su abuela hasta que esta se da por vencida y se va. Hiram la sustituye y las luces se encienden. Antaris se anima en presencia de su padre, sonríe, se muestra ansioso por enseñarle las plantas. Barrett se disculpa para tomar sus elixires sanadores nocturnos.

Simran no pierde el tiempo.

—Me sorprende verla aquí, señorita Thorne.

«A mí también» no parece apropiado, así que Veda no dice nada. El aire entre ellas es pesado, no ha cambiado desde la última vez que coincidieron.

—Creo que hemos llegado a un punto en el que puedo hablar libremente con usted —empieza de nuevo la señora Ellis.

—Nunca ha tenido pelos en la lengua conmigo.

—*Touché*, señorita Thorne, pero creo que ha llegado el momento de que intervenga. Me gustaría recuperar a mi hijo.

—Yo no se lo he quitado. —Veda quiere decir más, las críticas la reconcomen por dentro, pero se frena. Un enfrentamiento directo no sería productivo—. Hiram es un hombre que dice las cosas como las siente. En lugar de centrarse en lo que cree que es lo correcto, escúchelo. Ah, y rompa la solicitud de guarda legal que pretende presentar.

—No tenía ninguna intención de cumplir esa amenaza. Pensé que estaría más dispuesto a hablar que a pasar por el engorro que supone una pelea legal.

Veda casi se ríe en su cara.

—Esa versión de Hiram ya no existe.

—No era consciente de que conociera tanto a Hiram como para opinar así de su carácter.

—Es algo reciente —contesta ella—. Pero está mintiendo. Si de verdad no lo supiese, no habría empezado a hablar de esto conmigo. Si cree que lo controlo, se equivoca. Se controla a sí mismo.

Simran no dice nada, se pasa una mano por el sari naranja oscuro con brocado de oro.

—Pierde el tiempo poniéndome a prueba cuando debería estar pensando en por qué Antaris prefiere a cualquier otra persona antes que a usted. —Simran se queda atónita un instante, Veda no sabe si

por el tono que ha empleado o por el mensaje—. Necesita a tanta familia como pueda tener, y no hace falta que sea consanguínea. Lo único que hace falta es que esa familia quiera lo mejor para él y se preocupe más por él que por sus puñeteros deseos egoístas. Que lo anime en lugar de desanimarlo, que le insufle vida en lugar de robársela. En lugar de intentar doblegar a todo el mundo, tiene que protegerlo.

—Tiene una opinión muy contundente sobre un niño que no es suyo.

—No hablaba solo de Antaris. —Veda se mantiene firme al ver su cara de sorpresa—. En la vida no hay garantías. Lo sé mejor que la mayoría de la gente. Mis padres... —La voz se le quiebra—. Nunca los he necesitado más que ahora.

Simran se queda muda.

—No importa la edad que tenga, lo enfadado o frustrado que lo haga sentir, lo mucho que lo presione; pase lo que pase, él nunca dejará de querer tener una relación normal con usted. Pero eso no significa que tenga que aguantar su comportamiento de mierda solo porque le dio la vida. —Veda sacude la cabeza—. No entiendo cómo es posible que le haya dado otra oportunidad y la esté desperdiciando solo por la obstinada necesidad de tener razón.

—Con independencia de lo que pueda pensar, quiero a mi hijo. Tanto que me niego a permitir que cometa errores.

—Aprendemos de los errores.

—Yo abandoné a mi familia igual que él nos abandonó a nosotros. No aprobaban las decisiones que tomé en la vida, al hombre del que me enamoré. Me dijeron que fracasaría y me negué a demostrar que tenían razón. Me casé con Barrett, encajé en su familia, en su mundo, y llegué más alto de lo que ellos pensaban que podría llegar. Hiram... —Simran se lleva una mano al corazón.

—Hizo lo mismo que usted, pero usted no ve que se ha convertido en aquello de lo que huyó en su día.

Ella desvía la mirada.

—Presiono y me inmiscuyo porque quiero lo mejor para él. Quiero que Hiram llegue más alto que yo. No quiero que pierda el apellido Ellis. Es lo que le corresponde, lo que es suyo por derecho.

—¿Y si no lo quiere? —pregunta Veda con suavidad—. «Lo mejor» es subjetivo, es una opinión, y las opiniones pueden ser erróneas. El mayor deber de su hijo no es satisfacer sus deseos, sino los de él mismo. Respete las decisiones que toma. Deje que eduque a Antaris como desee. Si lo quiere como dice, déjelo respirar, Simran. Ya lo ha estrangulado durante bastante tiempo.

La señora Ellis se vuelve, pero su mirada se fija en algo que está detrás de Veda, su boca forma una línea tensa.

—¿Cuánto hace que estás ahí?

Veda gira la cabeza y ve a Barrett en su silla de ruedas, parado en el umbral.

—Lo suficiente. —Su expresión es indescifrable—. Simran, estoy cansado. ¿Tú no?

—Podemos hablar de esto...

—Ahora, no luego —la corta él—. Tú no eras así cuando me enamoré de ti. Mi familia... nos ha convertido en monstruos a todos, pero no permitiré que cambie a Hiram o a Antaris. Hemos perdido catorce años, y créeme cuando te digo que no estoy dispuesto a perder ni uno más. He perdido muchas cosas por quedarme de brazos cruzados sin hacer nada. Estoy harto de perder cosas. Casi me matan por guardar silencio. Y eso termina hoy. Veda, se lo ruego, discúlpenos.

Ella no duda en echar a andar hacia la terraza acristalada. Allí hace calor, es un lugar agradable. Las plantas son exuberantes. Veda

esquiva una palmera y se detiene. Hiram tiene en brazos a Antaris, de espaldas a ella, le señala el ventanal y le cuenta cómo saltó la valla, se perdió en el bosque y encontró una cueva. El niño no mira fuera asombrado, sino que lo mira a él..., luego a ella. Al ver que ha perdido su atención, Hiram vuelve la cabeza. La sonrisa que le dedica a Veda se borra cuando, al parecer, se percata de la apagada discusión que están sosteniendo tras ella sus padres.

—¿Qué está pasando ahí?

—Están manteniendo una conversación que tenían pendiente desde hace tiempo.

28



El silencio se rompe con resoplidos y suaves sollozos. Amodorrado y apenas despierto, Hiram se levanta de la cama y se acerca a Veda por detrás. Esta sostiene el móvil con manos temblorosas.

—¿Qué ocurre?

Veda se refugia en sus brazos.

—Era Gabriel. Ruth... —Se atraganta—. Ha muerto. Ariadne... Se produjo un incendio. Era un adiós.

Hiram siente su pérdida. El recuerdo de Ruth se ve empañado por todo lo que ha salido a la luz, así que se imagina cómo se sentirá Veda. Cuando intenta apartarse, él se lo impide. A estas alturas se le da mejor combatir sus instintos, no reaccionar cuando ella se resiste, tan solo abrazarla y ser su refugio. Incluso cuando la tormenta es ella.

—Deja que cuide de ti —musita.

—Necesito ir. Everly...

—Está en Portland con Marlene, en rehabilitación.

—Tengo...

—Tienes que cuidarte. Son... —Mira de reojo el luminoso reloj—. Son las tres de la mañana. Ahora no puedes hacer nada.

El último atisbo de resistencia se esfuma. Veda no tiene hambre, pero se come la manzana que él le trocea. No tiene sed, pero se bebe el agua que le pone en las manos. Luego se ducha y él le da espacio para que llore su pérdida. Cuando sale, envuelta en una toalla, Hiram espera fuera mientras se cambia, vuelve solo cuando ella abre la puerta. Su pelo mojado ya se está encrespando, pero deja que él la siente delante del espejo de su habitación. Después de que ella se lo hidrate, Hiram se lo cepilla despacio y le hace una trenza de raíz para que no se le enrede. Está tan concentrado que no se da cuenta de que Veda lo mira.

—Tú no eres real —dice.

—Recuérdalo la próxima vez que te cabree.

Su sonrisa es poco más que un débil rictus. Así y todo, un hito. Acepta una camiseta limpia y unos pantalones cortos que no le quedan muy allá y se mete en la cama de Hiram. Bajo la sábana, es ella quien empieza a enredar las piernas y las manos.

—Tienes miedo —susurra él.

—Mucho. —La confesión de Veda apenas es un susurro—. De lo que controlo y de lo que no.

—Yo también. —Hiram se apoya en un codo para mirarla—. La única solución es seguir adelante.

—Lo sé. —La sonrisa da paso a una expresión adusta—. Odio no poder seguir cabreada si estás conmigo. Quería regodearme en mi miseria. No llegué a perdonarla, pero ahora tengo esta frágil sensación de paz. ¿Cómo sabías que necesitaba pararme a procesarlo todo?

—Porque te conozco. Igual que tú me conoces lo suficiente para hacerme ver mis mierdas desde el principio.

Veda se pone bocarriba, clava la vista en el techo.

—Estoy intentando averiguar cómo hemos llegado aquí tan deprisa.

—La serie de acontecimientos no importa, ahora estamos aquí. —Hiram la besa en la sien—. Esto es lo último en lo que deberíamos estar pensando. Están sucediendo demasiadas cosas.

—Tienes razón.

—Y no lo soportas.

Veda lo mira ceñuda.

—Estás muy subidito con esto.

—¿Sí? —Hiram profiere un ruidito—. Y yo que pensaba que todo el mundo quería que al menos una persona viera cómo es y lo entendiera.

—Todo el mundo no. Yo no. —Veda baja la voz—. Que alguien vea cómo eres implica que ese alguien te conozca, que tus problemas estén sobre la mesa y se sopesen. Exponerte a que te juzguen, reconocer tus imperfecciones, airearlas.

—Porque entonces serás vulnerable, ¿no? —Hiram se acerca más —. Demasiado tarde. Ya lo eres.

—Es horrible. No se lo recomiendo a nadie.

Él sonríe.

—Eso me lo creo. Preferirías sufrir en silencio, lo sé. Yo soy igual. Pero me lo dijiste a gritos una vez, así que lo justo es que te devuelva el favor.

—Hoy va a ser un día de mierda —suspira Veda.

—Pues sí.

En lugar de dormir, se funde con él, apoya la mano en su pecho hasta que se siente tan firme como la fuerza de gravedad. En ese silencio seguro, el corazón de Hiram encuentra su sostén. Una aceptación serena lo mantiene estable, igual de unido a ella.

Hiram lo sabe desde el principio, pero no ha habido tiempo para diseccionar los sentimientos que llevan acechando más tiempo de lo que su sensato corazón está dispuesto a admitir. Ya no huye. Toma todas las decisiones que entraña el amor que le profesa a Veda y espera que ella lo acepte cuando esté lista. No está seguro de cuándo será eso, si tendrán tiempo o espacio para pensar más allá de lo inminente, pero estará preparado cuando llegue el día. Por ahora, vive para esos momentos frágiles, abrazando a Veda mientras su respiración se vuelve más profunda. Quiere quedarse así para siempre, pero cierra los ojos hasta que llega la hora de hacer frente al día.



Justo después de mediodía Veda vuelve con un ramo de las flores preferidas de Ruth. En lugar de asistir al funeral de la vidente, celebra el suyo propio: se sienta en el embarcadero y lanza las flores al agua para que floten a la deriva.

El sol comienza a descender, se desliza despacio para besar el horizonte, pero ella no se mueve. Antaris se le une un instante, le ofrece mudo consuelo. Después llega Hiram. Poco a poco al embarcadero empieza a llegar más gente. Gabriel se presenta con August, y Jadiya y Peter se pasan de camino a su casa tras el funeral oficial, Jadiya con un familiar sombrero blando. El matrimonio flanquea a Veda, charlan. Solo cuando consiguen hacerla reír Hiram entra en casa para preparar algo de comida.

Todo el mundo se queda a disfrutar de una cena inusitadamente silenciosa, pero después, mientras Veda ve dibujos animados con los

niños y Jadiya, Hiram sale fuera. Cuando lo ve, Gabriel pone fin deprisa y corriendo a lo que parece una llamada de teléfono intensa y le dirige una mirada que le recuerda a August.

—Necesito otro favor —le anuncia el investigador.

—Os dije expresamente que no volvierais a pedirme nada más. —Acto seguido Hiram pregunta—: ¿De qué se trata?

—Francisco está de baja, así que ahora mismo me encuentro sin compañero y técnicamente realizando trabajos administrativos, cosa que odio porque todo el mundo ha venido aquí para tomar parte en esta cacería y la están cagando a base de bien. En cualquier caso, fui yo solo a echar un vistazo al puente del Dalneau...

—Una muy mala idea.

—Lo sé. —Gabriel pone los ojos en blanco—. Pero creo que descubrí a lo que se refería Everett cuando dijo que encontraríamos el resto de la verdad allí. Sé que peinaron la zona y no encontraron nada, pero yo fui hace unos días mientras August estaba con su madre. En un momento dado, después de unas cuantas horas, me di cuenta de que estaba caminando en círculo y toqué un árbol que se convirtió en ceniza. Después, con cada paso que daba hacia un lugar concreto, todo moría. Al final no pude seguir yendo hacia delante.

—Magia omnipotente y ocultamiento.

Gabriel hace un gesto afirmativo.

—Probé con todos los hechizos reveladores que se me ocurrieron, pero no funcionó ninguno. Ahora que este es un caso de máxima prioridad, se supone que tengo que dar parte a mi jefe si descubro algo, pero no quiero a un centenar de personas pisoteando el lugar y destruyendo pruebas. Sin Francisco, no me fío de nadie del departamento, pero quiero volver. Como necesito que alguien me cubra las espaldas y ahora mismo los niños están viendo la tele...

—Soy abogado.

—Te he visto luchar. Amuleto ilegal aparte, confío en ti para que me protejas como confío en Francisco.

—¿Cómo está, por cierto?

—Prácticamente recuperado. En realidad, no se ha reincorporado porque ha ido a Portland con Marlene para que ella se someta a rehabilitación. Tiene mucha familia por esa zona, están haciendo piña para ayudar. Me alegro de que no estuviesen aquí...

Hiram también se alegra.

—¿Y tú? —Gabriel sube y baja las cejas—. ¿Es Veda una invitada permanente?

No hacerle caso resulta fácil.

—Tengo botas de montaña en el maletero del coche. Deja que le diga a Antaris que volveré y nos vamos.

—Espera, ¡no has contestado a mi pregunta!

Hiram le da con la puerta en las narices.



Quince minutos después Hiram aparca en el arcén antes de llegar al puente del Dalneau y deja que Gabriel, a pie, encabece la marcha hacia el interior del bosque. El lugar al que se dirigen está lejos de la carretera. Hiram ve el montón de ceniza primero y después capta fragmentos de la barrera que refracta la luz del sol. Gabriel lo observa con expresión expectante, lo que hace que él se dé cuenta de cuál es el segundo motivo por el que está en ese sitio.

—Quieres que intente derribarla.

—Creí que eso lo sabías.

Hiram se ríe.

—¿Cuál fue el hechizo más fuerte que utilizaste?

—Uno de demolición aprobado para los investigadores. *Concutere*. —Es un hechizo lo bastante fuerte para echar abajo un edificio si da en el lugar adecuado.

—Mi amuleto fue concebido para actuar en mi propio beneficio, pero a veces no absorbe las consecuencias de determinados hechizos. Puedo mejorar el hechizo, si quieres.

Gabriel se para a pensar.

—Es una forma un tanto arcaica de lanzar un hechizo, pero vale la pena probar.

Colaborar resulta útil cuando los magos no son lo bastante fuertes para resistir las consecuencias de algunos hechizos. El amuleto lo protegerá de la mayor parte de los efectos negativos, pero no de todos.

Gabriel levanta la mano:

—*Concutere*. —Sin dirección ni centro, un orbe anaranjado aparece en la palma de su mano y queda suspendido encima.

Hiram extiende las manos alrededor del orbe y el calor que desprende su magia se las calienta:

—*Potentia*.

El orbe se calienta más, pasa de anaranjado a azul hielo. Hiram retrocede, deja que Gabriel lo guíe. Sale despedido en silencio hacia la barrera con una precisión consciente y esta se hace añicos como si fuese de cristal; los fragmentos se diseminan por el suelo del bosque. El sonido es como el de un grito agudo y terrorífico. Sin embargo, se desvanece al momento y revela lo que estaba ocultando.

Se parece más a una choza que a una cabaña, aunque está bien mantenida. Gabriel se pone en alerta máxima en el acto. Es el primero en llegar a la puerta de madera. Un talismán da la voz de

alarma, pero el investigador lo duerme con un hechizo que Hiram no oye. Gabriel entra y sale deprisa, parece estupefacto.

—Tienes que ver esto.

Cuando Hiram pasa, su primer instinto es ir a por Antaris y Veda y volver a la isla. La choza está hecha un desastre, repleta de fotografías y garabatos frenéticos, en el suelo se acumulan basura y papeles hechos una bola con números y palabras incoherentes escritas con una letra dentada. Esta es la celda que ha ocupado un hombre que se estaba volviendo loco, pero que no dejó de plantarle cara a esa locura en ningún momento. Hiram siente escalofríos. Una pared está llena por completo de fotografías de Veda. ¿Cuánto tiempo la estuvo vigilando Everett? Hiram lo calcula por la ropa que lleva en cada instantánea, deduce que por lo menos desde febrero. Encaja con lo que Veda recordaba del cambio de comportamiento del veterinario. Hay algunas fotos de Jadiya y Peter, una de Antaris con Veda en el colegio, sosteniendo macetas de lavanda, y varias de Hiram con una palabra: «Primo». Everett averiguó cuál era el lazo que lo unía a Ariadne.

Pero la cosa no termina ahí. Everett estableció más relaciones. Hay fotografías de Marlene y Seren, con la palabra «embaucador» garabateada en sus caras. Everett lo sabía. Varias instantáneas de todas las víctimas de Ariadne, incluida Grace, están marcadas con lo mismo: *«Sight Unseen»*. ¿Cómo sabía él que Ariadne les había lanzado el hechizo a todas ellas? Las reflexiones de Hiram se ven interrumpidas por la foto de un grupo de árboles que le resulta familiar.

«¿Encontró la casa de Veda?».

—Mira esto —dice, detrás de él, Gabriel. En un rincón un pequeño televisor cobra vida, en la pantalla aparece el mismo Everett—. El mando a distancia estaba debajo de un montón de basura —cuenta

mientras lo sostiene en alto—. Cuando lo pisé, se encendió la tele. —Mueve el mando y quita la pausa en el vídeo.

«Si están viendo esto es que yo habré muerto y ella no ha encontrado este sitio».

Hiram se arma de valor para lo que pueda seguir.

«He dado todas las pistas que he podido a todas las personas a las que he podido, pero no es suficiente. Pensé que... —Los ojos de Everett se ponen rojos. Se los tapa, es evidente que siente dolor—. Vi su verdadero rostro en una visión y ahora este es mi destino...».

—¿Ha ido Veda a su casa desde que volvisteis? —inquiere Gabriel.

—No —responde Hiram, distraído por Everett. La paranoia de Veda no era suficiente. Ver esto la hará caer en un picado que él no está seguro de poder parar.

«Tienen que hacer lo que yo no fui capaz de hacer y quemar este sitio con todo lo que hay dentro».

El vídeo se corta. Gabriel coge todo aquello con lo que puede cargar mientras Hiram sale. Mira los árboles que hay alrededor, se quiere asegurar de que ninguno está demasiado cerca para lo que van a hacer. Cuando sale, Gabriel tiene los brazos llenos.

—Debemos...

—Prenderle fuego a esto.

Él parece intranquilo.

—Como alguien descubra que destruí pruebas, podría perder mi trabajo y poner en peligro esta investigación.

—¿Quién dice que tú vayas a destruir algo? —Hiram levanta la mano, el amuleto se enciende con una luz rojo fuego—. *Ardeat*.

Las chispas caen en el tejado de madera. Se prenden, el fuego se propaga. Hiram ve arder la choza, las llamas devoran la estructura hasta que no es más que un esqueleto.

No se mueve hasta comprobar que allí solo queda ceniza



A la mañana siguiente Veda se despierta con las ideas claras, con determinación. En cuanto Hiram sale de la ducha, ella lo asalta con un listado.

—Tengo miedo —bromea él.

—Normal. Vamos a adentrarnos en el bosque para dar con los cuatro últimos ingredientes para la maldición Líquida y me vas a acompañar. Gabriel dice que necesito un guardaespaldas y tú tienes un amuleto. —Veda va al armario y lanza a la cama ropa adecuada para hacer senderismo. Antes de salir, le dice—: Antaris ya se está vistiendo.

La puerta se cierra e Hiram suelta un taco. Aun así, siempre preferirá su determinación a su tristeza.

Cuando sale del dormitorio, Antaris y Veda lo están esperando. El primero lleva unas botas que no pegan nada con la camiseta y la pajarita, pero cuando mira a Hiram para pedir su aprobación, este contesta:

—Perfecto.

—Una cosa más. —Veda echa a andar hacia el despacho y vuelve con una caja pequeña. Picado por la curiosidad, Antaris la abre y se muestra entusiasmado al ver lo que contiene: su propia mochila. Se la pone deprisa, acomodándosela en los hombros como ella. Le queda bien. Dentro hay una lupa, unas cuantas bolsitas, un vial de plástico, unas pinzas y unos prismáticos.

—Podrá ir añadiendo más cosas a medida que vaya creciendo y sus intereses vayan aumentando. —Veda sonríe, pero la sonrisa no

llega a sus ojos—. La pedí y puse la dirección de Jadiya. Quería que fuera una sorpresa.

Antaris signa un «gracias». Su gratitud parece animarla.

Van hasta las afueras de la ciudad y se adentran en el bosque después de que Hiram lance un hechizo sobre el coche para ocultarlo. Cuando no llevan mucho caminando, Veda le dice que hace demasiado ruido, su paso es demasiado seguro, arrogante. En la isla daba lo mismo, pero aquí la vida salvaje se dispersa mucho antes de que ellos consigan acercarse. Antaris, en cambio, es silencioso. Hiram ve que Veda le pierde la pista y acto seguido se da cuenta de que el niño va justo a su lado. Cuando ella se detiene junto a un árbol y pone una mano en la corteza, Hiram agradece el descanso.

—¿Te acuerdas de que en la isla te enseñé cómo podías saber en qué dirección vas?

El niño asiente.

—Dime por dónde se va hacia el norte.

Antaris da la vuelta al árbol cuatro veces, mirando arriba y abajo. Hiram, que observa con atención, musita que la pregunta es demasiado difícil. Veda lo manda callar, es evidente que cree a su hijo perfectamente capaz de responderla. Su convicción se ve recompensada cuando el niño señala el norte con seguridad. Ella esboza una sonrisa radiante.

—¿Cómo lo ha sabido? —pregunta, sorprendido, Hiram.

—Le enseñé que las ramas crecen más por la cara sur porque se extienden hacia el sol, mientras que la cara norte del árbol crece recta.

A partir de ese momento Hiram presta gran atención cuando Veda identifica los ingredientes que encuentra, les muestra cómo cogerlos y, cuando se topan con arbustos con frutos, explica qué hongos y

bayas se pueden comer. La hierba carmín es fácil de encontrar, Veda la necesita por su raíz. El ajenjo ha de ser lo más fresco posible. La valeriana y la hiedra son las últimas cosas que encuentra, pero, una vez se hacen con ellas, continúan internándose en el bosque. Antaris da con una flechilla muy poco común y pide permiso para cogerla: será el primer ingrediente para su despensa. Veda mira a su alrededor y se arrodilla a su lado.

—No la podemos coger.

—¿Por qué no? —quiere saber Hiram. Antaris también la mira para que le dé una explicación.

—No hay suficientes, así que esta planta la miramos, pero no la cogemos —aclara ella—. Necesitamos dejar que crezcan y se diseminen. De ese modo habrá más cuando vuelvas. Es importante respetar que existe un equilibrio. Todo en la naturaleza está hecho de magia y conectado con el cosmos. Si no lo respetamos, el cosmos se volverá en nuestra contra.

Como si fuese una señal, se oye un trueno como salido de la nada. Antaris profiere un grito agudo cuando una chispa escapa de sus dedos. La pequeña bola de fuego cae como vidrio fundido en el lecho de hojas que hay bajo sus pies, se extiende deprisa. Sin pérdida de tiempo, Hiram aparta a su hijo y apaga las llamas con un hechizo. El niño está agitado y desolado, pero él lo tranquiliza sentándolo en una piedra cercana y apretándole las botas.

—Ha sido un accidente —le explica con calma—. Los accidentes ocurren, sirven para aprender.

—Tiene razón —corrobora Veda.

Hiram echa un vistazo a su alrededor, ha tenido una idea.

—¿Crees que podremos encontrar Nénuphar?

Veda se para a pensar.

—¿Crees que él la podrá ver?

Antaris mira a uno y a otro con cara de perplejidad.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Salen del camino y van hacia donde el ancestral bosque los lleva. Sin importar el rumbo, la magia siempre los ha guiado hasta la cueva justo cuando lo necesitaban. Esto es lo que le cuenta Veda a un fascinado Antaris. Los árboles ralean y el sol atraviesa las copas.

A Veda se le iluminan los ojos cuando señala algo que hay más adelante.

—Ahí está.

Cuando la magia de la cueva no deforma el mundo de su hijo, una medida de protección para los que no necesitan su poder, Hiram sabe que ha tomado la decisión adecuada al traerlo a este sitio. Antaris es el primero en llegar a la entrada de la cueva, su inquietud es evidente. Juntos lo guían hasta el borde del agua; los ojos del niño recorren las paredes de amatista y el techo de piedra caliza, buscan el pulso del lugar. De pronto empieza a sentirse abrumado.

—¿Recuerdas lo que tienes que hacer cuando algo te abruma? —le pregunta Hiram con suavidad.

Él hace un gesto afirmativo, cierra los ojos y empieza a respirar hondo.

—No pasa nada —lo tranquiliza su padre—. Yo venía aquí a menudo cuando era pequeño. Entonces no lo sabía, pero siempre que nadaba en el agua me sentía un poco mejor. La magia de este sitio solo se da a conocer a quienes la necesitan.

Antaris se señala. Veda se arrodilla a su lado.

—Hasta los adultos necesitan sanar. ¿Quieres probar?

El niño asiente despacio.

—Lo que veas será un recuerdo —le explica.

Solo se molestan en quitarse las botas y los calcetines. Veda espera junto al agua mientras Antaris prueba a dar un paso. Al darse

cuenta de que el agua está tibia, da la impresión de que se relaja, gana seguridad mientras se mete por completo. Flota bocarriba, mirando las titilantes piedras que descienden del techo. Hiram ve el momento en que Antaris se sume en un recuerdo; lo sigue y también se sume en uno.

—Grace ha muerto. Ha muerto... —La voz de John se quiebra—. Mereces saberlo.

—Saber ¿qué?

—Tu hijo.

El mundo se reduce a un único momento y después se ensancha tanto que parece indeterminado y aterrador. Sin embargo, toma la decisión en un instante.

—Mándame tu dirección. Estaré ahí por la mañana.

Hiram exhala para salir del recuerdo. Segundos después Antaris hace lo mismo. Los ojos le brillan. Cuando él lo abraza, su hijo signa una única palabra, repetidas veces: «Madre».

—¿La has visto en tu recuerdo?

El niño asiente, sonríe incluso cuando las lágrimas le ruedan por las mejillas. No siente tristeza, solo paz.



El hechizo secador deja suaves rizos en el pelo de Antaris, el de Hiram formando extraños ángulos y el de Veda tan encrespado y voluminoso como de costumbre. El pequeño suelta risitas cada vez que ella intenta aplastárselo con la mano sin resultado. Salen de la cueva cuando en el cielo se dibujan los primeros trazos del sol poniente. Una pradera llena de flores los recibe al otro lado de la

entrada y Antaris va corriendo hacia ella, impaciente por explorar. Ellos lo observan mientras deambula.

—La mayoría son malas hierbas —informa Veda cuando el niño coge una—. Pero algunas son útiles. Como el diente de león que tienes en la mano.

Hiram ve que ahora ella se mueve con mayor facilidad, se siente más optimista, ha recuperado su habitual calma cautelosa.

—¿Qué tal te ha sentado el baño? —le pregunta.

Veda echa a andar y él se coloca a su lado, se mantienen a la distancia suficiente de Antaris para darle sensación de independencia sin que se sienta solo. Ella no dice nada al principio, se toca de nuevo el abultado pelo.

—Mi visión fue de la fiesta de graduación de Peter. Te vi allí.

Hiram sonríe.

—Me decepciona que hayas tenido que nadar para recordarme.

—Si me hubiese fijado en tu arrogancia aquella noche, puede que te hubiera recordado antes. Reconozco a un capullo en cuanto lo veo.

—*Touché*. Le pregunté a Peter por ti, pero me dijo que estabas saliendo con alguien.

—Ah, Tobias.

—Un nombre espantoso.

—Una pareja espantosa.

Se miran y rompen a reír, solo recobran la seriedad cuando Antaris vuelve con un puñado de dientes de león para Veda. Esta los acepta y los mete en su morral.

—Le enseñaré a tu padre a hacer infusión de diente de león —promete.

Motivado, el niño sale corriendo de nuevo, impaciente por coger más. Hiram ve una flor blanca cerca y se la ofrece a Veda cuando lo

mira. Ella enarca una ceja.

—Sabes que es venenosa, ¿no?

Sobresaltado, él la tira y procura parecer tranquilo cuando oye sus risitas. La mira con mala cara.

—Mentirosa.

La sonrisa de Veda se borra de inmediato, vuelve la cabeza, alerta. Hiram hace otro tanto. Él también la oye: una voz.

Antaris sigue volcado en su búsqueda de flores, toca una con sumo cuidado antes de cogerla y hacer lo mismo con la siguiente. Las trata con veneración, como si les diese la bienvenida o las gracias, una oda al respeto.

Se quedan helados cuando la vuelven a oír.

Apenas audible, bronca debido a la falta de uso, pero no cabe duda de que es Antaris. Cuando comprende lo que está sucediendo, Hiram se debate entre acercarse y quedarse donde está. Veda, sin embargo, se concentra en el niño, que se halla absorto en su propio mundo. Se desvía, se detiene para escudriñar el musgo que crece en la base de un árbol antes de que algo más colorido llame su atención. Veda se acerca por detrás, le pone una mano en el hombro. Antaris se asusta, pero se relaja al ver que es ella. Luego mira a su padre, que no sabe cuántos pasos tarda en llegar donde está su hijo. Una vez allí, se arrodilla; el pequeño le pone en las manos otro manojo de dientes de león.

—¿Les das las gracias a los dientes de león antes de cogerlos? —le pregunta Veda en voz baja.

El niño la mira y mira a Hiram, los ojos color avellana luminosos cuando afirma con la cabeza. La timidez da paso a una serena determinación. Tan cuidadoso como siempre, Antaris se acerca más.

Una única palabra lo cambia todo:

—Hola.

29



El fracaso la desmoraliza mentalmente y le resulta físicamente doloroso.

Es un despilfarro sangrar y sufrir dolores persistentes a causa de una magia que no lleva a ninguna parte, pero quien no arriesga no gana. Veda sostiene a contraluz el vial de maldición Líquida, se niega de mala gana a aceptar la verdad: ha fracasado.

—Se suponía que la poción se volvería transparente antes de los dos días de incubación, o eso pensaba yo —comenta Peter desde el umbral de la sala de elaboración de pociones de Weston. Veda lleva allí toda la mañana, dando cada paso con cuidado, pagando el silencioso precio de la magia que exige la elaboración. La primera señal de que había algún problema se dio poco después de que empezara, cuando algunos viales de la despensa comenzaron a vibrar, a todas luces afectados por la magia.

—Sí, eso es.

—Ah. ¿E Hiram y Antaris?

—En casa —contesta ella distraídamente mientras hojea el libro de pociones—. Pensamos que no era buena idea que Antaris estuviese

presente, por si algo salía mal.

—¿En casa? ¿Pensamos, en plural?

Veda pone los ojos en blanco.

—Ya empezamos.

Peter sonríe.

—Me alegro por los tres.

A Veda la felicidad se le hace cuesta arriba. Es como nadar en agua turbia, no ve lo que acecha bajo la superficie y ha de ir con cuidado.

—Estoy intentando disfrutar estos momentos, pero me es difícil, al no saber cuál será el desenlace.

—Es más difícil cuando se sabe. —Se paran a pensar en el peso de lo que está por venir hasta que Peter coge el vial—. ¿Qué necesitamos hacer para probar de nuevo?

—Cambiar el entorno. A esta poción le influye con facilidad lo que hay alrededor, así que ha de elaborarse en soledad, y necesito un caldero más pequeño.

—Eso es fácil —responde su amigo con una sonrisa de suficiencia —. La cabaña. Antes de que te instalaras en ella, nuestro profesor de pociones la utilizaba para elaborar pociones complejas con los magos de más edad. Si algo sale mal, la cabaña no explotará ni implosionará. Por eso te la di. ¿Por qué no te tomas un respiro y...?

—No hay tiempo. Necesito elaborar esto de forma correcta lo antes posible. —Veda se toca la nariz, frunce el ceño al ver la sangre y coge una toalla que tiene cerca—. Me pregunto cómo se hizo Ariadne con la maldición Líquida que empleó con Marlene; comprarla es imposible, y al ser vidente ella no puede elaborar pócimas.

—Supongo que convenció a alguien de que la elaborase. Unas pocas gotas cunden mucho. Hice unas llamadas y no hay nadie que la venda. O no tienen todos los ingredientes en un estado que

permita utilizarlos o no resulta práctico debido al tiempo que requiere su elaboración y su transporte. Si cogemos los ingredientes ahora, podemos comprar un caldero nuevo y una varilla de vidrio en la tienda de pociones de camino a la cabaña. Esterilizaré la habitación y el aire con un hechizo. Habrá que esperar un poco, pero irá bien para lo que me propongo.

—¿Que es...?

—Jadiya ha encontrado ayuda para realizar el noveno intento de extracción de la maldición.

El nueve, el número de la suerte.

—¿Cuándo?

—Gabriel está de acuerdo con que Antaris vaya a dormir a su casa. Dijo que llamaría a Hiram en cuanto me colgara el teléfono a mí. Creo que podríamos empezar cuando los niños se vayan.

—Muy bien.

Veda guarda con cuidado los viales con los ingredientes en la bolsa de transporte que le ofrece Peter y se van en el coche de este. Comprar el caldero y despejar la habitación de atrás de la cabaña lleva tiempo, pero cuando terminan, Veda sale mientras el vidente lanza un conjuro esterilizante. Una neblina azul se extiende por la habitación cuando él cierra la puerta al salir.

—¿Lista?

Aunque no lo esté, Veda ha de estarlo.

Cuando llegan a casa de Hiram, alrededor de mediodía, él está preparando una mochila para el niño. Un entusiasmado Antaris entrega a Veda el desastrado conejito de peluche, le confía su posesión más preciada mientras él no esté. Ella le cubre las manos cuando el pequeño le da también la pajarita negra que no se pone desde que decidió llevar otros colores.

—Lo protegeré todo, ¿vale?

—Gracias —susurra Antaris al tiempo que se agarra a su pierna. Veda le frota la espalda, todavía le impresiona oír su vocecita. Hiram aparece en el umbral con el transportín. Dentro, da la impresión de que el gato suplica que lo dejen en libertad.

—¿El gato también va? —inquiere ella.

—Sí. Gabriel se está pensando tener una mascota. Esto será una prueba.

—Ay, cosmos mío. —Veda solo puede pensar en las probabilidades exponenciales de caos que ello entraña.

—Exacto.

Antaris no se sorprende cuando Veda lo abraza con más fuerza que de costumbre antes de subirlo al coche y meter el transportín con el gato. Con sus zapatillas con tacos, August espera impaciente en su asiento.

—No sabía que hoy tenía partido.

—Pues sí. —Gabriel vuelve la cabeza—. Comeremos pizza con el grupo, puede que juguemos al *paintball*.

Antaris se mira la camisa blanca y se toca la pajarita de punto naranja mientras abre mucho los ojos, horrorizado. La reacción de Hiram, para regocijo de Veda, es similar.

—Os darán un mono para que os lo pongáis sobre la ropa —le asegura al niño.

Su alivio es evidente. Gabriel reprime una risita.

August afirma, con aire distraído:

—No me gustan los monos.

—No me digas —refunfuña Hiram.

Veda da unas palmadas.

—Bueno, os vemos luego.

Retrocediendo cuando Gabriel se va, Hiram la mira de soslayo.

—Peter me ha contado lo que ha sucedido con la maldición Líquida. Tengo una idea, dependiendo de cómo salga esto.

Una decisión de última hora hace que Veda acabe sentada en una gran manta junto al lago. Esa tarde el cielo está nublado, pero sopla una brisa agradable; el sol asoma entre las nubes. Se encuentran a la orilla cuando Hiram va a ver cómo está ella por tercera vez. Esta apunta con la cabeza a Jadiya y al sanador Michaels, que se encuentran absortos en una conversación donde nadie los puede oír.

Los señala a ambos.

—¿Qué está pasando ahí?

—Están debatiendo qué poción utilizar..., y da la impresión de que Jadiya está reculando.

—Impresionante. Tenemos que aprender los secretos del sanador.

Veda cuenta con que Hiram hará una gracia, pero en vez de eso se arrima más a ella. Con aire vacilante. La besa en la frente, juguetea con la punta de su trenza.

—No te me pongas sensiblero ahora. —Repara en algo que él tiene en la mano—. ¿Qué es eso?

—Antídoto para el envenenamiento por dedalera.

—Podría haber...

—¿Elaborado uno? No hay tiempo. —Mira a los sanadores y se guarda el vial en el bolsillo—. Si esto no funciona...

—Probaremos con la dedalera. Nosotros solos.

—Jadiya...

—Se cabreará, pero no tenemos mucho que perder.

—Solo tu vida.

—De todas formas, Ariadne viene a por ella. —Al ver la mueca que hace Hiram, añade—: No tienes por qué quedarte a ver esto.

—Gracias por ofrecerme una salida, pero me niego a aceptarla.

A Veda no se le escapa el doble sentido de sus palabras.

Hiram se queda con ella cuando se meten en el lago. El agua es el mejor conductor de la magia, según el sanador Michaels, que lanza sendos hechizos para que nadie los vea y para controlar las constantes vitales de Veda. Entrega a esta el vial de Latido Hueco.

—Bébaselo y cuente hacia atrás desde diez. Puede que esté consciente, puede que oiga cosas, pero no debería sentir nada.

La duda persiste, incluso con el vial en la mano, sin el corcho y preparado para ingerir su contenido. Veda tiene un centenar de cosas que quiere decirle a Hiram, pero se lo bebe antes de que pueda expresar lo que piensa. Empieza a contar hacia atrás desde diez, flota de espaldas y contempla el cielo. La brisa es cálida; el aire, vigorizante. Las olas lamen la orilla con tanta suavidad que oye algún que otro salpicar de peces que saltan.

Una mano en la suya es lo último que nota antes de que la oscuridad la engulla.

El tiempo pierde su forma y su noción, se escurre entre los dedos de Veda como si fuese humo. Ella cae más y más en la contradicción de una paz convulsa.

—Hiram, sosténgala.

—Funciona...

—Oh, cosmos mío...

—No...

Veda no sabe cuándo afloja sus garras la oscuridad, pero los ojos se le abren con un aleteo.

Lo primero que ve es azul: unos ojos más que familiares; sin embargo, el hombre que se encuentra tras ellos parece que ha envejecido cinco años en cuestión de segundos.

A Veda no le hace falta preguntar. Sigue sintiendo la presencia de la maldición.

—Ha... ha fracasado.

Segunda oportunidad fallida del día y novena en total. El nueve no ha resultado ser el número de la suerte.



Veda se dedica a rumiar los fracasos del día hasta que Hiram la lleva fuera para tomar el té en el porche. Ven cómo se hunde el sol bajo la línea del agua y cenan en silencio. Es un momento apacible, pese al abatimiento que se cierne sobre ellos. Ella no piensa mucho en el hecho de que es la primera vez que están realmente a solas, y cuando lo hace, Hiram dice:

—Creo que debería elaborar esto contigo.

—¿Tú no...?

—No es lo que mejor se me da, pero elaborar pociones requiere más preparación que trabajo en sí. No estás sola, ¿recuerdas?

Ella lo mira largamente.

—Muy bien, pues cuando quieras.

Efectúan el trayecto hasta la cabaña en un silencio tenso, pero la mano de Hiram en su rodilla impide que su cabeza alce el vuelo hacia todas partes. En medio de la sala de estar, Veda se mece sobre los talones.

Hiram toma la iniciativa.

—¿Qué quieres que haga primero?

—Lávate las manos. Los dos deberíamos lavárnoslas.

Después, Hiram se las seca y se remanga una manga y después la otra. Veda lo observa con un interés que no tiene necesidad de negar. Él arquea una ceja, su sonrisa se aviva como el fuego cuando

la pilla mirando. Veda se da media vuelta demasiado deprisa, se choca con la mesa y suelta un taco entre dientes.

—Debería terminar de prepararme.

La risita de Hiram la sigue.

Durante los quince minutos siguientes, Hiram observa cada uno de sus movimientos como si el meticuloso elaborador de pócimas fuese él, pero Veda no hace el menor caso, se vuelca en la rutina con la misma facilidad con la que pone un pie delante del otro. Primero comprueba si el hechizo esterilizador de Peter ha funcionado. El pequeño caldero está seco; las tablas de cortar, limpias. Reequilibra la balanza, seca los cuchillos y se asegura de que el mortero y la mano están impecables. Los respiraderos se hallan abiertos y las ventanas, entornadas. Nada escapa a su examen. Ni siquiera él. Veda da a Hiram un mandil y se pone el otro.

—Para evitar la contaminación —musita mientras él deja que se lo ate.

Hiram no permite que Veda se vaya sin atarle el suyo bien atado. Con los guantes puestos, se acercan a la mesa. Juntos se mueven como los engranajes de un reloj bien engrasado. Veda solo tiene que dar indicaciones una vez. Hiram empieza a picar el musgo mientras ella lleva a ebullición agua de río destilada.

—¿Sabes por qué los videntes no pueden elaborar pócimas? —pregunta en voz baja—. El poder que tienen es como utilizar un soplete para encender una vela. Emplean demasiada magia cuando las pociones solo requieren un leve toque. El precio es tan solo una sacudida.

Cae en la cuenta de que, al ser sensitivo, a Hiram debería resultarle más fácil sentir el lento ascenso de la magia, oler el momento preciso en que ella tiene que empezar. Tal vez ese sea el

motivo por el que lo necesita. Más que un ayudante de cocina, es un compañero.

—¿Quieres tomar la iniciativa?

Él se detiene mientras está cortando la hiedra fresca, un agente estabilizador.

—¿A qué te refieres?

—Yo te guiaré a lo largo del proceso, pero necesito que lances los hechizos mientras yo añado los ingredientes.

—¿Te fías de mí?

Veda titubea solo porque la verdad está más que dispuesta a liberarse.

—Sí.

Cuando Hiram lanza el primer hechizo, el amuleto de su anillo emite una luz azul. En perfecta sintonía, el caldero zumba. Siguen paso a paso el libro de pociones. Él va lanzando hechizos a medida que ella va añadiendo cada uno de los ingredientes, manteniendo el ritmo mientras Veda lo observa en busca de cualquier señal de estrés.

—¿Cómo es oler la magia? —se interesa después de ver cómo reacciona con la mezcla de los ingredientes.

—Es difícil decirlo. No conozco otra cosa.

Veda canturrea, después llega el momento de ponerse serios. Sin paradas. Sin respiro. El anillo de Hiram se ilumina con cada punto de inflexión mientras él recita el encantamiento. Todo fluye. Realizan el trabajo prácticamente en silencio, este solo se ve interrumpido por el recitado y por retazos de una conversación serena que va desapareciendo al ir en aumento su concentración. Cuando quieren terminar son casi las cuatro de la mañana. Veda se sirve de un cuentagotas para tomar una muestra del líquido transparente y sonríe antes de sellarlo en el vial.

—¿Es buena? —inquiere él.

—De momento sí, pero los dos días próximos lo confirmarán.

Hiram sale primero mientras ella se queda para remover la poción hasta que se enfría. Cuando se une a él en la terraza acristalada, en la habitación solo hay una tenue iluminación solar. El sol saldrá pronto, pero el mundo aún está envuelto en oscuridad. Le da a Veda el vaso de agua que hay en la mesa.

—¿Cómo sabías que querría agua?

—Presto atención. —Hiram la mira. La suave luz se desplaza, sumiendo parte de su rostro en la sombra—. Observo todo lo que tengo delante de los ojos. —Lo dice con naturalidad, y el comentario debería aflojar la tensión, pero consigue el efecto contrario.

—¿De veras?

—No soy complicado. Solo exigente en lo que respecta a en qué invierto mi tiempo y mi energía. Prefiero calidad a cantidad y me niego a tomar en consideración cualquier cosa que no sea real.

Esa noche sus palabras entrañan más profundidad. Fascinada, Veda se levanta. Su voz es baja pero penetrante.

—Tú crees que esto es real.

—Sé que lo es. —No deja de mirarla—. Ya te lo dije. He averiguado lo que crees que no puedes decir, por eso soy paciente. Vendrás a mí a tu propio ritmo.

—Como un animal obediente...

—No. Como alguien que sabe lo que quiere, y tú lo sabes. —Hiram retrocede—. Pero no te perseguiré ni te engañaré. ¡Como si yo pudiese hacer tal cosa! Dije que te demostraría quién soy, y lo he hecho. Todo lo demás depende de ti.

Ella lo mira con intensidad y dice en voz queda:

—¿Por qué molestarse? Sobre mí pesa una maldición, soy difícil y...

—No he cambiado de opinión. —No hay sarcasmo, solo sinceridad —. Ni cambiaré. Estamos pasando por un infierno, ¿recuerdas?

Veda se obliga a desviar la mirada. Ese sentimiento innegable aflora de nuevo. Lo siente la mayor parte del tiempo, pero nada como ahora mismo. Es el espacio entre cerca y demasiado cerca. Nunca suficiente.

—Eres libre de marcharte en cualquier momento si esto te resulta demasiado duro.

—Lo recordaré. —Parece juguetón, pero su voz es demasiado baja. Personal—. Y tú eres libre de decirme qué ha hecho que te sientas así esta noche.

—Nada.

—Mentira. Llevas en modo supervivencia desde que te conocí, posiblemente desde hace más tiempo. Parece agotador.

Se acerca demasiado a la verdad. Es como arrastrar una piedra enorme durante un maratón que ella no ha elegido, esforzarse al máximo constantemente para alcanzar una línea de meta a la que no llegará nunca. Cruza los brazos. Hiram no es una amenaza para ella: lo es la vida a la que se ha acostumbrado. Quiere rendirse. Cuesta pasar por alto lo que le está ofreciendo, más todavía no desear el refugio que ha estado construyendo para ella.

—Las grietas están ahí. Es inevitable que algo se cuele por ellas.

La verdad escapa con la siguiente exhalación de Veda.

—Como hiciste tú.

La mirada fija de Hiram es una invitación. Está esperándola. Lleva todo ese tiempo esperando.

Ella lo mira de arriba abajo antes de bajar la guardia un instante, de entrar en su espacio. Hay un millar de razones para no hacer esto y solo unas pocas por las que debería hacerlo.

—Quítate la camisa. —Se inclina hacia él.

Hiram arquea las cejas.

—¿Ahora?

—Sí. —Los labios de Veda rozan los suyos—. Estoy harta de permitirme lo mínimo cuando quiero mucho más.

—Podemos empezar por ahí. —Le roba un beso. Después otro—. El resto lo iremos viendo.

Cuando su boca se une completamente a la de ella, la excitación es como una descarga que sacude a Veda antes de atravesarle la piel, llegar hasta los huesos y circular por cada uno de sus nervios. Hiram está ahí mismo, buscando sus labios, atrayéndola hacia él, rodeándole el rostro con las manos. La presión de ese beso le transmite todo lo que ha estado diciendo. Él, solo él, la colma por completo.

Cuando se retira, permanece un momento a la deriva hasta que Hiram la coge de la mano y la lleva hacia la habitación. El breve camino es un tormento, el aire está cargado de deseo tácito, sus manos se rozan, la tensión culmina en un movimiento explosivo en cuanto cruzan el umbral. Besos y gemidos frenéticos, indicaciones susurradas y caricias, ropa que se desabotona y sale volando. Siguen a toda velocidad hasta que una única cosa detiene a Hiram.

—No he traído nada.

—Sobre mí pesa una maldición. No puedo...

Hiram acalla el resto de sus palabras con un beso que solo interrumpe para dar indicaciones en voz baja mientras se toma su tiempo desvistiéndola.

Veda recuerda lo que hay debajo demasiado tarde.

—No...

—Lo sé.

Besa los trazos negros del hombro. Cada respetuosa presión deja tras de sí abrasadoras corrientes eléctricas que se desplazan a

medida que él se mueve. Sus labios rozan cada cicatriz. Mordisquea cada vena fea y rinde homenaje a cada herida. Palabras susurradas se deslizan por la piel de Veda como una promesa que ella le permite mantener con un suspiro mientras cierra los ojos, se abandona.

—Yo no veo nada malo —le musita mientras la tiende delicadamente en la cama.

Veda está intoxicada, enganchada a él; es un desastre ávido y tembloroso mientras las manos de Hiram la veneran, mientras su boca vierte halagos por su piel como si fuesen agua. Quiere más. Un calor líquido se acumula entre sus piernas cuando él se las separa y se arrodilla.

El modo en que Veda se abre para él es instintivo. Hay un propósito en la inclinación de sus caderas. En el silencio, su inhalación resulta ruidosa cuando Hiram desliza un dedo en su interior, sus besos se acercan a ella. Siente que los nervios se desvanecen en un instante cuando unos dedos seguros le abren los labios y una lengua lame su dolorido sexo. Un grito ahogado se le escapa de la boca mientras entierra las manos en el pelo de Hiram.

Este se toma su tiempo, familiarizándose con su cuerpo. El timbre grave del gemido que profiere vibra contra Veda, haciendo que una descarga de excitación vaya directa a su sexo. Cuando ella empieza a temblar, él introduce un segundo dedo, los estira y curva de todas las maneras adecuadas para hacer que ella se contraiga.

—Hiram.

Él se detiene una décima de segundo antes de redoblar sus esfuerzos, sus ojos clavados en ella: observando, aprendiendo, sintiendo. Arqueándose contra su boca, Veda se desespera mientras él le mantiene las piernas abiertas y la insta, le exige, le ordena que...

Veda se desmorona. Temblando en el resplandor del momento, se acercan en muda veneración.

Su cama es más pequeña que la de él, pero eso importa poco cuando Hiram se coloca de lado, de cara a ella. La besa apasionadamente, le pone una pierna alrededor de la cadera y encuentra el ángulo adecuado para penetrarla despacio mientras profiere un gemido trémulo. La abre hasta que casi le duele, de forma arrolladora, y sin embargo no es suficiente.

El sexo no es algo nuevo para Veda, ni siquiera así: con ambos de lado y nada que detenga los suspiros que se les escapan. Pero Hiram es silencioso ahora que está dentro de ella. La toca como si fuese algo precioso, respira su aliento con reverencia, disfruta del momento.

Después cambia de postura, la agarra mientras se tumba bocarriba y la sienta encima de él.

—Utilízame —le dice.

Veda apoya las manos en su pecho, empieza a moverse, a subir y bajar sobre él. Así es más profundo, excitante.

—Toma lo que necesites.

No hace falta que se lo diga dos veces. Su control se esfuma con una única embestida de caderas.

Reprimido durante mucho tiempo, su deseo se enciende, los movimientos se tornan una profecía que se acaba cumpliendo y hace que Veda quiera más. El deseo los consume. El cuerpo de él, delgado y fuerte, se acompasa al ritmo de ella, acometida tras acometida. Todo arde de la mejor manera posible. Gemidos entrecortados y palabras a medias puntúan la orden de Hiram en cada movimiento de las caderas de ella.

Frenética, desesperada, caóticamente. Ninguno de los dos se queda quieto. El dolor y el placer desdibujan la vista de Veda, que se

inclina hacia delante, se pega a él, le pasa las manos por el pelo, entierra el rostro en su cuello. Deja que se haga con el control. Deja que la agarre con excesiva fuerza. Deja que le dé exactamente lo que nunca ha pedido, pero siempre ha necesitado.

Hiram está allí con ella, corriéndose mientras pronuncia su nombre. Sus corazones laten desbocados, desincronizados, hasta que la calma los encuentra: los dos de lado, mirándose. Él dibuja lentamente círculos en su espalda.

—¿Cómo te sientes? —La pregunta susurrada de Hiram va seguida de un beso en su hombro.

Veda se queda dormida cuando los primeros dedos de luz acarician el cielo, antes de que pueda contestar.

30



Esa mañana Hiram se despierta tarde, cuando oye la ducha. A su lado la cama está vacía.

Pasan cinco minutos. Diez. A los quince siente la suficiente curiosidad para tantear el terreno después de lo que ha pasado esa noche. Deja el calor de las sábanas y al entrar en el cuarto de baño lo recibe una oleada de vapor. El baño de Veda es modesto, la cortina de la ducha está echada, pero es transparente. Ella se encuentra bajo el chorro de agua con los ojos cerrados. Parece absorta en sus pensamientos, pero abre los ojos de sopetón cuando Hiram descorre la cortina y se une a ella.

—Buenos días.

—Vaya.

La vergüenza amenaza con colarse, pero Hiram no se lo permite. El agua caliente cae sobre sus cuerpos mientras él la besa, su mano le acaricia el cuello mientras la de ella se apoya en su pecho.

—¿Va todo bien?

—Has interrumpido mi colapso emocional.

—Qué grosero por mi parte.

—Pues sí, la verdad. —Veda pasa unos dedos por su brazo tatuado.

—¿Te arrepientes de algo? —inquiere Hiram mientras el miedo le atenaza la garganta.

—He intentado buscar algún motivo, pero no he encontrado ninguno.

—Qué lástima. —Estrecha entre sus brazos a una ruborizada Veda, ve que arquea las cejas con interés cuando nota que se empalma contra ella—. ¿Te quedas?

—Sí.

Se duchan juntos, parando de vez en cuando para besarse o soltar alguna ocurrencia. Ella estudia su cuerpo a la luz y él hace otro tanto, ve cómo las venas negras retroceden cuando él las toca. Veda lanza un grito de dolor cuando él le masajea los omóplatos.

—Perdona.

—No, es que... creo que nadie me toca ahí desde hace años. No era consciente de lo tensionada que estaba esa zona.

Así es como él termina detrás de ella, acariciándole la espalda con las manos. Ella se retuerce, respira con dificultad, siente dolor pero también alivio. El aire se llena de vapor y del aroma del jabón de lavanda. A pesar de que las intenciones de Hiram son buenas, sus pensamientos se desvían.

El plan es secarse y volver a la cama después de lo tarde que se han acostado esa noche, pero no consiguen pasar de la encimera del lavabo. A diferencia de la vez anterior, ahora libran una carrera de piel y cabello húmedo, dedos que buscan y caricias profundas. Veda tiene las piernas abiertas, la cabeza echada hacia atrás y los labios mordidos mientras se frota contra Hiram, buscando su liberación. En cuestión de segundos se está agarrando a él desesperadamente, sin aliento.

Las uñas de Veda bajándole por la espalda es todo cuanto él necesita para ponerse también a tono. Se estremece y, al límite del dolor, pierde el control. Pega la boca a su hombro y reprime un gemido cuando lo recorre el orgasmo. Incluso después, solo puede pensar en lo mucho que la desea otra vez. Y otra.

Por el momento se besan hasta que la niebla del deseo escampa. Tras darse un agua, Hiram se seca y se viste mientras ella se arregla el pelo. Cuando hace una mueca de dolor al pasarse el cepillo, él se ocupa y acaba haciéndole la trenza de raíz que tanto le gusta después de que Veda se lo hidrate.

—¿Dónde tienes la pomada?

Ella lo mira a los ojos en el espejo y le da la lata. El olor no es nada agradable, pero cuando se la aplica, las venas oscuras disminuyen y la rojez se calma. La besa en la sien y la deja para que se vista.

Hiram prepara tortitas, la opción más rápida, y cuando ella aparece con sus habituales vaqueros y camisa de manga larga ajustada, está terminando la última.

—¿Desayuno, también? Estás poniendo el listón de un alto imposible —bromea—. Te tienes que ir pronto, ¿no?

Hiram se tiene que ir, sí, pero cuando mira el móvil ve que tiene un mensaje de Gabriel.

—Dice que va a llevar a Antaris a ver el partido de béisbol infantil de August. Y que lo acercará a casa después. Han pasado una buena noche. Sin pesadillas. —Mira de reojo a Veda—. Pues parece que al final vamos a tener un poco más de tiempo. Aunque tampoco pensaba dejarte sola para que te pusieras a darle vueltas a lo de esta noche.

—¿Ah, no?

Hiram se acerca y la acorrala contra la encimera.

—Echo de menos tus pies fríos.

Veda esboza una sonrisa que acaba convirtiéndose en una risita.

—Solo el fin de semana.



Lo que queda de la mañana pasa en un suspiro.

En la cabaña de Veda no hay comida, y tortitas de nuevo para comer no es lo más apetecible, así que vuelven a casa de Hiram en busca de restos. Ella espera hasta que él termina de comer y se le sienta encima a horcajadas.

—¿No has tenido suficiente? —le toma el pelo Hiram.

—No.

Aprovechan que están solos en casa, se toman su tiempo para averiguar lo que prefiere el otro. En el caso de Veda es fácil: él.

A Hiram le cuesta apartarse de su lado mientras dormita, pero lo consigue, repara en el amuleto muerto al que ella se ha estado aferrando cada vez más esos últimos días. Se pone un pantalón corto y va a la sala de estar para hacer la llamada más impulsiva de su vida.

Clinton lo coge a la primera, tan petulante como siempre.

—Ah, señor Ellis. Conque por fin está listo.

Él pone los ojos en blanco.

—Supongo que sí.

—El orgullo de Veda jamás le permitiría pedir ayuda con el amuleto, pero el amor que usted le profesa a ella sí —dice el anciano con la mayor naturalidad del mundo—. La muerte no es el final. Nada de lo que muere desaparece realmente. Vuelve al cosmos que

le dio vida, a la espera de que lo llamen para regresar. Y el ciclo eterno empieza de nuevo. ¿Sabe cómo se hacen los amuletos?

—Se da forma a cada gema y se vierte magia en ella hasta que se activa.

—Una explicación simplista a una tarea complicada, pero en esencia es correcto —contesta Clinton—. Usted también puede hacerlo.

Hiram recuerda que Veda le dijo algo parecido una vez, en la biblioteca. Parece que hace una eternidad.

—Yo no...

—Los tallistas, en efecto, vierten magia en cada gema. Es un acto de amor, tanto al oficio como a la persona que lo recibirá. Fruto del amor, crean algo que beneficia al mundo. He oído que también le gusta crear. Esta es su oportunidad de crear algo para ella.

Hiram clava la vista en el amuleto que descansa pesadamente en la palma de su mano.

—¿Cómo?

—Nunca será lo que era, pero no pasa nada. Este lo habrá hecho usted, renacerá mediante su poder y tendrá una forma nueva. Solo hace falta un poco de determinación. Acuda al cosmos: la luna, las estrellas, la Tierra, los planetas, el sol. Si un elemento no responde, pruebe con otro. Hágalo cada día hasta que cobre vida. Requerirá más que paciencia, más que fuerza y poder. Pero está preparado.

Hiram sigue mirando el amuleto, que desprende una luz tenue.

—Lo estoy.

Clinton continúa, ahora bajando más la voz.

—Pero no podrá llevar su propio amuleto mientras talle el de ella. No podrá esconderse. Deberá mostrar su verdadero rostro.



Hiram se sienta para efectuar su llamada mensual a John, aunque es más temprano que de costumbre. Por primera vez, no está solo. Después de intercambiar los habituales saludos y de preguntarse mutuamente cómo se encuentran, Hiram pone el móvil en altavoz y se lo pasa a Antaris, que se queda mirándolo un rato. Luego, con un temblor nervioso, se inclina hacia el micrófono y susurra:

—Hola.

El grito ahogado de John resulta audible.

—H-hola, Antaris. Cuánto... cuánto me alegro de volver a oír tu voz.

El niño entierra la cara en la camisa de su padre, que le acaricia la nuca con suavidad.

—Lo has hecho muy bien —le asegura.

—Muy bien —repite John. Y a Hiram le pregunta—: ¿Cuándo?

—Hace unos días. —Cambia de postura mientras Antaris se apoya pesadamente en él, mirando el teléfono—. Tiene la Visión. La tiene desde que Grace... Creen que el estrés que le causó el hecho de que se manifestara siendo tan pequeño es el motivo por el que dejó de hablar.

—Debería haberlo sabido.

—Eso mismo pensé yo —admite Hiram—. Pasé por alto un montón de señales, pero no pasa nada. Ahora estamos trabajando con él.

—Oh, no vas a...

—¿Quitársela? Nunca.

—Bien, bien. —John hace una pausa y pregunta—: ¿Sigue ahí?

—Sí.

—Antaris..., tu madre se siente muy orgullosa de ti.

El niño agarra un poco más fuerte a Hiram, durante un poco más de tiempo, incluso después de que la llamada termine. Va en busca de Veda, que está fuera, regando el huerto de hierbas aromáticas.

Su frágil burbuja de felicidad estalla cuando el móvil suena de nuevo.

—Hiram, se ha producido un incidente...



El hotel está a las afueras de la ciudad. Los investigadores de la FCD pululan por el lugar, además de los periodistas, y la única razón por la que a Hiram no le prohíbe la entrada un agente que parece recién salido de la academia presto a lanzar hechizos es que Francisco le dice que pase.

—Creía que estaba en Portland —le comenta.

—Lo estaba, pero Marlene me dijo que tenía que volver y coger a esa zorra, de modo que aquí estoy.

Hiram siente lo mismo.

Los investigadores se apartan como las aguas del mar para que pasen, abriéndoles un camino estrecho que va directo al circo. Los reporteros se les echan encima de inmediato, acribillándolos a unas preguntas que Hiram no quiere oír, aunque el mero hecho de que haya tantos confirma que la cosa es seria.

Empieza a prepararse mentalmente, aunque no está seguro de para qué. Da lo mismo. Nada podría haberlo preparado para la escena con la que se encuentra.

Durante un duro segundo, Hiram cree que es su padre el que está en el camino de entrada con las extremidades extendidas, como en un sacrificio ritual. Pero los detalles —la ropa, los zapatos, la ausencia de reloj— mantienen su dolor a raya. Eso y los lirios araña que salen por las grietas del hormigón. No ve a su tío Phillip desde que era pequeño, pero su madre solía decir lo mucho que se parecía a Barrett.

—Ariadne llegó hasta su padre —sentencia Francisco.

—¿Por qué está aquí?

—Por lo que sé, en mi ausencia y con Gabriel realizando labores administrativas, nuestros superiores dieron con su tío y lo trajeron aquí para ponerlo bajo protección. Pero ella se las ingenió para localizarlo. Están interrogando a todos los que sabían dónde se encontraba...

—Y la magia —farfulla Hiram mientras lo mira todo—. Nunca he olido nada igual.

—Los analistas forenses creen que Ariadne volvió a lanzar el *Sight Unseen*, pero esta vez no se molestó en encubrirlo con una maldición debilitadora ni en borrar su impronta.

Una idea desalentadora rebota en la cabeza de Hiram cuando observa que los médicos cubren el cadáver cuidadosamente con bolsas de preservación: a Ariadne ya solo le queda una opción para recuperar su Visión. Y está esperando en casa de Hiram.

—Tenemos que llamar a Gabriel.

Van al coche de Hiram para efectuar la llamada e informan al investigador de lo sucedido. El temor arraiga en lo más hondo del estómago de Hiram. No hay manera de saber si Ariadne averiguó algo mientras se hacía pasar por Marlene, Seren, Everett o incluso Veda y lo ha estado reservando hasta que llegase el momento adecuado.

—Hemos de dar con la forma de adelantarnos a ella.

—Nos vemos en tu casa. Tengo una idea —afirma Gabriel.

Francisco se queja.

—La última vez que tuviste una idea acabé metido en mierda hasta la cintura mientras buscaba amuletos desactivados de contrabando.

—Pero tenía razón: estaban allí, solo que en otra parte de la granja.

—Estuve días oliendo a mierda de vaca.

—Pero ¿moriste de eso?

Hiram empieza a entender de dónde ha sacado August su vena caótica. Exhala un suspiro igual de profundo que el de Francisco, que ahora se está pellizcando el caballete de la nariz. Así y todo, Hiram pica.

—¿Qué idea es esa?

—Ponemos una trampa con lo que ya tenemos —se limita a decir Gabriel—. Usamos de cebo a Veda.

—De ninguna manera —espeta Hiram.

—No a la verdadera Veda. Sigamos el ejemplo de Ariadne y utilicemos su arrogancia contra ella. Nos dio el colgante embaucador. Usémoslo. Alguien se puede hacer pasar por Veda e ir por la ciudad en su moto. Ariadne está vigilando, esperando. Si muerde el anzuelo, y creo que lo morderá, porque se halla desesperada y el tiempo se agota, intentará atacar a la Veda falsa y nosotros la estaremos esperando.

Hiram y Francisco se miran.

—Tu idea no podría ser más caótica.

Gabriel suelta una risita.

—Siempre hemos ido por detrás de ella. Tratemos de adelantarnos, para variar. ¿Qué tenemos que perder?

Cuando regresan a casa de Hiram, comienzan con los preparativos y deciden mantener en secreto el plan, limitarlo al pequeño grupo que ya está involucrado. Después de poner al corriente a Veda, llaman a Peter y Jadiya, que dejan lo que están haciendo y acuden. Cuando están todos, desarrollan el plan.

La idea definitiva consta de unos cuantos pasos, pero es sorprendentemente simple. Veda reducirá las medidas de seguridad que tiene en su casa. Hiram tendrá a Antaris y a Veda a salvo en el aire y fuera del alcance de Ariadne mientras todo esto sucede. Peter vigilará la casa de Hiram. Jadiya utilizará el colgante para hacerse pasar por Veda. August se quedará con la familia de Francisco por precaución. Gabriel dirá a los agentes que Veda está ayudando con la operación y apostará equipos en el bosque circundante. Francisco y él estarán dentro.

Tras darle a Jadiya el estuche con el colgante y vincular su impronta a la moto de Veda, todo el mundo se marcha. En cuestión de minutos Hiram avisa al piloto.

Una vez solos, Veda empieza a lamentarse.

—Es posible que antes me haya mostrado demasiado entusiasta —musita.

—Probablemente. —Hiram suelta una risita—. ¿Qué te parece si te preparo un baño cuando volvamos de tu casa?

—Suena bien.

Entonces repara en algo extraño: unas venas negras asoman del cuello de la camisa de Veda. Como no la quiere asustar, Hiram espera a que salga en busca del gato para llamar.

—¿A qué debo esta sorpresa, Ellis? —pregunta Jadiya en lugar de saludar.

—A Veda le asoman unas venas del cuello de la camisa. ¿Le importaría...?

—¿Ir a echar un vistazo? Claro que no. Daré la vuelta y nos veremos en la cabaña de Veda para obligarla a que se deje hacer.

—Gracias. Saldremos dentro de veinte minutos.

Cuando vuelve, Hiram ve que Veda está terminando de organizar la comida del gato y cogiendo juguetes para el viaje.

—¿Estás lista?

—Sí. —Un dolor agudo hace que se lleve una mano al costado—. Estoy un poco más dolorida de lo que pensaba.

Hiram está pendiente de ella durante todo el trayecto a su casa. Antaris va sentado detrás, mirando por la ventanilla con aire pensativo. Jadiya está esperando cuando llegan. Veda mira a Hiram, que promete explicárselo dentro de un momento, y entra en la cabaña. Jadiya se acerca a la ventanilla del acompañante cuando él la baja.

—No he visto ninguna vena saliendo por el cuello de la camisa.

—Estaban ahí..., a menos que se hayan movido.

Jadiya mira hacia la cabaña frunciendo el ceño.

—No deberían.

El móvil de Hiram vibra, se detiene, vibra de nuevo. Él no hace caso.

—¿Qué quiere decir?

—Si las venas se están moviendo, la maldición está despertando.

—¿Qué? —gruñe él—. Se han estado moviendo así desde hace ya unos días.

Jadiya suelta un taco entre dientes y sale corriendo hacia la cabaña. Hiram se baja del coche, seguido por Antaris. El móvil le vibra de nuevo en el bolsillo. Para cuando entra, Jadiya ya le está examinando el cuello a Veda. Al principio él no ve nada, profiere un suspiro de alivio. Después las venas negras, fracturadas, aparecen, reptan hacia los dedos de Jadiya como si las atrajera su contacto.

—Mierda —dice esta al tiempo que presiona con una mano el hombro de su amiga. Las venas se ondulan bajo su piel—. La maldición está despertando.

A Veda se le demuda el rostro y a Hiram se le cae el alma a los pies.

—¿Cuánto aguantará el bloqueo? —pregunta ella con voz temblorosa.

—No lo sé.

El teléfono de Hiram vuelve a sonar. Irritado, lo saca y ve el nombre de Gabriel.

—¿Qué demonios pasa?

—¿Estás en casa?

—No.

—Bien. Oímos informar por radio de un incidente que se había producido en tu dirección. Tu vecino denunció un problema con tu talismán. Alguien intentó neutralizarlo, pero explotó y ahora está lanzando ondas expansivas. Exactamente lo que hizo Everett en casa de Lucinda. Francisco y yo vamos de camino para comprobarlo, pero hay...

El resto de lo que dice pasa a ser ruido de fondo.

Veda pone los ojos en blanco y se desploma en los brazos de Jadiya. Esta y Gabriel dicen lo mismo al unísono:

—Tenemos un problema.

31



El tiempo se escurre de nuevo entre los dedos de Veda como los granos en un reloj de arena. El miedo le abrasa el pecho, pero cuando mira a Antaris se tranquiliza.

Lo inevitable ha llegado.

—Estoy bien —insiste cuando Hiram duda, se debate entre quedarse e irse—. Sigamos adelante con el plan. —La voz le flaquea —. T-tenemos tiempo.

No mucho. Hiram lo sabe. Veda lo ve en sus ojos, lo nota en su forma de besarla al despedirse. Por primera vez, le hace la misma promesa que hace siempre a Antaris:

—Volveré.

Jadiya sigue mirando cuando la puerta se cierra al salir él. Los ojos de Veda buscan al niño y después a su amiga.

—Mantén la normalidad.

Jadiya asiente y se aleja, vuelve con un vaso de agua.

—Deberías sentarte, probablemente te has desmayado por la fiebre. Tienes bastante.

—No era consciente de que me había subido tanto la temperatura. —Veda se acomoda en el sofá. Antaris tarda segundos en sentarse a su lado, se retuerce las manos con nerviosismo. Ella bebe despacio, el agua quema como si fuese ácido. Así y todo, coge al niño y lo abraza con fuerza. Pase lo que pase, sabe que esto va a ser duro para él.

Jadiya le toma la temperatura de nuevo.

—Sigue siendo demasiado alta.

—Solo necesito descansar.

Entonces lo oyen.

Un cristal que se rompe.

Una grieta divide en dos el manto protector de magia que envuelve la cabaña. Un único punto de impacto que no debería existir. Forma una telaraña hacia todas partes, suena como si alguien arañase una pizarra, lo que les hace rechinar los dientes y taparse los oídos.

Veda se da cuenta de lo que está pasando demasiado tarde. Aparta a Antaris y a Jadiya cuando el manto implosiona. Cae una lluvia de fragmentos de magia que parece metralla y atraviesa el techo de cristal de la terraza.

—¡No podemos quedarnos aquí!

Otra explosión sacude los cimientos de la cabaña. En lugar de caerse, Veda agarra al sobresaltado Antaris y se tira al suelo, protegiéndolo de los cascotes. Después el suelo tiembla, haciendo que toda la habitación vibre. Jadiya va a gatas hacia la nevera para ponerse a cubierto mientras Veda corre con el pequeño hasta el sofá. Los oídos le pitan.

Una risita alegre, de niña, atraviesa el espacio.

—Uy, mira lo que he hecho. —La voz almibarada tiene cierto dejo —. Toc, toc. ¿Hay alguien en casa?

Helada, Veda mira a Jadiya. Reconocería el acento de Ariadne en cualquier parte.

—Me ha costado tanto llegar hasta aquí... —afirma ella, y la podredumbre asoma tras la miel—. Pero, mira tú qué suerte, hace unas semanas, cuando estaba buscando este sitio, me perdí, me metí por donde no era unas cuantas veces y entonces, oh, cosmos mío, vi por casualidad que una moto que me sonaba salía a la carretera de ninguna parte. Fue el destino. Y supe que este tenía que ser por fuerza el sitio.

Veda busca de nuevo los ojos de Jadiya y señala la terraza. Es una idea pésima, pero no tienen alternativas ni tiempo.

—Sé que estás aquí, Veda —canturrea Ariadne, dejando al descubierto más de esa podredumbre—. No seas tímida, solo quiero hablar.

La última palabra golpea la casa con un hechizo. Las paredes tiemblan de la fuerza. Veda estrecha contra su pecho a Antaris. Con la adrenalina corriendo por sus venas, sujeta con firmeza la cabeza del niño mientras el suelo se estremece de tal forma que ella nota el temblor en los huesos.

Jadiya levanta tres dedos.

Las luces titilan cuando unos pasos que se aproximan resuenan en el suelo.

Jadiya baja un dedo.

Veda parpadea a través del dolor, tiene la vista borrosa.

Dos dedos más bajan.

Jadiya se levanta de su escondite, su mirada fría despide una luz plateada. Chasquea los dedos y se oye un estruendo.

—Muy amable por tu parte lanzarme contra una pared —dice sin alterarse Ariadne.

—Es lo menos que podía hacer.

Se oye un chasquido de lengua. El hechizo que lanza Ariadne no le da por los pelos a Jadiya, cuya defensa resiste. Sin tiempo para mirar, Veda agarra de la mano a Antaris y sale corriendo, ve atisbos de las dos mujeres que se enfrentan. Un hechizo pasa a toda velocidad junto a su cabeza cuando saltan por la ventana rota y aterrizan sobre cristales.

Corren por el bosque hasta que dejan de ver la cabaña. Los árboles engullen los sonidos de la guerra. El agotamiento hace mella en Veda, que tropieza, pero después sigue adelante. Antaris parece muy preocupado. Ella se enjuga el sudor de la frente, vuelve la cabeza y tose. Su cuerpo se tensa al ver la sangre en la palma de su mano, pero se la limpia en el vaquero y continúa.

—No pasa nada —tranquiliza al niño. Es la primera vez que le miente.

Sigue avanzando, adentrándose más en el bosque, buscando un lugar donde refugiarse. Conoce cada escondrijo, el más cercano son árboles huecos, todos muertos, podridos. Veda encuentra uno y le dice a Antaris que se meta dentro. El niño está a salvo antes de que otra explosión hienda el aire; su eco los encuentra en los árboles. Procedía de su cabaña. El pequeño se asoma, distraído y respirando con dificultad. Rodeándole las mejillas con sus manos, Veda lo obliga a mirarla.

—Antaris. —De alguna manera consigue mantener la voz serena, controlada—. Necesito que te escondas aquí. No te muevas. No salgas. Ni aunque oigas tu nombre.

El niño cabecea y el sollozo que escapa de él es demasiado grande para su cuerpecillo.

—No pasa nada, todo va a salir bien. —Veda le coge las manos—. Necesito que estés a salvo.

Las lágrimas no dejan de caer.

—Mamá.

La palabra la deja sin aliento. Ella lo abraza.

—Eres el alma del escorpión, ¿recuerdas?

Antaris asiente, su rostro contra el cuello de Veda, que se aparta y lo mira a los ojos anegados en lágrimas mientras el niño sigue sollozando.

—¿Dónde están las notas de tu padre?

Se saca unas cuantas del bolsillo y Veda se guarda una de ellas en el suyo junto con los viales de maldición Líquida mientras le pone las otras dos en las manos.

—Cierra los ojos y no hagas ruido. Piensa en tu padre y él te encontrará.

Antaris afirma con la cabeza, aturdido. Veda lo besa en la frente en un momento reconfortante para ambos y cierra los ojos. No sabe si lo volverá a ver. No es fácil decirle adiós, y no lo quiere hacer, pero se obliga a apartarse.

El niño se esconde obedientemente en el tronco y solo entonces ella sale corriendo.

Se aleja de él, va hacia el colegio. La adrenalina ya no basta para protegerla del dolor que siente en las costillas, de la sangre cuando tose, el mareo y las náuseas que la asaltan en oleadas cada vez mayores. Ya no corre, sino que camina con paso tambaleante.

Lo que antes era ruido ahora es un silencio inquietante.

Una rama se parte. La sangre se le hiela.

Se vuelve en redondo y ve a Ariadne avanzando con paso firme por el bosque, dirigiéndose hacia donde está escondido Antaris. Para Veda la decisión es fácil. Echa a correr y lanza una llamarada al cielo que se eleva sobre los árboles y alerta a Ariadne de su presencia. Veda corre como no ha corrido en su vida, pero no es suficiente. Los pulmones le arden, necesitados de aire, y su cuerpo se ralentiza

pese a que su cerebro le grita que siga moviéndose. Se apoya en un árbol, jadeante, sabiendo que todo ha terminado. Por mucho que corra, no tiene ningún sitio al que ir.

—Vaya, vaya, vaya —canturrea, encantada, Ariadne detrás de ella —. Es un placer volver a verte. De haber sabido que tú eras la respuesta, te habría llevado conmigo aquella noche en el apartamento.

Veda se vuelve hacia ella.

—¿Dónde está Jadiya?

—Está viva. —Su sonrisa enfermiza se tuerce—. Por los pelos. Me estaba agotando y me dio exactamente lo que necesitaba.

A Veda se le revuelve el estómago.

—Ay. —Ariadne se tapa la boca mientras le mira el cuello—. Gracias al cosmos que te he pillado sola justo a tiempo. Por fin podré recuperar lo que me merezco.

Veda esquiva un orbe azul que se incrusta en el árbol tras ella. Acorralada, se abalanza hacia Ariadne, evitando por poco un rayo de magia tan luminoso como el sol. Consigue darle un puñetazo cuya fuerza la tira de espaldas, pero se levanta con una sonrisa, como si el dolor le produjese placer.

—Muy bonito. —Escupe sangre, se pasa la lengua sobre la que tiene en la boca—. Me toca.

Es como luchar contra una fuerza imparable: cuanto más la esquiva ella, tanto más deprisa la ataca Ariadne. Las maldiciones vuelan. Veda se esconde detrás de árboles y piedras, respira con dificultad antes de contratacar como mejor puede con las repercusiones que se puede permitir: escalofríos, cortes que se forman en su piel, un tremendo dolor de cabeza. Los pulmones se le contraen cuando desvía un hechizo de un rojo luminoso y lo obliga a estrellarse contra un árbol cercano. La corteza se ennegrece, se

agrieta y cae con gran estrépito antes de incendiarse. Las llamas rodean las hojas mientras el humo se eleva a su alrededor.

Ella se sirve de la distracción para hacer levitar el árbol en llamas y arrojárselo a Ariadne. El impacto hace que esta salga despedida hacia atrás y se estampe contra la base de otro árbol.

Veda tose sangre, su vista se vuelve borrosa. No sabe qué le causa más dolor, si el despertar de la maldición Sanguis o el precio que paga por la magia que utiliza. La tensión del esfuerzo que está realizando le llega hasta la médula. El sudor le empapa la frente y la nariz le sangra sin cesar. Manteniéndose firme, vuelca las fuerzas que le quedan en lanzar hechizo tras hechizo para mantener a raya a Ariadne.

Así y todo, no sirve de nada.

Un orbe gris le da de lleno en el pecho, dejándola sin aliento. No se puede mover. No ve nada. Respirando en medio del humo, no le queda aire que exhalar.

Ariadne obliga a Veda a arrodillarse, se acerca con una sonrisa escalofriante.

—Esto es lo que estaba esperando.

Un dolor candente le recorre el cuerpo. Venas negras entreveradas de rojo pintan su piel. La esencia de Ariadne fluye por su torrente sanguíneo.

—*Visus*. —Al principio el hechizo no duele. Después quema. A Veda le palpitan los ojos. El bosque se vuelve denso con la juventud, merma con la vejez, arde con la muerte. Pasado. Presente. Futuro. Después se apaga en los satisfechos ojos de Ariadne—. Ahí está: potencial. Lo que vive en ti me pertenece.

Veda tiene la sensación de que la han abierto en canal, de que han partido en dos mitades lo que antes estaba entero.

Todo se detiene.

—Espera, no. No. ¡No! Ahora no —chilla Ariadne.

Lo que estaba hibernando se ha despertado.

Aún atrapada tras el bloqueo, la Sanguis cobra vida con fuerza en las células de su cuerpo, avanzando deprisa por músculos y tendones. Veda se siente confusa. La sangre se agolpa en sus oídos. Se lleva las manos al pecho, pugnando por respirar; cada músculo se contrae cuando se aovilla en posición fetal.

Ariadne cae de rodillas a su lado, mueve las manos como si intentara atraparla, pero no puede.

—Va... a por ti —dice Veda.

El pánico de Ariadne se torna furia cuando la agarra del cuello y aprieta hasta privarla de aire. Ella forcejea, se retuerce, pero su mano encuentra lo que está buscando. Un vial se le cae, pero agarra el otro con fuerza, aunque los bordes de su visión se oscurecen.

—Cuando termine contigo, buscaré al niñito ese tan mono de Grace y...

Veda se yergue y le da un cabezazo.

Ariadne se tambalea hacia atrás, momentáneamente aturdida. Lo que sigue es como ser electrocutado repetidas veces. Veda oye gritos y cae en la cuenta demasiado tarde de que es ella quien los profiere.

La Botanista la suelta, y ella cae al suelo y tose con tal violencia que vomita. La sangre es inconfundible. Al igual que el vial roto al lado. La poción se derrama, transparente y brillante, forma perlas como el mercurio en lugar de hundirse en la tierra. Una repentina patada en las costillas la vuelve bocarriba. Ariadne la agarra del pelo con una mano y la incorpora, y empieza a entonar un canto. Con sus últimas fuerzas, Veda estampa la mano en el vial roto, la levanta y abofetea a Ariadne, haciendo que se calle.

Las dos gritan de dolor.

La mujer recula, parece furiosa, dispuesta a acabar con todo.

Pero no lo hace. No puede.

Sacude las manos, pero no pasa nada. No tiene magia.

—¿Qué me has hecho? —chilla.

—He hecho que muramos las dos —responde con voz rasposa—. La maldición Líquida.

Ariadne palidece, la sorpresa la deja sin aliento, pero la ira regresa de nuevo y le asesta un puñetazo en la cara a Veda, que lo recibe de buena gana y se ríe con una risa entrecortada, jadeante.

La Botanista se aleja tambaleándose, arañándose los brazos como si así pudiera librarse de la maldición. No llegará muy lejos. Veda rueda sobre el estómago, intenta gatear, pugnando por respirar, y al cabo siente lo que ha estado desoyendo: agonía. Un tormento profundo que le desgarra el alma. Tose y de su boca sale brea roja, densa, pútrida y viva. Cae al suelo con un sonido húmedo, se aleja serpenteando hacia la maleza.

Por fin se ha liberado de la sangre de Ariadne..., aunque solo sea durante unos minutos.

Se quita el anillo, lo abre e ingiere el polvo de dedalera. De este modo todo será más rápido. Se obliga a ponerse bocarriba para contemplar el cielo.

Solo el cosmos es testigo de sus gritos y sollozos. Los árboles guardan silencio, aguzan el oído hasta mucho después de que los gritos se tornen una respiración ahogada, jadeante mientras ella se rinde al destino. La sangre empapa la tierra, se extiende hasta que ella deja de sentir dolor. Solo hay paz cuando el humo y el fuego se acercan.

Lo último que Veda recuerda es apretar la nota que tiene en el bolsillo, pronunciar el nombre de Hiram.

32



La casa de Hiram bulle de investigadores y agentes, la mayoría de los cuales yacen en el suelo, aturdidos. Ve primero a Francisco, que avisa con un toquecito a Gabriel, y ambos se separan del grupo y salen a su encuentro a toda prisa.

—Silenciamos el talismán durmiéndolo —le cuenta Gabriel—. Pero, como puedes ver, nos costó lo nuestro.

Hiram frena en seco al ser consciente de lo que eso significa.

—Está vinculado a mí por la sangre —responde despacio—. No podéis hacer nada con mi talismán sin mí.

—Pero no lo registraste como vinculado a tu sangre...

—Claro que no —lo corta Hiram, burlándose—. Era un señuelo.

Ya se está sacando el móvil del bolsillo. Llama primero a Veda. No se lo coge. Mientras Francisco empieza a dar órdenes, diciendo a todo el mundo que recoja sus cosas y dejen a los que están en el suelo para que los atiendan los sanadores y los médicos, Hiram prueba con Jadiya. Nada.

La preocupación lo asalta.

—Nadie contesta. —Abre la puerta de su coche—. Veda está enferma porque el bloqueo está fallando, pero Jadiya no desoiría mi llamada; no cuando allí también está Antaris. Necesitamos que todas las personas posibles vayan para allá ahora mismo.

Gabriel corre hacia Francisco e Hiram puede precisar el momento exacto en que transmite la información. Se oyen gritos al tiempo que todos salen en desbandada hacia sus vehículos.

—Iremos detrás de usted —dice Francisco, que se sube al asiento del acompañante del coche que está a su lado.

Gabriel se pone al volante y arranca con su impronta. Hiram no pierde el tiempo. Arranca su coche y sale deprisa, llama a Peter mientras se dirige a toda velocidad a la cabaña de Veda.

—¿Dónde estás? —Su amigo parece agitado.

—Volviendo a la cabaña de Veda. La alarma que se disparó en mi casa era una maniobra de distracción. ¿Dónde estás tú?

—Jadiya me llamó. Sonaba como si allí se estuviese librando una batalla. Estoy a diez minutos.

—Llevo a la caballería conmigo —le anuncia Hiram, que se obliga a acallar el creciente miedo que siente. Pisa a fondo el acelerador, se niega a que el pánico se apodere de él.



La sensación de que algo va mal es tan estremecedora como los árboles caídos que hay diseminados por la carretera cual cerillas, tan evidente como el camino que se supone que es invisible.

Hiram no espera a que le den permiso. Su anillo se ilumina con una luz blanca cuando pronuncia un hechizo con el que quita de en

medio los troncos. Enfila el camino que lleva hasta la cabaña con un nudo de nervios en el estómago que se aprieta más con cada coche que sigue un sendero que no tendrían que haber visto nunca.

No le da tiempo a prepararse para ver el estado en que se encuentra el lugar.

Peter ya está allí, intenta abrirse paso entre los escombros de lo que antes era el porche delantero. Una parte del tejado ha desaparecido; hay ladrillos y cascotes por todas partes. Unas volutas de humo brotan de los árboles quemados y la tierra muestra las cicatrices de las explosiones. La moto de Veda está intacta, pero el coche de Jadiya ha quedado destrozado.

Hiram se apea y las piernas casi se le doblan. Un miedo paralizante le dice que nadie podría haber sobrevivido a esto. Antes de que pueda ponerse a ayudar a Peter a retirar cascotes, Gabriel lo intercepta con expresión sombría.

—Deje que vayamos nosotros primero.

«Para que no tenga que ver lo que queda», termina la frase en su cabeza Hiram.

—Muy bien.

Hacen falta tres investigadores para despejar la puerta. Uno de ellos intenta impedirles la entrada después de que Gabriel y Francisco pasen. En un arrebato nada propio de él, Peter espeta:

—Apártese de ahí o lo quito yo.

—¿Usted y qué amuleto? —se burla el investigador.

—El suyo.

Antes de que Hiram pueda intervenir para respaldar la amenaza de Peter, Francisco sale como una exhalación, el pánico reflejado en el rostro.

—Llamen a un sanador, ¡rápido!

Mientras las órdenes vuelan, ellos cruzan el umbral a la carrera. La magia abrasa todos los sentidos de Hiram, hace que los ojos le lloren y que no le llegue aire a los pulmones. Cuesta avanzar por las potentes oleadas, pero se obliga a hacerlo.

Gabriel está de rodillas, comprimiendo el pecho de Jadiya en un desesperado intento por mantenerla con vida. La vidente tiene las piernas torcidas en un ángulo antinatural, los brazos y las manos llenos de cortes y magulladuras. Los cabellos antes blancos están apelmazados de sangre y ceniza. Peter aparta a Gabriel para seguir él.

Hiram continúa andando, inspecciona los restos en busca de alguna señal de Veda y Antaris, los llama, su pánico va en aumento con cada grito al que no responde nadie. Entonces Francisco le llama, y vuelve con ellos.

Jadiya está consciente, intenta recobrar el aliento.

—Salieron... corriendo —dice con voz rasposa—. Contuve a Ariadne... todo lo que pude... —Sus palabras dan paso a un ataque de tos—. Mi Visión... Ariadne... Ariadne me la ha robado.

El pavor que se apodera de Hiram cesa cuando una llamarada roja estalla en el cielo.

—Veda —musita. Tiene que ser ella. Entonces cae en la cuenta: las notas de Antaris. Gracias al cosmos, se le ocurrió lanzar un encantamiento sobre ellas. Sin pérdida de tiempo, señala hacia la parte trasera de la casa y pronuncia el encantamiento para activar el hechizo localizador—: *Invenire Aliquem*.

Una luz verde ilumina su anillo, confirmando la dirección. Francisco y Gabriel lo siguen, salen por el cristal roto de la terraza y corren hacia el bosque. Cada giro erróneo hace que la luz que desprende el amuleto de su anillo se vuelva roja.

El creciente terror lo impulsa a correr más rápido mientras llama a gritos a Antaris y a Veda. No obtiene respuesta, allí solo hay silencio. La luz verde es su único consuelo, su única guía, hasta que ve un claro lleno de árboles muertos. Gabriel y Francisco llaman a Veda. Nada.

—¡Antaris!

Algo cruje en uno de los árboles caídos. Hiram sale disparado al ver a su hijo.

—¡Papá! —solloza el niño, que se lanza a sus brazos. Temblando y aterrorizado, el niño se niega a soltarlo. Solo cuando Hiram ve que levanta una mano trémula, apuntando hacia el humo, entiende lo que ha hecho Veda: ha escondido a Antaris. Sigue ahí, en alguna parte. Algo más llama su atención: su anillo se ilumina de nuevo con una luz verde.

Se pone de rodillas frente a su hijo, le seca las lágrimas.

—¿Se llevó una nota Veda?

El pequeño asiente con vehemencia.

Hiram se vuelve hacia el resto. Gabriel ya está pidiendo refuerzos.

—Francisco, necesito que se lleve a Antaris de aquí.

—Naturalmente.

Pero el niño se aferra a Hiram, no lo quiere soltar. A lo lejos el humo se vuelve más denso cuando él se arrodilla de nuevo:

—Tengo que encontrar a...

—Mamá. Encuentra a mamá.



El humo amortaja el cielo y asciende desde el suelo, más denso conforme avanzan. Aunque Hiram nunca ha estado allí, el sitio le resulta familiar. El olor a magia es más intenso con cada paso que dan. Su amuleto sigue iluminado, mostrándoles el camino. No ve el origen a través de la pared de humo hasta que lo tiene justo delante: un implacable anillo de fuego.

Gabriel lo apaga con un conjuro. Hiram pasa por encima de las humeantes matas y está a punto de pisar algo sólido.

Un cuerpo.

Reconoce las botas.

Veda.

Sangre. Hay mucha sangre.

La maldición está saliendo de su cuerpo, desgarrándola desde dentro. Las venas negras ya se han extendido por lo que se ve de los brazos y por las piernas, se deslizan lentamente por su rostro como una sombra. Hiram se queda de piedra. Solo logra arrancarlo de su estupor la quemazón del hechizo localizador que ha lanzado Gabriel.

Veda tiene apretada en la mano la nota de Antaris. A su lado está el anillo de Hiram, con el pastillero vacío.

Él cae de rodillas, duda antes de tocarle la mano, los brazos, el rostro. No sabe de dónde sale la sangre, por qué hay tanta o cómo detenerla. Algo oscuro intenta abrirse paso en su interior, pero lo reprime. Los dedos de Veda se aferran a la nota y sus ojos se abren.

—Respira —afirma Gabriel.

«Pero no por mucho tiempo», precisa en silencio Hiram, aunque el pensamiento no consigue empañar el alivio que siente.

Veda es un vacío. No huele a nada. Ni a magia ni a energía.

—No te muevas —le susurra mientras busca en el bolsillo el vial con el antídoto y lo vierte en su boca entreabierta. Ella lo traga e

Hiram se siente aliviado hasta que se da cuenta de que necesitan tiempo para que surta efecto en su organismo.

Puede que sea demasiado tarde.

—Ant... —grazna Veda.

—Está a salvo.

Cuando se relaja por completo, su otra mano se abre. La sangre se agolpa en la palma y se derrama en el suelo.

—La maldición... La-la utilicé.

Gabriel aguza el oído y mira a su alrededor, a través del humo.

—Ariadne no habrá podido ir muy lejos. —En lugar de esperar, sale corriendo en su busca.

—Dile... que lo siento. —Veda cierra los ojos, su respiración es cada vez más laboriosa—. Sabía... que esto acabaría así.

Hiram desoye sus palabras, tiene que hacerlo, ya que de lo contrario perderá la poca compostura que conserva, que impide que se desmorone.

—No... me arrepiento de lo nuestro.

La última pizca desaparece. Su resolución se derrumba, al igual que él. Hiram la estrecha entre sus brazos, cierra los ojos y se obliga a no prestar atención a lo húmeda que tiene la espalda, las hebras negras cada vez más densas que le consumen la piel, el traqueteo de su pecho.

La determinación lo golpea como si de un rayo se tratase. La coge en brazos y se tranquiliza, sabe exactamente adónde tiene que ir: Nénuphar. La cueva no cura, pero tal vez la mantenga con vida lo suficiente para que el antídoto empiece a actuar. Hiram deambula por el bosque, sin rumbo, la idea de rendirse acecha en los confines de su cabeza...

Por fin, por fin, ve una cicuta occidental. Está cerca. Para cuando llegan a la boca de la cueva, Veda está laxa e inmóvil en sus brazos,

su respiración es débil.

No se detiene para quitarse la ropa, se mete directamente y deposita a Veda en las sanadoras aguas. Sujetándole la cabeza para que permanezca sobre la superficie, suplica que le concedan un poco de tiempo. Implora al cosmos.

Pero no pasa nada.

Conteniendo la respiración, espera y espera y espera, la esperanza truncándose poco a poco hasta que ve algo oscuro que se escabulle bajo la superficie. Y algo más. De los labios de Veda escapa humo. Un líquido oscuro sale de sus venas, abandona su piel. Su rostro comienza a volverse más claro. Las sombras se retuercen y gritan a medida que las arrancan de ella, consumidas por la luz.

Hiram la sostiene hasta que el último resto de la maldición Sanguis desaparece de su cuerpo.

Nénuphar cierra sus heridas. En la boca le entra agua natural.

Veda respira superficialmente, pero es una señal de que el antídoto está funcionando.

Aun así, no se despierta.

33



La realidad la sacude con una subida de adrenalina que debería haberla hecho incorporar de golpe, pero no siente los brazos ni las piernas, y menos aún se puede mover. Solo puede parpadear y respirar.

Necesita calmar el creciente pánico, así que se concentra en el simple gesto de mover los dedos de los pies. El alivio que acompaña a la sensación es palpable. Abre la boca e intenta llamar a alguien, a quien sea, pero de ella no sale nada.

Sus recuerdos son borrosos. El bosque, sangre, fuego, agua y ópalo. Nada tiene sentido. Unos golpes en la puerta la asustan antes de que entre un médico, que se sorprende visiblemente al verla despierta. Le eleva la cama y comprueba sus reflejos. El doctor menciona que Veda siempre conservará las cicatrices: algunas eran demasiado profundas incluso para que las sanaran las aguas de la cueva.

—Parece que todo está bien. Irá recuperando la voz, que habrá quedado afectada por los tubos. El descanso la ayudará a recobrar las fuerzas.

Cuando se va, Veda mira por primera vez el lugar en el que se encuentra. Su habitación es un bosque de macetas: potos y monsteras, bambú y palmeras, orquídeas y lirios de la paz, rosas y hiedra inglesa. Las plantas cubren todas las superficies, se alinean en las ventanas y ocupan los rincones, complejas y bellas. Le recuerdan al invernadero. Su lugar seguro. Sin embargo, algo más pequeño, cerca de la cabecera de su cama, atrae su mirada. Insignificante para algunos, pero lo más importante del mundo para ella.

Un farol.

Clinton entra del brazo de Peter y se sienta en la silla a su lado, con el bastón en la mano. Peter se queda cerca. Su amigo parece nervioso, como si no hubiese dormido. Así y todo, sonríe.

—Te lo dije...

No termina la frase, pero ella la entiende. Peter le dijo que sobreviviría a lo imposible y, algo más importante, que viviría.

—Que... te den —grazna ella, la garganta le arde.

Él se ríe.

—Cómo no iba a ser esa tu primera frase después de tres semanas.

¿Tres semanas? El tiempo ha seguido adelante sin ella. Por trivial que parezca, es lo único en lo que Veda puede pensar y con lo que se obsesiona hasta acabar agotada. Tiene que olvidarse de eso, no está lo bastante fuerte para aferrarse a algo así. Parpadea mirando al techo, respira hondo unas cuantas veces para soltarlo, traga el creciente nudo que tiene en la garganta.

Su segundo intento de hablar es una palabra:

—¿Jadiya?

La expresión de Peter se vuelve seria, al igual que la de Clinton.

—Lo que importa es que está viva —responde con voz queda—. Pero ya... ya no tiene la Visión.

La noticia hace que Veda se quede sin aire en los pulmones. Intenta incorporarse, pero su amigo se lo impide.

—Está bien... Bueno, se está adaptando. Ahora mismo está en terapia. Te iremos a ver cuando te den el alta.

—Después de que te realicen la prueba de la magia —puntualiza Clinton antes de que ella lo pregunte—. Se ha prestado una atención considerable a Ariadne...

—¿Ariadne...?

—¿Sobrevivió? Sí. ¿Lo quieres saber? Hiram no ha querido que le informemos de nada que no seas tú.

El corazón se le acelera al oír su nombre, pero necesita saber. Afirma con la cabeza.

—Gabriel la encontró no muy lejos de donde Hiram y él te encontraron a ti.

Imágenes fugaces de él afloran en su memoria, demasiado veloces para que las pueda atrapar. Cómo se desmoronó. Cómo la abrazó. La llevó en brazos. Y algo más...

Un sueño, tal vez, en el que flotaba, pero...

—Está pendiente de juicio —continúa Peter—. Se encuentra en un hospital psiquiátrico penitenciario de alta seguridad en Montana, sin fianza. No volverá a ser libre. La opinión pública lo sabe todo: la Gran Desaparición, lo que le hizo al Consejo, a Everett, Grace, Jadiya, Marlene..., y a ti.

—¿La maldición...?

—¿La tiene en el cuerpo? Sí —le confirma su amigo—. Mantienen un bloqueo para mantenerla con vida y, cuando este desaparezca, dejarán que la naturaleza siga su curso.

La muerte, al parecer, habría sido demasiado misericordiosa. Veda se acomoda en la almohada, exhausta pero no dispuesta del todo a dormirse. Una llamada a la puerta capta su atención y, al ver quién es, todo el cansancio que siente se desvanece.

Hiram está en el umbral, con un termo en la mano. Peter y Clinton se despiden a toda prisa y se marchan. El anciano le aprieta un hombro a Hiram al salir y Peter intercambia con él una mirada de tácita comprensión. Ya a solas, Veda no es capaz de apartar los ojos de él. Viste como un figurín, pero es evidente que está agotado. Tiene mala cara, barba de tres días, no dice nada ni siquiera cuando se sienta en la silla que poco antes ocupaba Clinton. El silencio continúa, pero no todo es quietud, y menos cuando Hiram le coge la marcada mano, la que tiene leves cicatrices del vial roto. Su palma engulle la de ella.

—¿Antaris? —inquiere Veda.

—Está con August y Gabriel. Tiene muchas ganas de verte, pero...

—No quiero...

—¿No quieres que te vea así? Lo sé. —Hiram baja la cabeza, no para besarle los nudillos, sino para llevarse la mano de Veda delicadamente a la mejilla. Al abandonarse a su contacto, da la impresión de que el cansancio lo invade como si una niebla descendiese sobre un salón a oscuras. Se le extiende por el semblante, se le asienta en los caídos hombros y en unos párpados que cubren a medias unos ojos de un azul cristalino. Parece que Hiram podría quedarse dormido así. No le iría mal dejar que lo hiciera—. Quieren que descanses antes de que realices la prueba de la magia —dice en voz queda, solo para ella.

—Descansemos, entonces.

Levanta la sábana a modo de invitación. Hiram se une a ella con cuidado. Las respiraciones que siguen se miden por el latido de sus

corazones. Frente contra frente, con los ojos empapándose del otro, Veda se mueve primero, le roza los labios con los suyos, luego busca más. Él le pone una mano en la nuca con delicadeza y la besa con más intensidad; su vello le araña la piel y hace que un escalofrío le recorra la espalda. Hiram sabe a supervivencia, renacimiento y algo que es simplemente él y afloja la opresión que ella siente en el pecho. Después de que Veda le bese la parte de la mano a la que llega, se tocan solo por el deseo de tener contacto.

Repara en un movimiento.

—¿Fuiste tú el que me trajo el farol?

Hiram le dedica una sonrisa cansada.

—Antaris no quería que tuvieses pesadillas.



La última visita que espera Veda es la que está sentada a su lado cuando se despierta.

El sari de Simran, naranja oscuro, está bordado con motivos dorados. Bello y elegante, como ella. Está concentrada en su labor de ganchillo, algo que parece un calcetín. No es perfecto, Veda ve los defectos, pero su expresión no da lugar a comentarios.

—Creí que dormiría hasta que yo terminara. —Sus ojos se centran en Veda—. Por desgracia, ya no soy tan diestra como antes.

—Eso no es para mí, ¿no?

La observación le granjea una mirada lo bastante fría para congelar la magia.

—¿Y si lo fuera?

—Me sorprendería este último avance en... lo que quiera que sea esto. ¿Por qué está aquí?

—Hace tres semanas mi hijo me pidió que fuera su madre por una vez en mi vida en esta misma habitación, y eso es lo que estoy haciendo. —Simran deja la labor en el regazo, la aguja de ganchillo y el calcetín descansan en la madeja de lana—. Nunca ha sido de mi agrado, señorita Thorne, y creo que el sentimiento es mutuo.

—En efecto.

—Pero, al parecer, usted y yo tenemos un nexo, para bien o para mal. —Se levanta, se acerca a las ventanas y las va abriendo una por una, dejando que la luz inunde la estancia. Cuando vuelve junto a la cama de Veda, alarga el brazo y le toca delicadamente la punta de la trenza—. Siempre he creído que el pelo es una extensión de uno mismo. Hay cierta intimidad en el hecho de cuidarlo. —Veda no dice nada—. Cuando le enseñé a mi hijo a hacer trenzas, admitiré que lo hice porque no tenía hijas y no quería que nadie me tocase el cabello. Trenzarlo es un acto de amor, cuidado y creatividad. Hiram no me trenza el pelo desde que era un niño pequeño que suplicaba mi atención, pero todavía reconozco sus manos, incluso en una sencilla trenza de raíz.

De pronto consciente de sí misma, Veda rehúye su contacto.

—Debió de hacérmela otra vez mientras yo estaba inconsciente.

Simran ladea la cabeza.

—¿Otra vez? ¿Cuántas le ha hecho?

Veda está demasiado cansada para mentir.

—Con esta van tres veces.

La observación se torna valoración.

—La he subestimado. Creí que su único cometido era alentar a Antaris a hablar. Luchó como si el niño fuese suyo. No me di cuenta

de que ello se haría extensible a mi hijo. Es preciso que sepa que no cuenta con mi aprobación...

—Bien, menos mal que su opinión carece de importancia. —Veda se frena—. Y que no busco la aprobación de nadie.

Simran suspira, frustrada.

—No me ha dejado terminar. Como iba diciendo, no cuenta con mi aprobación; sin embargo, estoy dispuesta a intentarlo. Los calcetines iban a ser un regalo.

—Quizá debiera volcar esos esfuerzos en Hiram y Antaris, no en mí.

—Eso pretendo. Mi hijo me pidió que fuera su madre por una vez en mi vida y por eso estoy aquí. Necesito dejar a un lado lo que esperaba de él y empezar a ver lo que él valora. Y eso es usted. Lo ha coordinado todo, ha pagado para que usted tuviese la mejor atención y ha insistido no solo en que tuviese la habitación con la mejor luz, sino también en que nadie le traiga flores, porque las macetas...

—Son más sostenibles, mejoran la calidad del aire y reducen el estrés. —Ser consciente de hasta qué punto Hiram no solo la escucha, sino la conoce, desarma a Veda—. No...

—Hiram es un animal de costumbres. Cuando tiene que tomar una decisión, la toma. Espera, sí, pero rara vez cambia de opinión.

«El hombre paciente».

—Yo soy buena prueba de ello —añade Simran con tono sombrío.

—Y ¿en qué lugar la deja eso? —pregunta Veda en voz baja.

—En que estoy dispuesta a pelear para que cambie su opinión de mí.

Ella se hunde en la almohada.

—Muy bien, pues entonces tendrá que protegerlos a Antaris y a él. Dudo que lo que ha sucedido no haya llegado a oídos del resto de su

familia.

—Por lo visto, Phillip, incluso después de muerto, ha removido el pasado: se han suscitado conversaciones sobre las ramas olvidadas del árbol genealógico. Se han distanciado de él públicamente, han efectuado declaraciones. Algunos de los descastados han empezado a hablar. Hijos a los que engendró fuera del matrimonio con mujeres videntes, a los que desechó cuando no manifestaron la Visión. Imagino que se harán tratos de tapadillo, se pagará dinero y se asegurará el silencio. Yo continuaré garantizando que Antaris y su... Visión no formen parte de eso.

—Antaris es vidente. Y es su nieto. Su valor no reside en sus aptitudes, sino en quién es él como persona. Y lo mismo es válido para Jadiya. Le salvó la vida a su marido e hizo un gran sacrificio para que Antaris y yo pudiéramos ponernos a salvo. Y para Clinton también. Para cualquier vidente.

Simran guarda silencio un instante.

—Deseo cambiar —afirma al cabo—. No sé por dónde empezar. Su amiga Jadiya no hablará conmigo.

—Responsabilícese de sus actos. Responsabilice a sus amigos de sus actos y de sus palabras. Instrúyase. Los libros y los artículos pueden empezar a ayudarla a que vea el mundo a través de un prisma distinto del suyo. Vivimos en un mundo en el que los magos dictan las normas y se espera que los videntes las sigan. No es responsabilidad de Jadiya ni de ningún vidente convencerla o hacer que cambie de opinión y los vea merecedores de coexistir con ustedes. Podría decirle más cosas, indicarle más cosas que podría hacer, pero, en último término, todo depende de usted. No cambiará de la noche a la mañana, ni yo cuento con ello. Con lo que sí cuento es con que la pifiará a lo largo del camino, pero confío en que no abandone.

Simran vuelve a su silla y coge la labor antes de sentarse de nuevo.

—No tengo intención de abandonar. No sé cómo hacer tal cosa.

—Bien.

No es ninguna garantía, pero sí un comienzo. Un nuevo comienzo.



Una vez se determina que su magia está volviendo con normalidad, no se dice, sino que se sobrentiende que Veda vaya a casa de Hiram. Este camina con ella, cada paso es lento pero firme. En cuanto la ve, Antaris se queda helado, la aprensión le ensombrece el rostro, la angustia le impide moverse.

—Hola —le saluda ella con suavidad.

Esa única palabra hace que el niño salga de su trance. Hiram lo anima en silencio y Veda no espera. Abre los brazos y lo estrecha con fuerza. El cuerpo le duele, sus músculos están doloridos y protestan, pero no hace el menor caso, está volcada por completo en él.

—No pasa nada —le dice en voz queda cuando el pequeño intenta apartarse—. Sé que estabas asustado, pero lo hiciste muy bien. Fuiste muy valiente. —Lo abraza de nuevo, esta vez más fuerte aún y sin pensar en el dolor.

El niño necesita esto. Ella lo necesita.

Antaris se echa a llorar acto seguido, las lágrimas le empapan el hombro a Veda cuando se agacha para situarse a su altura. Las rodillas le palpitan, pero ella no se mueve. Antaris solloza con más vehemencia, entierra el rostro en su cuello, y Veda lo tranquiliza en

voz baja para que sepa que está ahí, que es real, que está viva. Se toma un instante para recordárselo también a sí misma. No se despega hasta que los sollozos del niño se tornan un suave sorber y se abandona a ella, con las mejillas mojadas y exhausto.

Más tarde Peter se pasa con Jadiya, como prometió. Veda se une a su amiga en el porche trasero mientras Antaris duerme, las dos se quedan contemplando el agua. Resulta extraño volver a verla. Hay tantas cosas que decir, teniendo en cuenta todo lo que han perdido, y sin embargo ninguna de ellas habla al principio.

Veda rompe el silencio.

—¿Cómo estás?

Jadiya se vuelve.

—¿Yo? ¿Y tú? Dime la verdad.

—Recuperarse de un envenenamiento con dedalera no es para pusilánimes, pero estoy aquí. Incluso agradecida por ello. —Rota los hombros, hace una pequeña mueca de dolor—. ¿Y tú? Peter me contó lo que pasó.

—Soy eclipsada —zanja sin rodeos—. Voy tirando. Un día y después otro. Peter me está ayudando a adaptarme, pero me sorprende más la reacción de la gente. Por lo general, a los eclipsados los dejan solos, pero todos han seguido trayendo comida a casa, pasándose para ver cómo estamos... Sé que es porque...

—Os quieren. —Veda está inquieta—. Nunca podré darte las gracias por lo que hiciste.

—Pues no me las des —responde Jadiya con seriedad—. Habría vuelto a tomar la misma decisión incluso sabiendo cuál sería el resultado.

Veda descansa la cabeza en el hombro de su amiga y le pasa un brazo por los hombros, agradecida no solo por el sacrificio que hizo, sino también por su amistad. Jadiya apoya la suya en la de Veda y

se sumen en un silencio cómodo mientras contemplan el baile del sol en la superficie del lago: quieto y, no obstante, sin dejar de moverse nunca.



Mientras camina por los restos de su cabaña, Veda evalúa los destrozos.

No está sola. Hiram sostiene su mano mientras van de habitación en habitación. Ella le cuenta en voz baja cómo era ese sitio cuando se instaló en él mientras pasa los dedos por los maltrechos muebles. Mira los quemados restos y comparte recuerdos, aunque no necesita llevarse nada. Ni siquiera su inservible talismán. Lo que hace es dar gracias a las chamuscadas paredes por lo que contenían en su día. Hiram presiente su tristeza por haber perdido otra cosa más, pero también su alegría. En los carbonizados restos de la terraza acristalada, Veda se queda quieta.

—Esto ya no es mío, pero no pasa nada. Vámonos —dice.

—¿Adónde quieres ir?



Regresan al refugio de la isla. Está como lo dejaron, pero ellos no son los mismos.

Hiram es el primero en quedarse dormido. Antaris y August dormitan en la hamaca, meciéndose con suavidad, mientras Peter y Jadiya echan una cabezada bajo la brisa en el balcón con vistas al estrecho. Veda permanece despierta, contemplando la puesta de sol con veneración y gratitud. Ya ha anochecido cuando la interrumpen.

—Deberías estar descansando —musita Hiram, su adormilada voz ruidosa en la quietud que los envuelve.

—Y descansaré.

La lleva a su habitación y Veda se acomoda en la cama con él. Un brazo cuidadoso la rodea cuando se tiende de lado para estar frente a frente. La mirada de Hiram refleja algo que ella no es capaz de articular; por su parte, tiene sus propios sentimientos y emociones preparados, listos para que los exprese. Sin embargo, no lo hace.

—¿Has dormido algo? —le pregunta Hiram.

—Todavía no.

—Creo que hoy ha sido el primer día que yo he podido dormir desde... —No termina la frase, en sus ojos avanza la tormenta.

Sorprendida por el doloroso trasfondo que encierra su respuesta y perdida en todo lo que hay entre ellos, Veda alarga un brazo todo lo que le permite el cuerpo. Sigue dolorida, pero entrelaza una mano con la suya, le pasa un pulgar por los nudillos repetidamente. Dedica el resto de su energía a rozar con sus labios los de Hiram, dejar que descansen en ellos. No hay nada más vital en el mundo que ese único beso. Ese frágil instante es firme, pero tierno. Hiram no se aparta hasta que sus pesados párpados se cierran con un aleteo y su cuerpo empieza a relajarse junto al de ella.

—¿Qué te mantiene despierta? —inquiere.

Veda se acerca más a él, está demasiado cansada para mentir.

—Pensamientos. Recuerdos. Tú.

Hiram se tensa; sus ojos, azules como el cielo, se extienden sobre un mar traicionero. Tempestuoso e indomable. Indiferente a los caprichos del hombre. Veda no hace nada salvo esperar a que salga de él, pero ello no le impide que intente capear la tormenta.

—¿Ya lo has procesado todo? ¿Has hablado con alguien de cuando me encontraste? Yo...

—Sí. —Hiram le toca el rostro, la mira como si fuese imposible que sea real—. Pero no quiero hablar de ello esta noche.

En lugar de eso, enreda las piernas con las de ella y la atrae más hacia sí. Veda le acaricia el rostro tímidamente con las puntas de los dedos. Está en el acantilado del afecto, nerviosa de que pueda caer.

«Pero quizá deberías hacerlo», le sugiere un pensamiento errante.

—No tengo planes —susurra—. No esperaba sobrevivir, pero ahora... Ahora m-me abruman las opciones.

—¿Te vas a ir?

Veda lo mira largamente.

—No, a menos que lo hagas tú.

Hiram está del todo despierto, los nervios asoman a sus rasgos.

—Yo no me pienso ir.

—Quiero averiguar lo que quiero, lo que es bueno para nosotros, y me gustaría que lo hiciésemos juntos.

—¿Por qué?

—Porque tengo tiempo y ya no quiero perderlo.

Las comisuras de la boca de Hiram se elevan.

—Y ¿por qué más?

La mirada de Veda se endurece.

—Me vas a obligar a decirlo, ¿no?

—Desde luego que sí —contesta él con engreimiento—. Creo que me lo he ganado.

Ella pone los ojos en blanco.

—Eres exasperante.

—Lo sé —admite Hiram.

—Y un capullo arrogante.

—Lo sé.

Es demencial. Es irracional. Es aterrador. Pero ha llegado el momento.

Veda apoya la cabeza en su pecho, le pasa la mano por la espalda. Cierra los ojos. Hay elegancia en la rendición. Paz en la caída libre.

No más excusas, no más huida. Ha llegado el momento de dejar de negarse la felicidad.

Veda se ablanda.

—Tienes suerte de que te quiera.

—Lo sé. —Su sonrisa se suaviza, sus palabras se vuelven serias, solo para ella—. Yo también te quiero.

Epílogo

El invierno nunca ha sido su estación del año preferida, pero, ahora que ha llegado, Veda se da cuenta de que su propósito no es solo que todo permanezca en un estado latente, frío. Es una estación para crecer y evolucionar. Ella ha rebuscado entre los escombros de su antigua vida y se ha forjado una nueva que es toda suya.

Bajo el gélido sol invernal, en su recién construido invernadero, se encuentra en un nuevo espacio seguro mientras Hiram la abraza. Todavía no hay ninguna planta y los frutales no llegarán hasta el mes siguiente, pero muy pronto ese sitio rebosará vida. Veda hace una mueca de dolor con cada movimiento, está dolorida: no por haber pasado una tarde entregada al placer, sino por haber estado trabajando duro. Más grueso con cada hora que pasa, un manto blanco se extiende al otro lado de las ventanas. En el calor del invernadero, Hiram ha organizado un pícnic. Es un banquete vietnamita, y hay comida más que de sobra para ellos dos. Comen hasta atiborrarse mientras él escucha con una pequeña sonrisa en el rostro los planes que tiene Veda para ese espacio. El banquete es increíble, pero ver caer la nieve al otro lado del cristal es mejor.

—Tengo una cosa para ti —le dice Hiram al cabo de un rato. Mete la mano en la cesta y saca una cajita.

Veda arquea una ceja al tiempo que acepta el regalo.

—Para Navidad faltan dos semanas.

—Es algo en lo que he estado trabajando desde julio. Me ha llevado más de lo que pensaba, pero... es tuyo.

Ella no lo entiende hasta que abre el estuche y lo ve. Profundamente sorprendida, boquiabierta, las manos le tiemblan cuando lo saca de su cojín de terciopelo. La cadena es nueva, y aunque las retorcidas piedras todavía tienen las mismas grietas, hay algo distinto en él. Zumba en la palma de su mano cuando ella lo toca. Bajo el zafiro hay una suave luz blanca, le recuerda a una noche iluminada por la luna. No tiene la menor duda de lo que es. Y de a quién pertenece.

—Mi amuleto... —La voz se le quiebra al mirar a Hiram, sus ojos se llenan de lágrimas. Él la ayuda a ponérselo al cuello, la sensación es al mismo tiempo nueva y familiar. Aunque distinto, sin lugar a dudas el amuleto es el suyo.

—¿Dónde...?

—Lo he recuperado yo mismo.

—¿Con tu magia? Debe de haberte llevado meses.

—Sí, unas pocas gotas de magia cada día que pagué con dolores de cabeza pasajeros pero espantosos.

—No podías utilizar tu amuleto.

—No. —Hiram toca la gema—. Tú lo vales. —Le rodea el rostro con las manos, la besa en la frente, después en los labios.

Renacido. Para ella. Por ella. El amor ha sido el motor de Hiram. Su propósito.

—Estás haciendo que los regalos de Navidad sean difíciles de superar.

Él se ríe, pero su sonrisa no tarda en volverse seria.

—Me alegro de que estés aquí.

A Veda se le derrite el corazón.

—Yo también.

El momento lo interrumpe la vibración del móvil de Hiram. Es Antaris, llama desde casa de Gabriel, donde está con August. Al

principio no dice gran cosa, pero la cháchara entusiasta de su amigo lo anima lo suficiente para conseguir que anuncie que le gustaría aprender a patinar sobre hielo. Cuando la llamada termina, Hiram deja el teléfono y a su rostro asoma una mirada pensativa.

—No he tenido que decirle que voy a volver.

Veda se inclina hacia él, lo besa en la mejilla.

—Porque sabe que lo harás.



La apertura del bufete de Hiram se celebra unos días después, rodeada de todos los que han ayudado a que cobre vida.

Peter, al que acaban de elegir para formar parte del Consejo de Oráculos, está con Jadiya, Clinton y los demás nuevos miembros electos, todos los cuales son ahora clientes. Everly y Marlene también están. Francisco llega tarde, seguido de Gabriel y August. John asistirá a la fiesta de inauguración, la semana después de Año Nuevo. Un sorprendente número de videntes acuden para mostrar su respaldo. Cuando aparecen los padres de Hiram, tarde y sin previo aviso, Veda ve que él se disculpa discretamente por interrumpir la conversación que estaba manteniendo con el hijo mayor de Moab y con Francisco. Cruza la habitación para saludarlos. Simran le da un regalo mientras Antaris se acerca tímidamente a Barrett con el gato, que ya ha presentado a todos los adultos de la habitación.

Para gran sorpresa de Veda e Hiram, su padre rasca detrás de las orejas al felino, que sigue creciendo. Su voz grave se escucha con claridad cuando pregunta:

—¿Cómo se llama?

—Menta —contesta con vergüenza el niño, que acto seguido corre con Veda.

Esta lo abraza hasta que se tranquiliza.

—Gracias, mamá.

Y va con la siguiente persona. Ella no puede evitar sonreír.

Peter se sienta a su lado.

—Cinco minutos.

—¿Qué?

—Simran tardará cinco minutos en abordarte.

Veda hace un mohín.

—Me arrepiento del día en que la desafié a cambiar.

Su amigo se ríe.

—No es verdad.

—No lo es.

Se sientan sumidos en un silencio cómodo, viendo la multitud hasta que Peter habla de nuevo.

—Sé que tienes tu propio invernadero, pero siempre serás bienvenida en el de Weston. Mi despensa sigue siendo la tuya.

Ella le da con el hombro.

—Lo sé, y créeme, te tomaré la palabra. ¿Qué tal tu nueva empleada? —Veda dejó Weston en septiembre para empezar a trabajar en la clínica de Jadiya, donde ha estado desempolvando sus conocimientos con el objeto de prepararse para retomar su residencia en marzo.

—Bastante bien, creo. Tiene el listón muy alto... Cinco minutos. Aquí viene.

Dicho eso, Peter tiene la desfachatez de dejarla a solas para hacer frente a Simran. Durante un breve instante Veda sopesa encerrarse

en el despacho de Hiram para evitar el encuentro, pero a lo largo de los últimos meses todo ha sido bastante amistoso.

—Un placer verla, como siempre, señorita Thorne —la saluda la señora Ellis con impecable desenvoltura.

—Lo mismo digo, en general —responde Veda con un atisbo de sonrisa—. Me puede llamar Veda.

Simran enarca una ceja.

—Tomo nota, señorita Thorne. Los veré a los tres mañana, en nuestra cena trimestral.

Será la primera de las que puedan venir, idea de Hiram. Un ensayo de reconciliación, por así decirlo.

—Allí estaremos —le confirma Veda.

—Gracias por ayudarnos a llegar a este punto con él.

—Yo no he hecho nada. Ha sido todo cosa de Hiram. Lo intentará siempre que ustedes lo intenten.

—Eso he estado haciendo.

Veda lo sabe. El matrimonio ha estado haciendo donativos a la clínica para videntes, unos donativos que le han sido devueltos todas las veces, al igual que Jadiya sigue declinando las invitaciones de Simran a tomar el té. Pero en ambos aspectos la mujer sigue insistiendo, continúa desaprendiendo sus prejuicios. Tal vez algún día las cosas cambien, pero Simran no está esperando, sino haciendo lo que Veda le dijo una vez a Hiram: mostrarles quién es o, mejor dicho, quién quiere llegar a ser. Verla dando vueltas entre ellos, saludando a todo el mundo por igual, todavía resulta extraño, pero es otro paso adelante.

Cuando la fiesta termina, limpian, activan el talismán y se van a casa. El sol casi se ha puesto cuando sienten el deseo de pasear por el bosque. La decisión de ir en busca de Nénuphar hoy no es consciente, pero Hiram va en la dirección que recuerda y Veda y

Antaris lo siguen. El sol va bajando mientras recorren el bosque. De norte a sur y de este a oeste. No encuentran la cueva.

El crepúsculo marca el final de su búsqueda, cuando acaban aceptando que las aguas sanadoras no aparecerán esta vez. Rodean a Antaris, ambos lo abrazan con suavidad cuando los hombros del niño se hunden.

—Nénuphar es solo para los que necesitan sanación —le explica Veda—. Y no creo que nosotros la necesitemos ya.

Aunque individualmente aún están un poco rotos, juntos están enteros.

Veda le da una mano a cada uno y regresan a casa en la tenue penumbra. El hogar los recibe con los brazos abiertos, pero hay algo más.

Un olivo familiar, que está sanando.

Veda se vuelve hacia Hiram, que sonríe.

—Supuse que lo suyo era que fuese el primer residente. Peter hizo que unos empleados lo trajeran mientras estábamos en la fiesta.

Veda se queda tan ensimismada mirando el árbol que no se da cuenta de que Hiram y Antaris se han ido. El primero vuelve con chocolate caliente: con un poco de alcohol para ellos dos, dulce y sin nada más para Antaris. Armados con mantas, salen a disfrutar de la vigorizante noche. El pequeño se unirá a ellos dentro de un rato. El cielo está despejado, hay luna nueva y las estrellas, sin obstáculos, iluminan el cielo, brillando en todo su esplendor. Se acomodan en la hierba adormecida. Ella se apoya en Hiram cuando lo pilla mirando hacia el cielo.

—Creía que no te gustaban mucho las estrellas.

—Me han dicho que debería mirarlas más a menudo para tener perspectiva.

Veda sonríe al ver su sonrisilla de suficiencia.

—Y dime, ¿quién te ha dicho eso?

—Alguien de lo más exasperante, mandona y...

—Qué cosas más románticas.

Hiram pone los ojos en blanco, pero sonríe.

—Bien... —Veda bebe un sorbo de chocolate—. ¿Qué sientes al tener tu propio bufete?

—Es una sensación surrealista —responde él en voz queda—. Pero no más que veros hoy juntas a mi madre y a ti. Sabes por qué te sigue acorralando, ¿no?

—No.

—Te mira la mano. No para ver si llevas el anillo pastillero, sino uno nuevo.

Veda recula.

—Ni de coña. Llevamos juntos cinco minutos.

—Seis meses.

—Te lo estás inventando.

—Es un cálculo generoso. —Hiram se ríe al ver que ella se enfurruña, pero no tarda en ponerse serio—. ¿Es un no para siempre o un no por ahora?

—Por ahora. Quiero paz contigo y con Antaris antes de que cambiemos algo. ¿Tú qué opinas?

—Estoy de acuerdo —contesta él—. Te quiero y no tengo prisa. He esperado alrededor de una década, ¿qué son unos pocos años más?

—¿Una década? —Veda rompe a reír—. ¿Desde la fiesta de graduación en la que ni siquiera hablaste conmigo? Tú estás loco.

—Cuando uno lo sabe, lo sabe. —Se inclina hacia ella—. Tomamos el camino largo.

La puerta trasera se abre con brío y Antaris sale con dos faroles en la mano. Uno es el suyo y el otro el de Veda. Picada por la

curiosidad, ella se despoja de la manta y lo sigue hasta la orilla del agua.

Hiram se une a ellos.

—¿Qué ocurre?

Antaris le da su farol y a continuación se concentra en su dedo hasta que una pequeña llama queda suspendida sobre él. La sonrisa de Veda se ensancha. No puede ocultar lo orgullosa que se siente de que el niño esté haciendo magia sin miedo.

—Bien hecho. —Hiram se arrodilla a su lado.

Su hijo sonríe e intenta dirigir la llama hacia el farol.

—¿Quieres encenderlo? —inquiere, perpleja, Veda.

—Ya lo he atrapado todo —repone el pequeño.

Pesadillas, tristeza, dolor y todo lo que hacía que lo pasara mal por la noche.

—Yo también. —Sostiene el farol y la invade el profundo sentimiento de saber que ha llegado el momento de soltarlo—. Hagámoslo.

Los ojos de Antaris se iluminan cuando enciende su farol con ayuda de Hiram y Veda el suyo con la ayuda de ambos.

Tres, dos, uno.

Lo sueltan.

Bajo la luna nueva, la brisa impulsa los faroles hacia el cielo hasta que solo son dos puntos que van a unirse a las estrellas.

Agradecimientos

A mi paciente familia, que salía corriendo en cuanto veía mi ordenador portátil. A mi comprensivo marido, que sonríe y asiente. A todos los amigos que han tirado de mí para que llegara a todas las líneas de meta: sabéis quiénes sois. A K, el ying de mi yang. A Casey, que cuenta todos mis «peros» y es un hacha con las hojas de cálculo. Krampus. A quienes escucháis mis desvaríos desquiciados. A Thao, que ha leído ochocientas versiones de esta novela. A la legendaria nota de voz de dieciséis minutos de Sunny en defensa de un personaje. A mis editores, que dieron forma a este libro. A todo el que me ha gritado alguna vez que cargara el móvil, bebiera agua o durmiese. Que sepáis que todos vosotros sois mis imprescindibles.

Sight Unseen. Bajo el mismo hechizo
Alexis Marie

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Sight Unseen*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, adaptación de un diseño original de Kimberly Glyder

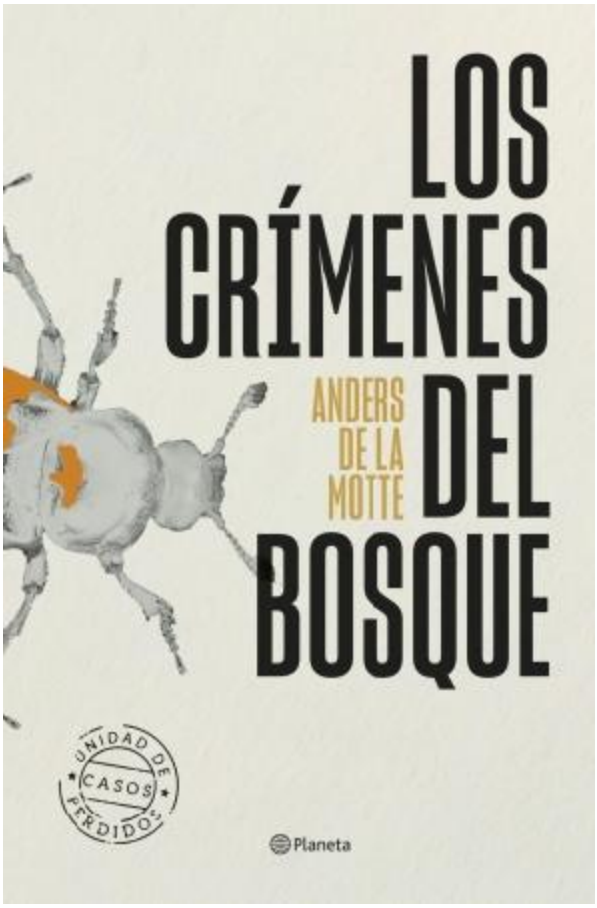
© Alexis Marie, 2026
Derechos de traducción gestionados por Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.
Todos los derechos reservados
© por la traducción, María José Díez Pérez, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-08-31873-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Los crímenes del bosque

Motte, Anders de la

9788408318668

600

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Son los peores policías, los perdedores, los expulsados, los marginados. Son la Unidad de Casos Perdidos. Y solo ellos son capaces de resolver los casos más difíciles. DESCUBRE A

LA INVESTIGADORA LEONORE ASKER. «Una novela negra que lo tiene todo». Deckarlogg «Ésta entrega supera incluso a la anterior: estamos ante una lectura adictiva que te mantendrá atrapado hasta el final.» Verdens Gang «Una serie bien hilvanada, muy ágil y sumamente original: lo tiene todo.» Deckarlogg «Anders de la Motte demuestra por qué es uno de los mejores escritores de novela negra de Suecia en este momento.» Verdens Gang

BIENVENIDOS A LA UNIDAD DE CASOS PERDIDOS

La inspectora Leonore Asker ha empezado a poner orden en la Unidad de Casos Perdidos y su ascenso parece inminente. Decidido a impedirlo, el comisario Jonas Hellman la tienta con un antiguo asesinato sin resolver, convencido de que su complejidad la empujará a cruzar límites y poner en riesgo su carrera. El caso se remonta diez años atrás: una mujer fue asesinada en una fábrica abandonada en medio del bosque, con un dedo amputado y una runa grabada en el suelo, la misma que acompañaba el cuerpo de la Joven Gris, una momia legendaria asesinada y enterrada en ese bosque hace más de mil años. Cuando una chica aparece de noche, desorientada y sosteniendo el dedo de la víctima, el caso se reabre. Con la ayuda de Martin Hill, Leo se adentrará en un enigma de ecos mitológicos que hunde sus raíces en la Edad de Hierro y en los secretos del inquietante Bosque de Óxido.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Nuestro lugar en el mundo

Rubiales, Inma

9788408302179

592

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Luka recurre a la música para comprender sus pensamientos. Nora la utiliza para huir de ellos.

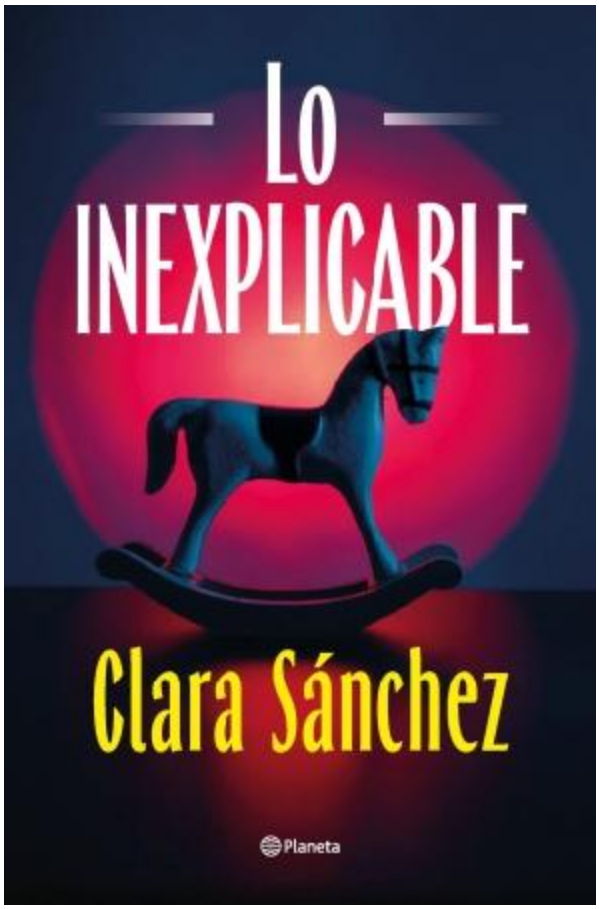
Ambos están decididos a ignorar lo que ocurrió entre ellos aquella noche. **Mientras Luka trata de reconducir su vida,** ahora que ha salido de ese agujero que lo consumió el año pasado, **Nora sigue con lo que mejor se le da: mentir.** Ha hecho creer a sus padres que tiene un trabajo, un novio y una vida perfectos, como su excelentísima hermana Margot.

Cuando, por caprichos del destino, Nora y Luka se ven obligados a convivir, **el pasado sigue haciendo mella en ellos.** No se llevan bien, pero pronto descubren que los dos **se necesitan mutuamente**, así que llegan a un acuerdo: Luka ayudará a Nora a mantener la farsa con su familia a cambio de que, cuando llegue el momento, ella le devuelva el favor. **Total, fingir una relación tampoco tiene que ser tan difícil, ¿no?**

Con todas las cosas que los diferencian, **¿quién iba a decir que tendrían tantas otras en común?**

Una edición rústica con sobrecubierta **muy especial decorada con ilustraciones** de los personajes realizadas por **Vero Navarro (@veronavarro.ig)** en el exterior y con un póster en el retiro de la sobrecubierta.Además, **la primera edición tendrá un diseño único en los cantos.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Lo inexplicable

Sánchez, Clara

9788408320432

200

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un bebé con una extraña obsesión. Una niñera que ve lo que otros ignoran.

Alicia es una **joven niñera** que cuida de Rafael, un bebé que parece comportarse de forma… inusual. Desde muy pronto, **el niño se obsesiona** con una calle concreta, un edificio, un piso…, y **con objetos que jamás debería reconocer**. Cuanto más intenta Alicia ignorar lo que ve, más claro resulta que Rafael guarda dentro de sí algo que no le pertenece. ¿Son **coincidencias**? ¿Es su imaginación desbordada? ¿O estamos ante **algo que va más allá**?

Atrapada entre el **escepticismo** de los adultos, los **silencios de los padres** y la **intensidad inexplicable** del pequeño, **la niñera iniciará una investigación** que la cambiará para siempre.

Esta **absorbente historia de suspense** con **tintes sobrenaturales** hará que te preguntes si eso que parece imposible realmente puede ser normal. Y viceversa.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Los secretos de los asesinos del emperador

Posteguillo, Santiago
9788408123606
162

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Cuál fue el papel que desempeñó la esposa de Domiciano en la conjura contra su marido?

¿A quién se contrató para intentar asesinar al mismísimo emperador?

¿Por qué Roma decide elegir como emperador a Trajano, un hispano no nacido en Roma?

¿Existieron las gladiadoras?

¿Por qué Domiciano se volvió tan paranoico?

Santiago Posteguillo nos desvela en estas páginas todos los secretos de *Los asesinos del emperador*, su nueva novela.

¿Qué es ficción y qué realidad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Un amigo gratis

Rubiales, Inma

9788408319924

432

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una novela sobre la ilusión, la dulzura del primer amor y la importancia de decir las cosas a tiempo.

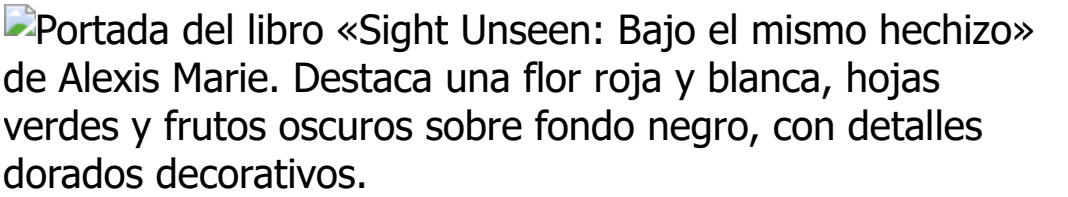
Hay muchas cosas que **Nash** odia de sí mismo. La primera es su timidez. La segunda es que, debido a su altura, le cuesta especialmente pasar desapercibido. **Si fuera invisible, su vida en el instituto no le parecería un infierno.**

Todo cambia cuando conoce a **Eleonor, presidenta de Un amigo gratis,** la asociación a la que acuden todos los alumnos que, como él, **sienten que no encajan**. Eleonor sonríe todo el rato y se ha propuesto enseñar a Nash a disfrutar de la vida.

Él tiene un corazón herido que ya no confía en nadie.

Y ella es de esas personas que se te meten dentro y te hacen sentir que brillas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Portada del libro «Sight Unseen: Bajo el mismo hechizo» de Alexis Marie. Destaca una flor roja y blanca, hojas verdes y frutos oscuros sobre fondo negro, con detalles dorados decorativos.